



Una divertida novela
sobre el destino y
los sueños que pueden
hacerse realidad

Un bolso y un destino

Leigh Himes



MAEVA

Un bolso y un destino

Leigh Himes

Traducción:
MAR VIDAL



MAEVA

Índice

Un bolso y un destino

Índice

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Para Shelby

Prólogo

«Maldito seas, Marc Jacobs.» Estas fueron las palabras que resonaron en mi cabeza justo antes de caer hacia atrás y saltar por encima de la barandilla lateral de las escaleras mecánicas de Nordstrom.

Eran las diez de la mañana de un sábado. Los almacenes bullían ya de consumidores que sucumbían al encanto adictivo y vaciador de bolsillos, del olor a cuero nuevo y a cremas faciales de cien dólares. Conocía bien la sensación; yo también había caído rendida al canto de las sirenas de esos grandes almacenes y ahora pagaba el precio. Antes de caerme, me dirigía a la planta de arriba, echando pestes mientras reunía el coraje para enfrentarme al departamento de atención al cliente.

Mi plan era bien sencillo: suplicar. Simplemente tenía que conseguir que me dejaran devolver el bolso de piel rojo brillante, aunque lo hubiera usado unos cuantos días y mi hija de cinco años lo acabara de decorar con un arañazo profundo e imperfecto producido por un palillo chino convertido en espada luminosa. Albergaba la esperanza de que quien fuera que estuviera ese día al frente del servicio de atención al cliente fuera corto de vista, tuviera un corazón dispuesto a perdonar o ambas cosas a la vez. Mientras subía por las escaleras mecánicas, sostenía la caja plateada un poco alejada de mi gabardina salpicada de lluvia y del paraguas que chorreaba, tratando de no causarle ningún daño más. En la otra mano llevaba un vaso con café. El líquido humeante me salpicaba los dedos, la manga y el metal que avanzaba lentamente bajo mis pies.

De mí también salía humo, porque acababa de toparme con dos «amigas» del instituto, un encuentro durante el cual sus mal disimulados insultos me habían hecho sentir más humillada que el estado actual de mi pelo.

—¡Mira qué pinta de ir cómoda que tienes! —musitó una a la vez que escrutaba mi atuendo antes de intercambiar con la otra una mirada de reojo

bajo sus flequillos perfectamente peinados—. Me encantaría poder llevar algo así, pero tengo que ir siempre arreglada por si me encuentro con alguno de los clientes de Bill —dijo Betsy, con su uniforme fino y seguro de mamá del Main Line: vaqueros de diseñador, botas forradas de piel y abrigo acolchado.

—Creo que no todas podemos permitirnos ser mamás chandaleras —soltó Ellen, mientras retiraba una pelusa invisible del estómago moldeado a base de pilates.

Me pillaron tan desprevenida que me quedé paralizada, deseando poder fundirme con el mármol brillante del suelo. Ni siquiera se me ocurrió una mentira, y me encontré confesándoles que había ido a devolver un bolso demasiado caro. Me dedicaron unas sonrisas llenas de piedad y se marcharon apresuradamente al departamento de zapatería.

Betsy Claiborne era hija de madre soltera exactamente como yo y, aunque ni siquiera había acabado los estudios, ahora se comportaba como si fuera la mismísima Jackie Kennedy. Y Ellen Hadley, antes de perder veinte kilos y casarse con el heredero de un imperio de tintorerías, repartía pajas entre los chicos como quien reparte caramelos. Ahora se pasaban la vida paseándose en sus Range Rover, llevando a sus niños «al club» y acorralando en los grandes almacenes a mamás que no dormíamos lo bastante ni teníamos tiempo de ir al gimnasio. Me sentía tan furiosa que subí las escaleras a grandes zancadas, temblando de rabia, maldiciéndolas a ellas, a mi cuenta bancaria, a mi marido y hasta al mismísimo Marc Jacobs, cuyo bolso *bucket* de 598 dólares estaba a punto de ser devuelto a cambio de poder pagar la factura del agua y la mutua pediátrica.

Me encantaba aquel bolso y solo lo había podido llevar dos semanas, al trabajo, a Rite Aid, al colegio Grange Hill Elementary, a la academia de danza irlandesa Springfield, otra vez al Rite Aid y a la pizzería Mario's Bake-at-Home. Ni a un restaurante de moda, ni a una *boutique*, ni siquiera a la sofisticada biblioteca Bryn Mawr a la que mi hijo y yo nos acercábamos de vez en cuando para jugar con un tren eléctrico mucho mejor que el nuestro, en una moqueta menos asquerosa que la nuestra. Aquel bolso era como un árbol que se cae en el bosque: si ninguna pérfida mamá del Main Line lo veía, ¿existía siquiera?

Siendo justos, para mí significaba algo más que las ganas de provocar celos en la gente. Aquel bolso era un ancla acolchada de piel roja que me vinculaba a una vida anterior con su fina cadena dorada. Sus eslabones eran

eslabones con mi *yo real*, mi yo desenfadada, divertida y espontánea; mi yo que llevaba ropa limpia y moderna y que cenaba pasadas las siete, que veía películas extranjeras y leía las novedades literarias, y que todavía se reconocía cuando se veía la cara en el espejo. Aquel bolso significaba que seguía siendo Abbey, no mami ni la señora Lahey. Y pudo haber mantenido a mi antiguo yo vivo y a flote un poco más de tiempo, antes de que su cadena, tan tensa bajo la presión, se rompiera definitivamente, dejándome para siempre a la deriva en mi abismo de madre suburbana.

Pero teniendo en cuenta cómo iba todo últimamente, tal vez estuvo bien que un accidente me dejara sin conocimiento sobre el frío suelo de mármol de los almacenes Nordstrom.

Al fin y al cabo, necesitaba un buen descanso.

El día anterior al accidente empezó como todas las demás mañanas de mi vida: como el puro caos. El perro ladraba, el bebé gritaba, mi hija había vuelto a mojar la cama y mi marido, Jimmy, hacía mucho rato que se había marchado a uno de sus proyectos de paisajismo. Jimmy solía salir hacia las cinco de la mañana, buscando en silencio su ropa, su almuerzo y sus botas de trabajo antes de abandonar la casa por la puerta trasera cual ladrón.

Tenía siempre mucho cuidado de no despertarnos; se movía con toda la delicadeza que su físico corpulento y su andar pesado le permitían. Pero eso de madrugar debe de ser hereditario, porque por muy silenciosamente que saliera de casa, alguno de sus hijos siempre percibía el cambio en el ambiente parental y se despertaba en el momento en que su camioneta salía del acceso al garaje. Hoy habían sido los dos.

De modo que cuando pasaban tan solo veinte minutos de las cinco de la mañana, justo cuando Channing Tatum estaba a punto de entregarme las llaves de la casa que siempre soñé tener del programa de interiorismo de la tele, me encontré totalmente despierta. Y solamente dos minutos después de eso estaba lidiando con los catorce kilos de Sam en su cuna encastada y tirando de él pasillo abajo, siguiendo el rastro de unos sollozos contenidos. Advertí la reveladora mancha amarilla y el remolino de ropa de cama antes de encontrar un pequeño bulto en forma de niña dentro del cesto de plástico blanco de la ropa sucia.

–Me odias, ya sé que me odias –dijo el bulto cubierto de ropa sucia.

–Es demasiado pronto para empezar la guerra psicológica, Glo –le dije–. Es solo un poco de pipí, no es para tanto.

–¡Sí que es para tanto! –gritó el cesto–. ¡En el parvulario no hay nadie más que moje la cama!

–Creo que hay muchos niños que mojan la cama –le dije–. Mira a Sam. Va

empapado de pipí las veinticuatro horas del día.

–Pero él es un bebé, no cuenta –me rebatió–. No pienso volver al parvulario. ¡Nunca, nunca más en la vida!

«Piensa rápido, mami», me dije a mí misma, mientras intentaba sacudirme la niebla mental de primera hora de la mañana. Llevábamos cuatro minutos de día y una de nosotras ya estaba profiriendo amenazas de proporciones monumentales.

Deslicé al bebé hasta el suelo, dejándolo gatear hacia cualquier botín, y me agaché junto al bulto de ropa. Saqué a mi hija de entre el amasijo de ropa interior, camisetas y mallas y, al acercarla a mí, sentí su familiar aliento cálido, sus rizos castaños enmarañados, el pijama rasposo.

–Te contaré un secreto –le susurré– ¿Sabes quién mojó la cama hasta que tuvo diez años?

–¿Quién?

–Papi.

–¿Nuestro papi?

–Sí, nuestro papi –dije, con una mentira piadosa–. Lo hacía continuamente.

Se quedó en silencio, de modo que seguí contando, embelleciendo la mentira con un poco más de teatralidad.

–Y como dormía en la litera de arriba, a veces goteaba y mojaba también al tío Pat.

Abrió los ojos de par en par. Se quedó boquiabierta.

–Pero un día, su vejiga se hizo lo bastante grande y fuerte como para aguantar toda la noche y nunca más se le volvió a escapar el pis. Y eso es lo que también te pasará a ti. Simplemente tienes que seguir creciendo y, con el tiempo, tu vejiga se adaptará, igual que hizo la vejiga de papá.

–¿Es verdad?

–Pues claro que es verdad –le dije, mientras abrazaba su cuerpecito. La notaba tan ligera entre mis brazos, tres años y medio mayor que su hermano pero solo unos pocos kilos más que él.

Debió de creerse la historia de su papá porque me miró con aquellos ojazos marrones y, por un momento, me pareció que estaba a punto de recibir una de esas sonrisas fantásticas de Gloria. Pero, antes de que pudiera darme cuenta, su pequeño radar de hermanito pilló a Sam mordiendo el batidor de varillas de plástico rosa de su Barbie Chef. Se levantó de un salto y me empujó contra la estantería. A ello le siguió un épico tira y afloja, de esos que ponen a

prueba los límites de la ingeniería Mattel, lo que me dio el tiempo justo para correr a la planta baja a encender la cafetera.

El día de hoy precisaría una dosis extra de cafeína. Posiblemente hasta por vía intravenosa.

Después de las primeras tres horas de locura matutina todos estábamos atados en el coche con nuestros respectivos almuerzos, mochilas, carpetas, meriendas, cantimploras, colchonetas para la siesta, paraguas con formas de animales y, por si las moscas, ropa interior de recambio. Yo también llevaba mis necesidades varias: portátil, agenda semanal, botella de agua de plástico, cepillo dental de viaje y, a mi lado, en el asiento del copiloto –callado y ruborizado por la vergüenza que daba su desgastado entorno–, mi bolso nuevo.

Hubiera querido que el bolso estuviera orgulloso de mí y ponerme una ropa mejor que la habitual, pero la comodidad venció de nuevo al estilo. Por unos instantes miré mi mejor traje de trabajo, un traje negro de chaqueta y pantalón J. Crew, y me imaginé la versión televisiva de mí misma bajando por la acera con paso decidido y mostrando mi lado brillante en la sala de juntas. Pero luego alejé esa imagen de mi cabeza, ya demasiado cansada para enfrentarme a los taconazos que requería, por no hablar del gasto añadido de tintorería. A cambio elegí mi uniforme habitual de los días entre semana: falda, cárdigan y zapato plano.

El conjunto de hoy era una falda de tubo gris carbón que se podía lavar a máquina, una camiseta de algodón de manga larga y un cárdigan de cachemir color lavanda que tenía nueve años, con botones de perla descascarillados que mostraban la capa plateada de debajo. Aunque técnicamente la mayoría de la gente me encontraba «delgada», al menos cuando me veían vestida, seguía necesitando unos leotardos tipo faja para ocultar la carne fofa adicional que me había quedado de los dos partos y que se obstinaba en deformar mi zona media. Uno de estos días me enfrentaría a esos cinco kilos de más, tal vez me apuntaría a *spinning*, a yoga o a algo parecido, pero por ahora mi estrategia se llamaba *spandex*. Hacía su función y permitía que la cremallera de la falda subiera con unos pocos tirones rápidos. Acabé con un toque de rímel gris azulado, pero me salté el corrector de ojeras y el colorete.

Al fin y al cabo, a mi despacho nunca venía nadie importante.

Mi melena era otra historia. Lo que antes había sido motivo de orgullo y felicidad, además de objeto de mucha investigación y desarrollo, actualmente lucía un par de centímetros de raíz por la zona de arriba y otro par de puntas abiertas por debajo, y las mechas llevaban un tiempo con un tono más bien cobrizo. Hoy, como la mayoría de los días, no había tenido tiempo de arreglarme el pelo; me limité a echarle una mirada rápida a través del retrovisor mientras me lo recogía en un moño desordenado. También por el retrovisor estaba Gloria, mirando a Sam amenazadoramente; seguía mosqueada por la pelea de la mañana. Era obvio que estaba planeando una venganza, incluso si Sam trataba de encandilarla alegremente con una versión poco graciosa de la canción «Itsy Bitsy Spider».

—¡Calla la boca! —le gritó Gloria—. ¡Ni siquiera te sabes las palabras!

—Primero, no digas «calla la boca». Y segundo, se dice «la letra», no las palabras —la corregí, con mi voz materna más segura—. Y, por favor, no le grites.

—¡Es que es taaan pesado! —exclamó, a la vez que apretaba las manitas con frustración.

—Bueno, puede que tengas razón —le dije—. Pero será mejor que te andes con cuidado, porque pronto será más alto que tú.

Me di cuenta demasiado tarde de lo que acababa de decir, y maldije entre dientes mi ocurrencia materna. Mencionar la talla de Gloria nunca era buena idea, pero todavía lo era menos de camino al cole, donde ella era dolorosamente consciente de ser la más menuda de su clase.

Pero me sorprendió con una pregunta, en vez de las lágrimas que esperaba:

—¿Por qué soy tan pequeña, mami? —me preguntó aquello que tanto había llegado a temer.

—No eres pequeña —le mentí.

—Sí lo soy, mami —dijo, con un tono entrecortado que me daba la avanzadilla de lo que iba a ser la Gloria adolescente—. ¿Por qué?

—Mira, la gente viene al mundo en todas las formas y medidas, y a ti te ha tocado ser pequeñita —le expliqué—. Pero ya crecerás, solo debes tener un poco de paciencia.

Pero yo sabía que no era cierto. Gloria era muy menuda y probablemente lo sería siempre. Según los muchos especialistas a los que habíamos consultado antes e inmediatamente después de su nacimiento, había sufrido

una restricción del crecimiento intrauterino debido a un problema con mi placenta. En lo que debería haber sido una experiencia tipo bufé libre, su experiencia uterina fue más bien como una estancia de nueve meses en un balneario de adelgazamiento. No tenía ningún problema cognitivo, pero era diminuta, no comía demasiado y no había logrado pasar de una sola cifra en el gráfico de altura/peso del pediatra. No era justo para una criatura cuyos padres estaban por encima de la altura media y cuyo hermano estaba batiendo todos los récords de rechonchez. Por suerte, llegamos al aparcamiento del colegio antes de que se le pudieran ocurrir más preguntas.

Visto desde lejos, Grange Hill Elementary parecía un colegio acogedor, con su camino de acceso entre cerezos, una buena extensión de césped y un mástil con la bandera plantado en un parterre de ladrillos y lleno de flores. De cerca, en cambio, recordaba a la Rusia proletaria: paredes toscas hechas de bloques de hormigón, endeble puertas de madera y unas cuantas ventanas precintadas. Llevaba décadas sin remodelar y hasta sin una limpieza a fondo. Las aulas estaban superpobladas, las medidas de seguridad brillaban por su ausencia y, en invierno, estaban tan calientes los radiadores que los alumnos sudaban a mares. Ninguno de los padres, todos veteranos de la escuela pública, parecía darse cuenta ni protestar.

Me desabroché el cinturón y procedí a la maniobra de descarga, atrapé a Sam antes de que se metiera entre el tráfico y luego conduje a los dos cuerpecitos hacia la puerta del colegio. Sonriendo y saludando con la cabeza, pero actuando con rapidez, maniobré más allá de la fila tipo conga de monovolúmenes plateados ocupados por madres a tiempo completo, ávidas de entablar conversación, y un abuelo desorientado que llevaba un táper que goteaba con el almuerzo de algún niño. Probablemente esperaba que alguien se apiadara de él y se parara a ayudarlo, pero hoy no iba a ser yo. Sabía que tenía exactamente veintiocho minutos para llevar a Gloria al interior del edificio, dejar después a Sam y luego llegar a mi oficina, a catorce kilómetros por la Blue Route, en Conshohocken. Fingí no advertir al coordinador del comedor que me hacía señas, pero me las arreglé para saludar con la mano a mi preñadísima vecina Mary Anne, que avanzaba torpemente con sus tres chicos. Ya me pondría al día con ella por encima de la verja el fin de semana. O en quince años.

Una vez dentro, un beso rápido y Gloria ya estaba colocada, con su gorro inclinado, su mochila gigante y sus botas, desapareciendo pasillo abajo. Sam

y yo nos paramos a verla marchar: parecía tan segura y capaz, con el incidente matutino ya olvidado bajo el sonido agudo de la campana de entrada.

–Adiós, manita –barboteó Sam, devolviéndome a mis deberes inmediatos.

–Vamos, hombrecito; ¡y ahora, a casa del abuelo! –le informé.

Si el cole de Gloria era la Rusia comunista, el día de Sam era un viaje al continente ficticio de la Tierra Media. El padre de Jimmy, Miles, un irlandés amable pero muy despistado, cuidaba de Sam mientras yo hacía horas en la oficina. A lo largo de los años, Miles había tenido varios negocios: de carpintería, de pintura, un taller mecánico, y hasta había hecho una breve incursión como DJ de música irlandesa (algo sorprendentemente popular en nuestro pueblo). Su casa era el paraíso de un niño, llena de cinturones con herramientas, cañas de pescar viejas, juguetes de madera artesanales, tocadiscos de los años sesenta y piezas de vehículos antiguos. Probablemente, en casa del abuelo, Sam no jugaba demasiado al corro de la patata, pero a ese ritmo, con seis años sería capaz de cambiar la correa de transmisión del coche o de reparar el techo de casa.

La casa de Miles no siempre había sido aquella especie de cueva masculina. Cuando la madre de Jimmy estaba viva, la vivienda, de dos pisos y fachada de ladrillo, solía estar reluciente y ordenada, incluso con los cuatro chicos. Pero desde su muerte, cinco años atrás, apenas quedaba rastro de ella, excepto en una estancia. Se trataba del salón delantero, ni siquiera Sam podía entrar en él. Miles lo conservaba tal y como lo había dejado su amada Jane. Como si fuera a entrar en cualquier momento y a preguntar quién había movido sus estatuillas y por qué las cortinas estaban todavía corridas.

Aparcar frente a aquella casa me provocaba la dosis habitual de sentimiento materno de culpa en forma de calambre en el estómago, pero, en mi caso, no solo por mi hijo, sino también por mi suegro. ¿Cómo un pintor de brocha gorda jubilado de setenta y nueve años, alguien que también necesitaba que lo cuidaran un poco, se estaba ocupando de un chiquillo revoltoso? Sam debería estar en una guardería haciendo manualidades con palitos de helado y cantando *Las ruedas del tren* con otros niños, en lugar de ver *El precio justo* y asistir a timbas de bingo. Y Miles leyendo el periódico y durmiendo siestas tapado con una manta de ganchillo, en vez de estar peleándose con botoncitos de pijamas, crema para el culito y rabetas de bebé. Pero desde que la crisis había golpeado con crueldad el negocio de la

jardinería, Jimmy y yo nos habíamos quedado sin dinero para pagar guarderías, ni siquiera para pagar a una canguro. Sabía que Miles adoraba a Sam y que Sam adoraba a Miles, pero no podía evitar preocuparme. El abuelo se estaba volviendo cada vez más despistado y sus movimientos eran mucho más lentos que antes.

«Es solo temporal, es solo temporal, es solo temporal», me repetía interiormente mientras sacaba a Sam de su sillita llena de manchas de leche y lo posaba sobre el diminuto parterre de césped. Recogí su bolsa y su querida jirafa de peluche y caminé detrás de él mientras avanzaba a paso tambaleante por el acceso a la casa.

La puerta se abrió y apareció Miles, con pinta del abuelo que pintaría un artista, con su gorro de lana, su jersey grueso color crema y su bastón de madera tallada.

—¡Buenos días, hombrecito! —exclamó, dando la bienvenida al pequeño mientras con su mano nudosa y envejecida tomaba la mano de bebé de Sam.

—Hola, abuelo —le dije, mientras me acercaba a darle la bolsa de los enseres necesarios para Sam. Me agaché a darle un beso en la frente al niño y volví al coche corriendo, mientras dictaba instrucciones de último minuto por encima del hombro—: Asegúrate de que duerme la siesta. Hay pomada para el culito en la bolsa. ¡Y, por favor, no le des más salsa de judías!

Cuando arrancaba el motor, observé a Miles ayudando a Sam a sortear las escaleras de entrada. Debía sentirme tranquila con su afectuosa camaradería, pero mientras iba marcha atrás por el acceso, pensando en las ocho horas que me esperaban lejos de él —y en todos los revolcones, conversaciones y risas que me perdería—, me mordí el labio para aguantarme las lágrimas.

Llegué a las oficinas de Elkins Public Relations escasos segundos antes que mi jefa, tiré mi bolso nuevo debajo del endeble cubículo gris, levanté la tapa de mi vaso de café y me quedé mirando fijamente la pantalla del ordenador como si llevara horas leyendo correos electrónicos.

—Holaaa, Abbey —ronroneó Charlotte, mi antigua colega transformada en jefa con su melena perfecta, su blusa perfecta y su culo perfecto.

—Buenos días —dije, sin desviar los ojos de la pantalla—. Te veo en unos minutos.

—De hecho, tengo que hablar contigo antes de la reunión —insistió, sin ni siquiera volver la cabeza, a la vez que se deslizaba hacia su despacho de la esquina.

«Por supuesto, pensé. Quieres que te ponga al día rápidamente sobre los detalles de la cuenta, puesto que estás siempre demasiado ocupada charlando en vez de dedicarte a trabajar de verdad.» Suspiré para mis adentros mientras me deshacía de las asas del bolso, que todavía tenía alrededor de los tobillos, y abría mi cuaderno de notas. Al pasar le hice una mueca a mi mejor amiga, Jules, que también fingía trabajar, aunque en realidad estaba cotilleando el Instagram del nuevo encargado de Federal Express.

Al cabo de unos segundos, ya en el despacho de Charlotte lleno de luz y de tapicerías de piel, me propuse no soltar ninguna información ni llenar los silencios con mi habitual chismorreo. Después de acomodarse esmeradamente en su butaca sin ofrecerme asiento, Nalgas de Acero inició su interrogatorio de rigor:

–Bueeeeno, ¿qué hay de nuevo con nuestros amigos de Maxim Pest?

Respiré.

–Jules y yo tenemos la lluvia de correos de otoño lista para hoy, tan solo a la espera de una foto del cliente –le dije, fingiendo no darme cuenta de que deslizaba la mirada de mi jersey descolorido a mis bailarinas desgastadas–. Y me he estado esforzando mucho para que corra la voz sobre la promoción del nuevo pesticida. Algunos periodistas han mostrado interés, pero todavía no hay nada definido.

En realidad, no tenía ninguna pista realmente buena. Llevaba semanas tirando de hilos por iniciativa propia, y estaba muy cerca de conseguir que un periodista del *New York Times* entrevistara a nuestro cliente Max DiSabatino en relación a un producto ultrasecreto que estaba desarrollando contra los chinches. Max era el fundador y propietario de Maxim Pest, la mayor franquicia de control de plagas del área de Filadelfia, y un hombre tan imponente e irascible que me había mantenido despierta más noches que los dientes incipientes de mi bebé. La estrategia de comunicación de su empresa era mi responsabilidad principal en la agencia.

Antes de asumir mis funciones de madre de familia, había representado algunas de las cuentas mejores y más estimulantes desde el punto de vista creativo: diseñadores de webs, restaurantes, estudios de arquitectura y la Fine Arts League. Pero ahora que ya no estaba disponible para viajar ni para tomar copas de noche con los clientes –y puesto que Charlotte había sido ascendida a vicepresidenta de relaciones públicas–, me asignaban todos los clientes que nadie quiere: exterminadores de plagas, fabricantes de productos químicos,

cultivadores de setas. Si una cuenta contenía algo en lo que la gente evita pensar, me caía a mí. Y si era algo en lo que yo quería trabajar –algo relacionado con museos, artistas, medicina–, Charlotte se lo quedaba para ella o se lo daba a alguna de sus clones recién salidas de la oficina central a las que acababa de contratar.

Aun así, los reportajes en el *New York Times* no eran frecuentes, y si era capaz de conseguir este podría gestionar esta asignación unos cuantos meses sin que el cliente ni Charlotte me preguntaran «¿Qué viene después?». Y con el bonus a punto de llegar en noviembre, el momento no podía ser más oportuno. Pero también sabía que no podía decir nada sobre el asunto; aún no. Si se lo decía, lo presentaría en la reunión de personal como si fuera su idea y luego me estaría acosando sobre el tema sin parar. Y si el reportaje no salía, yo quedaría como que había fracasado en algo que, de todos modos, siempre había sido un poco improbable. «No digas nada», me dije a mí misma mientras trataba de salir lentamente de su despacho.

Pero ella no me iba a dejar escapar tan fácilmente.

–Abigail, seguro que saldrá algo de lo que tienes entre manos –me dijo, arrugando la nariz con expresión incrédula–. Ya sabes lo importante que es esta cuenta para la agencia. Para Richard.

–Lo prometo, estoy trabajando en ello –respondí, con la voz un poco más seca al oír el nombre de Richard Elkins, el propietario de la empresa–. Pero no es precisamente la cuenta más emocionante en la que he trabajado. Ha habido otro tiroteo y es un año de elecciones. A nadie le importan las plagas.

–Nuestro trabajo es conseguir que importen –dijo, cortante. Luego se me acercó un poco más, con expresión desconfiada–. Ya llevas un tiempo con esta cuenta; ¿no tienes ningún reportaje?

Estaba poniendo en duda mis habilidades, y eso me hizo rugir por dentro. «A pesar de mi aspecto desaliñado, soy muy buena en mi trabajo, tuve ganas de gritar. Pues claro que tengo un reportaje. Puedo conseguir más reportajes en una semana de los que tú has logrado en toda tu carrera.» Pero guardé silencio, con la mirada fija en el pequeño reloj de cristal de su mesa.

Transcurrió un momento y la oí suspirar:

–Si esta cuenta es demasiado difícil, deberíamos plantearnos que te ayude alguien. Tal vez Britney. Ella tiene ideas nuevas.

Levanté la cabeza de golpe al ver su expresión. Iba en serio. Si no le daba nada, me endosaría a alguien guapo y atractivo, tal vez hasta me degradaría.

Bien jugado, Charlotte.

–Bueno, hay un periodista que parece interesado...

Apretó los ojos y se dejó caer en el respaldo de su silla, con ademán victorioso.

–¿Y entonces?

–Tuve una breve conversación con Marty Alyward, del *New York Times*. Resulta que está trabajando en un reportaje sobre nuevas tecnologías en el control de plagas y que la semana que viene quiere hablar con Max.

–Fantástico –dijo, a la vez que alcanzaba su rotulador plateado y empezaba a garabatear en un papel.

–Bueno, todavía no hemos cerrado nada, de modo que no nos emocionemos demasiado –le dije–. En serio, es tan solo un «quizá». No quiero que Richard lo sepa todavía, porque se creerá que es algo cerrado. O sea que te pido que no digas nada.

–No, claro que no. Lo entiendo perfectamente –asintió, con los ojos abiertos de par en par, toda ella expresando falsa preocupación–. Te guardaré el secreto.

–Y, bueno, tuve que ofrecerle la exclusiva –dije, casi entre dientes–, espero que no haya problema.

Me miró fijamente, pensativa. Luego suspiró y añadió:

–¿Una exclusiva? ¿Sin preguntármelo antes? Bueno, al menos supongo que le pondrías una fecha tope.

–¿Una fecha tope? Es el *New York Times*, Charlotte –le contesté, sin poder creer lo que me decía. Nadie le va con exigencias a la dama de gris. Te esperas a que te digan algo. El tiempo que haga falta.

–Ponle fecha –repitió–. O retírale la oferta.

Abrí la boca para protestar pero luego renuncié. Ella bajó la mirada hacia su iPhone y se puso a responder a un mensaje, y juro que advertí una sonrisa curvándole los labios. Probablemente ya le estaba contando a nuestro jefe que tenía un reportaje en el *New York Times*.

Esperé a que acabara y me maldije por ser tan bocazas. A pesar de sus amenazas, debí mantener la boca cerrada. Pero, una vez más, había cedido.

–Y otra cosa –añadió Charlotte, con falsa indiferencia–. Necesitaré todos los recortes de prensa actuales de Quaker Chemical analizados, incluyendo las impresiones y las equivalencias de publicidad, para el lunes por la mañana.

Debería haberme negado, decirle que tendría que esperar hasta la semana siguiente, pero estaba cansada y me pareció más fácil acceder.

–Muy bien –dije–, no hay problema.

Sonrió y luego dirigió los labios perfectamente pintados de carmín y la melena recién salida de la peluquería hacia la pantalla de su ordenador, mostrándome su espalda moldeada a base de pilates. Ya me tenía acostumbrada a aquel gesto y sabía lo que significaba. El jersey descolorido, los zapatos desgastados y yo podíamos retirarnos.

Al cabo de tres horas me encontraba sentada a una mesa en el único lugar en el que se podía ir andando a comer al mediodía desde el despacho, una pequeña cafetería que prometía los *bagels* más grandes de Conshohocken, mi rincón de la felicidad. Mientras mi monstruosidad de sésamo y crema de queso al ajo y a las finas hierbas se enfriaba un poco, consulté mi bandeja de entrada, suplicando encontrar una respuesta del *New York Times*. Me debatí interiormente sobre la conveniencia de ponerme de nuevo en contacto con el periodista, y redacté varias versiones de un correo –de puesta al día– antes de borrarlos todos con gran frustración. Luego corregí un comunicado de prensa y sentí vergüenza, con el temor de pasarme toda la tarde endosando «los cinco consejos de Maxim Pest para eliminar los chinches de las tuberías» a periodistas inocentes. Suspiré y cerré el portátil.

Mientras miraba por la ventana las bonitas y tranquilas calles de Conshohocken, un municipio industrial del siglo XIX que trataba de reinventarse como pequeño núcleo empresarial, volví a suspirar. Desde luego, ofrecía vistas del río Schuylkill, estaba libre del impuesto municipal y había muchos viejos almacenes de ladrillo transformados en espacios diáfanos de oficinas, pero yo echaba de menos trabajar en el centro, donde el bullicio y el dinamismo de la ciudad lograban que hasta las plagas de insectos parecieran importantes. Pegué un mordisco a mi *bagel* en el preciso instante en el que un mensaje de Jules aparecía en la pantallita del móvil. Iba a necesitar «unos cuantos minutos más», lo que podía significar entre tres y treinta y tres.

Jules, mi mejor amiga desde la universidad, era crónicamente impuntual. Era la menor de seis hermanos nacidos en un período de diez años, hija de

unos padres muy *hippies*, de modo que conceptos como los horarios, las normas y las fechas de entrega eran para ella simples palabras, y el tiempo, arbitrario en vez de finito. Algunas veces, sus retrasos habían acarreado consecuencias trágicas –asignaturas suspendidas, grandes broncas, vuelos perdidos–, pero eso no le hizo cambiar ni pensar en comprarse un reloj. Y cuando empezó a trabajar como diseñadora gráfica –era realmente buena–, no tuvo incentivos para cambiar, puesto que sus retrasos constantes eran considerados por sus jefes como parte de su «idiosincrasia artística». A mí me solía molestar, en especial cuando me hacía perder tiempo de mi cómicamente rígido horario, pero después de esa larga mañana, necesitaba un momento para recapitular. Pegué otro bocado al enorme *bagel*, luego respiré hondo y repetí la secuencia hasta que me zampé la mitad. Cuando lo regué todo con un sorbo de café me encontraba mejor, con el estado de ánimo levantado por los carbohidratos, por no hablar del lujo de pasar cinco minutos sin que nadie me pidiera nada.

Tiré de la pesada cartera del trabajo hasta la mesa, provocando el baile de la sal y la pimienta. Debería haber empezado con el último número de *Pest Control Technician* y *Bugs Today*, pero pacté conmigo misma que merecía unos cuantos minutos para leer detenidamente las últimas revistas de moda «síntete mal con tu piel/muslos/vida». Esa era una de las pocas cosas buenas de trabajar en RRPP: las revistas gratis.

Saqué mi *Vogue* de septiembre de novecientas páginas, que ahora ya tenía un mes. Hojeé aquella bruma de tacones de aguja de colores, piernas de vértigo y labios brillantes antes de concentrarme en un artículo sobre una joven madre con unos tacones irresponsablemente altos y un vestido de noche de tafetán rojo. Sus dos bebés se tambaleaban medio a gatas por entre cipreses y esculturas, ataviados con ropa blanca vaporosa, ajenos al mundo de más allá. La idílica escena parecía estar a muchas galaxias de los chisporroteos, sonidos metálicos y pitidos de Bagel Towne.

Cuando terminé con el *Vogue* –todavía sin rastro de Jules– pasé a mi otro placer inconfesable, *Town & Country*. Sus páginas revelaban un mundo tan bello y decadente que era como echar un vistazo a la vida en otro planeta, un lugar en el que las rosas nunca se marchitan y todas las casas tienen vistas a un mar azul turquesa.

Cuando solo llevaba unas cuantas páginas, en algún lugar entre las alfombras de lujo y los relojes todavía más de lujo, lo vi. O, mejor dicho, lo

vi a él.

Allí, en los ecos de sociedad, con una expresión ligeramente incómoda por ser fotografiado, pero perfectamente cómodo en su esmoquin hecho impecablemente a medida, estaba Alexander Collier van Holt. Su sonrisa era franca y ancha, el pelo denso y oscuro, sus ojos de un azul inolvidable. Por separado, cada rasgo era impresionante, pero juntos creaban una imagen excepcional entre los hombres desaliñados y medio barbudos de hoy: se trataba del hombre tradicionalmente guapo. De esos que puedes ver anunciando colonia o relojes, no zapatillas de deporte. A su lado había dos mujeres con vestidos lisos, una mayor, otra más joven, pero las dos con el color del pelo y de los ojos iguales a los de él. Sus manos colocadas con gesto protector en los brazos de él me decían que ellas también reconocían su singularidad.

Me acerqué a la imagen y miré fijamente su rostro y luego dejé escapar mis pensamientos:

—¡Dios mío! —exclamé, para todo aquel que quisiera oírme.

Ese hombre, al que conocía como simplemente Alex, había trabajado en el mismo edificio que yo cuando hacía un año que había terminado la universidad. Trabajaba en Philadelphia First, una gran fundación que daba montones de dinero a las artes, al mundo académico y a la sanidad. La empresa en la que yo trabajaba entonces, una pequeña agencia de RRPP dirigida por dos periodistas del *Philadelphia Inquirer*, compartía planta con la fundación y a menudo nos beneficiábamos de esa proximidad. Muchos de los clientes de nuestra agencia eran receptores de becas de la Philadelphia First, ansiosos de darnos al menos una parte de su nuevo capital a cambio de un poco de reconocimiento mediático.

El trabajo era bastante rutinario, pero Sharon y Barbara, mis inteligentes y sarcásticas jefas, me encantaban. Había aprendido más el primer día con ellas que durante todo un semestre de Imagen versus Moralidad: Buenas Prácticas en Relaciones con los Medios, aunque me limitara a pasar a limpio listados de medios, a mandar por fax comunicados de prensa y a recopilar recortes de periódico en cuadernos de espiral. También me encantaba el edificio, unos antiguos almacenes comerciales del siglo XIX conocidos en su momento por sus elaborados escaparates. Cada mañana, cuando pasaba por el vestíbulo, buscaba con la mirada los querubines dorados desconchados que miraban

hacia abajo desde las molduras del techo tallado. Antaño habían presidido el desfile de consumidores en busca de sombreros de bombín y de colonia de agua de rosas, pero ese verano observaban, entre risas, cómo una joven rubia vestida de Ann Taylor y con tacones de Payless hacía su entrada cada mañana.

Fue un día cálido de finales de abril, mientras hacía cola en el puesto de café de la entrada, cuando vi a Alex por primera vez. El sol de la mañana dibujaba manchas curvilíneas amarillas en el vestíbulo, iluminando las medias de las mujeres y los maletines de los hombres que pasaban. Él estaba detrás de la muchedumbre, en el ascensor del fondo, tocando la tecla de subir una y otra vez y buscando ayuda con la mirada.

Era alto, de facciones angulares masculinas, con un aspecto que era todavía un esbozo de la obra maestra en la que se convertiría. Tenía las mejillas y la nariz bronceadas, como si acabara de regresar de una estación de esquí, y el pelo denso y oscuro se le había soltado de la rigidez de la gomina, cayendo por sus impresionantes ojos azules. Llevaba una chaqueta azul marino clásica, una camisa blanca impecable y pantalones crudos, todo con pinta de caro y hecho a medida, pero en contraste con unos náuticos embarrados y una mochila deshilachada roja y negra. En conjunto, su aspecto era como de asesor de campamentos juveniles transformado en becario de dirección, ese tipo de joven que encandila a madres e hijas a partes iguales.

Todavía desconcertado por los ascensores, levantó la vista con expresión ansiosa en el momento en que yo me acercaba a él, ensayando una actitud despreocupada y tranquila.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, gracias —dijo, sonriendo aliviado—. Es mi primer día y no soy capaz de adivinar cómo se abre esto.

—Necesitas una tarjeta —le expliqué—. Están cerrados.

Haciendo equilibrios con el vaso de café y el bolso, intenté pasar mi tarjeta electrónica por el teclado con gesto indiferente, pero se me resbaló y saltó volando. Miré cómo le golpeaba claramente en la entrepierna antes de caer al suelo con estrépito.

Él se encogió un segundo y luego se agachó a recogerla. Demasiado mortificada para hablar, me metí en el ascensor con la esperanza de que la luz tenue disimularía mi cara, ahora ruborizada y sudorosa de vergüenza. Él entró detrás de mí, al parecer sin haber sufrido ningún daño.

–¿Qué planta? –musité, paseando el dedo por los números.

–Sexta –dijo, mientras se cerraba la puerta.

–Oh, como yo.

–¿Philadelphia First?

–No. Trabajo en Salmon & Sisley Communications.

Mientras el ascensor subía, mantuve la mirada en los botones intermitentes que se acercaban a la planta seis, todavía demasiado avergonzada como para mirarle a la cara. Encontrarme a solas con un hombre como él no era algo que me pasara todos los días. La mayoría de tíos con los que me topaba olían a hamburguesa con queso y a champú barato; este olía como una mañana de Navidad.

–Empiezo hoy en Philadelphia First. Prácticas en el departamento de políticas públicas. Soy Alex. –Su voz, profunda pero cálida, llenó el ascensor.

–Yo soy Abbey, encantada de conocerte.

–Igualmente –dijo, y me tendió una mano mientras mantenía la otra como si se protegiera la entrepierna. Lo miré, horrorizada, hasta que me di cuenta de que estaba bromeando. Le estreché la mano y nos echamos a reír.

La puerta se abrió y me hizo un gesto para que saliera delante de él. Me volví y anduve lentamente hacia mi despacho, deseando poder prolongar la conversación. Entonces oí su voz: «Abbey, espera, creo que esto es tuyo».

Me volví y lo vi con el brazo extendido de nuevo, esta vez con mi tarjeta del ascensor en la mano. Cuando me acercaba otra vez a él, nos miramos fijamente. Tomé sigilosa y lentamente la tarjeta de su mano, nuestros dedos se tocaron. Fue un momento peligrosamente íntimo para un pasillo de oficina. Y, obviamente, las puertas del ascensor volvieron a abrirse, sumando gente – desconocidos sin cara y sin nombre– a nuestro momento privado. Alex sonrió y luego se volvió hacia las puertas de nogal y cristal de Philadelphia First.

Me quedé parada, mirando cómo se alejaba de mi vida.

O eso fue lo que pensé. Al cabo de dos días, mientras estaba ocupada mandando comunicados de prensa por fax, una llamada me pilló fuera de juego. Estuve a punto de no responder, puesto que el ruido del fax hacía casi inaudible los timbres del teléfono.

–Hola, Abbey –dijo una voz masculina con cierta timidez–. Soy Alex. Nos

conocimos el otro día, ¿te acuerdas?

–¡Hola! ¿Cómo estás? –Giré con la silla y me acerqué más al auricular, a la vez que me tapaba el otro oído con un dedo. Era una llamada importante.

–Me han dejado volver, o sea que supongo que todo bien. ¿Y tú?

–Bien, gracias. –Mi tono de voz era un poco más alto de lo que habría deseado. Me aclaré la garganta. Él hizo lo mismo y no dijo nada más. Transcurrieron unos segundos incómodos hasta que, finalmente, interrumpí el silencio con una pregunta–: Ejem, ¿necesitas algún servicio de relaciones públicas o algo similar?

–No –dijo, con una risa nerviosa–. No llamaba por eso, aunque estoy seguro de que harías un trabajo fantástico. Llamaba..., llamaba para saber si te gustaría salir conmigo algún día. ¿Tal vez el viernes por la noche? Toca el grupo de un amigo... y cerca del local está ese nuevo restaurante tailandés...

Su voz empezó a vacilar un poco, mientras yo me debatía sobre qué responder. A pesar de que todos los huesos del cuerpo me pedían decir sí, a pesar de que tenía veintitrés años y todos los motivos del mundo para lanzarme de cabeza al juego, y a pesar de que ese chico parecía agradable, cariñoso y más que *sexy*, hice lo que cualquier buena chica seguidora de las normas hubiera hecho: decir la verdad.

–Me siento muy halagada –dije, con el corazón acelerado a modo de protesta mientras ni siquiera mis órganos internos podían creer lo que estaba a punto de decir–. Pero tengo novio.

–Dios mío, siento llegar tan tarde –se disculpó Jules–, pero Charlotte me hizo modificar una maqueta cuando el cliente ya la había aprobado.

Posó ruidosamente su enorme llavero sobre la mesa y luego se deslizó, con su también enorme bolso trenzado y su almuerzo metido en una bolsa de papel, en el asiento de enfrente.

–O sea, que ahora estoy totalmente atrapada entre ella y el cliente y no tengo ni idea de lo que tengo que hacer. Creo que mandaré el archivo tal y como está y le diré que al cliente no le ha gustado. O a lo mejor lo cambio y dejo que ella tome..., que ella tome... ¿Por qué no me escuchas? ¿Qué ocurre? Por favor, no me digas que es el *mailing* de las termitas.

–No, el *mailing* está bien. Está terminado. De verdad.

–Bueno, pues ¿entonces? Tienes cara de haber visto un fantasma.

–Es que..., de alguna manera, lo he visto.

–¿Qué? ¿Quién? –dijo, a la vez que se dejaba caer en la silla, aliviada; luego se reincorporó moviendo las manos–. ¡Espera! No me lo cuentes hasta que no lo haya sacado todo.

Metió el móvil y las llaves en el bolso, liberó su melena rojiza de la chaqueta a rayas que llevaba y sacó tres fiambreras con comida. Miré encima de la mesa, ansiosa por ver qué extraña dieta hipocalórica le tocaba consumir hoy.

Para una chica (básicamente) flaca y sin pecho como yo, Jules era curvilínea, voluptuosa y encantadora. Pero para el resto del mundo –y para ella misma– le sobraban doce kilos. Cada equis meses probaba la última dieta de moda, cocinaba los menús de toda la semana con las recetas indicadas en la diminuta cocina de su estudio, pero normalmente al tercer día acababa tirando la toalla. La había visto probar la dieta sin carbohidratos, la dieta paleolítica, la dieta del grupo sanguíneo y hasta comer solo alimentos rojos y amarillos. No me atrevía a soltarle lo que realmente tenía ganas de decir: que ninguna de aquellas dietas «garantizadas» funcionaría jamás y que, para mí, ella era perfecta y bella tal y como era. Siempre que le hacía algún comentario sobre su aspecto, me lanzaba una mirada asesina y me decía lo mismo: «Para ti es muy fácil decirlo. Tienes marido e hijos. A mí se me está acabando el tiempo». A lo que yo le contestaba: «Tonterías, tienes un montón de tiempo».

Aunque, como estaba a punto de cumplir treinta y seis años, las dos sabíamos que probablemente Jules estaba más en lo cierto que yo. El tiempo era una bruja cruel y refinada que se emperraba en dejar atrás a las chicas rollizas, *hippies* y amantes de los perros. Por muy amables, guapas e inteligentes que sus mejores amigas las consideraran.

Así que decidí no decir nada mientras sacaba su actual solución infalible para perder peso; me limité a observar cómo abría los pequeños recipientes de plástico y colocaba sus contenidos en un plato de papel que había pillado de la barra de Bagel Towne. Al menos, la elección de esa semana –la dieta de la costa del Pacífico, que prometía que si comías con palillos lo harías más lentamente y te sentirías saciado más rápido– le había durado hasta el viernes. Fingí que comer un plato tailandés preparado en casa con palillos en un restaurante de *bagels* me parecía lo más normal del mundo y seguí

contándole mis noticias.

—¿Te acuerdas de cuando trabajaba en aquella agencia pequeña, justo al acabar los estudios, y conocí a aquel chico en el ascensor? ¿El que hacía las prácticas?

—La verdad es que no, ¿por qué?

—Vamos, sí que te acuerdas. Aquel tan mono. El que estuve a punto de castrar con mi tarjeta de entrada.

—Ay, eso me suena. ¿No te pidió que salieras con él, o algo?

—¡Sí! Y, burra de mí, le dije que no —le recordé, y luego le acerqué la revista y le señalé la foto con énfasis—. Pues, mira, aquí está.

—¡Caramba! Desde luego, el tío sabe cómo llenar un esmoquin —dijo, acercándose más la revista.

—Bueno, es normal. Es un Van Holt.

—Y, al parecer, un gran protector de los jardines botánicos —dijo, tras leer el pie de foto—. Qué admirable —añadió, y puso los ojos en blanco mientras me devolvía la revista.

—Ni siquiera le di una oportunidad —seguí, en voz baja y seria—. Mis jefas estaban horrorizadas: no podían creerse que hubiera rechazado a un Van Holt. Ni entendían como una persona de veintitrés años no había aceptado esa cita, con o sin novio.

—En fin, qué más da —dijo Jules—. Probablemente sea un tipo raro. Cocainómano, asesino en serie o cualquier cosa.

—No, parecía un chico cariñoso. No el tipo rico estirado ni cosas por el estilo. Aunque entonces yo no sabía quién era.

Volví a coger la revista y lo miré todavía más de cerca, y luego levanté la mirada:

—¿Cómo pude ser tan tonta? —proseguí—. El novio que tenía en aquel momento, al que dedicaba tanto tiempo, me dejó como al cabo de tres minutos. ¿No podía haberse dado cuenta de que no quería comprometerse antes de que Alexander van Holt me pidiera quedar?

Sentí que se me encogía el corazón, como si aquella llamada hubiera tenido lugar ayer y no hace un montón de años.

—Basta —dijo Jules—. ¿Por qué te alteras tanto? ¡Qué más da!

—Sé que es una tontería, pero no puedo evitar pensar en cómo sería mi vida ahora si, simplemente, le hubiera dicho que sí —le expliqué.

—¡Ay, Dios mío, Bee! —exclamó Jules, usando mi apodo de la universidad y

un tono más suave—. No fue ningún error, si tienes una vida fantástica.

—Lo sé, lo sé. Adoro a mis hijos, son más que maravillosos —respondí, mientras se me humedecían los ojos—. Pero es que la vida es muchísimo más difícil de lo que me había imaginado. No hay dinero ni perspectivas de ganarlo; Jimmy nunca está, los niños siempre se están peleando y el trabajo me supera y, sencillamente, estoy tan cansada... Muy, muy cansada.

Sin saber por qué, me eché a llorar; las lágrimas me caían por las mejillas y salpicaban la mesa de formica naranja. Aparté el *bagel* y las revistas y apoyé la frente por entre las semillas de sésamo. Empecé a sollozar de manera incontrolable, en plena hora de la comida del Bagel Towne. Jules, la amiga que siempre está a tu lado y nunca se avergüenza de ti, se me acercó y me acarició el pelo, susurrándome cariñosamente palabras de consuelo mientras apuñalaba mi *bagel* con los palillos. Al cabo de unos minutos empecé a calmarme y a dejar que el frío de la mesa y las voces de fondo del restaurante me arrullaran hasta serenarme.

Cuando se me pasó, Jules habló.

—Bueno, Abigail Owen Lahey, personalmente me alegro de que nunca salieras con ese ricachón. No soy capaz de imaginarte recauchutada de bótox y maquillada y almorzando con un puñado de pijas.

—Ni yo —dije, con la cabeza todavía apoyada en la mesa—, pero apuesto a que el señor Alexander Collier van Holt no tiene que preocuparse nunca por la hipoteca. Y, por cierto, no creas que no me he dado cuenta de que te comías mi *bagel*.

—Cállate, zorra —respondió, impasible.

Jules es única arrancándome carcajadas en medio de las lágrimas.

Jimmy iba a recoger a Sam de vuelta del trabajo, y a Gloria no la llevarían a casa hasta más tarde, de modo que sabía que me quedaban unos cuantos minutos para ponerme un pantalón de chándal y unas zapatillas, empezar a preparar la cena y, tal vez, hasta usar el baño sin público a mi alrededor. Había podido salir del trabajo media hora antes, gracias a que Charlotte necesitaba que le arreglaran una uña rota antes de su reunión de los Jóvenes Amigos del Museo Rodin. Tan pronto como hubo cruzado la puerta, se apagaron los ordenadores y la gente recogió sus bolsos tan rápido que parecía

que había una amenaza de bomba.

Emprendí la cuesta de nuestra calle de casas tipo cubo de ladrillo y bungalós de piedra de los años setenta y llegué a la residencia Lahey. Era una vivienda típica de la zona, con su puerta principal encarada a la del vecino, al más puro estilo de la zona de Pennsylvania Dutch: marcos de madera clara destacados por una chimenea de piedra azul grisácea. Nada espectacular, pero sólida y bien construida. Era una de las pocas casas de nuestra calle sin una horrenda ampliación pegada al trasero. En otros barrios, nuestra familia de cuatro miembros representaba la media; en la católica Grange Hill, era como si acabáramos de empezar.

El nuestro era un municipio dormitorio, un Triángulo de las Bermudas de clase media-baja embutido entre West Filadelfia, el prestigioso Main Line y las extensas granjas de caballos de Chester County. Era el tipo de lugar en el que los padres todavía gritan a sus hijos en público, los decorados del jardín y los abrevaderos para pájaros se siguen considerando monos sin deje de ironía, y las tiendas llevan el nombre de lo que venden: «Frutas y verduras», «Cervezas y refrescos», «¡Lámparas!» (con el signo de exclamación, en representación de la idea del *branding* que predomina en Grange Hill). El pueblo parecía resentirse de décadas de una mezcla de abuso y negligencia, y el distrito postal entero pedía a gritos una limpieza a fondo.

Entré en el acceso al garaje con el piloto automático y tuve que pisar el freno para evitar incrustarme contra la puerta lateral de un coche deportivo, rojo brillante, aparcado de manera descuidada en el asfalto. Su placa personalizada de matrícula —«GRRRR»— no daba demasiadas pistas sobre su propietario.

—¿Quién demonios...? —dije, mientras apagaba el motor y recogía mis cosas.

Subí corriendo las escaleras del porche trasero y me di cuenta de que todas las luces de la casa estaban encendidas y que la puerta no solo estaba sin cerrar, sino ligeramente entornada; se abrió con facilidad cuando la empujé para entrar. También advertí que el perro, que cuando llego normalmente está dando golpes a la puerta con la pata, ya estaba fuera en el jardín.

Presa del pánico, lancé las bolsas sobre la mesa de la cocina y corrí de una habitación a otra, sin estar muy segura de lo que buscaba. ¿Ladrones? ¿Yonquis en busca de droga? ¿Un vecino, el que siempre volvía borracho de la *happy hour* del pub, que se hubiera confundido de casa y se hubiera echado

a dormir en nuestro sofá? (En realidad, eso ya había sucedido en una ocasión; le dimos un café bien cargado y lo acompañamos a su casa.)

Y entonces, arriba, oí unas voces y el sonido del agua corriente.

—¿Jimmy? —susurré, mientras subía las escaleras con prudencia, avanzando lentamente por la moqueta desgastada.

Y luego otro ruido, una risita aguda que reconocí.

Cuando abrí la puerta del baño salió una nube de vapor y me encontré frente a mi hija Gloria sentada en la taza del váter con una toalla blanca que envolvía su cuerpo diminuto y una segunda toalla a modo de turbante que le enmarcaba la cara rosadita. Y de pie frente a ella, alguien todavía más siniestro que un ladrón o un vecino borracho: mi madre.

Roberta Eleanor Owen DiSiano no era una abuela típica, ni una madre típica. Qué diablos, ni siquiera era una mujer típica. A sus sesenta y dos años llevaba el pelo corto, rubio y despeinado, varias capas de maquillaje y unos pendientes largos y ruidosos que le llegaban a los hombros. En verano vivía embutida en falditas de tenis y vestiditos escotados, pero en un día fresco de otoño como hoy llevaba vaqueros ajustados, un jersey ancho, botas forradas de borreguillo y un montón de abalorios de color plata y turquesa. Al lado de mi pequeña hija envuelta en enormes toallas blancas parecía un putón esquimal asomándose al iglú más pequeño del mundo.

Tenía que admitir que Roberta se conservaba bien para su edad —firme y en forma, pintada y depilada—, pero llevaba décadas avergonzándose con su selección de atuendos. Día y noche, su ropa era siempre un poco demasiado ajustada y un poco demasiado corta. Decía que se vestía de acuerdo con su «espíritu de tigresa», pero yo no tenía ni idea de lo que quería decir y tampoco tenía ganas de preguntarle. Lo único que sabía era que estaba desesperada por llamar la atención: de hombres, de mujeres, de los cajeros del banco, de los camareros, de Gloria, mía, de cualquier ser humano que respirara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, tratando de recobrar el aliento—
¿Y qué hace Gloria contigo?

—Tranquila, Abigail —me dijo, sin desviar la vista del esmalte de uñas, del mismo tono rojo ardiente que sus labios, que estaba aplicando cuidadosamente a las uñas de los pies de mi hija de cinco años—. He salido pronto del trabajo y se me ha ocurrido recoger a Gloria del cole para enseñarle mi coche nuevo.

–Mamá, eso no lo puedes hacer. Tienen sus normas –le dije, exasperada–. Si la persona que recoge al niño es distinta, hay que avisarlos con antelación.

–Es una escuela primaria, no el Pentágono.

Gloria intervino, envalentonada por sus nuevas uñas y la hora que había pasado con el espíritu de tigresa:

–Sí, mamá, no es el *Pentagogo*.

Cerré los ojos y respiré hondo, tratando de conservar la calma:

–No me gusta que Gloria lleve las uñas pintadas, ya lo sabes. Y ella también lo sabe. Mamá, me gustaría que respetaras...

–Bueno, es que las chicas tenemos que estar estupendas un viernes por la noche, ¿no es cierto? –preguntó, arrollándome, y luego se volvió hacia su nieta–. ¡Y cuando hayamos terminado podemos ir al piso de abajo a comer helado y hablar de chicos!

–¡Yupiiii! –exclamó Gloria, que se levantó de la tapa del váter y salió disparada antes de que pudiera decirle no al helado, a las uñas pintadas, a la diversión.

Me metí en el baño y cerré el grifo de la ducha, luego me puse a recoger la ropa de Gloria.

–Mamá, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Mi vida no es un episodio de *Sexo en Nueva York*, y mi hija de cinco años no es una de tus amigas –le recordé–. Yo no soy Miranda, ni Gloria es Charlotte, aunque tú sí seas Samantha.

–Obviamente que no, Abigail –respondió, mirándome a los ojos por primera vez desde mi entrada en la estancia–. A Miranda no la verás nunca con esa pinta que llevas.

Una vez que los niños estuvieron acostados, los platos lavados y la ropa limpia bien doblada, me llevé una infusión a la cama. Entré con cuidado en la habitación, intentando no despertar a Sam, que dormía profundamente como solo un niño es capaz de hacerlo, a pocos palmos de mí. Teníamos su cuna en el hueco del armario porque el radiador de su dormitorio se negaba tozudamente a calentarse. (Al principio de comprar la casa, nuestro plan era renovar la habitación trasera y añadir un baño, pero con las restricciones económicas, lo que debería haber sido una habitación infantil de paredes azul

cielo con monitos pintados había quedado reducido a un cuarto trastero para la ropa de fuera de temporada, los viejos altavoces, los palos de hockey y los archivadores de los documentos fiscales.)

Me metí en la cama, sujetando mi taza humeante con cuidado, y me apoyé en la pila de almohadones. Cuando me disponía a recuperar la lectura de la novela de Edith Wharton que estaba leyendo –me quedaban pocas páginas para llegar al final– apareció Jimmy con un sobre blanco en la mano.

–¿Qué ocurre? –le susurré.

–¿Puedes decirme qué es una *bucket bag* y por qué cojones cuesta quinientos noventa y ocho dólares? –me preguntó, medio riéndose, medio enfadado–. Espero que sea algún tipo de maniobra de marketing de esas en las que luego te devuelven el dinero.

–Antes que nada, no me dedico al marketing, sino a las relaciones públicas. Y segundo, no es asunto tuyo –le contesté, a la vez que intentaba hacerme con el sobre.

Lo mantuvo fuera de mi alcance, sabiendo que estaba atrapada por una taza de infusión caliente sobre una cama deshecha. Me miró fijamente hasta que confesé.

–Es un bolso, ¿vale? Lo compré hace un par de semanas.

–¿Por qué?

–No lo sé. Tenía un mal día. Y supongo que me pilló en un momento de debilidad.

–¿De modo que te gastaste seiscientos dólares en un bolso? Es una locura.

–No, no lo es. Muchas mujeres que conozco llevan bolsos mucho más caros–. Y esas mujeres no trabajan ni la mitad que yo, quise añadir, pero no lo hice. Nos miramos durante unos segundos.

–Abbey, ya sabes que no nos lo podemos permitir. –Suspiró y desvió la mirada–. Dios mío, ¿por qué haces siempre lo mismo?

–¿Hacer qué?

–Hacerme sentir como el malo.

–No eres tú el malo; obviamente, lo soy yo por querer gastar mi dinero en algo para mí.

–¿Tu dinero? –dijo, en un susurro-grito–. ¿Por qué cuando ganas tú el dinero es tuyo, pero cuando lo gano yo es nuestro? No es justo.

Lo que no es justo es que tú no ganes nada, quise gritarle. Te quedas en el despacho esperando a que llame alguien, o bebiendo en el bar de tu hermano,

mientras yo me paso el día de acá para allá haciendo equilibrios entre el trabajo, los niños, la casa y las cuatro mil responsabilidades más que, de alguna manera, me cayeron encima cuando me casé contigo.

Pero, demasiado cansada para seguir discutiendo, le dije:

–Lo devolveré.

–Mañana.

Dejó caer el sobre delante de mí, con sus ojos castaños casi negros de rabia, y salió de la habitación, con el crujido del parqué subrayando su enfado.

Quise tirarle la factura, pero las hojas se separaron y volvieron a caer revoloteando sobre mi regazo, como si se burlaran de mí. Las arrojé al suelo, dejé la taza a un lado y me volví a recostar sobre los almohadones.

Debería haberme levantado a lavarme los dientes y a quitarme el maquillaje de los ojos, pero me daba igual. Apagué la luz y me acurruqué bajo el edredón, con el sabor amargo de la infusión todavía en los labios.

La mañana siguiente le pedí a Jimmy que vigilara a los niños mientras me iba directamente a Nordstrom. Me daba horror, consciente de que la dependienta echaría un vistazo a mis Uggs falsas y a mis aún más falsos pendientes de diamantes, y me dedicaría aquella mirada de «las dos sabemos que ni siquiera deberías estar aquí». Cuando tomaba la Route 1 en dirección al centro comercial City Line, me sorprendí pensando en aquella foto de Alex van Holt en *Town & Country*. ¿Cómo serían sus mañanas de sábado? ¿Habría vuelto a pensar en mí después de aquel día?

En un semáforo, me detuve detrás de un bonito BMW azul marino, con sus ventanas relucientes ocultando a la familia brillante de su interior, y me pregunté por qué las opciones que eliges de joven nunca parecen importar hasta que eres demasiado mayor para volver atrás y rectificar. O estás demasiado cansado para ni tan siquiera intentarlo. Era una mujer de treinta y siete años que había trabajado a tiempo completo toda su vida adulta, pero en cambio pertenecía enteramente a otras personas –mis hijos, mi marido, mi jefe, mis clientes y hasta mi madre–. Mi agenda estaba llena de listas del súper, comunicados de prensa a medio redactar, recibos de la tintorería, recordatorios de citas, facturas vencidas y una receta de algo que el

veterinario juraba que resolvería aquellas extrañas manchas en el lomo del perro.

Y ni siquiera tenía derecho a un bolso de diseño para llevarlo todo.

De modo que fue una mezcla de irritación, rabia y autocompasión con la que entré en la animada primera planta de Nordstrom y me encaramé en las escaleras mecánicas, sintiéndome expuesta y vulnerable, no solo por haberme encontrado con el dúo Betsy/Ellen, sino por las luces demasiado estridentes de los grandes almacenes. Pisando fuerte los escalones en movimiento y mascullando para mis adentros, con las manos ocupadas por el paraguas, vaso de café y cajas y bolsas, sentía el corazón acelerado y el cuerpo extrañamente inestable. A medida que los accesorios de la primera planta se alejaban, perdí el punto de apoyo y... el equilibrio.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que no tuve tiempo de sentirme aterrorizada, y los demás debieron de pensar que estaba pegando un salto extrañamente coreografiado. Me precipité hacia atrás, moviendo las manos como aspas de molino, al tiempo que el café saltaba por los aires dibujando un arco. Intenté sujetarme a la barandilla pero me pasé de largo, de modo que, cuando me volví hacia ella, la golpeé cual gimnasta en las barras asimétricas y salté por encima. Junto con el paraguas, mi viejo bolso y la caja plateada, mi cuerpo se precipitó al vacío.

Un segundo más tarde me golpeé la cabeza contra la banqueta del piano de Nordstrom y luego contra el suelo, un golpe en dos etapas contra la madera y el mármol más implacables. Vi que el bolso rojo salía de la caja y luego se deslizaba sobre sus patitas doradas.

Después me llegó un olor a rosas y oí unas cuantas frases de una melodía clásica; el olor exageradamente dulce y la música espectacular hicieron que todo aquel accidente pareciera todavía más ridículo.

Me desperté con el goteo suave y repetitivo de un dispositivo intravenoso en una habitación, por lo demás, tranquila y silenciosa. Cuando abrí los ojos y empecé a enfocar la vista, vi la pintura color crema impecable de unas paredes lisas, la luz cálida de una lámpara de cristal sobre una cómoda de nogal y un pequeño rótulo enmarcado en el que ponía «NO FUMAR» con una caligrafía hecha con plantilla. También sobre la cómoda, extrañamente fuera de lugar en aquella habitación perfectamente decorada, una jarra de agua de plástico azul y un poco de gasa.

Levanté la cabeza, pero luego cerré los ojos e hice una mueca. Tenía la sensación de que me habían golpeado con un martillo y sentía un dolor palpitante en el oído derecho. Levanté la mano y me lo toqué con cuidado; esperaba encontrar sangre pegada y una herida abierta, pero solo noté pelo suave y un ligero bulto.

Hice unas cuantas respiraciones profundas y, cuando el dolor remitió un poco, o me acostumbré a él, volví a mirar alrededor. Y lo entendí mejor. Estaba tumbada en una cama, en un hospital. Pero no era una de las habitaciones compartidas y desaliñadas del Delaware County Memorial, donde había dado luz a mis hijos. Las paredes estaban decoradas con unas delicadas acuarelas; había un televisor de pantalla plana, un baño en suite y, a mi lado, sobre una bonita mesilla de caoba, un ramo de peonías obscenamente grande. Al ver aquella explosión de pétalos rosados, me entró miedo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuán graves eran mis lesiones? La única razón por la que Jimmy se hubiera gastado más de 12,99 dólares en flores solo podía ser que mi pronóstico fuera realmente malo.

Oh, Dios mío, estoy parálitica, pensé. Me he quedado desfigurada para siempre. O, aún peor, tengo hemorragias internas y me quedan pocos días de vida. Seré la primera persona de la historia que ha muerto yendo de

compras... Qué humillante.

Pero entonces, antes de que mi acelerado corazón pudiera degenerar en un auténtico ataque de pánico, apareció el doctor más estupendo que había visto en mi vida; todo él era dentadura impecable, ojos brillantes y hombros fuertes. Me sonreía como si fuera Marilyn Monroe recién resucitada. Llevaba un traje muy bonito, en vez de bata, de modo que me pregunté si había acabado su turno y se dirigía a una reunión o a una cena. Y si era una cita, la dama era realmente afortunada.

—¡Estás despierta! —exclamó, mientras se acercaba a mi cama y me tomaba la mano—. Lo siento, quería estar aquí cuando abrieras los ojos.

Vaya, este hospital mejora por segundos, pensé, sin dejar de mirar a aquel hombre. Y entonces, lentamente, como si fuera una foto borrosa que empezaba a enfocarse, reconocí el pelo, la mandíbula y la cara de la revista. Sus ojos, antes apagados por las limitaciones del papel impreso, tenían en la realidad un brillo intenso. Qué extraña coincidencia después de tantos años. No tenía ni idea de que Alex van Holt hubiera planeado estudiar Medicina.

—¿Qué me ha pasado, doctor? le pregunté, esperando que no me reconociera.

—¿Doctor? —me dijo, con una sonrisa adorable—. Esto sí que es nuevo. —Se rio un momento, pero luego se puso serio, al darse cuenta de que no bromeaba.

—Soy yo, cielo —me dijo, en voz baja—. Alex.

—Sí, lo sé —le respondí, esbozando una sonrisa—. Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

Su cara de preocupación fue a más cuando barboteé: «¿Qué hago aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Y dónde está mi marido? ¿Alguien ha llamado a Jimmy?».

Sus ojos se abrieron todavía más y me estrechó la mano:

—¿Qué quieres decir? Soy yo, tu marido.

Lo miré parpadeando, confundida.

—¿No me reconoces? —prosiguió—. Solo llevamos casados diez años.

Moví los ojos arriba y abajo, asimilando su expresión ansiosa, sus manos cálidas, su sólido Rolex plateado, su fina alianza dorada. Deduje que estaba soñando, de modo que cerré los ojos y respiré hondo unas cuantas veces, esperando que al abrirlos me encontrara frente a la vieja gorra de béisbol y la barba incipiente de Jimmy.

—Estás en el hospital. Te caíste mientras estabas de compras. Los médicos

dicen que evolucionas bien, que no has sufrido ninguna lesión permanente. En realidad, no tienes más que rasguños superficiales.

Volví a abrir los ojos. Seguía allí. Retiré la mano de entre las suyas y levanté las sábanas, buscando el botón para llamar a las enfermeras. Me dispuse a salir de la cama, pero ese movimiento repentino me produjo un mareo que me hizo volver a apoyar la cabeza sobre la almohada.

El guapo pirado que afirmaba ser mi marido empezó a dar voces por el interfono de las enfermeras y, en pocos segundos, aparecieron dos mujeres ataviadas con batas del mismo elegante color de las paredes que me instaban a quedarme quieta.

—¡Señora Van Holt, por favor, tumbese!—Sus manos cálidas me mantenían acostada, con suavidad y a la vez firmeza.

La mayor de las enfermeras se puso a hablar en un tono fuerte y pausado:

—Señora Van Holt, Abigail, ha sufrido un accidente. Se pondrá bien, pero debe calmarse. Tiene un golpe en la cabeza y tiene que guardar reposo...

Seguí peleando, tratando de levantarme, buscando desesperadamente a mi familia con la mirada. Y entonces sentí un pinchazo en el brazo, una calidez que me invadía todo el cuerpo y la cabeza pesada.

Mientras sentía que me alejaba de ellos, oí las palabras «mi esposa» y «señora Van Holt» varias veces más.

—Pero yo... no soy—dije, tratando de aferrarme a la conciencia—, no soy...

Y empecé a hundirme en un sueño inducido por los fármacos que era del mismo azul profundo que los ojos del hombre que tenía a mi lado.

Cuando volví a despertarme estaba anocheciendo, y el sol del ocaso teñía las paredes de un tono rosa anaranjado. Estaba sola en la habitación, de modo que tuve la oportunidad de ir asimilando todo lo que tenía alrededor... y de pensar.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? Si eso era un sueño, ¿cuándo me despertaría? Me fui incorporando sobre los hombros, poco a poco, esperando a que el dolor remitiera, hasta que me quedé sentada. Aparté las gruesas sábanas y giré las piernas hasta que me quedaron colgando de la cama, como espaguetis demasiado cocidos. Encima de una rodilla tenía un feo moratón negro y violáceo, por suerte más feo que doloroso.

Oí una voz de hombre en el pasillo y agucé el oído para escuchar: «... el médico dice que no es raro que alguien que se ha dado un golpe en la cabeza sufra confusión... Cancelamos lo de St. Joe y KYW; veremos qué ocurre mañana... Claro que sí, madre, claro que me preocupa lo que diga la prensa... ¿Están bien, los niños?... No. Sí. *Okay. Ciao*».

¿Hablaban de mí? ¿De mis hijos? ¿De *nuestros* hijos? ¿Y por qué estaba preocupado por la prensa? ¿Y qué tipo de hombre llama a su mamá «madre»? ¿O se despide con un *ciao*?

Seguía haciéndome preguntas, sin dejar de fruncir el ceño, cuando apareció por la puerta. Estaba aun más guapo que la última vez que lo había visto, si es que eso era posible.

—Estás despierta. ¿Te encuentras mejor?

—Ajá.

—¿Te duele la cabeza?

—No tanto.

—¿Me reconoces?

—Sí, eres Alexander van Holt. Nos conocimos hace años —le dije. Luego sonreí y le pregunté—: ¿Ha sido Jules la que te ha pedido que hagas esto? ¿Cómo te ha localizado?

Esta vez, cuando sus ojos azules se clavaron fijamente en los míos, vi lágrimas.

Esa noche, gracias a otra inyección de la enfermera, dormí profundamente y sin soñar desde las nueve de la noche hasta las ocho de la mañana. Al despertarme seguía confundida y ansiosa, pero el latido de la cabeza se había atenuado. De hecho, me sentía mejor y más descansada que en muchos meses, como si hubiera recuperado milagrosamente el sueño perdido de los últimos cinco años.

Como no había nadie en la habitación ni ningún sonido en el pasillo, decidí inspeccionar los alrededores. Ataviada con unos gruesos calcetines de hospital y arrastrando el palo del gotero como si fuera mi pareja de baile, recorrí la estancia de puntillas. Leí las tarjetas de las flores y los globos, todas ellas dirigidas a «Abbey van Holt». Miré la tabla que colgaba de los pies de la cama y me enteré de que me habían ingresado el sábado, 25 de octubre, a

las diez y media de la mañana.

Encontré unas cuantas prendas de ropa en el armario que, claramente, no me pertenecían: botas Rag & Bone, unos vaqueros tipo pitillo Current/Elliot, una camiseta J. Crew y un jersey de un agradable color crema de Theory. En el bolsillo del vaquero había algo de dinero en efectivo y una tarjeta del Bellevue Spa & Salon con una cita anotada para una limpieza de cutis. La cita era para el sábado a las dos de la tarde. Deduje que me la había saltado.

Del respaldo de una silla junto a la puerta colgaba una chaqueta deportiva de hombre, de cachemir y talla cuarenta y dos, supuestamente de Alex. Palpé los bolsillos y encontré un iPhone. Intenté abrirlo, pero estaba bloqueado. Volví a dejarlo en el bolsillo interior, zarandeando un poco la tela. Oí algo que golpeaba el reposabrazos metálico de la silla, busqué en el otro bolsillo interior y encontré una BlackBerry. Desbloqueada.

Fecha: 26 de octubre, 2014

Para: Alex <avanholt@vanholtforcongress.org>

De: Larry Liebman <lliebman@Filadelfiainquirer.com>

Van Holt:

La sección de noticias municipales se ha enterado del accidente de Abbey. Si puedes darme alguna información sobre el estado de tu esposa, los mantendré en silencio al menos un día más. De lo contrario, vete a saber lo que son capaces de publicar. Estamos a solo nueve días de las elecciones.

Larry

Fecha: 26 de octubre, 2014

Para: <lliebman@Filadelfiainquirer.com>

De: <avanholt@vanholtforcongress.org>

Se pondrá bien. Resbaló y cayó por unas escaleras mecánicas. Los médicos han querido tenerla una noche en observación, pero cancelamos todos los actos de la campaña hasta mañana.

AVH

Fecha: 26 de octubre, 2014

Para:

mirabellevanholt@vanholtfoundation.com,

aubynvanholt@vanholtfootoundation.com

De: avanholt@vanholtforcongress.org

Hola a todos:

Abbey sigue en un estado de confusión. Los médicos no encuentran ninguna explicación por los rayos X ni por el TAC, y se baraja la posibilidad de trasladarla a una unidad de psiquiatría si no mejora. Ni una palabra a nadie de este tema, ni siquiera a otros miembros de la familia. Se cancelan todos los actos del día de hoy.

Seguiré informando,

AVH

¿Van Holt for Congress? ¿Elecciones? ¿Actos? El hombre que afirmaba ser mi marido era candidato al Congreso. Y al parecer, eso me convertía a mí, y a mi salto de consumidora de grandes almacenes, en noticia de primera página. Pero antes de poder seguir leyendo oí unos pasos que se acercaban.

Volví a guardar rápidamente la BlackBerry en el bolsillo de su chaqueta y luego arrastré el palo del gotero conmigo hasta la cama. Estaba alisando las sábanas sobre mi regazo cuando un par de criaturas entraron corriendo hacia mí, vestidos de azul marino y blanco.

–¡Mami! –gritaron, mientras saltaban encima de la cama.

Ahí estaban mis hijos. El pelo de Gloria era un poco más oscuro, un poco más abundante, y tenía los ojos azules en vez de castaños. Sam era igual de mono y regordete, pero tenía un pequeño hoyuelo en la barbilla y el pelo muy cortito, en vez de sus habituales rizos rubio ceniza. Sin embargo, a pesar de aquellas diferencias, seguían siendo ellos, con sus mejillas rosadas, sus ojos brillantes y su entusiasmo desatado. Estiraban los bracitos hacia la cama de hospital; los deditos de Sam apenas alcanzaban mis muslos. Los subí a los dos encima de la cama y los abracé, respirando a fondo su olor.

–¡Cuidado, chicos! –dijo Alex desde la puerta–. No le hagáis daño a mami.

–No pasa nada –dije–, me encuentro bien, de verdad.

Después de un montón de abrazos, besos, risas y de probar cuarenta veces el botón de la enfermera, volvieron a saltar al suelo con sus zapatos de suela de piel, ansiosos por inspeccionar la abundancia de globos que había por toda la habitación. Llevaban ropa buena, la cara bien limpia y hablaban en un tono correcto. Hasta el flequillo de Sam parecía comportarse.

Alex se mostraba aliviado.

—¿Así que te acuerdas de ellos? —me preguntó en voz baja—. ¿Y de mí?

Sabía que si insistía en hablar de Jimmy jamás saldría de allí para descubrir lo que realmente ocurría.

—Pues claro —le dije, con una sonrisa—. Eres mi marido, estos son nuestros hijos y yo he tenido un accidente. Pero ahora me encuentro bien. —Hice un pequeño saludo con las manos para dar un poco de énfasis a mis palabras.

—¿Estás segura? Ayer insistías en decir que estabas casada con un tal Jimmy.

—¿De veras? Qué gracioso —dije, fingiendo naturalidad. Luego me tapé la boca como si susurrara y añadí—: Debieron de darme una sobredosis.

Él no se rio, solo siguió observándome, de modo que volví a decirle:

—Te lo prometo, me encuentro bien.

Y eso no era ninguna mentira; en realidad, me sentía bastante bien.

Levanté la vista y miré alrededor, y luego volví a mirarlo a él.

—¿Podemos marcharnos de aquí?

Finalmente me sonrió y no pude evitar devolverle la sonrisa. No tenía ni idea de cómo había ocurrido todo aquello, ni de lo que iba a suceder, pero también sabía que no iba a saberlo desde los confines de aquella habitación de hospital. Ni encerrada en una unidad de psiquiatría.

Tenía que estar ahí por mis hijos, que obviamente no tenían ningún problema con la nueva yo ni con su nuevo padre. También llegué a la conclusión de que, si aquello era un sueño, una experiencia extracorpórea o una demencia transitoria, también podía disfrutarla. Y a él.

Como no estaba mareada, ni tenía náuseas ni visión doble, y puesto que el TAC que Alex había insistido en que me hicieran no detectó ni hinchazón ni sangrado de ningún tipo, tuvieron que darme el alta hospitalaria. Firmé un montón de papeles con una sonrisa, prometí andarme con más cuidado y, siguiendo el protocolo del hospital, hasta accedí a salir en silla de ruedas. Después de cruzar la ciudad en un enorme monovolumen negro con las ventanas tintadas, y de subir a un ascensor con paneles de madera, me encontré rodando por el ático de un condominio en el exclusivo Rittenhouse Square de Filadelfia. Como iba en una silla de ruedas empujada por un

hombre alto y negro llamado Oscar, cuyas sonrisa cálida y actitud bromista contrastaban con su traje y sus gafas de sol tipo servicio secreto, y a quien los chicos conocían lo bastante como para llamarle Big O, nadie se dio cuenta de que yo no tenía ni idea de cuál era la puerta de entrada a nuestro piso. Aunque también era cierto que en toda nuestra planta había solamente dos puertas entre las que elegir.

Alex dejó que Gloria y su ramo de globos anduvieran delante, mientras Sam se desplazaba conmigo, orgullosamente apostado sobre mi regazo. Me pareció un trayecto eterno, pero finalmente llegamos a la puerta marcada con un «DOCE», en cursiva, que Alex abrió con un empujoncito, sin usar ninguna llave. Al otro lado había una sala de estar del tamaño de una república bananera.

Dos consolas lacadas delimitaban el pequeño recibidor que daba a un salón de planta abierta con una zona de comedor decorada en varios tonos de crema y blanco. En el centro, anchos sofás de terciopelo beis flanqueaban una mesilla de cristal y metal colocada sobre una moqueta blanca mullida. En una pared, unas estanterías de obra contenían cuencos decorativos, estatuas doradas de Buda y libros enormes y, a la derecha, una larga mesa de madera pulida resplandecía bajo la pantalla de la lámpara más grande que había visto en mi vida. Las paredes estaban llenas de grandes cuadros de pintura moderna, algunos con unas pocas manchas de color, unos cuantos espejos que parecían antigüedades y, en el comedor, una enorme foto en blanco y negro de ovejas. Era el tipo de decoración desenfadadamente elegante que solo los muy ricos se pueden permitir.

Saqué a Sam de mi regazo y me levanté temblorosa. Me puse a deambular por el salón como en trance. Pasé los dedos por la mesa resplandeciente y acaricié la suave manta de cachemir que había sobre el sofá. Olí la fragancia ligeramente cítrica de un limpiador natural mezclado con la de unas orquídeas totalmente abiertas. Me acerqué a las ventanas y aparté las finas cortinas para mirar hacia abajo, a las copas de los árboles, con sus hojas que apenas empezaban a adquirir tonos amarillos y rojos, y que llenaban la plaza. Por entre sus ramas podía distinguir las fuentes, los carritos de los niños, los bancos de hierro forjado y las grandes estatuas de bronce. También podía ver a la gente que paseaba como muñecos mecánicos, andando en línea recta, girando y luego desapareciendo de mi vista. Se dirigían con sus ropas

corrientes hacia trabajos corrientes y a sus viviendas corrientes, ajenos al lujoso paraíso que flotaba tan solo doce pisos más arriba.

Me volví de nuevo hacia el salón y a las personas que había en él: Alex leía atentamente los mensajes en su teléfono, Oscar trataba de maniobrar con la silla de ruedas para sacarla por la puerta y Gloria deshacía el lío de globos.

Solo Sam estaba inmóvil, con sus grandes ojos azules grisáceos fijos en los míos y la boca entreabierta. Nos miramos unos segundos, con nuestra mirada cómplice. Me encogí de hombros y le hice una mueca divertida. Sonrió y soltó su risita de bebé.

Todo irá bien, parecía decir.

Hacia dos días y dos noches desde mi última ducha, de modo que esa fue mi primera misión. Alex se llevó a los niños con la promesa de que podrían ver dibujos animados. Cuando oí el clic de la tele y la voz aguda de Dora la Exploradora me encaminé hacia el pasillo opuesto en busca de la habitación principal.

Era parecida al salón, pero en tonos blanco, gris y azul un poco entre pizarra y huevo de petirrojo. La pieza principal de la estancia era una cama tamaño extragrande, con un edredón de plumas blanco impoluto y cuatro almohadones colocados con precisión. Las mesillas y las cómodas estaban igualmente immaculadas y ordenadas; sin llaves de coche, ni monedas, ni recibos de la tintorería doblados, ni calcetines desparejados o pinzas de la ropa olvidadas. Eran muebles de madera pulida con alguna foto enmarcada en plata y algún elefante de cerámica por ahí.

El baño seguía la misma paleta de tonos blanco, azul y gris, pero esta vez en versión mármol. Vi una zona de ducha con un enorme cabezal, una pila de dos lavabos con cajones y una gran bañera rectangular. En unos estantes abiertos había pilas de toallas blancas, el suelo estaba cubierto de alfombras mullidas circulares y, en una estancia separada, estaba el inodoro. Era como un baño de hotel recién limpiado, excepto por el detalle de un barco de juguete que había olvidado al lado de la bañera.

Aunque no estaba muy segura de lo que estaba buscando, encendí todas las luces y empecé a abrir los cajones del mueble del lavabo. Había cajitas que chocaban entre ellas, todas ellas negras o plateadas y grabadas con

monogramas simples: «Chanel», «Bobbi Brown», «NARS». El segundo cajón guardaba cremas de diseño y lociones corporales; el tercero estaba lleno de perfumes y champús sofisticados. Saqué un bote de Crème de la Mer y me apliqué un poco en el rostro. Olía a lo que cabía esperar: a mar.

Frente a la ducha había una puerta que se abría a una estancia larga con una isla con encimera de mármol. A cada lado había prendas de ropa y de abrigo colgadas, intercaladas por estantes de arriba abajo llenos de ropa impecablemente doblada, como si estuviera a la venta en una *boutique* de marca. Al fondo había dos espejos de cuerpo entero colocados uno frente al otro, que permitían a quien se colocara frente a ellos tener una visión infinita de su propio cuerpo, por delante y por detrás.

Todo estaba organizado por tipo y color, con las pilas de blusas, las camisetas, las faldas, los vaqueros, los jerseys creando paletas de colores por toda la habitación blanca. En una parte de los colgadores estaba guardada toda una gama de satén negro, terciopelo gris ahumado y lentejuelas plateadas, la colección más elegante de ropa que había visto en mi vida. Ordenadas a un lado, había toda una serie de bolsas de traje con cremallera, que protegían telas demasiado delicadas como para ser expuestas. En mi casa había un solo vestido que merecía el privilegio de una funda de plástico: mi vestido de novia.

Pero todo eso empalidecía en comparación con lo que vi al levantar la mirada. Apostada en un estante ancho que recorría toda la parte superior del vestidor, se disponía toda una hilera de artículos de piel: no simples bolsos, sino bolsos de diseño, todos ellos lustrados y listos para la acción, con su piel mullida y sus cadenas doradas pidiendo a gritos que alguien las tocara.

Alargué los brazos y los fui bajando uno a uno. Había un Balenciaga gris con borlas, un Stella McCartney púrpura y negro, un YSL Muse blanco grande, un Michael Kors de mimbre y piel, un Prada de piedrecitas anaranjadas y un par de Chaneles acolchados en versión crema y negro. También un bolso de mano Alexander Wang, una esplendorosa carterita Anya Hindmarch, un bolso de compras Celine color caramelo, un Botkier tipo maleta y un Valentino puntiagudo. Eran las doce maravillas del mundo del bolso.

Me disponía a guardarlos todos en su sitio cuando una caja grande anaranjada que estaba en un rincón me llamó la atención. La bajé, la coloqué sobre la encimera de mármol y abrí la tapa. Dentro, bajo una tela sedosa con

iniciales bordadas, estaba la madre de todos los bolsos de diseño, el bolso más *it* de todos los bolsos *it*, el que deslumbraba a todos los demás cual estrella de cine entrando en una sala llena de ciudadanos de a pie: un bolso Kelly de Hermès rojo brillante. La piel estaba un poco opaca por la edad (léase *vintage*), pero en un estado exquisito, con las asas todavía tensas y erguidas, el cierre y la llave brillantes y sin rayar. Tenía pinta de llevar varios años sin usar.

Dentro había bolas de papel tisú y una tarjeta que decía: «Feliz 30 cumpleaños». Volví a envolverlo rápidamente y lo devolví a su estante, preguntándome quién podría recibir un bolso Kelly por su cumpleaños y no usarlo nunca.

Empecé a desnudarme, de pie ante el ancho espejo del baño de los Van Holt. Me quité las botas y luego los vaqueros, y me sorprendí al ver mi pedicura perfecta. Y las plantas de los pies –normalmente secas y llenas de grietas– tan suaves y lisas como el mármol sobre el que descansaban.

Rápidamente me quité el jersey grueso color crema que me había puesto durante mi salida apresurada del hospital y me puse bien firme, observándome de arriba abajo. Con una mirada de incredulidad en la cara, la misma expresión que imagino que podría tener alguien cuando se encuentra un Lexus nuevo en la entrada de su garaje una mañana de Navidad, vi mi cuerpo reflejado en el espejo. Tenía el vientre plano y liso, sin piel suelta ni michelines; la piel firme y tensa como la de un tambor. En mis piernas no había ni rastro de grietas ni de varices; al contrario, eran largas y delgadas, y estaban morenas, como si acabara de regresar de una isla.

Y los pechos. Había algo claramente distinto en mis pechos.

Bajé la vista hacia ellos mientras los sacaba hacia fuera, y luego miré otra vez al espejo. Los toqué tentativamente con la punta de los dedos, como quien toca un pastel para ver si está tierno. Los sopesé por debajo con las manos, sintiendo su ligereza. Espléndidos, llenos, asombrosos...

Y falsos.

Como cirugía estética, el trabajo era impecable. Llevaba los Cadillac de los implantes: flexibles, colocados por debajo del músculo y con las cicatrices artísticamente escondidas.

Permanecí boquiabierta, preguntándome qué era lo que había hecho decidir a Abbey van Holt someterse al bisturí del cirujano plástico. Especialmente porque yo siempre había dicho que jamás lo haría. Y despreciaba en secreto a las mujeres, como mi madre, que lo hacían. (Con la excepción de las supervivientes de cáncer de pecho.)

Pero es posible que estuviera contra la cirugía plástica porque nuestra situación financiera nunca me daría esa posibilidad. Me acerqué más al espejo para examinarme el rostro y el pelo y ver qué otras mejoras, quirúrgicas o de otro tipo, podía haber.

¿Dónde estaban los dos surcos profundos de mi frente, y las patas de gallo que me rodeaban los ojos? Tenía la piel suave y sin poros visibles, como si alguien la hubiera corregido con Photoshop. Llevaba el pelo más corto y más rubio, con un corte recto que apenas rozaba los hombros. Sonreí y percibí mis dientes, rectos y blancos como el alabastro.

—¡Madre mía! —exclamé para mis adentros al espejo.

Seguía desnuda y admirando mi propio cuerpo cuando apareció Alex. Recogí la toalla y me tapé como pude mientras él se colocaba frente al lavabo doble y dejaba su sólido reloj de plata en una bandeja de cristal.

—Bueno, creo que deberíamos decidir lo de esta noche —dijo, a la vez que se quitaba la cazadora y se desabrochaba los botones de la camisa—. ¿Vale? Sé que es mucho pedir, pero, si te sientes con fuerzas, podría ser bueno que vinieras. Detendría todos los rumores, el bombardeo mediático.

—Claro —dije, mirándolo disimuladamente a través del espejo.

—Pero ¿seguro que estás bien del todo?

—Sí. Me encuentro bien. Y ya oíste a los médicos, dijeron que podía volver a hacer vida normal.

—Lo sé, pero de todos modos... ¿Por qué no te quedas un rato, saludas, que te hagan unas cuantas fotos, y luego Oscar te lleva de vuelta a casa? —sugirió—. Si el tema se alarga, siempre puedo quedarme en la casa. Ya sabes lo interminables que pueden llegar a ser los actos con los de la liga presbiteriana.

—Desde luego —dije, tratando de seguirle la corriente—. Esos presbiterianos son tan... tan... —mi voz se apagó del pasmo al verlo quitarse los pantalones.

—Frank piensa que con su apoyo puedo conseguir más parte del Montgomery County, tal vez algo de Bryn Mawr —prosiguió—. Son votos importantes.

Había desconectado totalmente de lo que decía, demasiado distraída por su reflejo en el espejo. Cuando se quitó la camiseta, me fijé en sus brazos musculosos, en su pecho peludo y en los abdominales de tableta que parecían de un modelo de la portada de *Men's Health*. Cuando se despojó de los calzoncillos azul claro y los lanzó de una patada al otro lado de la sala hacia un cesto, me quedé boquiabierta. Se me acercó, con su piel luciendo sana y dorada contra el fondo blanco de las paredes. Me envolvió con los brazos y me besó en la frente, sin advertir mi corazón acelerado y mi gesto atónito.

–Me tenías preocupado –dijo, susurrando–. Me alegra tanto que estés bien.

Aparte de Jimmy y Sam, era el primer hombre desnudo que veía en doce años, por no decir el primero que me abrazaba de esa manera. Me producía una sensación extraña, ridícula, pero también muy excitante. Traté de recuperar la compostura, pero cuando sentí su pene desnudo contra la cadera se me detuvo el corazón y solté un gemido involuntario.

–¿Qué? –dijo.

–Nada –respondí–, me hacías cosquillas.

Se rio y luego desapareció dentro de la ducha.

Nuestro chofer, Oscar, abrió la puerta y me tendió la mano para que pudiera salir del enorme monovolumen y aterrizar en un sendero de acceso circular, cubierto de gravilla. Alex me seguía a poca distancia, todavía colgado del teléfono. Hablaba con el que supuse que era su director de campaña; juntos habían estado analizando las cifras de las encuestas y los mapas de votantes durante la media hora de trayecto. Siempre había odiado cuando Jimmy hablaba de negocios en el coche –oír la mitad de la conversación es peor que oírla entera–, pero durante ese trayecto había aprovechado para escuchar con atención, intentando enterarme de todo lo que pudiera de este hombre, de esta vida.

Fuera, la luz del final de la tarde empezaba a menguar, lo que daba al edificio que teníamos delante un aire aún más imponente y mágico, como los castillos de los cuentos de hadas de Gloria. Era una enorme mansión de piedra gris, cubierta de hiedra, con demasiadas chimeneas para ser contadas a simple vista, el tejado de pizarra gris y un torreón redondeado. Un tono dorado resplandecía en las ventanas, tan iluminadas desde dentro que el

interior parecía estar en llamas. Era Bloemveld, la casa de la infancia de Alex y residencia de la familia durante más de un siglo.

Más tarde me enteraría de que antes de esta mansión de piedra gris había habido una versión más pequeña de ladrillo y, antes que esa, una cabaña de troncos. El terreno era propiedad de la familia de Alex desde que uno de sus antepasados, Alexandre van Holt, se lo adquirió al filósofo y empresario William Penn a finales del siglo XVII. El primer Van Holt que vivió en suelo americano había sido granjero y pastor de ovejas, pero su biznieto encontró carbón en la propiedad, lo que le llevó a invertir en acero y después a hacer inversiones inmobiliarias. El pobre y analfabeto holandés de la cabaña de madera jamás hubiera podido imaginar que sus descendientes serían ahora los propietarios de un tercio de Filadelfia, de medio Main Line y de las suficientes propiedades de Manhattan como para ser invitados año tras año a la gala de los conservadores de Central Park y al baile del Metropolitan.

Cuando hice ademán de dirigirme a la puerta principal, Alex me atrapó por el codo. Con el teléfono en una mano, me susurró:

–¿Qué estás haciendo? Sabes que Madre odia que usemos la puerta principal.

–Cierto –le respondí. Cambié de dirección bruscamente y me coloqué estratégicamente un paso por detrás de él. Sería el primero de muchos giros, tanto físicos como de conversación, de los que haría a lo largo de aquella velada.

Era una noche cálida para ser octubre, casi de bochorno. Había sido prudente poniéndome un simple vestido negro sin mangas y joyas de oro sin ornamentos. Pero a la hora de escoger los zapatos no pude contenerme y elegí un par de Jimmy Choo cubiertos de cristal. Se hundían por la gravilla hasta la tierra, pero no me importaba. Si estos se estropeaban, en el apartamento había un montón más de taconazos «de cóctel»: un par con incrustaciones doradas, otro con pequeños espejos, otro con un lacito negro de satén tan rígido que parecía de plástico.

Mientras pasábamos por delante de unos altos ventanales con finísimos parteluces, eché un vistazo a cada salón, fijándome en las ostentosas tapicerías, el papel de seda de las paredes y los retratos de caballos de ojos brillantes y orejas puntiagudas en marcos dorados. Al pasar frente al comedor me fijé en una enorme lámpara de cristal iluminada por velas, en vez de

bombillas. Me pregunté si caería cera sobre la enorme mesa de debajo y quién se ocupaba de apagarlas cada noche.

Al final, cuando llegamos a un lateral de la casa, subimos a una terraza elevada de piedra cubierta por un toldo verde y blanco. Alex me agarró del codo y me guio hacia dentro, a una sala con ruido de cubertería, pasos apresurados y puertas de horno que se cerraban de golpe. De hecho, se trataba de una serie de estancias anexadas a la gran cocina, puesto que las necesidades del ocio moderno se habían tragado los viejos armarios y las despensas de los mayordomos para transformarlos en una oda enorme y ruidosa a todo lo culinario. Un pequeño ejército de cocineros, camareras y sirvientes se apresuraban de un lado al otro, como trabajadores corriendo a abordar sus trenes, con los brazos cargados de bandejas y mantelerías.

En medio del monocromático retablo –uniformes en blanco y negro, pequeños electrodomésticos de acero inoxidable y encimeras de granito–, destacaban dos mujeres: una con un vestido de lana azul celeste, la otra con un conjunto de rebeca y jersey rosa pálido. La de mediana edad, de azul, inspeccionaba una bandeja de flautas de champán mientras la más joven, de rosa, hojeaba una revista con expresión aburrida.

Cuando nos acercamos, la joven levantó perezosamente la vista de la revista y se dirigió a nosotros con evidente sarcasmo:

–Qué detalle que hayáis venido.

–Bueno, tranquila. La gente ni siquiera ha llegado –le respondió Alex a la vez que dejaba caer el móvil dentro del bolsillo frontal de la chaqueta–. He tenido una entrevista por la radio que se ha alargado y, no sé si lo sabes, pero mi esposa ha estado en el hospital.

Como no conocía su nombre, me limité a quedarme quieta, mientras ella me dirigía la mirada un momento antes de volver a dirigirse a Alex. Pensé en decir algo, pero lo mejor que se me ocurrió fue susurrar un «sí, he estado en el hospital».

Me volvió a mirar y ahora me fulminó:

–Sí, lo sé, Abbey. Has estado en el hospital. Te habríamos visitado, pero Alley nos dijo que no lo hiciéramos.

–No quería decir eso –titubeé.

–No importa. En realidad, ni siquiera sé por qué me he molestado en venir a esto –dijo, y se volvió de nuevo hacia Alex–. Te digo una cosa, Alley, es la última noche que vengo. Y esta vez, será mejor que esos viejos lleven sus

chequeras.

—Oye, cuidado con lo que dices —dijo Alex, mientras recorría con la mirada la sala—. Lo último que necesito es que eso acabe colgado en YouTube.

—¡Niiiiños! —vociferó la mujer mayor de azul a la vez que se acercaba a nosotros—. Por favor, dejad de discutir. Vamos a pasar por esto lo mejor que podamos, es importante para Alex, y para todos nosotros.

Luego se volvió hacia mí, me puso una mano de manicura impecable en el hombro y me miró con cariñosa preocupación.

—Abigail, hemos estado muy preocupadas. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Iba a abrir la boca para responder, pero la mujer, que supuse que era Madre, siguió hablando aunque con la mirada pendiente de la bandeja que transportaba un camarero:

—Qué accidente tan absolutamente raro. ¿Sabes?, deberían investigar esas escaleras. Para que alguien tan en forma como Abigail se cayera tiene que haber algún problema. Pero lo más importante, por supuesto, es que se encuentra bien. —Se volvió hacia mí y me sonrió, y yo le devolví la sonrisa. Luego se me acercó un poco más con una mueca pícaro—: Aunque debo decir que hemos disfrutado tanto de tener a los niños aquí, con nosotros. Deberías haber visto a Van con Cook. ¡Qué apetito tiene ese pequeño!

Van, pensé. Así es como le han estado llamando. Vaya.

Luego vi que su mirada se posaba en mi vestido y acababa en mis resplandecientes tacones.

—¡Qué maravilla de zapatos! —exclamó. Parecía encantada con ellos, pero yo no pude evitar sentirme un poco avergonzada.

—Gracias —musité, tímidamente—. A mí también me lo parecieron.

Ni me oyó, porque su mirada pasó a un cubo medio lleno de hielo que circulaba hacia las puertas de vaivén. Salió disparada, dejando un rastro de gardenia a su paso.

—¿Señora Van Holt?

Oí a alguien hablando detrás de mí, pero ignoré el sonido mientras observaba el enorme salón con revestimiento de madera. A pesar del calor de todos los cuerpos que entraban y del fuego que crepitaba en la chimenea de

piedra, empezaba a temblar dentro de aquel espacio cavernoso; ahora me daba cuenta de por qué todos los demás llevaban *tweeds* gruesos, lanas y cachemir.

La voz de detrás de mí, esta vez más cerca y más fuerte, volvió a decir «¿Señora Van Holt?», y deseé que quien fuera a quien se dirigiera respondiera.

Hasta que Alex me susurró «¡Abbey, contesta!» no me acordé de que la señora Van Holt era yo.

Di media vuelta con brío y, al no darme cuenta de lo cerca que estaba la camarera, desequilibré la bandeja de plata que sujetaba con tanta elegancia con una mano. Ella y yo contemplamos horrorizadas cómo la bandeja —llena de copas de champán— volaba por los aires y el cristal aterrizaba en la moqueta mientras que el líquido espumoso salía disparado en dirección a un grupo de invitados que parecía que estuvieran sentados en primera fila del SeaWorld.

Y así empezó mi incursión en la sociedad del Main Line.

Una mujer que ni siquiera sabe su propio nombre. Una mujer ruborizada y temblorosa de vergüenza y que se pregunta qué diablos decirles a un puñado de presbiterianos de edad avanzada a los que acaba de regar con champán.

—Oye, Abbey —dijo Alex después de que el servicio se apresurara a limpiar el desastre y el salón volviera a sus conversaciones normales—, si no te apetecía tomar champán esta noche, podías haberlo dicho.

Lo miré mortificada, hasta que vi la sonrisa que se esbozaba en sus labios. Bromeaba. Me reí, aliviada, y luego me apoyé en él y le susurré: «¡Dios mío, la que he liado!».

—En serio, ¿qué te pasa? ¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, de verdad. Solo estoy... un poco nerviosa por ti. Las elecciones, el evento para recaudar fondos, todo esto...

—Bueno, no lo estés. Ya sabes que conozco a esta gente de toda la vida.

Me pasó la mano por la espalda, guiándome con gesto protector y, por unos instantes, el resto del salón desapareció. Aunque rápidamente volví a verlo todo con nitidez, cuando un fotógrafo contratado para la ocasión se colocó frente a nosotros y nos pidió que posáramos para unas cuantas fotos, y luego, cuando el *flash* se apagó, las parejas que pululaban por el salón empezaron a acercarse a nosotros como si fueran un rebaño de ovejas, todas deseando ser las primeras en saludar a los anfitriones de honor.

Me pegué a Alex, aunque unos pasos por detrás, como un niño pequeño que busca la protección de su padre. Iba sonriendo y saludando en silencio, esforzándome por pasar desapercibida. Pero casi todos los que se acercaban esperaban que les dijera algo, aunque fuera una frase banal. Al fin y al cabo, Alex era el motivo de la fiesta y yo era la esposa del motivo.

Hasta la pregunta más simple estaba plagada de peligro, y jamás en mi vida me había sentido tan incómoda en una situación social. Mi lenguaje corporal era tenso como una piel de tambor, mi expresión llena de ansiedad y, cuando decía algo, mi voz sonaba demasiado baja o demasiado alta. Era como si me hubieran lanzado a un escenario de Broadway la noche de un estreno sin saberme el guion.

¿Y el público? No solo extraños, sino extraños de otro país que hablaban de cosas y de gentes de las que no sabía nada de nada. Y la manera en que hablaban también era problemática. No tenía ni idea de que hubiera gente, aparte de los Thurston Howell de *Gilligan's Island*^[1], que hablara realmente así.

–Abigail, querida, ¿vas sobreviviendo? –preguntó una mujerona de pelo plateado ataviada con un collar de perlas del tamaño de pelotas de golf.

¿Sobreviviendo a qué? ¿A la fiesta? ¿A mi recuperación? ¿A la vida en general?

Susurré un benigno «sí» y ella se puso a hablar de la muerte de nuestro país ahora que había «un hombre de color» en la Casa Blanca. ¿La estaba entendiendo bien? Esperé que no.

Cuando acabó, un caballero de pelo cano con unos dientes enormes nos masculló preguntas entre bocado y bocado de gamba. Aunque no podía entenderle más que una de cada cinco palabras, Alex le respondía con elegancia y facilidad –puesto que él estaba muy versado en ese lenguaje pijo secreto– antes de lanzar la conversación hacia mí.

–Eso deberá preguntárselo a mi esposa –dijo, mientras me ponía una mano en el hombro–. Es su terreno.

Oh, no.

Gané un poco de tiempo fingiendo que no le oía.

–¿Perdone?

El viejo se me acercó tanto que su aliento agrio me provocó picor de ojos.

–Yo, blablablá, Alexander aquí presente, blablablá, el chalé. ¿Va avanzando?

¿El chalé? ¿Qué chalé?

–Va bien –respondí–, sí, todo bien.

–Blablablá. O sea, ¿a principios de año?

Tenía ganas de decirle, no tengo ni la más remota idea –cualquier cosa para alejarlo a él y a su halitosis–, pero me la jugué con una respuesta:

–Sí.

Alex se echó a reír.

–¿Estás de broma?

Volví a arriesgarme –«quiero decir, es posible»–, pensando que eso sería más seguro. Pero, al oírlo, Alex se volvió y me miró, con las cejas levantadas. Entonces probé con la única opción que me quedaba: «¿No?».

Alex se acercó al hombre y le gritó al oído:

–George, al ritmo que mi esposa despide a los arquitectos, ¡tendremos suerte si la obra está terminada el año nuevo del año siguiente!

Los dos hombres se rieron. Yo me sumé a sus risas un segundo más tarde, mientras tomaba nota mentalmente: los Van Holt se estaban construyendo un chalé tan magnífico que requería múltiples arquitectos y varios años para terminar la obra. En algún lugar.

De otra dirección apareció una mujer alta y de pelo plateado enfundada en un traje verde oscuro que colgaba como musgo negro de su figura seca. Tenía la piel tan pálida y fina que se le veía el entramado de venas, como si acabara de levantarse de entre los muertos y se hubiera dirigido a Bloemveld. ¿Su único adorno? Una salamandra de diamantes con los ojos de zafiro que trataba de escapar de su hombro huesudo.

–Abigail –me soltó, colocándose enfrente del hombre hablador–. Aquí hay demasiada gente. ¿Por qué no restringís un poco vuestras listas, los Van Holt?

–Ejem, bueno...

–Y casi ya no queda cangrejo. Mirabelle tendría que haber utilizado a mi proveedor. Hace unos *caterings* impecables.

Asentí con la cabeza, sonriendo, pero eso pareció irritarla todavía más. Se puso más rígida y levantó el tono.

–Y no has respondido a mi nota. Os veremos a ti y a los niños en Jamaica

Hill durante las vacaciones, ¿verdad?

Jamaica Hill, ¿en Jamaica? ¡Cuenta con nosotros!, quise decirle. Pero entonces vi que Alex miraba al suelo y me pareció interpretar su gesto.

–Lo siento, pero este año no tenemos planeado viajar.

Sus ojos oscuros se abrieron de par en par, y luego se encogieron de irritación. Se marchó indignada.

–¿En serio, Abbey? –me preguntó Alex, molesto–. No creo que desplazarse un par de kilómetros carretera abajo represente «viajar». Seguro que podemos acomodarnos a sus planes.

–Lo siento –dije, al entender justo entonces que Jamaica Hill no era un complejo de vacaciones en el Caribe, sino el nombre de su finca. Y estaba cerca de Bloemveld, quizás incluso fuera la casa de al lado–. No he querido ser descortés.

–Sí que has querido. Siempre has odiado a la tía Cosquillas.

¿La tía Cosquillas? ¿Quién iba a hacerle cosquillas a aquella mujer? La gente rica y sus nombres absurdos y sus fincas con nombres estúpidos... ¿No se habían dado cuenta de que estábamos en el siglo XXI?

–¿Quieres que vaya a disculparme? –le pregunté.

Pero antes de que Alex pudiera responderme se nos acercó otra pareja, estos con pinta de acabar de salir de los páramos escoceses, con sus chaquetas de *tweed*, sus jerseys de cuello vuelto y sus botas de montar perfectamente a juego. La diferencia más visible entre ellos eran sus cejas: las de ella estaban pobremente perfiladas, mientras que las de él sobresalían como estropajo. Me preparé para lo peor.

–Abigail, lamentamos mucho tu caída –dijo la mujer con languidez–, confío en que te encuentres mejor.

Por fin había alguien que me preguntaba por las últimas veinticuatro horas. Algo a lo que podía responder con facilidad.

–Sí, estoy bien, gracias. La noche en el hospital fue tan solo una precaución.

–Pero, ¿qué pasó? –me preguntó–. ¿Resbalaste con algo?

–No..., simplemente, tropecé. Lo que todos tememos que nos ocurra en unas escaleras mecánicas, ¿no?

–Ya le he advertido muchas veces sobre esos taconazos, pero no me escucha –dijo Alex, y se encogió de hombros.

—Hoy en día, las esposas nunca escuchan —añadió el viejo, y todos se rieron menos yo.

La conversación se orientó entonces hacia la campaña y luego hacia la vida en general. Escuché con atención, tratando de captar cualquier información que pudiera ayudarme. Por lo que pude deducir, esa pareja eran el señor y la señora Brindle, de la ahora desaparecida cadena de grandes almacenes Brindle. Vivían cerca y eran viejos amigos de los Van Holt; Alex era su ahijado. Y tal vez también eran benefactores: en un momento dado, el viejo se llevó a Alex a un lado y le dio un sobre. Alex se lo guardó en la chaqueta y se volvió a acercarme a mí, antes de que todos nos despidiéramos estrechándonos las manos rígidamente (aquí no se abrazaba a nadie, ni siquiera a los padrinos).

Casi nos habíamos librado de ellos cuando el señor Brindle se volvió, acordándose de pronto de algo.

—Oh, Abigail, se me ha olvidado preguntarte. ¿Qué tal las butacas, el domingo pasado? Gran noche, ¿eh?

¿Domingo pasado? El domingo pasado había estado en casa viendo como los Giants aplastaban a los Eagles mientras Jimmy tiraba cosas al televisor. Supuse que hablaba del partido.

—¡Lo sé! Menudo desastre. Definitivamente, van a rodar cabezas.

El grupo se quedó en silencio; entonces Alex intervino.

—Bueno, no sé, querida. Ya sé que no es la Filarmónica, pero a mí me pareció que la sección de cuerda sonaba fantásticamente bien.

¿Cómo?

—¡Ah! ¡Hablabas de la Sinfónica! Sí, fantástica.

Alex se rio.

—¿De qué pensabas que hablábamos?

—Pensé que hablabas de los Eagles.

Una señora Brindle desorientada fue la siguiente en intervenir:

—¿Quién?

—Los Eagles. Los Philadelphia Eagles.

La mujer miró a su marido y luego otra vez a mí.

—¿Perdona?

—Se refiere al equipo deportivo, Edith.

La anciana y yo nos miramos la una a la otra sin mediar palabra, ella todavía confundida y yo atónita. No saber quién es Katy Perry o *Buscando a*

Nemo o Blue Man Group, podía entenderlo, pero ¿vivir en Filadelfia y no saber quienes son los Eagles? Increíble.

La pareja sonrió y se alejó, dejándome unos cuantos minutos para fijarme en el salón y en la gente que lo ocupaba antes de enfrentarme a la siguiente conversación. Esas personas eran los últimos representantes de los grandes capitalistas sin escrúpulos y de las mujeres de la sociedad del Main Line, un grupo de gente tan alejada de la realidad, tan protegida en su mundo de *tweed* y caoba, que era como si pertenecieran a una especie diferente. O una tribu perdida, ocultos no por la selva, sino por altos muros de piedra y puertas de hierro forjado y un montón de dinero.

Y aquí estaba yo —o una versión de mí aficionada a la música sinfónica, diseñadora de chalés y visitadora de mansiones— viviendo entre ellos.

O «sobreviviendo», por así decirlo.

Después de veinte minutos más de muchos «qué bien», «fantástico» y «claro, claro», más mucho zafarse de conversaciones, tomar copas y hablar del tiempo —tanto que uno habría dicho que un día de doce grados a finales de octubre era tan raro como una tormenta de nieve en julio—, me di cuenta de que era mejor que me alejara de Alex. Aunque era tan educado que costaba saber lo que pensaba, había cometido tantos errores que seguramente sospechara algo. O tal vez pensara que de pronto me había vuelto idiota. Gracias a Dios, siempre podía alegar secuelas de mi «golpe en la cabeza», si era necesario.

Me excusé y avancé lentamente por entre la gente, examinando el mundo que me rodeaba. Había tanta gente en el gran salón —más de cien invitados, todos ellos bebiendo, ladrando órdenes a los sirvientes y apilándose alrededor de las dos barras (una de ahumados, la otra de bebidas)— que nadie pareció advertir mi presencia. Añadiéndose al barullo estaban los tres perros pastores irlandeses, que se mezclaban entre la gente, chocando con rodillas y suplicando cazar algún trozo de Camembert, cuando no se tumbaban como marajás peludos sobre los sofás floreados.

Desde el otro lado del salón, espíe a la madre y la hermana de Alex, ambas moviéndose perfectamente cómodas en su hábitat natural. No había ni rastro de un padre, ni nadie lo mencionó, de modo que supuse que había muerto o

estaba ausente. No es que yo fuera nadie para cuestionar una familia desestructurada; yo misma llevaba más de veinte años sin saber nada de mi padre.

Me puse en un rincón, ansiosa por examinar a mi familia política. La hermana de Alex era Aubyn, mucho más joven y con un aspecto todavía más patricio que su hermano. Era alta, delgada como una bailarina, pero su jersey rosa de señora pija y sus pantalones negros lisos le daban un aire de mujer aburrída. Tenía los ojos del mismo tono azul que los de mi marido y llevaba el pelo castaño, denso y brillante, recogido en la cabeza como una pintura de Gibson Girl hecha realidad. Le irían muy bien unos vaqueros, una camiseta y el pelo despeinado, pensé mientras me sentaba a su lado en un banco largo de cuero. Cuando se levantó y se alejó a los pocos segundos de sentarme, empecé a entender nuestra relación: me odiaba.

La madre de Alex, Mirabelle, en cambio, no mostraba más que puro deleite con todos sus invitados, incluida yo; nos trataba a todos con calidez y una atención embelesada. Tenía el pelo oscuro como sus hijos, pero el suyo tenía toques de plata y lo llevaba cortado en una suave melena recta que se redondeaba bajo el mentón. Su tez era tersa y rosada, lo que sugería que se sometía a buenos tratamientos faciales, pero con las suficientes arrugas como para indicar que consideraba vulgar el bótox. Un traje impecablemente hecho a medida acentuaba su complexión menuda. Calzaba unos zapatos estilosos, sin demasiado tacón; llevaba joyas caras pero de buen gusto y el pelo le brillaba como recién sometido a un buen cepillado.

La observé pasar de un grupo al otro, haciendo que todos se sintieran bienvenidos con su mirada directa, su sonrisa franca y su astucia rápida, unas habilidades sociales sin duda pulidas por décadas de práctica. Sin un patriarca alrededor, deduje que Mirabelle estaba habituada a ser el sol alrededor del cual orbitaba esa familia. No podía dejar de mirarla, era cautivadora. No solo eso, sino que era realmente distinta de mi «otra» suegra. No pude evitar pensar en esta velada comparada con la noche en la que conocí a los padres de Jimmy. Aquella noche, desde luego, no hubo ni servicio, ni trajes ni montones de gambas.

Empezó cuando Jimmy me llevó a su casa después de nuestra primera noche juntos, lo que me habría gustado llamar una cita pero que, en realidad, fue una noche que se alargó hasta el día siguiente. Conocí a Jimmy en el bar de su hermano en Bryn Mawr cuando Jules y yo nos esfumamos antes de

hora de un acto de un cliente y huimos cruzando la calle. Aunque no es precisamente una anécdota de la que estuviera orgullosa ni que tuviera previsto contarles a nuestros hijos, acabé pasando la noche entera y la mañana y la tarde siguientes con Jimmy en su caótico apartamento de una habitación encima de la tienda de comida sana de Ardmore. Recuerdo que olía a pachulí y a hierbabuena, dos esencias que dieron un toque de exotismo añadido a nuestra aventura sexual.

Esa tarde, con la ropa un poco arrugada por las veinticuatro horas de batalla, Jimmy insistió en pasar por casa de sus padres para recoger algo. Vivían en Upper Darby, un barrio de clase trabajadora debajo del Main Line que se encontraba de camino a mi apartamento en la ciudad. Después de tener que esperar detrás de un carro durante un cuarto de hora, nos metimos en una callejuela de pequeñas casas alineadas, con sus fachadas idénticas de ladrillo interrumpidas por banderas alternadas de los Flyers, los Eagles y los Phillies.

–Te espero aquí –le dije, sin bajar de la furgoneta, cuando se detuvo frente a una casita pulcra con una verja de metal blanco y macetas llenas de flores en las ventanas. Un cartel pintado que decía «FÁILTE» colgaba en la puerta, como si fuera una guirnalda. Una vez que Jimmy aparcó con habilidad en una plaza diminuta y salió de un salto, me instalé en su asiento para que no me viera nadie. Entró en la casa, pero volvió a salir al cabo de unos instantes. Lo siguiente que supe fue que estaba abriendo la puerta de la furgoneta y me tiraba del brazo para que saliera.

–Mi madre te ha visto por la ventana e insiste en que te quedes a cenar –dijo. Mortificada, aparté el brazo y me escondí todavía más–. No intentes esconderte, no aceptará un no por respuesta –me dijo, riéndose–. Tiene un radar detector de cualquier hembra que esté a menos de treinta metros de nuestra casa.

Me encogí y negué con la cabeza, queriendo fundirme con la tapicería.

–¿Por qué no te apiadas de una madre de cuatro chicos y entras? –me suplicó Jimmy.

–Oh, Dios mío, ¡no!

Permanecí inmóvil, pero mis ojos se toparon con sus ojos marrón roble y supe que entrar en aquella casa era inevitable, del mismo modo que la noche anterior, después de unas cuantas horas de conversación, supe que acabaría en su casa.

—Dile que nos hemos conocido hoy al mediodía, en un almuerzo —le imploré—. Ni se te ocurra decirle que nos conocimos anoche.

—Sí, claro, le diré que te he conocido echando tragos al mediodía —bromeó—. Tiene mucha más clase, desde luego.

Me reí a mi pesar, luego suspiré. Total, no volveré a ver a este tío nunca más, me dije, o sea que quizá no sea mala idea que disfrute de una cena gratis. Me recogí la blusa arrugada por dentro de la falda y salí de la furgoneta.

Cuatro horas y cuatro mil calorías más tarde me lo estaba pasando la mar de bien mientras el hermano menor y los dos hermanos mayores de Jimmy me contaban historias de sus hazañas de hockey, sus desventuras en el colegio católico y sus cientos de riñas adolescentes. La adorable madre de Jimmy, Jane, sacó tantos platos de su pequeña cocina que me pregunté si esperaba a más gente a cenar. Había almejas, pasta, jamón, judías verdes, patatas y bollitos para alimentar a toda la manzana.

No hablé demasiado, pero me estuve riendo todo el rato: con la imitación que hizo Jimmy de su tío alcohólico Seamus; con las anécdotas de su hermano Chris de cuando vendía cable de teléfono a mafiosos de Atlantic City; con una versión del padre, Miles, con acento irlandés del *Unforgettable* de Nat King Cole. Para ser una cena normal de domingo fue bastante divertida, y desde luego distinta de las cenas silenciosas, de comida de sobre, que mi madre y yo compartíamos delante de la tele viendo *Entertainment Tonight*.

Todos los hermanos Lahey eran guapos a su manera, pero el hermano pequeño de Jimmy, Patrick, era simplemente espectacular. Mientras Jimmy era más comedido y tranquilo —con un pelo fino rubio oscuro, los ojos de un castaño cálido y unos hombros anchos perfectos para apoyarse en ellos—, Patrick era un malote guapo, de complexión musculosa, pelo negro y espeso y una mirada verde y acerada que sugería que sabía exactamente el aspecto que tenías debajo de la ropa. También llevaba unos cuantos tatuajes, tenía moto y trabajaba en un bar, lo que completaba el ideal de las veinteañeras. Decir que tenía éxito con las mujeres era quedarse muy corto, pero, a mí, su *sex appeal* de chico malo me daba un poco de miedo. Sabía exactamente adónde llevaba ese tipo de hombre. Jimmy era más fácil, más cálido y, por aquellos tiempos, muy divertido. Como ese jersey favorito que tienes ganas de volver a ponerte cada otoño.

Por suerte, Patrick no llegó a revelar lo borrachos que acabamos la noche anterior, o que cuando salí tambaleándome con su hermano cuando cerraban el bar él tenía bastante claro lo que iba a suceder. Creo que es un código entre hermanos, o tal vez de los camareros: no digas nunca no a un rollo fácil de una noche. Y nunca le niegues a tu pobre madre privada de hijas la oportunidad de tener compañía femenina, aunque tal vez no vuelva a ver nunca más a esa joven.

Aunque la madre de Jimmy se comportó como si yo fuera una invitada normal. A pesar de haberme conocido tan solo hacía unas horas, se rio con todas mis bromas, me hizo un montón de preguntas sobre mi trabajo e insistió en que me tomara el primer trozo de su tarta de lima recién hecha.

Al cabo de unas cuantas horas y del café irlandés que siguió al postre, me di cuenta de que más me valía volver a casa y nos despedimos. No sé si fue el alcohol, las historias que me contaron, Nat King Cole o los carbohidratos, pero cuando volvimos a subirnos a la furgoneta y nos volvimos a enrollar por encima de los restos de vasos de café de la mañana y del freno de mano, supe que me había enamorado.

Esta vez, cuando oí mi nombre —«¿señora Van Holt?»—, respondí de inmediato. Volvía a ser un sirviente, que me tocó el hombro y señaló en la dirección a Alex, que me hacía gestos con la mano. Estaba junto a un hombre y una mujer muy guapos, uno de ellos de menos de cuarenta años, tal vez amigo nuestro. Pero no me vi capaz. Si cometía más errores, empezaría a sospechar, y no podía arriesgarme a que se preocupara y me volviera a ingresar en el hospital. Levanté un dedo indicándole que necesitaba un minuto, luego salí en busca de un baño.

El sirviente me dirigió hacia «el vestíbulo principal», pero el baño prometido se mostró esquivo. Miré alrededor y finalmente me dirigí hacia el fondo, donde la luz de la enorme lámpara no alcanzaba y resultaba difícil orientarse. Probé unas cuantas puertas, pero los pomos de cristal daban a un armario, a un porche trasero alargado y a unas escaleras más oscuras todavía.

Di media vuelta y volví de puntillas hacia delante, desorientada. ¿Tal vez no estaba en el vestíbulo principal? ¿Tal vez había un vestíbulo todavía más grande e imponente en algún otro lugar donde hubiera en las paredes óleos

aún más antiguos, con suelos de baldosas de mármol blanco y negro aún más grandes y con una escalinata revestida de madera aún más alta?

De pronto, un antepasado Van Holt que estaba retratado en un cuadro que había debajo de la escalera se volvió hacia mí como un fantasma de Scooby-Doo. Pegué un grito ahogado y di un paso atrás, apartándome, antes de recuperar el equilibrio. De detrás del cuadro asomó un cura bajito y de pelo blanco con traje oscuro y alzacuello, de ojos azules y brillantes. Al verme en el vestíbulo, aguantó la puerta por la que acababa de aparecer y me hizo una leve reverencia de cortesía:

–Todo suyo, señora.

–Oh, ¿esto es el baño? –pregunté—. Había olvidado... Había olvidado dónde estaba.

–Las casas antiguas se parecen mucho a las iglesias. Tienen puertas ocultas, pasadizos secretos, escoceses bajitos que aparecen de debajo de las escaleras. –Me guiñó el ojo y me dedicó una sonrisa gamberra.

–Bueno, pues gracias por avisar –dije, riéndome—. Si me disculpa un momento.

Me colé por detrás de él hacia el baño escondido bajo las escaleras y agaché la cabeza para evitar el techo inclinado. Cuando volví a salir, el hombre seguía ahí, contemplando un cuadro de un pastor que se enfrentaba a un lobo con gesto amenazante.

Esperó a que me acercara a su lado y luego me tendió el brazo sin volverse a mirarme.

–Mi madre me enseñó que una dama nunca debe entrar sola en un salón –dijo—. ¿Me permite acompañarla?

–Es gracioso, mi madre solo entra en los salones sola –le respondí, pensando en lo mucho que le gustaba a Roberta acaparar todas las miradas—. Pero sí, gracias. –Me cogí de su brazo y volvimos a unirnos a la fiesta, hasta encontrar un lugar tranquilo cerca de la ventana. Se presentó–: Soy el padre Ferguson. Tenía la esperanza de hablar con su marido, pero ha estado ocupado durante toda esta última hora. Aunque es muy posible que me esté evitando.

–Oh, ¿por qué debería hacerlo? –le pregunté, intrigada.

–Él ya sabe por qué.

–Bueno, ¿por qué no me lo explica?

–Su marido prometió hablar con su tío, el senador estatal, para ver si podía

ayudar a mi pequeño centro comunitario a cumplir los requisitos para recibir subsidios estatales –me explicó–. Pero eso fue antes de presentar su candidatura al Congreso.

–Bueno, mi marido tiene muchas cosas en la cabeza –dije, consciente de pronto de la facilidad con que acababa de referirme a Alex como «mi marido»–. Tal vez tenga previsto ayudarle después de las elecciones.

–Es posible –dijo–. Pero se me acaba el tiempo. Y el dinero. –Suspiró, fue a sentarse en la punta de un sofá y dio unos golpecitos al espacio que quedaba a su lado–. ¿A usted le gustaría venir al centro y ver todo lo que hacemos?

–Me encantaría, pero tenemos actos de campaña programados cada segundo, desde ahora hasta el martes que viene –le dije, en un tono que intenté que sonara tan elegante como el de Mirabelle–. Estoy segura de que lo entiende. Además, no estoy muy segura de cuánto tiempo más seguiré viviendo en este mundo de ensueño.

–Pero estamos a tan solo cinco minutos del centro. Es la congregación del Holy Rosary en la esquina de Pine con la calle Cincuenta y ocho.

–¿Holy Rosary? –pregunté–. Pero usted sabe que este es un acto de los presbiterianos, ¿no?

–Bueno, no se lo diremos a nadie, ¿verdad? –se llevó un dedo a los labios–. Le sorprendería lo lejos que puede llevarte este alzacuellos. –Luego, bajando la voz, en un tono confidencial, añadió–: Además, los calvinistas nunca me han dado ningún miedo. Lo tienen muy fácil. Es el sufrimiento, no la salvación, lo que nos endurece, ¿no es cierto?

–No sabría decirle.

–Oh, por algún motivo he pensado que era usted católica.

–¿Qué se lo ha hecho pensar?

–Una simple sensación.

Tenía algo de razón. Aunque me educaron sin ninguna educación formal, porque Roberta era agnóstica, Jimmy era católico, lo que me transformó en católica a través del matrimonio. Cambié de tema y le pregunté a mi nuevo amigo cómo se había hecho cura.

El padre Ferguson, o Fergie, como insistió que lo llamara, parecía más suelto socialmente y con más mundología que la mayoría de curas a los que había conocido en Grange Hill, de modo que no me sorprendió enterarme que había ingresado tarde en el sacerdocio. De hecho, había estado casado con su novia del instituto, de la que afirmaba que había sido el gran amor de su vida.

Habían vivido juntos felizmente hasta 1972, cuando ella y su hijo, el único del matrimonio, murieron atropellados por un conductor borracho. Después de la tragedia, se pasó dos años tratando de matarse con la bebida, pero consiguió rehabilitarse, se hizo sacerdote y decidió consagrar su vida a ayudar a los niños pobres y a sus familias, pidiendo a la Iglesia que lo destinara a los lugares con mayor índice de criminalidad del suroeste de Filadelfia. Era un trabajo duro, a menudo desgarrador, pero consideraba que lo había salvado del desánimo y lo había mantenido sobrio durante los últimos veinticinco años. En sus propias palabras, «me devolvió a la vida». También me contó la historia de un niño de cuatro años que apareció en la puerta del Holy Rosary demasiado débil para tenerse en pie. Resultó que padecía escorbuto debido a una dieta de avena, macarrones con queso en polvo y refrescos azucarados, los únicos alimentos que sus padres podían permitirse —o, en realidad, encontrar— en el «desierto alimentario» del lejano oeste de Filadelfia. Hoy, era un chico sano y fuerte y estaba a punto de licenciarse en Economía en La Salle University.

—Yo me crié en South Filadelfia, y nunca tuvimos demasiadas cosas, pero nunca pasamos hambre —me explicó—. No puedo soportar la idea de que haya niños que pasan hambre. ¿Ha visto alguna vez la expresión de una madre cuando sabe que sus pequeños tienen hambre pero ella no puede hacer nada para remediarlo?

Negué con la cabeza. Hasta en Grange Hill, donde la gente vivía al día y el banco era propietario de al menos una casa en cada manzana, nadie pasaba hambre. Prometí visitar el Holy Rosary a finales de aquella semana y tomé nota mentalmente de hablarle a Alex de su promesa. Al otro lado del salón podía ver a mi marido observándonos, pero no hizo ningún esfuerzo por acercarse. Le dije al padre Fergie que tenía que irme.

Se me acercó y me tocó la cara, volviéndomela hacia él para asegurarse de acaparar toda mi atención:

—Abigail, he acudido a todas las personas de esta ciudad y todas ellas me han dejado en la estacada. Ahora estoy depositando todas mis esperanzas en tu dulce rostro —me dijo.

—Haré todo lo que pueda.

—Es lo único que te pido. —Me mostró una amplia sonrisa y juntó las manos, como si su misión hubiera terminado. Luego, en voz más baja, añadió—: Tan solo lamento no haberte conocido antes.

—Bueno, tal vez nos hayamos visto alguna vez —le dije, en voz baja; no quería mentirle a un cura—. Verá, no estoy muy segura. De hecho, no soy realmente quien usted cree que soy.

Se rio, como si acabara de hacer un chiste, y se me acercó un poco más para susurrarme al oído: «Ninguno de nosotros lo somos, querida».

Se levantó, me tomó la mano para besarla, como un caballero que besa la mano de la dama después de un torneo, y salió por la puerta.

Cuando me levanté, me di cuenta de que quedaba menos gente, pero solo un poco menos, puesto que la mayoría estaba todavía bebiendo y riéndose, algunos enfrascados en acaloradas discusiones, escupiendo mientras hablaban; otros estaban espatarrados en los sofás, casi inmóviles, con las panzas llenas de vino y ostras. Advertí a unas cuantas personas apiñadas en la barra de ahumados y me rugió el estómago, y entonces me di cuenta del tiempo que hacía que no comía. Pero cuando llegué, vi que la barra estaba limpia y recogida, con el hielo totalmente desierto excepto por alguna raja de limón y algunas ramitas congeladas de eneldo.

No dándome por vencida fácilmente, me paseé por la sala buscando algún resto de *crudité* o algún camarero que pasara con una bandeja. Pero lo único que encontré fue un solitario platito plateado en una repisa con galletitas secas de color marrón oscuro. Me metí unas cuantas en la boca, agradecida por tener algo que me diera fuerza. Luego busqué a Alex, pensando que ya era hora de marcharnos.

Pero de pronto, los tres enormes pastores irlandeses saltaron de sus respectivos sofás y se me acercaron corriendo con sus largas patas. Me saltaron encima y se pusieron a ladrar, lanzándome hacia atrás hasta que sentí que el tacón de uno de mis preciosos zapatos se soltaba y se despegaba. Los inmensos perros ladraban y me rugían como si fuera una intrusa, como si supieran que era una impostora, y me pregunté si era cierto eso de que los perros podían adivinar si los visitantes no eran del entorno. Mientras seguían atacándome, me acobardé y me agaché al suelo, muerta de miedo.

De pronto, Alex gritó —«¡John! ¡Henry! ¡Malcolm! ¡Rex!»— y corrió hacia nosotros, luego apartó a los perros tirando de sus collares con fuerza. Me encontré en sus brazos, mientras me llevaba a mí y mi zapato roto por la sala como si fuera una princesa. Por encima de su hombro, vi a toda aquella gente a la que acababa de conocer embobados, boquiabiertos e inmóviles. Hasta Mirabelle nos miraba, con su máscara de amabilidad reemplazada por una

expresión perpleja. Y tal vez con un atisbo de irritación.

Alex no se detuvo hasta que llegamos a la puerta principal, cuando hizo una pausa, me miró a los ojos y me preguntó si me encontraba bien, con el ceño fruncido por la preocupación, y luego maldijo a Aubyn por no haber dejado a «sus malditos perros» fuera en el jardín. Parecía tan preocupado por mí –y enfadado con ella–, que si no llego a estar ya en sus brazos me hubiera desvanecido.

No fue hasta que me ayudó a instalarme en el asiento de atrás del coche negro, tras cerrar el portón y dar unos golpecitos al techo para indicarle a Oscar que ya podía ponerse en marcha, y una vez que hubimos salido del acceso circular a la mansión, cuando ya estábamos en la carretera de curvas que llevaba hasta la autovía, cuando adiviné el motivo por el que los perros de Aubyn me habían atacado: lo que había en la bandejita de plata no eran galletitas saladas rancias. Eran galletas de perro.

[1] *Gilligan's Island* fue una serie de televisión muy popular en Estados Unidos durante la década de 1960. Los Howell eran una familia millonaria muy pija, miembros de la clase alta de Nueva Inglaterra. (*N. de la T.*)

A la mañana siguiente abrí los ojos esperando ver mi despertador con los números rojos, el cesto de ropa por doblar y el pijama de Jimmy tirado por el suelo, pero en cambio me encontré con el orden impoluto y blanco nuclear del hogar de los Van Holt. Me incorporé de un salto.

A mi lado había una almohada vacía y unas sábanas revueltas, señal de que Alex ya se había levantado y reincorporado a las actividades de campaña. Pero no lamenté encontrarme sola, puesto que necesitaba tiempo para procesar otro día en ese mundo extraño, en esa bella pecera de la que parecía no poder huir nadando. Respiré hondo unas cuantas veces con la intención de aliviar el pánico creciente y el deseo repentino de salir del apartamento gritando. Mi madre me decía a menudo que siempre había una solución para cada problema si te esfuerzas en buscarla. Había llegado la hora de buscar.

Me levanté de la cama y me estiré, pero entonces me quedé helada al oír una voz infantil: «*Maman*», dijo. «*Van se lève.*» Me volví de golpe y vi a Gloria, con sus rizos oscuros que caían por un camisón rosa pálido.

—¿Qué has dicho? —le pregunté. Mi camisón de seda me acarició las pantorrillas mientras me acercaba a ella para reclamar mi abrazo matinal.

—*Van se lève* —repitió—. *Vas le chercher.*

—¡Pero si hablas francés!

—*Mais oui, maman.*

—Pero es estupendo. Increíble, de hecho.

—¿Eso significa que quieres que te hable en inglés?

—Claro.

—**V**ale. Porque quiero Froot Loops para desayunar y no sé cómo se piden en *français*.

Me reí y la abracé más fuerte. Su pelo no tenía los toques caoba que recordaba, y su labio superior era más fino, no puntiagudo como la curva de Cupido de Jimmy. También olía distinto, menos dulce y más fresca, como si se hubiera bañado en agua de limón. Pero seguía siendo Gloria. La divertida, lista, apasionada y a veces insoportable Gloria.

Me levanté, miré alrededor y luego le pregunté:

–¿Dónde está tu hermano?

–En su cuna.

Consulté la hora –las siete y media– y pensé que parecía tarde para mi madrugador Sam. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevaba despierto, si tenía la habitación tan lejos de la mía? Me agaché y puse las manos a la espalda para que Gloria se me subiera encima.

–Vamos –le dije–, ¿no quieres que te suba?

–¿Qué?

–¿No quieres subir a caballito?

–¿Qué dices? –me preguntó, extrañada.

Me volví y acerqué su cuerpecito hacia mí, luego le tomé las manos y se las coloqué sobre los hombros. Ella me rodeó la cintura tímidamente con las piernas y nos pusimos en marcha en medio de los frufús de nuestros camisones y de risas infantiles. Su cuerpo era ligero como el de un pájaro, como siempre. Al parecer, la restricción del crecimiento intrauterino conocía todos los distritos, hasta los más pijos.

Cruzamos el apartamento como dos aventureras, en busca de un bebé gateador en algún rincón de esa elegante jungla. Evitamos los focos de luz que entraban por las ventanas, ambas felices de estar a solas, escondidas, en el pasillo oscuro. Me encantaba sentir el aliento cálido de Gloria en la nuca y el movimiento de sus pulmones subiendo y bajando contra mi espalda. Como siempre, tenía el don de hacerme sentir más viva. Mientras Sam me vinculaba al momento con sus simples necesidades de bebé, Gloria me hacía sentir libre y su energía me resultaba electrizante.

Más allá del salón y tras recorrer un buen trecho del largo pasillo, oí a Sam –quiero decir, a Van– haciendo ruidos matinales. Seguimos el rumor de balbuceos canturreados y finalmente lo encontramos lanzando peluches hechos a mano desde una envolvente cuna blanca. La habitación tenía unas dimensiones considerables, una clara mejora comparado con el trastero sin ventana. Estaba pintada de gris claro con cortinas de rayas a juego, y estaba

salpicada de manchas de color: un moderno balancín naranja, un taburete redondo de piel verde clara y un arcoíris de animales de cerámica colocados en unas artísticas estanterías de acero. Un gran velero de madera rojo y azul con «SS Alexander» pintado en el casco ocupaba una esquina de la habitación. Y encima de la cuna, jugando con los colores de la habitación, había unas letras de veinte centímetros que decían «AVH IV». Me quedé extrañada ante ellas hasta que me di cuenta de que eran las iniciales de mi hijo. Para los Van Holt, Sam era más que un chiquillo; era un heredero.

Lo tomé en brazos, besé su cabezota rubia y le dediqué mi saludo habitual:

–Buenos días, Míster Magoo.

–¿Quién es Míster Magoo? –preguntó Gloria, mientras se encaramaba al balancín de Sam.

–Papi le puso este mote porque era el personaje de dibujos favorito de su padre... –me detuve a media explicación al darme cuenta de que estaba hablando del padre de Jimmy, no del de Alex.

–¿El abuelo Collie ve dibujos? –preguntó, incrédula.

–Bueno, no muy a menudo –le respondí, tratando de disimular. Hice una pausa de unos segundos, ahora más curiosa que nunca sobre el padre de Alex.

Saqué a Sam de su cuna, lo dejé sobre el cambiador a juego y me puse a desabrocharle el pijama y el pañal. Lo cambié rápidamente y lo dejé encima de una alfombra circular. Se acercó gateando a su hermana, que ahora se apoyaba en los brazos de la mecedora, equilibrando su cuerpecito como una surfista. La observé como se balanceaba con gracia, y de pronto caí en la cuenta de que llevaba el camisón seco.

–¡Glo, vas seca! –le dije, la levanté de la mecedora y le di un abrazo—. ¡Qué bien, cariño!

–Pues claro, mami. Llevo el pañal –me dijo, en un tono de lógica aplastante.

La dejé encima de la alfombra y le levanté el camisón. Estaba claro, llevaba pañal, y estaba empapado. ¿A quién se le ocurre ponerle pañal a una niña de casi seis años? Y ni siquiera tipo braguita, sino un pañal de verdad, ¡y por la pinta que tenía, tal vez hasta fuera uno de los de Sam! Dejé caer el camisón y me quedé patidifusa. Y entonces fui consciente de que había sido yo misma.

–Vamos a quitarnos eso y a buscar unas braguitas –les dije, tomándolos a los dos de las manos.

Salimos los tres del cuarto de Sam y cruzamos el pasillo en dirección a la habitación de Gloria, un paraíso de niña en rosa. Estaba buscando por el cajón de arriba de una cómoda blanca cuando una mujer asiática de complexión menuda apareció por detrás de la cama con baldaquino.

–Buenos días, señora Van Holt –me dijo en tono neutro, mientras recogía una cesta casi tan grande como ella–. Solo estaba recogiendo la ropa sucia.

–Oh... perfecto... muy bien –le dije, recuperándome de la sorpresa y tratando de parecer despreocupada–. Les daré el desayuno a los niños, entonces.

–Ya está listo –me dijo.

–Ah, ¿sí?

–En la cocina.

–De acuerdo.

–¿Se encuentra mejor, señora Van Holt?

–Sí, mucho mejor, gracias.

–¿Volverá a acostarse?

–No. –¿Por qué iba a volver a acostarme? –Tengo que preparar a los niños para ir al colegio; se ha hecho tarde.

La mujer levantó una ceja: estaba claro que había dicho algo impropio de mi personaje. Dejé a Sam delicadamente en el suelo y luego le alcancé unas braguitas a Gloria. La observé quitarse el camisón, desabrochar los adhesivos laterales del pañal, dejarlo caer al suelo con un plof y alejarse tranquilamente. A los dos segundos, la asiática pequeñita recogió el pañal y se dirigió a la puerta.

–Gracias, señorita Gloria –le dijo.

Al ver cómo mi hija la ignoraba, me ruboricé de vergüenza.

–A desayunar, los dos –dije, un poco más severa, y luego los acorralé hacia la puerta. Más tarde hablaría con Gloria de su actitud. De momento estaba ansiosa por tenerlos ocupados con sus cereales para poder buscar un ordenador o un iPad o cualquier cosa conectada a Internet. No estaba segura de si existía algún foro para mujeres que se despiertan casadas de pronto con un hombre al que conocieron brevemente catorce años atrás, pero valía la pena buscarlo.

En la luminosa cocina destacaba una enorme isla rectangular, con su encimera de mármol como un bloque gigante de queso azul vetado, tan solo arruinado por donde la pila de acero inoxidable lo había mordido. Contra la

pared del fondo había una cocina Viking de ocho fogones, una franja de baldosas blancas estilo metro, un grifo para ollas cromado, y cuatro –¡sí, cuatro!– hornos empotrados. El resto de la cocina estaba revestido de armarios blancos hasta el techo. Grandes ventanales impolutos llenaban la estancia de luz, de modo que no había ninguna necesidad de usar ningún interruptor. Lo cual era una gran ventaja si teníamos en cuenta que no tenía ni idea de dónde encontrarlos en aquellas paredes con una pintura blanca inmaculada tan limpia que parecía leche.

Mientras Gloria se encaramaba a un taburete de barra de piel blanca y cromo, instalé a Sam en una trona con pedestal y lo abroché. Me volví a buscar el desayuno prometido, pero, después de pasearme varias veces alrededor de la isla, fui incapaz de encontrar nada. No hubiera encontrado nunca el desayuno si no llega a ser por el calor que desprendía el horno. De hecho, más que un horno era como un cajón. Tiré de él y encontré dos desayunos perfectamente servidos, con huevos revueltos, avena, beicon y salchichas, y decorados con fresas. Saqué los dos platos, tibios pero no calientes, y puse uno delante de cada niño. Luego cogí servilletas, tenedores y dos tacitas que encontré junto a la pila y se las acerqué. Le puse un babero con las iniciales bordadas a Sam.

Ahora necesitaba algo para mí. Tal vez un poco de zumo. Y café. Esperaba que Abigail van Holt no hubiera dejado de tomar café, además de toda la comida basura.

Me volví a buscar la nevera..., pero nada. ¿Al otro lado? Nada. Miré en una despensa, donde solo había *crackers*, piñas, barritas de cereales y champán. Intenté abrir uno de los armarios, pero no pude encontrar los pomos. Pasé los dedos por los extremos, buscando una apertura... Lo intenté con los pies por debajo, miré en la pared por si había algún botón o interruptor. Hasta metí un tenedor en la junta, pero los malditos armarios ni se inmutaron. Se me estaba empezando a empapar la frente de sudor cuando oí a Gloria bajarse de su taburete y acercarse. Levantó la mano y apretó con los deditos una zona hacia dos tercios de altura de la puerta del armario, que se abrió con un suave *pfffft*.

–He dicho que quería Froot Loops –dijo, después puso los ojos en blanco y alargó un brazo hacia la enorme caja roja.

Bueno, estaba más que claro. ¿Por qué iba nadie a molestarse en instalar algo tan pedestre como un pomo? Rápidamente me puse a abrir el resto de

armarios para localizar una nevera oculta, un congelador separado, los platos, las bandejas de servir, las pilas de mantelería y estantes que alternaban alimentos en cajas, en lata y en papel de estaño. Aunque la cafetera seguía sin aparecer.

Seguía buscándola cuando oí un zumbido rápido, tipo interfono. Sam y Gloria miraron al unísono un panel de la pared, de modo que seguí con la vista sus miradas. Descubrí un panel de control, toqué un botón y oí a alguien que hablaba.

—¿Señora Van Holt?

—¿Sí? —Mi voz, demasiado alta, reverberó por toda la estancia.

—Hay alguien que viene a verla. Un tal señor Cowan-Smith de Nordstrom.

¿Le digo que suba?

¿Nordstrom? Tal vez esa persona supiera algo.

—¡Sí! ¡Por supuesto! Que suba.

—Muy bien.

Volví a mirar a los niños y luego corrí a la puerta principal y la abrí decidida. Al cabo de unos instantes oí el *ding* del ascensor y observé un hombre de mediana que llevaba unas bolsas grandes de la compra y se dirigía hacia mí.

—¿Señora Van Holt? —preguntó, con acento pijo británico—. Soy de Nordstrom. Vengo a devolverle algunas pertenencias de cuando, ejem, tuvo usted el desafortunado accidente.

—¡Hola! —dije, y me aparté para dejarlo entrar. Era la definición de un *gentleman* de cierta edad, de pelo cano, gafas sin montura y un traje pardo con un pañuelo en el bolsillo frontal.

Me fijé en que lo miraba todo menos a mí y que no dejó las grandes bolsas plateadas hasta que le señalé la mesa del recibidor. Al levantar el brazo para señalar, sentí mis pesados pechos temblando bajo la fina tela y me di cuenta del motivo por el que evitaba mirarme. Crucé los brazos sobre el pecho, avergonzada.

—Señora, todos en la empresa estamos muy preocupados —comenzó—. Y puedo asegurarle que estamos haciendo todo lo posible por investigar el accidente. Para nosotros, la seguridad de nuestros clientes es muy importante.

—No fue culpa de ustedes —le tranquilicé—. Soy tan torpe. Solo recuerdo que subía muy rápido, que me sentí mareada y una música de piano...

—Pero, gracias a Dios, parece no haber sufrido daños —dijo con

amabilidad—. Me alegro de verla en plena forma.

Señaló la primera bolsa, que contenía una caja grande, y luego otra con bolsas más pequeñas y prendas de ropa.

—Esta es su ropa, y estas son algunas de sus pertenencias que no llegaron a la ambulancia. Quisimos enviárselas al hospital, pero nos dijeron que ya le habían dado el alta.

—Muchísimas gracias —le dije, ansiosa por averiguar las pistas que aquellas bolsas pudieran contener—. Le agradezco mucho que me las haya traído personalmente. Qué detalle.

—Es lo mínimo que podemos hacer por usted, señora Van Holt —respondió—. Y por favor, si podemos hacer algo más por usted, no dude en llamarnos.

Me hizo una leve reverencia y me tendió una tarjeta de visita. La cogí y volví a cruzar los brazos rápidamente. Tenía la esperanza de que pudiera quedarse un rato y responder a unas cuantas preguntas, pero cuando volví a levantar la vista ya estaba pasando por la puerta. Corrí tras él descalza, con los brazos todavía pegados al pecho.

—Señor, ¿puedo preguntarle una cosa? —le pedí, cuando se acercaba al ascensor.

—Pues claro.

—¿Me vio usted caer?

—No. Pero sí que vi la cinta de seguridad. Al parecer, llevaba usted varias bolsas y un vaso de café y... Bueno... Iba mascullando algo para sus adentros. Y en un momento dado perdió el equilibrio y se cayó.

—Pero ¿advirtió alguna cosa más? ¿Algún ruido fuerte o una luz intensa? —Me avergoncé de lo ridículo que sonaba.

—No. Nada parecido —dijo, perplejo—. Las escaleras funcionaban perfectamente. Justo habían hecho una revisión la semana anterior.

—Claro, por supuesto. Pero no me refiero a nada raro de las propias escaleras..., me refiero a algo que saliera de la normalidad.

—No. Parecía todo perfectamente normal. Usted estaba haciendo sus compras. Como cada semana.

¿Cada semana? Ahora me explicaba por qué mis armarios contenían la colección entera de otoño-invierno de Nordstrom.

Me miró con una sonrisa empática y me preguntó si necesitaba algo más.

Negué con la cabeza, vencida. Él entró en el ascensor y dio media vuelta,

con la mirada fija en mi pelo sin cepillar y mis pies descalzos.

–Buena suerte, señora Van Holt –añadió, con un deje de preocupación paternal–. Esperamos verla de vuelta muy pronto. Apreciamos mucho a nuestros clientes especiales.

La puerta se cerró. Ya se había marchado.

Leí la tarjeta. Debajo del logo dorado de Nordstrom estaba su nombre entero –Mr. Bingham R. Cowan-Smith– y su título: vicepresidente ejecutivo de Nordstrom Mid-Atlantic.

Muy especial, desde luego.

Observé como la pequeña asiática, de nombre todavía desconocido para mí, vestía a Gloria con un uniforme escolar marrón y caqui de la Saint Andrew's School, para luego mandarla, a ella y a su mochila, con Oscar. A continuación, insistió en llevarse a Sam a uno de sus dos paseos diarios. Traté de adivinar su nombre, pero lo único que pude saber de ella era que le gustaba el equipo de baloncesto de Drexel University, puesto que el dragón del escudo resultaba visible a través de su uniforme de ama de llaves. De vez en cuando la cazaba mirándome desconfiada al verme merodeando alrededor de ella y los niños. Me hacía sentir como un estorbo, como si ella fuera la madre y yo fuera un familiar de su marido tratando de ayudar, pero metiéndose por el medio.

En el momento en que ella y Sam salieron por la puerta corrí de vuelta a mi vestidor, me puse un par de vaqueros, ¡de la talla treinta y ocho!, y un jersey, y me abalancé sobre las bolsas de Nordstrom. Las llevé a la cocina y las dejé en el suelo cerca de la isla. De la mayor saqué una bolsa blanca lo bastante grande como para contener una colcha. La puse sobre la encimera y levanté la tapa. Envueltos en capas de papel tisú blanco había unos interminables pliegues de satén grueso y pesado. Intenté levantarlo, pero la tela seguía saliendo. Al final tuve que levantarme y retroceder un paso antes de que escapara de los confines de la bolsa y se desplegara.

Era un vestido de noche –no, un auténtico vestido de gala– con unas bonitas mangas casquillo, un escote redondeado y una falda larga y vaporosa, de un color a medio camino entre el negro y el azul marino, como el cielo de una noche invernal. Resultaba más ligero de lo que parecía, y al sostenerlo en

el aire hizo un sonido sibilante. Las mangas y el cuello estaban protegidos con más tisú, que tuve que retirar para ver la etiqueta. Bordado con hilo de oro, el nombre del diseñador: «Oscar de la Renta».

Posé cuidadosamente el vestido sobre uno de los taburetes de la cocina y abrí la segunda bolsa, que contenía mucho más tisú, una gabardina caqui doblada y dos bolsas más pequeñas donde estaban los restos de mi caída: unas gafas de sol rotas, una pulsera dorada abollada, un paraguas y una cartera que contenía un permiso de conducir y una American Express Centurión. La otra bolsa contenía un iPhone, arañado pero con algo de batería. Bingo.

Después de encenderlo, vi una foto de fondo en la que aparecía Gloria con Sam de bebé en brazos, pero solo pude llegar hasta ahí. Estaba bloqueado. Probé con mis cuatro cifras habituales, pero no funcionaron. Ni tampoco la fecha de mi cumpleaños ni los cuatro últimos dígitos de mi número de teléfono. Entonces coloqué el pulgar en el botón redondo de la parte inferior del teléfono y apreté con fuerza. Contuve la respiración mientras el teléfono pensaba, y luego se encendió con un parpadeo. Abbey van Holt tal vez llevara un peinado distinto, tuviera un fondo de armario mejor y unas tetas perfectas, pero había una cosa que no podía haber cambiado: mi huella dactilar.

Inmediatamente empecé a leer correos electrónicos, ansiosa, mientras descargaba ciento setenta mensajes. Los leí atentamente, sedienta de detalles sobre cómo pasaba sus días Abbey van Holt. La mayoría eran *spam* de tiendas y de vendedores *online*, pero había unos cuantos recordatorios de citas, invitaciones a actos y cartas del cole de Gloria que me ayudaron a llenar algunos huecos. Los únicos correos que parecían importantes, principalmente porque eso decía el asunto, eran del director de campaña de Alex, un hombre llamado Frank Klein, quien, a pesar de ser alguien que descuidaba absolutamente el uso de la puntuación, al menos era expresivo y cuidaba los detalles (¡gracias a Dios!). Enviaba un programa diario de los actos de campaña, concretando el tipo de evento, la dirección, la hora y quién iba a asistir. Vi que solo había unos cuantos en los que ponía «abbey opcional».

Cerré el correo y, por impulso, llamé al número de mi casa en Grange Hill. Después de dejarlo sonar catorce pitidos, reconocí la derrota y colgué. Luego probé con el móvil de Jimmy. Sonó un par de veces, pero en vez del habitual

«Lahey Paisajismo» de bienvenida, oí una voz masculina que gruñía «¿Diga?».

–¿Jimmy? –susurré.

–¿Quién es? –preguntó la voz. Se me secó la garganta.

–¿Es el teléfono de Jimmy Lahey? –pregunté.

–No, se ha equivocado. Clic.

Luego probé con el otro único número que me sabía de memoria: el de mi madre. Marqué y esperé. Después de sonar cuatro veces, oí su voz y me sentí aliviada. «Mamá, soy Abbey», dije, antes de darme cuenta de que hablaba con el contestador: «Hola, has llamado a Roberta. Tal vez te esté ignorando, pero tengo un buen motivo para hacerlo. Estoy de crucero por el Mediterráneo hasta el 14 de noviembre. Déjame un mensaje y te devolveré la llamada a la vuelta. Si es que vuelvo, claro».

Mierda, pensé. Faltaban más de dos semanas para su vuelta. ¿Qué demonios estaba haciendo en un crucero? Si ella odiaba los cruceros, los llamaba «*fast-foods* flotantes». Le dejé un mensaje pidiéndole que me llamara lo antes posible. También le mandé un correo con un asunto muy claro: «Llámame».

Abrí el buscador del teléfono y me puse a teclear, pero lo encontré de una lentitud irritante. Me levanté y me puse a buscar un ordenador o un iPad, revisé de nuevo todos los armarios, el cajón más grande de la cocina y hasta la despensa. Como no encontraba nada, me fui a la sala de estar.

Era más acogedora y más vivida que el resto del apartamento. El suelo estaba cubierto con una alfombra oriental gruesa azul y roja, había altas estanterías de cerezo, un sofá grande de piel y una enorme tele de pantalla plana. Por el suelo, unos cuantos puzzles y libros infantiles y sobre la mesita varias pilas de revistas de decoración. En una mesa rinconera vi varios mandos, pañuelos de papel y un cepillo de pelo; en otra mesa, había más revistas. Estaba a punto de tirar la toalla cuando advertí un par de centímetros de algo de color plata mate que asomaba de debajo de la mesita del café. Era un portátil Apple, abrí la tapa y lo encendí.

Era el momento de saber lo que me había ocurrido. «Vamos, Google, ahora no puedes fallarme», susurré en voz alta mientras esperaba a que se cargara la pantalla.

El primer término que busqué fue «traumatismo encefálico». Google ofrecía una larga lista de causas, síntomas e historiales, pero demasiados

como para examinarlos todos. Acoté la búsqueda y probé con «traumatismo encefálico y confusión». Otra vez, Google mostraba páginas y más páginas de enlaces, pero la mayoría referentes a pérdida de memoria, y yo sabía que ese no era mi problema. Si tenía alguno, era el exceso de recuerdos, no la escasez.

Otros clics revelaron diagnosis adicional. Un doctor afirmaba que el traumatismo en la cabeza, asociado a un trauma psicológico, podía producir «psicosis delirantes». Pero tampoco parecía el caso. Devolver un bolso de Marc Jacobs era decepcionante, desde luego, pero claramente no lo bastante traumático como para provocar locura. Seguí probando.

Una explicación prometedora se llamaba «fuga disociativa»; consistía en que un individuo se muestra confundido o no consciente de su identidad y emprende «viajes psicológicos fuera de sus límites conocidos». Pero este tampoco era mi caso. Yo sabía exactamente quién era en realidad.

Una hora y media más tarde, con la mayoría de las teorías de internet descartadas, fijé mi atención en la comunidad científica, más concretamente en los físicos. Un número de junio de 2013 de *Physics Today* describía a un joven profesor del MIT que creía en el concepto del multiverso. El laureado físico japonés presentaba una nueva teoría de la existencia: nuestro mundo no es más que una burbuja en una enorme masa de burbujas, con universos separados entre ellos solo por finas y frágiles membranas. Observé fijamente su foto, en la que estaba subido a un podio con rostro sonriente, mientras trataba de comprender sus palabras. ¿Podía haberme mezclado con la burbuja de otra persona? ¿Habría estallado mi burbuja? ¿O esta otra burbuja iba corriendo en paralelo a la mía real, con esta Abbey y la Abbey real separadas por una pared fina y reluciente? Tal vez siguiera ahí fuera, en algún lugar, suplicándole a Gloria que comiera, cepillándose los dientes en el coche y comiéndose la Nutella a cucharadas.

Con las manos temblorosas, tecleé mi nombre, aquellas diez letras tan conocidas. Aguanté la respiración mientras esperaba los resultados. Pero las únicas coincidencias eran la de una estudiante universitaria de Texas y de la supervisora de una junta escolar en Boise. Lo probé otra vez, esta vez usando «Abigail». Pero no salió nada relevante, nada que tuviera que ver conmigo.

A continuación probé con «Jimmy Lahey». Me devolvió un millón de resultados, pero ninguno de ellos referente a mi Jimmy. Probé «James Lahey», pero de nuevo los *links* llevaban a otros hombres con profesiones

distintas, familias distintas y caras distintas. Hice una pausa y meforcé mentalmente a visualizar el rostro de Jimmy, pero la imagen que me aparecía era una de las últimas que había visto: su cara de rabieta durante nuestra discusión por el bolso. Apagué el ordenador, me recliné hacia atrás y cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos, mi mirada se posó en los estantes que tenía delante. Entre los libros y cuencos de plata bruñida, había varias fotos enmarcadas del grupo familiar. Miré con más detenimiento y vi mi propia cara mirándome.

Me acerqué un poco más y examiné las fotos, una a una. Gloria cubierta de crema rosa en su primer cumpleaños. La tía Aubyn a caballo. Yo sujetando torpemente a Sam, ataviado con un faldón largo y bordado de bautizo. Alex y yo juntos en algún paraíso tropical, él sin camisa y yo con una flor detrás de la oreja, los dos bronceados y riéndonos. Alex con esquís; Alex con sus padres; Alex y yo con Colin Powell en una gala benéfica.

Miré unas cuantas fotos que había de mí y vi mis ojos, mi sonrisa, mi ojo izquierdo ligeramente vago. Me fijé con detenimiento en los hombros, en los brazos largos y, con los dedos de los pies hundidos en la arena, en mis pies del 41. Estaba en todas aquellas fiestas, en esos viajes, formando parte de esa familia de foto perfecta. Pero todos esos eran bellos recuerdos de los cuales no me acordaba. Pertenecían a otra Abbey, cuyo yo de joven había elegido un camino distinto y ahora vivía en un mundo muy distinto. Una palabra muy breve –*sí*, en vez de *no*– tenía consecuencias muy grandes.

La curiosidad me venció. ¿Quién era esa mujer?

Empecé a tirar de cajones y armarios. Encontré las pruebas habituales de vida familiar –libros de cartón, pañales, vaselina, rotuladores y piernas de Barbie– junto con unos cuantos recibos, DVD, manuales de instrucciones, cables de enchufes y algunos planos marcados de una casa con varios balcones. ¿El chalé, quizá?

Del fondo de un armario saqué unos cuantos libros de alumnos de la Mercersburg Academy, que supuse que era la escuela preparatoria de Alex. Hojeé las páginas para encontrar su cara de quinceañero sonriendo en varias fotos de grupo: música, grupos de debate, lacrosse. Los guardé y seguí buscando. En el último armario encontré una caja enorme de piel negra con una fecha grabada: «19 de junio de 2004». Dentro había un álbum de tapas plateadas tan pesado que necesité las dos manos para sacarlo. Al abrir la

sólida portada y mirar la primera foto, tragué saliva con fuerza. Era yo con veintisiete años. El día que me había convertido en la señora Van Holt.

Llevaba un vestido blanco largo de estilo años treinta con un velo y una larga cola artísticamente drapeada alrededor de los pies que se extendía por el césped de Bloemveld. El vestido era elegante y discreto, y yo estaba guapa y serena, aunque tal vez un poco demasiado delgada, con los brazaletes de diamante que me caían de las muñecas para rodear las palmas. Tenía las mejillas un poco ruborizadas de rosa y el pelo brillante recogido en un moño. Llevaba un ramo de tulipanes blancos, con los tallos atados con una cinta blanca. Alex estaba a mi lado, con su chaqueta negra y corbata a rayas, los dos apoyados lánguidamente junto a un coche antiguo; parecíamos un duque y una duquesa de otra época, pero con una dentadura más sana.

Cada página del álbum era más dolorosamente bella que la siguiente: Alex y yo junto a una columna cubierta de hiedra y rosas; damitas de honor (ocho en total) con sus vestidos de seda color crema; yo con Jules, con su melena caoba tan bonita sobre el vestido de madrina verde salvia; y luego todo el grupo de asistentes vestidos de boda, todos andando hacia la cámara sobre un césped tan mullido que parecía una alfombra. Había una foto en la que salíamos Alex y yo con nuestras madres, y no pude evitar hacer una mueca por lo distintas que se veían las dos mujeres, una en un traje chaqueta color ostra y la otra con un vestido escotado azul eléctrico de satén, con zapatos a juego. ¿Qué habría pensado Mirabelle de Roberta? ¿Y qué habría pensado de mí, en cualquier caso? Estoy segura de que habría preferido una nuera que perteneciera a una dinastía patricia. Pero si era así, desde luego no lo mostraba. De todos nosotros, era la que lucía la mayor sonrisa. Volví a mirar la primera foto, el retrato oficial de la boda. Miré las sosas flores blancas de nuevo, tan distintas del ramo mezclado que había llevado en la boda con Jimmy. Y mi pelo, tan liso y recogido, comparado con los mechones que revoloteaban por mi rostro cuando pronunciaba los votos matrimoniales con Jimmy sobre la arena cálida de septiembre en Rehoboth Beach. Comprendí que según qué decisiones puedes acabar en caminos distintos, y que en esos caminos distintos encuentras todavía más opciones.

Pero seguía perpleja. Siempre había odiado los tulipanes.

Continuaba sentada en el suelo de la sala de estar cuando la chica pequeñita regresó con Sam. Había estado tan concentrada en mi inmersión en las fotos que me sobresaltó, volví a guardar el álbum en su estante y me

apresuré a entrar en la cocina. El bebé me dio la bienvenida con los mofletes sonrosados por el frío del otoño.

—¿Tienes hambre, *nuu jaa*? —le dijo la chica.

Iba a abrir la nevera para darle algo, pero me di cuenta de que ella ya lo estaba haciendo. La observé levantarlo del suelo, lavarle las manos y colocarlo en la trona. Me acerqué y le hice cosquillas en la barriga; él chilló e hizo unas burbujas de saliva.

La chica le dio unos cuantos arándanos y trozos de mango y le pidió que le dijera «gracias».

«Gazas», respondió él, alegremente, y luego hundió las manitas en el cuenco. Observé incrédula que mi hijo, adicto a los hidratos de carbono, se zampaba la fruta colorida. Y hablo de fruta de verdad, no la que venden en puré envasado, o la que tiene formas de los personajes de Disney.

—¿No va al gimnasio, hoy? —Tardé un minuto hasta darme cuenta de que me hablaba a mí.

Negué con la cabeza:

—Hoy voy un poco a cámara lenta.

—El señor Van Holt no tardará en llegar —me advirtió, fijándose en mis vaqueros y en mi pelo sin cepillar—. He visto que estaba aparcando.

—Oh. —Me alisé el pelo con los dedos y deseé desesperadamente haberme lavado los dientes cuando apareció Alex, como una versión cinematográfica de un piloto comercial, con un traje azul marino y una camisa blanca que resaltaban sus ojos azules y su pelo oscuro. Lo seguían dos hombres: uno un poco calvo y con barba, que vestía una cazadora desgastada y unos pantalones de pana verde oliva, y un joven afroamericano con vaqueros y una sudadera de cremallera de estilo tecno. Los tres iban pegados a sus móviles; entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, los apagaron con el pulgar, los metieron en sus bolsillos, levantaron la mirada hacia mí y sonrieron.

Al ver a su padre, Sam se puso a saltar en su trona, barboteando con ilusión. Entendía cómo se sentía, ahora que la estancia se había vuelto de pronto más luminosa y el aire más electrificado con su llegada. No pude evitar seguirlo con los ojos y sentí una punzada de excitación. Reconocí la sensación, una que llevaba años sin experimentar: el vertiginoso mareo provocado por una relación incipiente. Me puse colorada y sentí mariposas en el estómago.

Bajé la vista, tratando de disimular, consciente de que Abbey van Holt

habría reaccionado con mayor indiferencia. Diez años de matrimonio habrían acallado la emoción, incluso si los había vivido atada a una cadena y una bola tan espectaculares como Alex.

El hombre mayor, de quien deduje que era el Frank Klein con problemas de puntuación, se acercó llamándome por mi nombre:

–¡Abigail! –Se acercó a mí y me tomó la mano para besármela con una caballerosidad fingida–. Gracias a tu pequeño accidente, nuestros resultados de las encuestas suben por primera vez en varias semanas. Sé que no tuvo nada de gracioso, pero el caso es que ha captado la atención mediática. Y la simpatía del público.

–Pues me alegro de haber sido de ayuda –le dije, riéndome–. Mira por dónde, ser torpe de nacimiento al final ha resultado útil.

–No eres torpe –dijo Alex, mientras miraba hacia la nevera–. Simplemente, nunca has sido buena sobre objetos en movimiento. ¿Recuerdas el elefante de Sri Lanka?

–Desde luego –mentí–. Vaya con el elefante.

–Las encuestas han subido concretamente entre las mujeres de más de cuarenta años –interrumpió el joven negro–. Cuatro puntos. Creo que fue porque te marchaste al hospital en medio de aquel discurso. El vídeo lo han pasado en todos los telediarios. Un gesto con clase, Van Holt.

–Bueno, al final mi caballerosidad natural también ha servido de algo –dijo, mientras me dedicaba un guiño. Yo bajé la mirada y me ruboricé.

Alex se acercó y sacó a Sam de su trona, lo levantó en el aire y le hizo cosquillas hasta que el pequeño se encogió, riendo con un gemido; luego me lo pasó.

–Tengo un almuerzo en la comisaría de Spruce, y luego esa entrevista que reprogramamos con KYW –me informó–. He pensado que te iría bien tener una tarde más para recuperarte, de modo que para hoy no te hemos programado nada.

Lo miré, esforzándome por poner una expresión distinta de mi habitual cara de «ciervo cegado por los faros», y él añadió:

–Excepto por lo de esta noche, claro. Sé que nada te impedirá asistir a lo de esta noche.

Como no tenía ni idea de lo que debía decir, me limité a sonreír y a hacerle el gesto del pulgar hacia arriba.

–¿Te encuentras bien? –me preguntó, riéndose–. ¿Necesitas algo más de

café, o algo?

Pero antes de que pudiera responderle, se volvió y buscó a la chica:

—De hecho, yo sí tomaría un poco. ¿May?

¡May! Y, todavía mejor, ¡café! Abrí los ojos de par en par, ansiosa por resolver el misterio de la cafetera invisible.

May dejó a un lado los vasos de los niños que estaba enjuagando, le dedicó una sonrisa dulce a Alex, se acercó a una hilera de armarios de la pared del fondo e hizo una pausa delante de un rectángulo de cristal negro que había encima de una caja perforada de acero inoxidable. Dio un golpecito al cristal y se iluminó con una hilera de botones que comenzaron a brillar. Tocó unos cuantos y, al cabo de treinta segundos, le sirvió un *café latte* humeante.

Alex dio un par de sorbos y lo dejó encima de la mesa. Se acercó a la puerta detrás de los otros hombres; hizo una pausa en la entrada de la cocina y luego se volvió.

Me miró fijamente como si estuviera buscando las palabras y sentí que se me helaba el cuerpo bajo su mirada, ansiosa de recibir cualquier comentario encantador que me quisiera dedicar a modo de despedida.

—Oh, y ¿Abbey?

—¿Sí?

—No te olvides de recoger mi esmoquin.

Con mis enormes gafas de sol Gucci y el chal negro de cachemir, me parecía a cualquier otra mujer de Walnut Street, pero mientras ellas se detenían frente a los escaparates y empujaban pesadas puertas de salones de belleza, yo seguí andando con la mirada puesta en el infinito. Tenía solo una hora más o menos hasta que Sam se despertara de su siesta y Gloria llegara del colegio, de modo que actué con presteza, esquivando a todo aquel que se interpusiera en mi camino y tomando nota mentalmente de cada cruce que pasaba: Dieciocho, Diecisiete, Dieciséis, Quince y, finalmente, Broad Street. Hice una pausa en el semáforo en rojo y para volver a consultar el mapa en mi teléfono. Ya casi había llegado.

Cuando se puso verde, avancé con la gente y crucé hasta la ancha avenida. Pero a media manzana siguiente tuve que volver a detenerme, entorpecida por una grúa que empujaba un contenedor hacia una fachada comercial que

estaban remodelando.

Retrocedí para evitar la polvareda y esperé. Al levantar la vista, miré a los operarios que desmontaban un viejo rótulo de madera. Incliné la cabeza y leí: «Ochs & Ochs».

Esto, o lo que quedaba de ello, era la vieja tienda de maletas Ochs, uno de los últimos comercios independientes de Filadelfia, un vestigio de los tiempos en los que las maletas costaban más que una caja de pañales. Me protegí los ojos del sol y eché un vistazo al interior, recordando al viejo señor Ochs y a su hermano, siempre vestidos con trajes de tres piezas, siempre gritando a los niños que no tocaran nada. Ahora el suelo de la tienda estaba ocupado por una hilera de maniquís blancos, indiferentes a su desnudez y a los operarios que se movían a su alrededor. Uno de los albañiles salió a fumarse un cigarrillo y le pregunté cuál era la tienda que iba a instalarse en el local.

—No tengo ni idea —me dijo, mientras se encendía el pitillo—. Yo soy un mandado. —Después de soltar el humo de la primera calada, me examinó con más detención mientras sus ojos se regocijaban en mi abultado pecho. Vaya, eso nunca me había pasado, pensé. Al final decidí cruzar la calle.

Cuando llegué a la calle Trece, entré por unas puertas giratorias a un edificio de oficinas de forma cúbica que me impulsaron hacia un vestíbulo vacío e iluminado con luz tenue. Examiné el directorio de consultas médicas y de bufetes de abogados hasta encontrar el nombre que buscaba: Agencia X, Suite 1105. Me metí en el ascensor, pulsé el botón y esperé que se moviera. A medida que subía, iba anunciando cada planta con un soso *clinc*.

La planta once era clara y diáfana, con largos pasillos blancos decorados con carteles o vegetación ocasional. Percibí el olor a comida china que salía de una puerta y el de pintura por otra, y oí una música de rap que venía del fondo. Aquí debe de ser donde meten a todos los creativos, pensé, y tenía razón. Los despachos por los que pasé estaban ocupados por interioristas, programadores web, arquitectos, agencias de publicidad... y un psiquiatra solitario. Qué práctico para ellos.

Doblé una esquina y miré por otro pasillo largo. La última puerta del final era de un blanco brillante como las otras, excepto por una «X» grande y rosa fucsia pintada con estilo y descentrada en la puerta. Sonreí; estaba claramente en el lugar adecuado. El rosa fucsia siempre había sido el color favorito de Jules. Tal vez porque combinaba tan bien con sus ojos verdes, o porque era la

única indulgencia femenina que se permitía, pero durante todos los años de nuestra amistad ella había insistido en toques de rosa en sus decoraciones, en sus diseños o en su vestuario. En la universidad, habían sido cojines rosa fucsia; cuando éramos veinteañeras, fueron mechones rosa en el pelo; y más adelante, cuando la vida exigía una paleta de colores más «madura», recortó a un solo par de zapatos planos de piel rosa. Por suerte, tenía una compinche en Gloria. Podían pasarse horas pintando mariposas, corazones y flores fucsia, estrechando sus lazos de amistad a través del color como dos ancianas que descubrieran su adoración mutua por la actriz Judi Dench.

Con el corazón acelerado y llena de ansiedad, entré en el despacho. En el escueto mostrador blanco de recepción, una joven aburrida, con un *piercing* en la nariz, levantó los ojos para ver qué quería. Sí, estaba ahí para ver a la señora Xavier. No, no tenía cita con ella. Sí, ella sabía quién era. Y no, gracias, no necesitaba ningún zumo de col rizada y piña.

Me senté en la primera silla que encontré y esperé. Y esperé.

Durante casi media hora estuve sentada esperando, jugando con mis gruesos anillos de boda y observando la rutina diaria de una pequeña agencia de comunicación. Había trabajado en agencias toda mi vida adulta, de modo que algunos de los sonidos me resultaban familiares: teléfonos sonando, dedos tecleando, los insultos de jóvenes profesionales; otros, un poco menos: el *bip-bip* de un videojuego que se oía a lo lejos, el burbujeo de una pecera o el suave zumbido de una licuadora último modelo.

Sonreí mientras un perrito Jack Russell terrier se precipitaba a investigar mis lustrosas botas Rachel Zoe. Me agaché y le rasqué entre las orejas y me pregunté cómo se llamaba. Tenía claro quién era su dueña. Si había una cosa que a Jules le gustaba más que el fucsia, eran los perros. Mientras crecía, su familia, ya agobiada con seis niños, una abuela de noventa y seis años y una casa victoriana que se caía a trozos, añadía a la fiesta al menos cuatro perros a la vez, la mayoría rescatados. Desde entonces, Jules tenía una debilidad por los perros callejeros y les permitía conquistar su corazón y su cama demasiado rápido. Más tarde los reemplazaría por hombres, y yo sabía exactamente cuál de las dos especies dejaba a Jules en peor estado.

Cuando nos conocimos, en la universidad, ella era una estudiante de arte sensible y de pelo rizado, aficionada a fumar cachimba y a escuchar música de Billie Joe Armstrong. La primera vez que la vi —el día que los de primero nos instalábamos en el campus— estaba sentada en su cama de nuestra

habitación compartida de la residencia y las lágrimas le caían por las mejillas pálidas y pecosas.

–Hola –le dije–, soy Abbey.

–Hola –resopló y se limpió las lágrimas, después levantó los ojos–. Soy Juliana, pero todo el mundo me llama Jules.

–¿Estás bien?

–Ya sé que solo han pasado unas horas, pero echo de menos a mi perro.

–Oh, Dios mío. Lo siento –le respondí, mientras dejaba los edredones y los libros sobre el colchón con funda de plástico–. ¿No los dejan entrar en las residencias?

–No, ni siquiera de visita –dijo.

–A lo mejor lo puedes ir a ver los fines de semana.

–La puedo ir a ver, es una hembra. Y sí, pero no es lo mismo. Lleva durmiendo en mi cama desde que era un cachorro. Me da miedo que sienta que la he abandonado.

Me senté en la cama de enfrente y busqué unas palabras reconfortantes que decirle. Dejó de resoplar, respiró hondo y se miró los zapatos. Estábamos sentadas en silencio, ambas sopesando el estado psicológico del cachorro abandonado, cuando mi madre entró y rompió el silencio; llevaba su vestido de tenis amarillo canario y una visera a juego. Dejó con un *clanc* la lámpara de pie que cargaba y empezó a abanicarse con las manos, demasiado bronceadas.

–¿No hay aire acondicionado? –preguntó–. Madre mía, ¿pago veinticuatro mil dólares al año para que estés sudando día y noche?

Miré a Jules, muerta de vergüenza por dentro y preguntándome lo que esta amante de los perros de dulce rostro estaría pensando de Roberta DiSiano.

Me miró con asombro, luego se volvió hacia mi madre:

–Estoy de acuerdo, señora. ¿Por qué no quemamos este maldito lugar?

Supe de inmediato que íbamos a ser íntimas.

Los muñequitos del mostrador de recepción hacía rato que habían dejado de mover las cabezas y el perro estaba sumido en el sueño sobre su cama en forma de hueso antes de que la recepcionista se dignara dirigirme la palabra.

–Ya puedes pasar, al fondo –me indicó, sin levantar los ojos del ordenador.

Recorrí un breve pasillo lleno de carteles de eventos de Filadelfia, todos ellos del estilo vivo, pero limpio, que le había hecho ganar a Jules tantos premios del Ad Club. Cuando entré en el pequeño despacho iluminado por un ventanal, me fijé en la gran mesa laminada, las sillas de metacrilato y una alfombra con círculos rosa y naranja convergentes.

Tras la mesa estaba Jules, que levantó la vista cuando entré. Llevaba su clásica melena castaño caoba alisada, y sus ojos verdes resaltaban bajo unas pestañas largas y negras. Vestía un *blazer* burdeos muy moderno y estiloso, con las mangas remangadas que dejaban ver un forro a rayas y unos gruesos brazaletes de ónix y oro. No dijo nada y siguió mirando unas maquetas mientras me sentaba delante de ella.

—¡Me alegro taaaanto de verte! —le dije—. No vas a creerte lo que está pasando. Ni siquiera soy capaz de explicártelo, pero lo intentaré. Dios mío, no sé ni cómo empezar...

Tardé unos cuantos segundos en darme cuenta de que apenas se había movido, tan solo había arqueado un poco la ceja izquierda. Me callé y me incliné hacia delante, tratando de que me mirara a los ojos.

—¿Jules? —le dije, a media voz—. ¿Qué ocurre?

—¿En qué puedo ayudarte, Abbey? —me preguntó, mirándome finalmente a los ojos—. Ya te he dicho en alguna ocasión que no puedo diseñar más logos gratis para tus actividades benéficas. Esto es una empresa.

—No —le dije, contrariada—. No vengo a encargarte nada, solo quería hablar contigo.

—¿Sobre? —siguió con su tono distante.

—Te parecerá una auténtica locura, pero creo que estoy, que estamos, viviendo en algún tipo de universo alternativo —le dije. Al decirlo en voz alta hice una mueca de dolor, pero proseguí—. Y creo que tal vez tú tuvieras algo que ver con ello.

—¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver con nada? Hace años que no te veo.

Me apoyé en mi silla, desconcertada. Miré hacia un lado y vi dos fotos sobre un archivador: una del perro que acababa de encontrarme y otra de Jules, con los brazos alrededor de un hombre de pelo oscuro revuelto y gafas de pasta.

—No. Escúchame. Nos vimos el viernes en el trabajo —le expliqué—. Es lo que intento decirte. Esto no es real; está pasando algo muy extraño.

—¿Que nos vimos en el trabajo? Hace más de seis años que no trabajas

conmigo, ¿recuerdas? Fundamos esta agencia juntas y a los dos años me dejaste colgada. Estabas demasiado ocupada redecorando, o algo así.

La ignoré y me puse a hablar más alto y más lentamente.

—Sé que suena absolutamente loco, pero esto no es real. Todo esto es un sueño, o un delirio, o algún tipo de agujero negro —le dije, intentando desesperadamente que me creyera—. Tú y yo somos íntimas amigas y trabajamos en Elkins PR en Conshy. Lo odiamos, pero trabajamos allí.

Me miró fijamente unos segundos y luego apartó la vista.

—Lo siento, pero estoy muy liada —dijo, y se volvió a concentrar en su caótica mesa—. Tengo un montón de trabajo y muchas llamadas por hacer.

—Jules, soy yo, Abbey. Bee. Hace casi veinte años que nos conocemos. Eres mi mejor amiga. —Hice el gesto de tomarle la mano, pero ella la apartó como si fuera un monstruo.

—Mira, no sé qué es lo que te propones ni cuánto *chardonnay* del caro te has metido, pero no soy tu psiquiatra. Ni tu amiga, de hecho. Y ahora, si me disculpas...

Se levantó y yo tragué saliva. No solo se mostraba totalmente digna e iba vestida con gran estilo —por no mencionar que parecía dirigir una agencia lo bastante próspera como para permitirse alquilar ese despacho tan *hipster* y llenarlo con unos empleados la mar de modernillos—, sino que además estaba delgada. Delgada como una modelo.

Abrí los ojos de par en par y se me escapó una sonrisa.

—Jules —susurré—. Estás espléndida.

Pero la mirada que me devolvió no fue precisamente de agradecimiento, sino cargada de veneno, adusta. Cogió el teléfono y marcó unos cuantos números, ignorándome. La miré, incapaz de moverme, incapaz de aceptar que mi mejor amiga pudiera ser tan fría, tan distante.

—Jules —murmuré de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas—. No lo entiendo. ¿Qué ha pasado?

Pero sus ojos verdes se negaban a mirarme. Se dio la vuelta y se puso a hablar con alguien sobre una prueba de color. Me quedé unos instantes más, pero entonces me sorprendí echándome a llorar. Recogí el bolso y me apresuré a salir, pasando junto a la señorita Piercing como un niño a quien acabaran de regañar.

—¡Cuidado que no se escape el perro! —gritó mientras yo salía. Y luego, en voz más baja, añadió—: Zorra.

Cuando volví a casa, al edificio de apartamentos en el que vivía, con los ojos enrojecidos ocultos tras las gafas de sol, estaba agotada. No solo el encuentro con Jules me había resultado terriblemente doloroso, sino que tuve que visitar cinco tintorerías Center City antes de localizar un esmoquin de la talla cuarenta y dos a nombre de «A. van Holt».

¿Podía ser cierto lo que me había dicho Jules? ¿Que llevábamos años sin vernos? ¿Que solo hablábamos cuando yo necesitaba un logotipo o un folleto gratis? Aunque tuviéramos un aspecto tan distinto, y vidas tan diferentes, no me parecía plausible. ¿En qué universo podíamos no ser amigas?

Dijo que habíamos fundado un negocio juntas –una agencia de comunicación de verdad, con clientes de verdad y una fotocopiadora propia–, como siempre habíamos dicho que teníamos que hacer pero nunca hicimos. La pusimos en marcha juntas, trabajamos juntas durante dos años, ¿pero luego «la dejé colgada»? Yo nunca habría dejado que la dulce Jules se buscara la vida sola en el despiadado mundo de las relaciones públicas y la comunicación estratégica. Pero lo cierto era que parecía estar sobreviviendo bastante bien.

Una vez en el ascensor toqué el botón de la planta doce con impaciencia, ansiosa por llegar a casa y refugiarme en su espacio limpio y apacible. Ansiosa de disfrutar de unos momentos a solas, para intentar comprender las partes más desconcertantes de la vida de Abbey van Holt.

Pero me dieron la bienvenida dos extraños con caras idénticas e idéntica expresión de preocupación en el rostro, equipados con idénticas maletas metálicas con ruedas.

–¡Por fin! –exclamaron al unísono; levantaron las manos y abrieron los ojos de par en par, como si anunciaran su exasperación en estéreo.

–¿Dónde has estado? –me preguntó el que llevaba un vaso gigante de café

en la mano—. Llevamos casi media hora esperándote. Y ya sabes cómo le molesta esperar a mi hermano.

—Me molesta mucho —dijo el otro personaje, acercándose a mí—. En especial una noche tan importante —añadió, pellizcándome el mentón. Luego me giró hacia la luz el rostro, que estaba hinchado y con el rímel corrido.

Hizo un gruñido hacia su hermano, luego hacia mí y luego soltó un suspiro.

—Manos a la obra —dijo—. Tenemos mucho trabajo. Trabajo serio e importante.

Llevaron sus relucientes maletas a mi dormitorio, al tiempo que me gesticulaban con impaciencia para que los siguiera.

Así fue como conocí a los hermanos Bacco, los estilistas de toda la vida de Abbey van Holt. Habían venido a prepararme para la gala benéfica de la alta sociedad en la Union League, el acto que Alex había mencionado, el que yo me negaba a perderme. A pesar de sus caras y físicos idénticos, Bobby era mandón y ruidoso mientras que Francis era tranquilo y delicado. Bobby se ocupaba principalmente de mi pelo, mientras Francis se concentraba en el maquillaje y las uñas. Ambos me asesoraban sobre la ropa. Mientras los observaba moverse por mi cuarto de baño, sonreí a mi imagen en el espejo. Solo Abbey van Holt podía tener no solo un amigo gay estupendo, sino dos.

Me quedé tímidamente entre ambos, mirando cómo sacaban sus cosas. Me pidieron que me duchara y que me lo afeitara todo. A pesar de que acababa de conocer a aquellos hombres hacía tan solo tres minutos, obedecí.

Una vez fuera de la ducha —goteando pero limpia—, me sentaron en mi taburete tapizado y se pusieron manos a la obra, hablándose entre ellos en la extraña jerga de los esteticistas. Uno me metió las manos en cuencos de líquido rosa, mientras el otro me extendía una materia pegajosa por el pelo. Trabajaban rápido y concentrados, como si fuera una paciente recién llegada a la sala de emergencias con paro cardíaco. Puede que fuera mi cuarto de baño, pero una vez empezaron a ahuecar y depilar, a cepillar y pintar, me di cuenta de que estaba totalmente en sus manos. Lo mejor era relajarse, callar y dejar que los cirujanos operaran.

—Llevas las raíces fatal —dijo Bobby, mientras peinaba y separaba unos cuantos mechones húmedos—. Sabía que teníamos que haber venido la semana pasada.

¿Fatal? A mí me parecían perfectamente aceptables. Hizo una pausa y miró

a su hermano.

–¿Te acuerdas de cuando la conocimos? ¿Cómo llevaba el pelo?

–Tremendo –dijo Francis–. Tanto amoníaco que parecía verde.

–Pero eras tan mona... –Bobby sonrió–. Estabas tan decidida a intentar ser tú misma.

Eso me hizo prestar toda la atención.

–Mirabelle estaba perpleja –intervino Francis. Los dos se echaron a reír.

Al oír mencionar a mi suegra levanté la cabeza, pero Bobby me la volvió a empujar delicadamente hacia abajo.

–Pero aquella época fue muy divertida –recordó–. Todo era tan nuevo. Fuiste una de nuestras primeras clientas. Y ahora todo el mundo en esta ciudad es cliente nuestro. –Me miró y vio mi expresión de intentar comprender, de ponerme al día, y la confundió por disgusto–. Pero, por supuesto, tú eres nuestra favorita.

–Por supuesto –afirmé, con una sonrisa.

–Madre mía, ¿te acuerdas de aquel vestido? –siguió Francis, y levantó la vista del agua para pies que estaba preparando en el suelo–. ¿El que te pusiste la noche de la pedida? Una cosa terrible con flores estampadas, de Ann Taylor o algo parecido.

–Trágico –añadió Bobby, estremeciéndose para darse énfasis–. Y, si la memoria no me traiciona, me parece recordar que era cien por cien de poliéster. –Sus risas acompasadas subieron y se apagaron al unísono.

–¡No era de poliéster! –protesté, indignada, pero sabiendo perfectamente de qué vestido hablaban. Me lo había comprado con mi primer sueldo y me lo seguía poniendo; en otro universo, me estaba esperando junto a un vestido de patinar de niña de la talla cuatro, para que alguien lo recogiera en la tintorería Top of the Hill.

Retiré la mano de Bobby airada y proseguí:

–Y hay muchas mujeres trabajadoras que compran en Ann Taylor. Tienen ropa de muy buena calidad, en especial si tienes un presupuesto limitado.

–¿Presupuesto? –dijo Bobby, con expresión horrorizada y el peine petrificado en medio de mi pelo–. ¡Prométeme que no volverás a pronunciar nunca más esa horrible palabra!

Esta vez, cuando se empezaron a carcajear, me tapé los oídos y moví la cabeza con irritación. Pero tampoco pude evitar que se me escapara una sonrisa.

La siguiente media hora me exfoliaron, masajearon, depilaron, pusieron cremas, maquillaron y perfumaron, hasta que finalmente aparecí... transformada. Me miré al espejo contemplando como mis hipercafeinados e hiperentusiastas cortesanos convertían a una mamá de aspecto normal en una aristócrata, no solo bella, sino a la última y perfecta. El vestido, que fueron a buscar a la cocina y que sostenían con reverencia entre los dos, se ajustaba perfectamente a mi cuerpo estupendo de comprobada talla treinta y ocho.

Una vez terminados el pelo y el maquillaje, Francis sacó su iPhone y un pequeño altavoz de plástico y el ambiente se convirtió en el de una fiesta. Como si fuéramos un grupo, nos trasladamos al vestidor y nos pusimos a abrir bandejitas forradas de terciopelo y cajitas lacadas en busca de los accesorios perfectos. Ningún detalle se consideraba vano, y todas las decisiones –los cierres de los brazaletes, la altura de los tacones y hasta el color de los pañuelos por-si-acaso– estaban abiertas y a debate. Hacía años que no me lo pasaba tan bien, con aquella charla tan femenina y glamurosa y, a medida que el vestidor se iba desordenando más y más, la ilusión por la velada que tenía por delante iba en aumento.

Al volver de una sesión de juegos después del cole, Gloria y Sam se unieron a la fiesta, gateando por entre los vistosos pantalones de chándal de los hermanos Bacco y probándose cosas del montón de accesorios descartados. Finalmente, tan solo unos minutos antes de mi cita con Alex, estuve lista. Llevaba un bolso tipo caja y con lentejuelas, unos pendientes largos y brillantes, unos zapatos de tacón con muchas correas. Y, por primera vez en el día de hoy, mi felicidad era genuina. Cuando los dos hombres tomaron una foto del producto acabado –al grito de «¡Sonríe como si fuera de verdad!» antes de disparar–, no pude evitar hacer exactamente eso.

Pero por dentro estaba nerviosa, anticipando mi momento con Alex. ¿Iría vestida adecuadamente? ¿Metería la pata? ¿Sospecharía que era una impostora? ¿Le gustaría? Me di cuenta de que sentía los nervios de una primera cita porque, técnicamente, lo era. Al menos para mí, claro.

Al mirar el esmoquin que colgaba detrás de la puerta, mis pensamientos volaron hacia Jimmy. Dios mío, cómo odiaba vestirse con ropa formal; solo lo había visto con traje en nuestra boda y en el funeral de su madre. A él le

gustaban los pantalones de algodón, las botas de trabajo y las camisetas. Y si creía que tenía que adoptar un aspecto más profesional, se ponía un polo. En nuestra primera cita oficial, se presentó a mi puerta con una parca verde tipo militar y vaqueros, y con algo colgado de los hombros.

–¿Qué te parece el hielo? –me preguntó.

–Muy frío, ¿por qué?

–Porque vamos a patinar, o sea que mejor que te quites esa falda y te pongas algo que resista a las caídas.

Me eché a reír, pero me di cuenta de que no bromeaba al ver un par de gastados patines de hockey blancos y negros con las hojas brillantes recién pulidas. Entró en mi apartamento y de pronto el espacio me pareció más pequeño.

Yo hacía horas que estaba lista y había elegido cuidadosamente mi ropa para realzar lo positivo: una falda de tubo ajustada que destacara mi trasero y una blusa con el cuello de pico que disimulara mi pecho plano. Al menos me había visto así vestida antes de que me embutiera en mis vaqueros favoritos. Aunque ya había visto cada centímetro de mi cuerpo el fin de semana anterior, me metí en el baño para cambiarme y seguí charlando con él a través de la puerta blanca de madera.

Fuimos en coche hasta Grange Hill y aparcamos frente a una nave de ladrillo típica de los años setenta llamada Skatium. El imponente edificio tenía aspecto de fortaleza sin ventanas, pero jóvenes, no tan jóvenes y familias enteras se dirigían alegremente hacia su entrada, ansiosos de olvidarse del colegio, la oficina y el mundo sin cuchillas aunque solo fuera durante un par de horas.

–Que no te dé miedo ser novata –dijo Jimmy mientras me ayudaba a salir de su furgoneta verde y me señalaba una familia que teníamos más adelante–. ¿Ves? Hay un niño de dos años.

–Eso no me consuela en absoluto –le aclaré–. Ese pequeñajo va a caerse.

–Tengo la sensación de que la única que se caerá esta noche serás tú –respondió, a la vez que me ayudaba a cruzar el aparcamiento lleno de nieve.

–Oh, no te lo creas, chaval –le solté, adelantándolo y dirigiéndome hacia la puerta.

Pero Jimmy tenía razón: era malísima. Sobre el hielo, con mis patines marrones de alquiler, mis brazos y piernas parecían ser demasiado largos y mis tobillos, que oscilaban de un lado para otro, demasiado frágiles. Me

agarraba con miedo a la barandilla de la pista mientras que los ciudadanos ejemplares de Upper Darby se deslizaban hábilmente en oleadas de forros polares Old Navy. Hasta Jimmy, cuyos anchos hombros y complexión fuerte lo hacían un poco pesado, se deslizaba por entre los demás patinadores con elegancia.

Después de dos cervezas aguadas, me sentía lo bastante relajada como para moverme por la pista sin la mano de Jimmy en mi espalda. Envalentonada por el alcohol, intenté ir un poco más rápido, intentando imitar la facilidad con la que se deslizaban los patinadores que me rodeaban. Entonces, una adolescente con camiseta y máscara de hockey se cruzó en mi camino y perdí el equilibrio; comencé a girar, con los brazos como aspas de molino, antes de caerme de culo.

—¿Estás bien? —me preguntó Jimmy, después de gritarle a la quinceañera que frenara un poco.

Intenté levantarme, pero me volvía a caer todo el rato.

—Ay, ay, ay.

Se agachó y me ayudó a levantarme, luego me guio, protegiéndome, hasta la pared, a salvo de la vorágine.

—Lo siento mucho —me susurró, con la mirada llena de preocupación—. Antes hablaba en broma. No tenía ningunas ganas de que te hicieras daño, lo prometo.

—Estoy bien; es muy divertido, de verdad.

—Sé que probablemente no es el tipo de cita a las que estás acostumbrada —dijo, y miró hacia la pista, que estaba aún más llena y caótica—. Seguramente estás acostumbrada a que te lleven a cenar a restaurantes sofisticados. Con tipos que llevan corbata. Y que han ido a la universidad.

Agradecí que pensara que era una dama sofisticada. Y que estaba tan solicitada. Pero también supe que era el momento de ser sincera.

—Es la primera cita que tengo en un año. Y me alegra mucho que me hayas llamado. Pensé que no lo harías, en especial después de aquella..., ejem..., noche loca —le dije, a media voz—. Y sé que probablemente no me creerás, pero era la primera vez que hacía algo así. Me refiero a irme a casa de un chico al que acababa de conocer.

No dijo nada, se limitó a tomarme de la mano y llevarme otra vez a la pista, con una sonrisa en los labios.

—Es un honor —dijo—. Y desde luego, no tengo ninguna queja. De hecho,

espero que vengas más a menudo.

–Creo que tal vez tenga algún motivo para hacerlo –respondí, sintiéndome lo bastante segura como para dejar de clavarle las uñas en el brazo—. Pero solo si se me cura el trasero, porque creo que me va a salir un buen moratón.

–Más tarde te lo miro –me dijo, mientras me rodeaba con un brazo y nos deslizábamos juntos por una curva.

Me ruboricé de vergüenza, pero no tanta como para pasar la noche sola. Esta vez lo invité a mi casa.

La Union League tenía su sede en una enorme mansión construida a unos tres metros detrás del resto de edificios de Broad Street, cuyas fachadas simples y grises constituían el contraste perfecto con sus ladrillos rojos parduzcos. Había estado allí una vez con mi madre, hacía años, de modo que su doble escalinata curva y sus estatuas ennegrecidas por la pátina del tiempo me resultaban familiares, aunque no menos imponentes. Roberta me había arrastrado a un seminario de ingreso a la Universidad de Princeton que había visto anunciado en el periódico. Yo no quería ir, y además sabía que, de todos modos, nunca podríamos permitirnos pagar la matrícula de una universidad de la Ivy League. Sospeché que solo quería conocer a divorciados, preferiblemente mayores, ricos y sensibles a su estilo de feminidad descarada.

Esta noche, el espléndido edificio estaba repleto de gente, ruido, luces y una larga hilera de limusinas que llegaban hasta el ayuntamiento.

–¿Quiere que tome la curva y me acerque? –me preguntó Oscar desde el volante del monovolumen.

–No hace falta, gracias –le dije—. Me bajaré aquí y cruzaré a pie.

Alex estaba desaparecido debido a una entrevista que tenía programada a última hora, de modo que debería sortear las elaboradas escaleras, las cámaras de televisión y las hordas de la alta sociedad a solas. No era lo que esperaba –estaba bastante nerviosa–, pero supongo que resultaba inevitable. Crucé la calle con cuidado sobre mis delicados tacones, evitando los charcos y los tubos de escape de los taxis antes de incorporarme a la cola de los otros asistentes al baile. Vestidos y esmóquines aguardaban en la escalinata delante de mí, como en una escena de una película de Disney; algunas de las mujeres mayores llevaban hasta guantes blancos y tiaras.

Una vez dentro del abarrotado vestíbulo principal, con su ancho espacio lleno de gente, bustos de soldados y un número exorbitante de relojes de pared, adopté una actitud discreta y me puse a leer el programa. El acto era una gala benéfica para recaudar fondos para la Ballantine School, una escuela privada de West Filadelfia para niños con pocos recursos y, según el folleto, era el evento social de la temporada. Entre los más de ochocientos invitados se congregaban las personas más ricas de Filadelfia, ya fueran del sector empresarial, político, la alta sociedad o, como nosotros, que éramos todo eso junto. Estaba leyendo los nombres de los patronos, que incluían a Alexander y Abigail van Holt en el nivel «Platino», cuando advertí que alguien se me acercaba; olía a perfume caro y, muy levemente, a heno.

Me volví y me encontré cara a cara con mi cuñada Aubyn. Desprendía una elegante sencillez con aquel vestido de terciopelo negro y unas perlas. A su lado, un hombre de veintitantos años, pelirrojo y con el pelo engominado, me miró con rostro inexpresivo y luego bajó la vista.

—¿Dónde está Alley? —me preguntó, con los ojos entreabiertos—. Pensé que venía.

—Vendrá —dije, alegre, dedicándoles una sonrisa a ella y a su joven acompañante—. Se ha retrasado un poco.

—Oh.

—Estás muy guapa, por cierto.

Ignoró mi cumplido, luego señaló con una mano enguantada a su amigo, miró al techo con expresión aburrida y soltó un forzado «¿Recuerdas a Kipper?».

—Claro —mentí, mientras le estrechaba la mano—, me alegro de volver a verte.

—Igualmente —dijo, con una sonrisa poco expresiva.

Mientras intercambiábamos cuatro frases de cortesía, noté que la mirada crítica de Aubyn examinaba mi vestido, mi pelo y mis zapatos, y de pronto me sentí torpe y rara. Pero decidí no permitir que me intimidara. Meforcé a adoptar una actitud más erguida e imité su mentón inclinado y su expresión aburrida.

Cuando se fijó en mis pendientes, apretó los ojos y bajó la voz.

—Si te viera mi abuela con estos pendientes, se revolvería en la tumba. En nuestra familia nunca nos ponemos diamantes antes de las ocho.

—Oh —dije, y me toqué los diamantes con prudencia—. Pues no lo sabía...

Quiero decir, simplemente he pensado que eran bonitos.

Los Bacco los habían sacado de una cajita desgastada de terciopelo y los declararon «deslumbrantes». No tenía ni idea de que fueran auténticos.

–Pero ten cuidado –añadió–. Llevan en mi familia desde tiempos inmemoriales.

Luego se volvió hacia Kipper, que estaba muy ocupado mirando fijamente su bourbon, y se lo llevó tirándole de la manga.

–Vamos –dijo–. Ahí están los Cresheim. Deben de acabar de llegar de Longport.

Y se alejó sin decir adiós.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué me hacía sentir siempre como si hubiera dicho algo inconveniente? ¿Y por qué me sentía de pronto como la Meg de *Mujercitas*, con mi aspecto bello y cuidado, pero que no engañaba a nadie?

Necesitaba una copa. Seguí a la gente hacia el salón principal y me puse a la cola de la barra. Respiré hondo unas cuantas veces con la esperanza de que las manchas de mi cuello, provocadas por mi encontronazo con Aubyn, recuperaran su tono normal. Pedí una copa de champán y di un sorbo. Me toqué y alisé el pelo con la mano. Conté los retratos de las paredes. Volví a consultar el móvil. Contemplé a las mujeres de pelo plateado y a sus acompañantes, fornidos y de rostro sonrojado, que revoloteaban a su alrededor. Admiré a los pocos disidentes que vestían de rojo, amarillo o plata en aquel mar de vestidos oscuros.

Una pareja joven se me acercó y me preguntó por «el club». Les dije lo terrible que era mi *putting* antes de caer en la cuenta que hablaban del Racquet Club. Le ofrecí la mano para presentarme a un señor un poco mayor, solo para descubrir que me conocía muy bien, puesto que había asistido los partos de mis dos hijos («excepcionalmente rápidos los dos... ¡y sin epidural!»). Y accedí a que Gloria fuera a jugar el sábado a casa de una niña, a pesar de no tener ni idea de quién era la rubia alta que me lo propuso, ni de dónde vivía, ni si a Gloria le caía bien su hija.

Llevaba solamente veinte minutos en la gala y ya estaba mentalmente exhausta. ¿Quién imaginaba que mantener conversaciones sencillas y ser capaz de responder con rapidez y seguridad a una pregunta resultaría tan complicado? ¿Algún día se volvería más fácil hacer de señora Van Holt? Con un suspiro, dejé mi copa de champán a medias en la bandeja de un camarero

que pasaba y me abrí camino entre la gente, de vuelta al vestíbulo. Busqué un baño con la mirada y lo encontré sin demasiado problema. A diferencia de aquella puerta tan oculta de Bloemveld, esta tenía una placa gruesa de latón en la que se leía la palabra «DAMAS».

Después de una batalla épica entre mujer y vestido de gala, me lavé las manos y consulté el contestador del móvil. Seguía sin noticias de Alex. Me apoyé en la pared de baldosa y dejé que la fresca tranquilidad de aquel espacio aplacara mis nervios. Finalmente, después de una breve conversación con la anciana encargada de lavabos y de mirar mi reflejo una última vez, reuní el coraje para volver a salir.

De pronto entraron dos mujeres guapas, aunque con aspecto frágil, riéndose mientras se dirigían al espejo. Las vi antes de que ellas me vieran a mí: Betsy Claiborne, con un vestido de seda color crema que contrastaba con su melenita negra, y Ellen Hadley, de satén verde esmeralda a juego con el anillo de esmeraldas que brillaba en su mano derecha. Sentí la misma invasión de pavor y humillación que había sentido cuando me las encontré – bueno, yo o Abbey Lahey– el sábado anterior en Nordstrom. Me quedé paralizada, suplicando que no me vieran.

Pero lo hicieron, me habían visto a través del espejo y se volvieron como un par de dinosaurios velociraptor que hubieran olido a su presa. Me preparé para el impacto... y para los insultos. Pero, bien al contrario, fui recibida con una mezcla de sonrisas y admiración, seguidas por muchos saltitos y aplausos de alegría.

–¡Abbey! –exclamó Betsy–. ¡Te hemos estado buscando por todas partes!

–Estás impresionante –dijo Ellen, subrayando el adjetivo con los ojos cerrados–. Sabía que irías de azul marino. Te sienta tan bien, ¿no es cierto, Bets?

–Más que bien. Estás a años luz –respondió Betsy–, pero es que tú siempre estás *parfaite*.

¡Ja!, pensé. ¡Cómo ha cambiado el cuento!

Antes de que pudiera responder, o devolver los cumplidos, Betsy se inclinó hacia mí y me susurró: «Todavía no ha llegado nadie interesante, solo el alcalde y sus acólitos».

–Sí, y tu cuñada y su aburrida pareja de montar –añadió Ellen–. Pasea a ese pobre como si fuera un poni de Shetland.

—Ya lo he visto —dije—. ¿De dónde sale?

—¿A quién le importa? Prefiero hablar de tu impresionante marido —dijo Betsy, bajando la voz hasta soltar algo parecido a un arrullo felino—. Dime que va a venir. Y por favor, dime que piensa asistir a nuestra pequeña reunión benéfica de la semana que viene. Sería fantástico tener a un miembro del Congreso.

—Todavía no es congresista —puntalicé—, pero no te preocupes, irá. Vendrá, quiero decir.

—Al menos él tiene una buena excusa para llegar tarde —añadió Ellen—. Nosotras hemos tenido que traer a Bill y a Robbie a rastras, como dos niños pequeños. Solo han aceptado a venir por la subasta. Ya sabes, cuando huelen una ocasión de jugar...

Dedicaron el resto de la sesión de retoques a diseccionar los vestidos, los rumores de líos y las cirugías plásticas recientes de los otros asistentes, y a volver a pintarse unos labios y a retocarse unos peinados que no lo necesitaban. Cuando se disponían a salir por la puerta, se volvieron hacia mí al unísono.

—¿No vienes, Ab? —me soltó Betsy—. ¡Nos perderemos la intro!

Me di cuenta de que esperaban que fuera con ellas y, lo más asombroso: me consideraban su amiga. Una buena amiga. Me provocaba una sensación tan extraña y poco natural, y me daban ganas de ignorarlas directamente para vengarme de sus miles de desprecios anteriores. Pero ahora mismo eran de las pocas personas en aquel recinto a las que era capaz de identificar, de modo que opté por seguirlas.

—¿Me podrías presentar a Kelley Radomile? —me susurró Betsy mientras bajábamos otra vez a la zona de la recepción—. Ya sabes cómo me gustaría tener a una Radomile en el comité de actividades benéficas el año que viene.

—Eh, claro —dije—. Avísame cuando la veas.

—¡Oh, Abbey, mira que eres malvada! —exclamó Betsy, tapándose la boca con la mano y mofándose—. Todo ese rollo sobre que a él le va el travestismo es solo un rumor.

Sus carcajadas rebotaron por las paredes de mármol como balas.

Nos separamos a las mesas que teníamos asignadas pero antes prometimos volver a encontrarnos después de la cena, y me alegré de librarme de mis amigas de conveniencia. Localicé mi mesa en primera fila, cerca de las mesas del maestro de ceremonias y de la subasta, y tomé asiento con un suspiro.

Busqué a Alex con la mirada, con la esperanza de que llegara pronto. Volví a consultar el teléfono y luego lo silencié, irritada. Repasé la gente que ocupaba sus asientos y advertí al más reciente pícher estrella de los Phillies, a uno de nuestros restauradores más prestigiosos (que acababa de coronarse Iron Chef), al multimillonario constructor y a su novia del mes, mucho más joven que él, entre médicos, abogados y consejeros delegados. Para mi consuelo, Aubyn y Kipper, seguidos de unas cuantas matriarcas y aspirantes a titanes, se dirigían hacia una mesa al fondo. Me encontraba desmenuzando un panecillo cuando alrededor de mi mesa se desató un torbellino de actividad.

Frente a mí se sentaba una pareja mayor, los dos muy guapos, y un corpulento hombre negro que no me miró en ningún momento y, sin darse cuenta, reveló una placa y una funda de pistola mientras se desabrochaba la americana y se sentaba. Y finalmente, a mi izquierda, primero sosteniendo la silla para su esposa para luego sentarse con un suspiro, estaba el alcalde.

El alcalde de Filadelfia. La quinta ciudad más grande de Estados Unidos. A dos palmos de mí. Otra vez se me tensó el cuello de los nervios:

–Buenas noches a todos –dijo, a la vez que hacía un saludo con la cabeza hacia todos los lados.

–Buenas noches –respondí, incrédula.

–Un placer verla aquí, señora Van Holt –dijo, volviéndose hacia mí–. ¿Su marido se ha retrasado?

–Sí –balbuceé–. Ya conoce a Alex...

–Bueno, se adaptará perfectamente al Congreso –dijo, con una risotada.

Las luces parpadearon, luego se apagaron y un foco iluminó el podio. La muchedumbre cuchicheó cuando el presentador de la velada, un veterano de la televisión local llamado Wally McNamara, ocupó el escenario. Empezó haciendo bromas sobre el partido que estaban disputando los Eagles y mi corazón recuperó su ritmo normal. Con todas aquellas sorpresas acelerándome el ritmo cardíaco, al llegar a los postres necesitaría que me viera un médico. Pero, teniendo en cuenta la composición de los elegantes asistentes, concluí que eso no sería ningún problema. Debía de haber más de un cardiólogo entre nosotros.

Examiné el programa, hojeando distraídamente entre las entradas de los Flyers, las pulseras de Tiffany y las butacas del Kimmel Center antes de encontrar un artículo que llamara mi atención. Era un reloj Tank Cartier que había pertenecido a Sarah Lippincott Biddle, un nombre tan antiguo y

apreciado en Filadelfia que hacía palidecer a los mismísimos Van Holt. Hecho en 1917, el reloj era uno de los primeros de su estilo y se decía que reflejaba la fascinación de Louis Cartier por los tanques de la Primera Guerra Mundial. Siempre me habían gustado, desde la primera vez que vi una foto de la Princesa Diana en la que llevaba uno. Deseé poder pujar por él.

Pero entonces me di cuenta de que podía hacerlo. Los Van Holt, desde luego, tenían el dinero, y estábamos ahí para apoyar aquella causa. De hecho, probablemente se esperaba que pujáramos por algo. Esperé ansiosamente que Wally llegara al Lote 22.

Cuando lo hizo, anunciando un precio de salida de quinientos dólares, levanté mi pala tímidamente. Alguien más hizo lo mismo. Ochocientos dólares. Volví a levantar la mía. Mil. Seguimos con nuestra batalla de palas, con el precio subiendo cada vez más rápido, hasta que me tocó decidirme por seis mil dólares. Wally y todos los asistentes me miraban con anticipación, pero no pude hacerlo. Fuera de aquellas puertas, en el mundo real, seis mil dólares eran mucho dinero. Tres plazos de una hipoteca. Casi un año de supermercado. Un tejado nuevo. Negué con la cabeza y bajé la mano, y la subasta prosiguió sin mí. Una pareja hacia el fondo se lo llevó finalmente por doce mil.

Suspiré y jugueteé con la ensalada, desilusionada. Y no porque me hubiera quedado sin reloj, sino porque ahí estaba, en una gala realmente benéfica, y no me estaba divirtiendo demasiado. Pero entonces un camarero me tocó el hombro y me entregó una nota. Desdoblé una servilleta blanca y oro de la Union League. Garabateado con tinta azul había un mensaje: «¿Nos encontramos en el vestíbulo? AVH».

¡Alex! Por fin había llegado.

Mientras la gente ovacionaba una puja de diez mil dólares por una cita con la chica que daba el tráfico en la cadena Fox, recogí mi bolso discretamente y me disculpé. Algunos asistentes me saludaron con la mano mientras pasaba de puntillas entre las mesas, pero yo los ignoré, buscando con la mirada la puerta más cercana.

Fuera, en el pasillo, se oían los tacones de mis sandalias sobre el suelo de mármol mientras me apresuraba hacia la zona del vestíbulo y miraba a alrededor..., pero no había nadie. Me asomé a la biblioteca pero tan solo vi a un par de inversores fumándose un puro. Entonces oí un silbido largo y bajito, y alguien que se aclaraba la garganta.

Me esperaba al otro extremo del pasillo, apoyado tranquilamente en una columna estriada, con las manos en los bolsillos y una mirada muy seria concentrada en mí. No consultaba su correo, ni hablaba con votantes potenciales, ni estaba rodeado de su entorno habitual... Estaba él solo, con su esmoquin de corte impecable hecho a medida con puños a la francesa que dejaban ver un atisbo de los gemelos dorados. Llevaba el pelo liso y casi negro por la gomina, lo que daba a sus ojos un tono rabiosamente azul que se percibía incluso desde lejos. Tan guapo que parecía un anuncio de Tanqueray hecho realidad.

Me sentí eufórica al verlo. Aparte de Sam, y de vez en cuando Gloria, él era la única persona de ese mundo nuevo que parecía quererme de verdad. Mientras avanzaba pasillo abajo, no pude evitar echarme a correr. Cuando estuve lo bastante cerca, me eché a sus brazos. Él se rio, sorprendido por mi entusiasmo, y luego me bajó casi hasta el suelo.

—Hola, preciosa —me susurró cerca del oído, a la vez que me rodeaba con sus fuertes brazos—. ¿Dónde has estado toda mi vida?

«Si tú supieras», me hubiera gustado decirle. Pero me quedé en silencio, desvié la mirada, avergonzada porque había estado a punto de hacerle chocar contra una maceta. Alex me tomó el rostro entre las manos, me inclinó hacia él y me besó.

Sus labios sobre los míos me provocaron una sensación extraña. Mi primer instinto fue detenerlo, no solo porque me resultaba poco natural besar a alguien que no fuera Jimmy, sino porque nos podría ver alguien. Pero luego recordé que, en este mundo, este hombre era mi marido y que resultaría mucho más alarmante que me vieran besando a un jardinero paisajista de Grange Hill. De todos modos, por sensación de culpabilidad, por timidez o por nervios, no respondí; mis labios permanecieron impasibles y mantuve el torso levemente separado del suyo.

Luego movió las manos por mi cintura y los labios por mi cuello, lo que me provocó un cosquilleo en la garganta que descendió hacia algún lugar más abajo. Las imágenes de Jimmy —o de cualquier otro ser— se esfumaron. Cuando sus labios volvieron a besar los míos, respondí. Con intensidad.

—Te has puesto la artillería pesada, ¿eh? —me dijo, cuando se separó y percibió mis pendientes.

—Sí, ¿por qué no? —respondí.

—Claro, ¿por qué no, por qué no? —repitió con tono suave, mientras volvía a

besarme. Cuando vio que una mujer pasaba cerca de nosotros, se detuvo, para luego movernos hasta más atrás, hacia la zona más oscura, donde estrechó mis manos entre las suyas.

–No te enfades... –Me miró, como pidiendo disculpas, y entonces entendí el motivo de toda aquella dulzura y de aquellos besos. Me estaba dorando la píldora–. Pero no voy a quedarme –prosiguió–. Estoy muy cansado y, francamente, ya sé que todos estos me votarán. Tal vez sean los únicos votos con los que puedo contar ahora mismo. Pero no quiero aguarle la fiesta: ve y diviértete. –Bajó la vista, como protegiéndose de mi respuesta.

–Si tú te vas, yo también me marchó. –Sonreí, agradeciendo la oportunidad de huir de allí. Feliz de poder ahorrarme cientos de metidas de pata épicas de las mías.

Levantó la cabeza de golpe.

–¿De veras? ¿Estás segura? Es tu gran noche.

–No es tan divertida como me esperaba. Sinceramente, prefiero estar contigo.

Me miró sorprendido y luego sonrió:

–Oscar nos está esperando fuera.

Nos sentamos uno junto al otro en dos taburetes rojos de piel; éramos los únicos clientes del pequeño restaurante griego. Mi vestido caía en cascada como un suflé deshinchado, el esmoquin de Alex se veía aún más negro bajo la dura iluminación del local. Parecíamos una pareja de otra época. Estábamos en un callejón tranquilo, pero los pocos transeúntes no podían evitar pararse a mirarnos. Sonreían ante la original pareja que se tomaban el plato del día con los diamantes y el traje de gala puestos.

Esperamos más de diez minutos antes de que la camarera apareciera a ritmo tranquilo y nos tomara nota.

–Qué lugar tan fantástico –dijo Alex sin ironía–. Me encanta que me ignoren.

Al principio no estaba demasiado hablador, probablemente estuviera cansado, pero al cabo de unos cuantos bocados de *souvlaki* recién hecho se recuperó. Me habló de la campaña, de los índices de criminalidad en la ciudad y de los impuestos municipales, y de las mil y una reuniones

estratégicas que Frank insistía en hacer cada día. Su imitación de Frank era tan exacta, con sus tacos en yidis y su exagerada gesticulación, que me partí de risa. También me quedó claro que sentía un afecto fraterno por Calvin, su niño prodigio de las comunicaciones que le ayudaba a captar el voto de la gente joven a través de YouTube, Instagram y Tumblr, y que quedaba a menudo con él para salir a correr por la orilla del Schuylkill.

Alex se desahogaba charlando de lo difícil que es hablar con representantes del sindicato de maestros, de la asociación de pequeños comerciantes de Rittenhouse, de los recogedores de basuras y de los controladores de los parquímetros, y la presión que suponían las expectativas de todos ellos.

—Tipos como estos se matan a trabajar —dijo, y señaló con la cabeza a dos polis de patrulla que estaban cerca de la caja—. Merecen mejores sueldos, mejores pensiones, más días de descanso..., todo. Pero, no nos engañemos, por mucho que yo haga o diga, eso no ocurrirá. Es tan distinto de la oficina del fiscal del distrito —prosiguió, moviendo la cabeza para darse énfasis—. Por muy jodido que esté el sistema judicial, de vez en cuando encarcelas a un malo para siempre. Tenía la sensación de estar marcando la diferencia, de estar haciendo lo que había dicho que haría. Pero en política, al final, todo parece un juego de humo y de luz de gas. Jamás pensé que resultaría tan frustrante.

De pronto me sorprendí diciéndole lo que Jimmy siempre me decía cuando me veía agobiada:

—Sé que ahora mismo te parece todo muy abrumador, pero no tienes que resolver todos los problemas de inmediato. Simplemente, intenta que la pelota avance un poco cada día. Al final llegarás a la zona de gol.

Me miró con una expresión divertida:

—Gracias, *coach*. —Luego sonrió y admitió—: Pero tienes razón. No todo hay que resolverlo hoy. Y ¿quién sabe? Tal vez podamos cumplir algunas de nuestras promesas.

No pude evitar devolverle la sonrisa. ¿Guapo y trabajador? ¿Un gran experto besando y además solidario? Me equivoqué cuando le dije a Jules que pensaba que Alexander van Holt parecía un tipo agradable. No era simplemente agradable, era increíble.

Giró su taburete hacia mí y cambió de tema:

—Pero cuéntame cómo te ha ido el día... ¿Qué tal los niños?

—Estupendos —dije—. Cole, siesta, juegos, peleas..., lo típico de los enanos.

–¿Y han venido los Bacco? ¿Lo habéis pasado bien? –me preguntó, a la vez que se aflojaba la pajarita y estiraba el cuello a un lado y al otro.

–Ya me esperaban cuando he vuelto de... –me detuve. Ansiaba contarle mi encuentro con Jules, pero no estaba segura de cómo explicármelo ni a mí misma—. Sí, nos hemos divertido mucho.

–Perfecto. –Sacó una BlackBerry que zumbaba y se puso a escribir un mensaje. Aproveché la pausa para acabarme el *gyro*, cuidando de no mancharme el vestido con *tzatziki*.

–Parece que lo de mañana se ha trasladado a las nueve, o sea que mejor que estés lista hacia las ocho –me indicó.

–Vale –respondí, sin tener ni idea de lo que hablaba—. Estaré estupenda y lista antes de la hora.

Levantó una ceja:

–¿Estupenda? ¿Para un puñado de sindicalistas? –preguntó—. Mejor que no te pases. Se supone que has de ser la muchacha del barrio, ¿vale?

–Vale, vale –dije, y asentí con la cabeza—. Era broma.

Pero apenas me oyó porque su mirada se enfurruñó al leer otro correo.

–Mierda.

–¿Qué ocurre?

–Parece que mi padre regresa para la noche de las elecciones –dijo, mientras dejaba el teléfono sobre la barra y se quedaba mirando el techo de corcho mugriento—. Mierda. Ojalá lo hubiéramos mandado a él y no a Roberta, de crucero.

–¿Mandamos a mamá de crucero? –pregunté, olvidándome de mi papel.

Él levantó la vista:

–Fue idea tuya, no mía.

–Ya, pero, quiero decir...

Alex me interrumpió:

–Lo único que digo es que será mejor que se comporte. –Apartó su plato; se había dejado la mitad.

Tuve ganas de preguntarle más, de saber más acerca de aquel padre misterioso y, al parecer, no muy bienvenido. Pero una década de matrimonio me había enseñado a no inmismirme. En vez de hacerlo, le puse un dedo bajo la barbilla y le volví el rostro hacia mí.

–¿Sabes qué? –le pregunté, con expresión frívola.

–¿Qué?

—¿Quieres saber todas las cosas interesantes que me han contado hoy?

—No estoy muy seguro. ¿Quiero saberlas?

—Pues claro que quieres. Para empezar, Kelley Radomile es un travesti. Y el doctor Farley le regala bótox a cualquier dama que le deje verle las tetas. Y Jennifer Delacourt no solo se folla a su psiquiatra, sino también al *maître* del club. Del Racquet Club, claro.

—¡Caramba! Estás al día de las fechorías más sórdidas de la élite de Filadelfia —dijo, recuperando el brillo en la mirada—. Y hablando de fechorías, larguémonos de aquí.

Nos trasladamos a casa en la parte trasera del monovolumen en silencio, con la electricidad ocupando el espacio entre nosotros. Fuera, la lluvia difuminaba las luces de la ciudad, y dentro, con la mano de Alex sobre mi muslo, mis pensamientos empezaban también a difuminarse. Cuando el coche se detuvo frente a nuestro edificio, le dimos las buenas noches a Oscar y corrimos hasta la puerta principal; el agua manchó los bordes de mis sandalias de satén. El portero ya se había ido y Alex tuvo que pelearse con la tarjeta de entrada, exactamente igual que cuando nos conocimos hacía un montón de años. Mientras esperaba, mi mente volaba por efecto de su cercanía, con los acontecimientos de la velada, con lo que podía esperarme a continuación.

Una vez dentro, las puertas del ascensor se abrieron y entramos, con el pelo y los hombros húmedos por la lluvia. Las puertas se cerraron y nos quedamos a solas. Alex se me acercó y me tomó el rostro entre las manos, besándome en la boca mientras me empujaba delicadamente hasta el fondo del ascensor. Sus manos se movían cuello abajo y por debajo de los pechos, con toda la seguridad y la prisa de un marido. Cuando las empezó a deslizar hacia abajo, le empujé suavemente hacia atrás, recordando otro matrimonio, otro hombre.

El ascensor se detuvo en nuestra planta y las puertas se abrieron. Salí y anduve todo lo deprisa que pude entre los pliegues de tela. Él me seguía, pero lentamente, y llegué yo primero a la puerta.

—Oh, así es que vamos a jugar —me dijo, con un tono divertido y *sexy*, bromeando como si yo jugara a hacerme la dura.

Abrí la puerta del apartamento y me colé dentro, luego avancé rápidamente por los anchos espacios hasta que me encontré refugiada de nuevo en mi vestidor, donde la noche ya había caído. Me quedé a oscuras, recuperando el

aliento, consciente de que debería fingir una jaqueca, pero consciente también de que no lo haría. No podría. La araña de cristal se iluminó y sentí sus brazos alrededor de mi cintura.

—Esta vez no te escaparás —me susurró, en voz más baja, pero con un tono más apremiante.

Me dio la vuelta hacia él y luego me empujó suavemente hacia uno de los espejos de cuerpo entero, cuyo cristal liso sentí frío contra la espalda. Me besó la cara y el cuello, mientras con las manos exploraba por debajo de mi vestido hasta que encontró mi tanga negro de encaje y me lo bajó. Mientras sus dedos avanzaban hacia mi interior, dejé de pensar en nada más que en lo que sentía y en lo atractivo que era. Dejé de resistirme y empecé a acompasar su intensidad con la mía.

Le quité la pajarita y recorrí su pecho con las manos, mientras le aflojaba la camisa de los pantalones. Sin dejar de mirarme, dio un paso atrás, se quitó la chaqueta y se desabrochó el cinturón. Volvió a acercarse y buscó la cremallera de mi vestido, pero al encontrar solo botones de seda, arrancó los pocos de arriba y tiró del vestido hacia abajo. Me quedé allí, resoplando, con el sujetador negro de encaje y los tacones. Entonces me levantó, me apoyó contra el espejo y me penetró.

Los movimientos me resultaban familiares, pero, al mismo tiempo, peligrosamente distintos. No era ni el típico polvo de entre semana, ni el camino más rápido hacia un orgasmo, ni tampoco una diversión tonta y marrana. Era deseo simple y claro abriéndose paso, del tipo que convierte incluso a una mujer razonable en una loca de película. Me permití disfrutar de cada embestida, con todos mis órganos al rojo vivo por ese hombre, cada uno de sus movimientos llevándome más y más allá hacia lo inevitable, primero para mí, luego para él.

Luego nos quedamos juntos, mientras nuestras respiraciones se calmaban; el sudor de sus cejas me dejó un rastro de humedad en la frente. Se separó de mí y me bajó cuidadosamente hasta la moqueta. Pero mis piernas eran de gelatina y los dos nos reímos cuando me deslicé por el espejo con un gemido.

Se agachó a acariciarme la mejilla, luego se levantó y se volvió a subir los pantalones. Lo observé mientras se volvía y pasaba por encima de mí, dejándome hecha un ovillo de extremidades sobre una nube de seda azul marino. Me quedé un rato allí, una vez hubo salido, y luego me levanté, empujé el vestido bajo la ropa colgada y me puse a buscar un pijama.

Hasta que empecé a cepillarme los dientes frente al espejo no advertí que uno de mis pendientes ya no estaba.

¿Qué más da?, pensé. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía invencible.

Las lámparas de cristal y cromo que colgaban en el Lions Club de Lansdowne parecía que llevaran varias décadas sin limpiar, aparte de que solo funcionaba una bombilla de cada cuatro, más o menos. Pequeños haces de luz iluminaban a la muchedumbre a medida que entraban aquí y allá en busca de café y donuts, lo cual creaba un bonito efecto submarino, a pesar de las horribles sillas de metal y los paneles de madera falsa.

La escena me resultaba muy familiar. La ruidosa cháchara era la misma de antes de una reunión del AMPA, y el escenario bajo de madera recordaba los entarimados que instalaban para las funciones de danza de Gloria. Además, el hermano mayor de Jimmy era socio del Lions Club, y sus seis hijos, mis sobrinos y sobrinas políticos, habían celebrado sus bautizos y sus primeras comuniones en salones y ambientes de estética dudosa como este.

Alex estaba conversando con un hombre que vestía vaqueros y un polo por fuera de los pantalones. En unos minutos se dirigiría también a los socios del club, además de, mucho más importante, a aproximadamente un diez por ciento del bastión de las setecientas personas que formaban la Hermandad Internacional de Trabajadores de la Electricidad, Local 654. Alex esperaba tras un podio de madera rayada en el escenario, frente a una pared cubierta de placas en las que figuraban los veteranos de cuatro guerras y folletos que vendían de todo, desde guitarras hasta máquinas quitanieves. Detrás de él, en un rincón, se veía una bandera americana que había ondeado en Saigón. Pero en el frontal y en el centro, con un aspecto manifiestamente limpio y reluciente, una gran pancarta de campaña decía: «Van Holt para el Congreso».

Habíamos recorrido el trayecto de media hora en el Toyota Camry hecho polvo de Frank, porque temía que presentarse en un monovolumen con chofer o en su Porsche hubiera transmitido el mensaje equivocado. Y, sin

embargo, a pesar de la cuidadosa consideración de Frank, nadie se fijó en nosotros mientras aparcábamos, y tuvimos que congraciarnos con una muchedumbre de fumadores para poder empezar a charlar. Nadie se mostraba especialmente simpático, excepto los veteranos de más edad y sus esposas, que nos recibieron con suaves y acartonados apretones de manos y ojitos brillantes. Una anciana me estuvo abrazando todo el rato que estuve hablando con ella.

Ahora me encontraba sentada en la segunda fila, tomando café en un vaso de cartón y esperando a que empezara el discurso. Después de acomodarme y reacomodarme en la dura silla metálica plegable, me esforcé por mantenerme bien erguida con las piernas cruzadas por los tobillos, las manos sobre el regazo y una expresión de «todo me parece fantástico» en la cara. La devota esposa del candidato.

Junto a mí, al otro lado del pasillo, estaba Calvin, que se preparaba para grabar el acto con un iPad, mientras en el otro extremo estaban dos miembros más del equipo de Van Holt para el Congreso: una guapa becaria india llamada Sunita, ataviada con una sudadera del Bryn Mawr College, y Carol, una voluntaria con aspecto de profesora, gafas de montura roja, un traje pantalón de *tweed* y una chapa de «Equality Now». Al final de nuestra fila había un hombretón con barba, jersey de rombos, pantalones de algodón demasiado ajustados y unos calcetines que pedían a gritos un poco de atención. Sunita se le acercó un poco y susurró: «Hola, Gerald». Luego me miró poniendo los ojos en blanco. Más tarde me enteraría de que Gerald era uno de los *groupies* de Alex. Si salía elegido, Alex sería uno de los dieciocho congresistas por Pensilvania y, a sus treinta y ocho años, el más joven. Su distrito, el segundo, comprendía una extensión con Center City, University City y West Filadelfia, además de parte de dos condados suburbanos. Para ganar tenía que atraer una amplia variedad de votantes, incluyendo a familias trabajadoras suburbanas; *hipsters*, personas de la alta sociedad y profesionales liberales de Center City; la ultraprogresista Universidad de Pensilvania y los barrios negros de clase media que la rodeaban; y también las zonas más pobres y con mayor índice de delincuencia, de más al oeste, donde trabajaba el padre Fergie. Era un distrito que casi siempre caía en manos de un exsindicalista o un antiguo comisionado municipal, pero desde la reconfiguración de los distritos de 2012, que añadió el acomodado Main Line a la mezcla, la partida estaba más abierta que nunca. Si había alguien

capaz de conseguir que el distrito votara por un joven recién llegado, y uno con un linaje que incluía dos senadores estatales y un gobernador, ese era Alex. Su anuncio en YouTube ya tenía más de un millón de visitas.

Pero Frank seguía nervioso. Los sondeos más recientes mostraban que estaba muy por detrás de su oponente, una exjueza de sangre fría de Center City llamada Amanda Bullock. Era lista y dura, y sabía cómo ganarse a la prensa. Justo aquella mañana, el *Daily News* la había citado afirmando que Washington no necesitaba otro «progre de limusina», en especial si nunca se había tenido que esforzar por dar de comer a su familia ni por pagar sus facturas. Era un recurso muy usado, y un poco facilón para tratarse de la jueza Bullock, pero su mensaje traería cola, especialmente aquí, en el obrero Upper Darby. A Alex más le valía estar preparado.

El acto de esa mañana, un doble chapuzón en la clase trabajadora representada por los socios del Lions Club y los representantes sindicales, estaba diseñado para compensar la imagen de Alex de pobre niño aburrido que no encuentra nada mejor que hacer. Y si querías hacer algo en Filadelfia, los sindicatos y los ciudadanos de la tercera edad eran los mejores grupos por los que empezar. Tenía ganas de saber lo que diría Alex en su discurso; estaba segura de que la única vez que un Van Holt se había reunido con tantos sindicalistas fue cuando hubo que reconstruir el tejado de Bloemveld.

La plaza resultó mucho más difícil de lo que incluso Frank había esperado. Realmente dura. Cuando Alex se puso a hablar, no hubo ningún gesto de asentimiento ni aplausos, tan solo caras de póquer, suspiros claramente audibles y parloteo. Cuando pasó a comentar el estado de la economía y a su argumento «de asegurarnos que tenemos una clase media fuerte», hasta se oyó alguna carcajada.

Alex bajó la mirada hacia sus notas. El público iba a por él. Reanudó su discurso, pero con un poco menos de autoridad. La voz se le quebraba. Pensé en todos mis cursos de relaciones públicas y lo animé con la mirada a seguir hablando, al menos a acabar el discurso. Si ahora tiraba la toalla y se marchaba, quedaría como un incompetente. O peor, como un desertor. Y allá, en primera fila, dispuesta a documentarlo todo, estaba la prensa.

«¡Vamos, hombre!», dijo alguien, irritado. Siguieron unas risas incómodas, y la gente empezó a murmurar y a charlar. Un hombre se levantó y se marchó, demostrando a todos los presentes que no valía la pena sacrificar su tiempo por Alex, ni mucho menos su voto. Y entonces, alguien al fondo de la

sala dijo en voz alta lo que muchos tal vez ya estuvieran pensando: «Maldito niño rico».

Volví la cabeza de golpe para identificar al listo de turno, un tipo excesivamente musculado, sin afeitar y con una camiseta salpicada de pintura, un mono de lona y un gorro de esquiar de los Eagles, que ostentaba una sonrisa orgullosa. Conocía perfectamente a esa clase de tíos –de esos que hacen comentarios en voz alta en el cine y se niegan a recoger la caca de su perro–, y tuve ganas de acercarme y abofetearlo. Me reprimí y me volví de nuevo hacia Alex. Entonces fui consciente de que el instinto me llevaba a querer proteger a ese hombre que hablaba en el escenario. Como una esposa.

Lo miré fijamente hasta que capté su atención, y entonces vocalicé estas tres palabras, sin voz: «Que le den». Al instante, su expresión pasó del miedo a la diversión. Se quitó la chaqueta, se subió las mangas a lo Bobby Kennedy y se puso a hablar, esta vez sin guiones y con seguridad.

–Tiene usted razón, es cierto. Soy rico. Y no tengo obligación de trabajar. Si quisiera, me podría pasar los días en el club y comprándome coches caros. Pero no es eso lo que quiero. Nunca lo he querido.

La sala se quedó en silencio, nadie se movió.

–Siempre he trabajado. Cada día de mi vida, desde que tenía dieciséis años. Primero como voluntario en mi club local, luego con el Peace Corps y, más tarde, como ayudante del fiscal del distrito dentro de la unidad especial de atención a las víctimas. Porque, como dijo John F. Kennedy, «de aquellos a los que se ha dado mucho, mucho se requiere».

Ante la mención de nuestro trigésimo quinto presidente, veterano de la Segunda Guerra Mundial, el auditorio permaneció en silencio, con el zumbido del congelador como único sonido de fondo.

–Pero, principalmente, he trabajado siempre porque, bueno... –Hizo una pausa, puso las manos en el micrófono y luego volvió a mirar al público con una sonrisa:

–Porque odio jugar al golf.

La gente se rio y asintió con la cabeza. Hubo unos cuantos aplausos. Alex se los había ganado, el ambiente en la sala había pasado de incómodo a amistoso.

Yo también aplaudí, con los ojos clavados en la *sexy* y agradecida sonrisa de Alex. Me vino a la cabeza la imagen de su espalda desnuda y de sus cejas sudorosas y no me di cuenta de que todos los demás ya habían dejado de

aplaudir. Hacía rato.

–Gracias, cielo, pero eres el único voto de esta sala con el que puedo contar claramente –me dijo–. Al menos, eso creo.

Me puse colorada como un tomate y descansé las manos sobre el regazo. Pero al público pareció gustarle, porque se rieron y profirieron alaridos de lobo.

Después de saludar a la gente frente a un centro de día, y de una visita rápida a la nueva unidad de demencia en una comunidad de jubilados, Frank nos informó de que nuestra siguiente cita –un almuerzo de hermandad en un centro vecinal– había sido cancelada por la escasa asistencia. Volvíamos a estar en el coche de Frank, Alex y yo en el asiento de atrás, el del copiloto ocupado por un portátil, folletos, mapas y una caja de caramelos mentolados.

–Bueno, chicos, tenemos una hora libre, o sea que deberíamos encontrar un lugar para comer –anunció Frank, volviéndose hacia nosotros–. Preferiblemente, en un lugar con votantes potenciales.

–¿Y cuáles son, ahora? –pregunté, con la intención de sonar despreocupada.

–Los mismos de todo el año, Abigail. Los hombres entre veinticinco y cuarenta y cinco. –Se rio, y añadió–: Nos va bien con las mujeres y los viejos. Pero los hombres de por aquí...

–Me odian –intervino Alex.

–No, no te odian –dijo Frank, y puso los ojos en blanco–. Mira esta mañana, te los has metido en el bolsillo. Simplemente, nos queda mucho camino por recorrer.

–Tal vez necesites más prensa. Algo importante y vistoso –sugerí.

Frank parecía estar reflexionando, pero Alex exclamó:

–¡No! El lento pero seguro es el que gana la carrera. Y además, la prensa de Filadelfia es capaz de oler las estrategias de lejos.

«Bueno, no si es una estrategia bien ejecutada», quise decir, pero guardé silencio.

–Si la memoria no me falla, por aquí hay un sitio de menús –dijo Frank, a la vez que ponía el coche en marcha–. Son las doce, de modo que debería estar a tope. Vamos a echarle una ojeada.

Aceleró más fuerte de lo que había sido su intención y Alex y yo salimos impulsados hacia atrás. Nos reímos y nos sujetamos fuerte.

Pero el «paraíso proletario» de Frank, un bar de menús de más de sesenta años con sillas de piel raída, el suelo hecho polvo y un televisor en el que daban *El precio justo*, estaba casi vacío. Solo había cuatro mesas ocupadas. Con ellas, más las dos camareras y el propietario-encargado, sumaban doce votos potenciales. Alex jamás atraparía a Amanda, con doce votos; necesitaba algo más parecido a doce mil. De todos modos, Alex se presentó y luego nos reunimos junto al expositor giratorio de postres para decidir qué hacer.

—No lo entiendo —dijo Frank—. ¿No les gustan los bares de menú a los obreros?

—Parece que hoy, no —dijo Alex, y se encogió de hombros—. ¿Tal vez mañana? —Los dos hombres se miraron con cara de pena.

—Tampoco mañana —intervine, tímidamente—. No conozco a nadie que entre semana tenga tiempo de sentarse en un sitio así. Sobre todo, si son tan lentos como este. —Les hice un gesto para que se fijaran en el hombre sentado en la segunda mesa, que tamborileaba los dedos ansiosamente mientras la camarera lo ignoraba.

Mis dos compañeros me miraron con atención.

—Y no solo eso —proseguí—. La mayoría de obreros, como vosotros los llamáis, comen alrededor de las once, puesto que probablemente se han levantado a las cinco de la mañana. Y muchos lo hacen directamente en sus furgones. —Pensé en Jimmy y en la fiambarrera que se preparaba él mismo cada noche para el día siguiente: un bocadillo, manzanas, patatas fritas y al menos un litro de té frío.

—¿De veras? —preguntó Frank, incrédulo—. ¿Desde cuándo eres experta en la rutina diaria de la clase trabajadora del condado de Delaware?

Su tono me irritó, pero Alex salió en mi defensa.

—No olvides que Abbey creció cerca de aquí. —Luego se volvió hacia mí—. ¿Dónde crees que deberíamos ir?

Lo pensé un poco. Eran las doce y media del mediodía de un martes. Las bibliotecas estarían casi vacías, como los supermercados. Era una hora muerta en el YMCA, excepto para un puñado de ancianas. ¿El centro comercial al mediodía? Una ciudad fantasma.

Solo se me ocurría un lugar en el que siempre había cola..., y bastante larga, por cierto. De hecho, la última vez que fui, estuve a punto de

marcharme.

–Chipotle.

–¿Dónde? –Alex me miró perplejo.

–Chipotle. Ya sabes, la cadena mexicana. El dueño salió en el programa de Oprah.

Miró a Frank, que consultó su teléfono.

–Productos sostenibles y orgánicos..., servilletas recicladas y bla, bla, bla –musitó, mientras leía la información de la web–. Todo mensajes positivos, o sea que, *okay*. –Miró a Alex, se encogió de hombros, sacó las llaves y nos aguantó la puerta.

–La seguimos, señora Van Holt –dijo, con un deje de sarcasmo.

Cuando llegamos al Chipotle de Sproul Road, cerca de donde solía dejar a Gloria para el campamento 4-H, había cola para entrar, como les había prometido. Frank se disculpó y salió disparado al supermercado anexo para comprarse algo *kosher*, dejándonos a mi marido y a mí solos por primera vez en el día.

Observando a Alex en una cadena de *fast-food*, empecé a sospechar que era la primera vez en mucho tiempo que visitaba un local de ese tipo, con los menús colgados en carteles de colores con tipografía vistosa, no una impresión con los platos del día ofrecida por un atento camarero dentro de una carpeta de piel. Pero después del cóctel de Bloemveld y del baile de Ballantine, me resultaba agradable compartir una comida con Alex en un lugar que a él le resultaba extraño pero a mí no. Me divertía verlo esforzarse un poco, aunque solo fuera para adivinar cuál era la diferencia entre las carnitas y la barbacoa.

Alex parecía encantado con la selección que tenía a su disposición: se sirvió todos los acompañamientos y tardó una eternidad en recorrer la cola. Cuando la cajera le preguntó si quería «nachos y *guac*», me pidió que se lo tradujera. Le encantó que yo respondiera «por supuesto», directamente en español. Y se quedó un poco sorprendido.

Mientras nos servíamos las bebidas, me recordé a mí misma que Abbey van Holt no había conseguido una figura así a base de devorar burritos. Haría lo posible por comerme solo la mitad. Pero después de esa larga mañana y de dos días en los que apenas había comido, aquello olía de maravilla.

Encontramos los dos últimos sitios disponibles en una mesa de grupo, junto a cuatro treintañeros con camisetas del taller Adam Mechanical. Señalé

hacia ellos con un gesto de la cabeza y le susurré: «Te lo había dicho».

Alex asintió y luego se puso a desenvolver su burrito.

–Caramba, es enorme –exclamó, mientras apartaba el papel de aluminio y examinaba la tortilla, preguntándose dónde dar el primer bocado–. ¡Y solo por ocho pavos!

–Lo sé. A Sam le encanta.

–¿A quién?

Mierda, se me escapó. *Nota para mí misma: nunca te relajes del todo.*

–A un amigo mío. Nadie. –Me reí e hice un gesto con la mano, como si no tuviera ninguna importancia.

Alex pegó un bocado, puso los ojos en blanco, como extasiado, y luego se me acercó y me susurró:

–Dígame, señora Van Holt, ¿me la está usted pegando con un tipo llamado Sam? ¿En Chipotle?

–Sí, así es.

–Bueno, pues... ¡bien hecho, porque este lugar es fantástico!

Dio otro mordisco y le cayó arroz y salsa por la camisa, por el cestito forrado de papel que hacía de plato y, peligrosamente, casi hacia el tipo fortachón que tenía sentado al lado.

Alex se limpió las gotas y le dijo:

–No se preocupe por mí, acabo de salir de la cárcel.

El tipo se rio con ganas y me di cuenta de cómo le gustaba.

Madre mía, qué mono es, pensé. Incluso así, sentado en un taburete metálico, bebiendo gaseosa *light* de un vaso de papel y llenándose de manchas. Si los electores conocieran a este Alex –este amante de los burritos, divertido y sarcástico–, no podrían evitar que les cayera bien y aceptarlo como uno de los suyos. Total, ¿qué importancia tenía que a veces utilizara palabras como «genial» y «fastidioso»? ¿Y que se vistiera como un presentador de la NBC las veinticuatro horas del día? Él era mucho más que eso. Muchísimo más.

Hasta Frank tuvo que reconocer que la parada en Chipotle había sido un truco astuto. Alex se había podido relajar y había conectado con la gente, como su barbudo compañero de mesa, el cual, después de descubrir que compartían el odio a los pimientos verdes, le estrechó la mano y le deseó buena suerte. En el trayecto hasta el acto siguiente, me aseguré de informar a Frank de las manos que había estrechado Alex –¡más de doscientas!– y lo

fantástico que había sido cuando el jefe del local le dejó ponerse detrás del mostrador para aprender a doblar burritos.

Pero Frank se mostró desdeñoso, insistiendo en lo mucho que nos quedaba por hacer. Yo empezaba a entender que era un poco el director de operaciones, mientras que Alex podía estar más relajado. Lo que probablemente los convertía en un equipo muy bueno.

En el acto siguiente, Alex tenía que hacer de moderador de un debate fingido sobre el control de armas en el Instituto de South Westbrook. A continuación se quedaría a charlar con los miembros del AMPA en su reunión de la tarde. Era una buena idea: South Westbrook era un enorme instituto público, con edificios de ladrillo de los años cincuenta, al que asistían unos 2.500 estudiantes de los barrios de clase media de la zona. Su enorme campus daba la sensación de ser una pequeña universidad, con su gimnasio, sus edificios con aulas y un gran auditorio nuevo.

En ese entorno, Alex no parecía en absoluto nervioso; se animó al relacionarse con los estudiantes, escuchando atentamente mientras debatían con torpeza sobre los derechos de la Segunda Enmienda frente a la amenaza de la violencia de las armas en una sociedad libre. Cuando una de las alumnas se quedó en blanco, él se le acercó y le hizo una broma. La muchacha se rio y entonces pudo continuar.

Mientras les daba unos cuantos consejos a los participantes en el debate sonó un timbre y, al instante, los alumnos se levantaron y se dirigieron a la puerta, para luego repartirse entre los distintos autobuses, turismos viejos y bicicletas de marchas. Cuando hubieron desaparecido, ayudé a Frank y a Calvin a disponer las sillas en círculo en el escenario para el AMPA mientras Alex hablaba por teléfono con un contribuyente potencial para su campaña. Aparecieron unas veinte mujeres y, con su pelo recogido, sus expresiones exasperadas y sus vasos de refresco, me sentí como en familia.

Pero, curiosamente, ninguna me dirigió la palabra. Y cuando me crucé la vista con alguna o intenté presentarme, tan solo recibí a cambio una sonrisa breve y tristonera. Embutida en mi traje chaqueta de lana de Calvin Klein y unos botines de tacón alto Altuzarra, estaba claro que no pertenecía a su club.

Finalmente se sentaron en las sillas metálicas, como un círculo artúrico en vaqueros de madre. Alex abrió la reunión con un repaso de cinco minutos de su plataforma y luego respondió a sus preguntas. Muchas levantaron la mano y varias se pusieron a hablar al mismo tiempo, hasta que él señaló a una

morenita de mediana edad para que empezara. Pensé que preguntaría sobre educación o sanidad, pero su pregunta fue sobre los terroristas paquistaníes.

Otra madre preguntó por su postura sobre el período de dos semanas de espera para obtener un arma. Otra acribilló a Alex sobre la reforma del sistema de reclamaciones judiciales. Y otra le preguntó qué podía hacer él para proteger el puesto de trabajo de su marido en una fábrica alimentada por placas solares, ahora que el gobernador había revocado el incentivo del tres por ciento «eólico, solar y geotérmico».

Caramba. Aquellas mujeres eran del ala dura. Me avergonzaba admitirlo, pero había supuesto que iban a preguntar sobre «asuntos femeninos» como la educación y la sanidad. Pero lo sabían todo de todo, hasta de las enmiendas más enrevesadas y de los asuntos más oscuros de política exterior. Me apunté mentalmente que debía leer los periódicos más a menudo.

A cambio, Alex les daba datos específicos sobre política, legislación y cambio climático, temas que explicaba con gran detalle. Mientras andaba arriba y abajo, citaba estadísticas y anécdotas personales, y hasta reconoció que el argumento de una de las mujeres fue superior al de él. Cuando habló de delincuencia, un tema que dominaba bien, se sentó y contó una anécdota sobre por qué decidió hacerse fiscal del distrito. Un amigo de la infancia había perdido a su único hermano en un atraco a un colmado de barrio que acabó en tragedia. El día después del funeral, Alex decidió dejar Empresariales y cambiar a Derecho. Si las mamás no eran seguidoras de Alex antes, ahora ya habían subido a su tren.

Los dejé allí, discutiendo sobre fuentes de energías alternativas, y me escabullí para saber cómo estaban mis hijos. Fuera, el aire fresco de otoño me sentó bien, después de pasar un día entero en recintos cerrados.

May respondió al teléfono de casa pasados seis pitidos.

—Hola, May, ¿cómo va todo? —le pregunté.

—¿Cómo?

—Soy la señora Van Holt. Solo quería saber cómo están los niños.

—Ah.

—¿Ha tenido una buena mañana Sam? Perdón, Van...

—Sí.

—¿Ha desayunado bien?

—Sí.

—¿Ha salido a pasear?

–Sí.

«¿Podría dejar de decirme *sí* a todo y decirme algo concreto sobre cómo ha pasado el día mi hijo?», tuve ganas de gritarle. May nunca parecía ofrecer voluntariamente más información que la mínima necesaria, con las mínimas sílabas posibles. Sabía que no se trataba de una barrera idiomática; su inglés era muy bueno. Esa mañana le había leído a Gloria una página de las instrucciones de *Rainbow Loom* sin vacilar, y en la bolsa de lona que llevaba cada mañana me fijé que llevaba un libro de texto grueso sobre cálculo aplicado y un ejemplar del último número del *Atlantic Monthly*. También la oí contarle a Alex un chiste verde a la hora del desayuno. Tal vez solo se mostraba tímida con la señora Van Holt.

–Bueno, dale un beso de mi parte cuando se despierte. Os vemos a todos cuando lleguemos. Probablemente hacia las cinco y media o las seis. Las siete como muy tarde.

–Sí.

Volví al auditorio con toda la calma, con ganas de disfrutar de unos momentos alejada de las discusiones políticas. Me ajusté la chaqueta y paseé por los senderos cubiertos, pintados con varias versiones del bulldog *Buster*, la mascota del colegio. Conocía a *Buster* más que bien: mi equipo de tenis del instituto perdía cada año contra las Lady Bulldogs.

Encontré un patio lleno de mesas de pícnic y papeleras rebosantes de los restos del almuerzo del día. Me senté en un banco, dejé el bolso de piel a un lado y me quité los botines. Levanté los pies doloridos y respiré profundamente.

Después de un rato pasó una chica joven, con la cabeza gacha y los hombros encogidos bajo el peso de su repleta mochila. Llevaba unos vaqueros demasiado cortos y demasiado azules, y una sudadera desaliñada y sin gracia. Ocultaba el rostro bajo unas gafas y una melena larga y fibrosa. Su único intento de ir a la moda –unos zapatos de *bowling* rojos y verdes– producía el efecto contrario, y le daba un aspecto todavía más infantil y desgarrado, en vez del desenfado subversivo que me parecía intuir que buscaba. Con su mirada baja, resultaba obvio que trataba de pasar desapercibida al máximo, incluso ahí, con un solo desconocido alrededor.

Pensé en mí misma a su edad y recordé mi propia vergüenza adolescente y mis esfuerzos por disimular mi altura, que me llevaban a andar encorvada. Pensé también en mi madre, que me reprendía por no andar bien recta y,

todavía peor, por querer ser como todos los demás. Roberta era una mujer que vivía para destacar, para que se fijaran en ella.

Pero también le gustaba que yo fuera lista y nunca me animó a abandonar los estudios para ser enrollada o popular. Admiraba a la gente que sabía latín o cálculo y leía libros aparte de las biografías de los famosos o de los horóscopos. Le gustaba que siempre tuviera la nariz metida en un libro, incluso si era a expensas de una cita para el baile de final de curso. Y, de hecho, este era el motivo por el que vivíamos en Tallymore. Tal vez fuera un triste pueblecito de viviendas baratas de alquiler embutido entre barrios más sofisticados, pero caía de pleno en el distrito escolar de Lower Merion, uno de los mejores del país.

La vida con Roberta era una batalla constante. Me avergonzaba con sus vestidos ajustados, sus chistes vulgares y su absoluta falta de sutileza. Yo evitaba mencionarla o contar con ella siempre que podía, esforzándome por ocultar el hecho de que no tenía padre y que vivíamos en un apartamento. Quería formar parte del grupo de las chicas más populares, las guapas y chisposas que vivían en casas de piedra de estilo colonial, jugaban al hockey sobre hierba y montaban a caballo, y cuyos padres iban cada día a trabajar a sus bufetes de abogados con traje y corbata.

A pesar de la insistencia de Roberta, nunca invitaba a amigas a dormir a casa. Disuadía a mi madre de asistir a los partidos de tenis y a los recitales de chelo; incluso llegué a darle el horario equivocado. Y cuando Joshua Freeman se rio de la mujer de los anuncios de los carritos de supermercado que llevaba un vestido de tenis corto y ajustado y que se autoproclamaba «la estrella del sector inmobiliario del Main Line», me reí con el grupo, demasiado avergonzada de confesar que no solo la conocía, sino que era su única hija.

Como madre en el presente, no estaba orgullosa de la manera que había actuado, pero la comprendía: para una niña lista y con pocas habilidades sociales, un vestuario dudoso y una talla ochenta de sujetador, una madre como Roberta era una carga demasiado pesada de soportar. El número de aberraciones que los chicos populares son capaces de ignorar es limitado.

De modo que, cuando me enteré de que Roberta se había apuntado para venir de acompañante al viaje de fin de curso del último año de instituto, lo que me invadió fue puro terror.

—¡Odias los aviones, odias el bochorno y odias los mosquitos! —le grité una

tarde en la cocina de nuestro apartamento, sin importarme si nos oían los vecinos de abajo—. ¿Me puedes decir por qué lo has hecho?

—El jefe de estudios Myrtle pidió acompañantes voluntarios —respondió con tono calmado, mientras sacaba un vaso de plástico rosa del lavaplatos—. Y como nunca he hecho demasiado por tu colegio, pensé que era una buena ocasión.

—Pues llámalo y dile que no puedes ir —le supliqué, mientras la seguía hasta el salón, con el sofá de mimbre blanco y la mesilla llena de conchas marinas—. Además, en realidad creo que ya no te necesitan. Me he enterado de que ya tenemos suficientes acompañantes.

Pero ella no se lo tragó y me indicó que me fuera con un gesto de la mano antes de dejarse caer en el sofá. Entonces cambié de táctica y opté por la sinceridad descarnada.

Me senté a su lado, con las manos en el regazo y le solté:

—Mamá, es que no quiero que vengas.

—Ya lo veo, Abigail —dijo, a la vez que dejaba su refresco dietético sobre la mesa y cogía la revista *TV Guide*—. Pero ya me he comprometido. Así que te lo tendrás que comer.

Eso desencadenó que le hiciera morros toda la semana, hasta que una noche, después de una cena en silencio, me preguntó:

—¿Cuál es el problema, cariño? Será divertido. Te prometo que no haré que te avergüences de mí.

—Sí, claro —exclamé, antes de salir indignada de la sala.

Programado en las vacaciones de otoño de mi último año de instituto, el viaje eran unas «vacaciones de trabajo» de siete días en Costa Rica para ayudar a construir un colegio de un solo espacio en un pueblecito cercano a Puerto Limón. Había trabajado todo el verano en el supermercado local para poder pagarme los 450 dólares que costaba, y me hacía mucha ilusión porque era mi primer viaje fuera del país. Lo más lejos que había ido era a visitar a la abuela Gloria en Virginia Beach, y eso había sido solo un fin de semana largo, puesto que mi madre y su madre ya habían acordado que cuatro días juntas era más que suficiente para reforzar los lazos intergeneracionales.

Y ahora Roberta iba a arruinarme el viaje acompañándonos. Seguí haciendo todo lo posible por disuadirla —silencio, lágrimas, chantaje—, pero ella ya había tomado su decisión. Vendría con nosotros.

Y así fue. Y durante los seis primeros días, el viaje resultó ser bastante

tranquilo. Roberta cumplió su promesa, relacionándose principalmente con los otros acompañantes, se mordía la lengua y fingía que los efectos de la humedad sobre su pelo no le importaban lo más mínimo. Sus vestidos eran todo lo recatados que el calor permitía; fue la primera vez que la vi llevar un bañador entero. Tampoco trató de relacionarse con nosotros para fingir que era una jovencita, como hacían algunos padres, con sus chistes malos y sus referencias anticuadas. Interpretó de manera convincente el papel de madre y de adulta, mientras nos vigilaba con atención, pero manteniendo una sana distancia.

A pesar de las diferencias en el estatus social de los alumnos –jugadores de fútbol, fanáticos del teatro, *cheerleaders*, aspirantes a artistas y niños sin pandilla como yo–, había un ambiente de buena camaradería. Tal vez fuera gracias al hecho de vivir entre los aldeanos costarricenses, que vivían con tanta sencillez, o el trabajo increíblemente duro, o el simple hecho de estar a más de tres mil kilómetros del colegio, pero las paredes artificiales que normalmente nos mantenían confinados desaparecieron, dando lugar a que florecieran amistades reales. Y mi madre, poco aficionada al trabajo físico, también parecía disfrutar, clavaba clavos del tejado durante el día y dirigía juegos de linterna por la noche. No me atreví a decírselo, pero casi estaba feliz de que estuviera allá.

Y entonces, llegó la última noche: el desastre.

Un grupo de acompañantes adultos decidió celebrar el hecho de haber superado la semana sin perder a ningún chaval por mordedura de serpiente o víctima del tráfico de personas. Planearon salir de noche a una de las cantinas locales, y nos dejaron al cuidado del supervisor Myrtle y de su esposa. Estaban convencidos de haber hecho sus planes discretamente, pero uno de mis compañeros, aquejado por un ataque de la venganza de Moctezuma y acampado casi permanentemente en la letrina, oyó sus planes y los compartió generosamente. Era el momento perfecto para hacer una escapada ilegal. Unos cuantos jefes de pandilla divulgaron la información y recolectaron dinero para comprar un par de botellas de guaro, el dulce aguardiente costarricense que veíamos anunciado por todas partes. Envalentonada por mis nuevas amistades y con ganas de impresionar, yo me apunté a la salida.

Esperamos hasta las diez y media, después de que el supervisor Myrtle hubiera completado su última ronda de vigilancia, y luego salimos por las ventanas como comandos juveniles. Éramos solamente siete: cinco chicos y

dos chicas, yo y la jefa de las *cheerleaders*, Melanie McCarthy. Salimos de puntillas por detrás de las cabañas y bajamos el sendero boscoso hasta el pueblo, con nuestros pasos disimulados por un coro de insectos.

En el pequeño «centro urbano», unos cuantos lugareños disfrutaban de su noche de viernes, paseaban por las anchas calles de tierra y charlaban con sus vecinos. De vez en cuando, una moto o un *jeep* sin puertas recorría la calle, dejando tras él un revoloteo de gallinas indignadas y de polvo. Mis amigos y yo encontramos un patio abandonado de piedra con vistas al mar, nos sentamos y nos pusimos a pasarnos las botellas. A mi lado tenía a un futbolista monísimo que acabó rodeándome la cintura con su brazo. Había una agradable brisa caribeña, que hacía más llevadera la humedad y se llevaba los mosquitos. El tiempo pasaba perezosamente entre risas, conversación y bromas, y nuestras voces iban subiendo de volumen a medida que el alcohol nos atenuaba los sentidos. Cuando las dos botellas que teníamos empezaron a menguar, y ninguno de nosotros estaba todo lo borracho que habíamos previsto, nos dirigimos al centro del municipio en busca de alguna tienda abierta.

Conscientes de que nuestros vigilantes estaban por ahí cerca, posiblemente sentados al aire libre, nos mantuvimos alejados de la «calle» central y nos quedamos en un pequeño sendero que iba por detrás de una hilera de tiendas y restaurantes. Melanie y yo nos reíamos mientras los chicos nos perseguían. Estábamos a punto de llegar casi al final del pueblo, cuando tomamos un pequeño callejón que nos llevaría hacia una bodega y la vimos. O, mejor dicho, los vimos.

Roberta estaba apoyada contra una pared, su melena rubia y el vestido blanco de algodón resplandeciendo bajo la luz de la luna tropical. Abrazado a ella estaba el señor Johnson, nuestro orientador de estudios, el único otro acompañante soltero y el único negro del viaje; le besaba el cuello, con sus largas piernas separadas para que sus rostros quedaran a la misma altura. Estaban tan enfrascados en su actividad que no percibieron el sonido de catorce chancletas acercándose a ellos y luego deteniéndose de golpe, ni la pequeña nube de polvo que flotaba alrededor.

—¡Mamá!

Todos se asomaron, con una expresión atónita en sus rostros.

—¿Abigail?

El señor Johnson dio un paso atrás inmediatamente y se alisó la camisa. A

alguien detrás de mí se le cayó una botella, con un golpe seco.

Mi madre y yo nos quedamos paralizadas, mirándonos, con nuestras mentes a mil por hora para superar el *shock* y pasar a una emoción más manejable: la rabia. Yo llegué primera.

—¿Qué cojones...? —le dije. No me lo podía creer. Ahí estaba, a pocas horas de marcharnos al aeropuerto y ella no había podido evitar ejecutar uno de sus ataques de seducción, esta vez dirigiendo sus encantos contra el dulce y recién enviudado señor Johnson, que no hacía ni un año que había perdido a su mujer.

Ella ignoró mi expresión y se dirigió al grupo entero:

—¿Qué estáis haciendo aquí, chicos? —preguntó indignada, con su mejor tono de acompañante escolar.

—¡Así se hace, señor J! —les gritó un chico detrás de mí. Un par de ellos se rieron.

—No estáis autorizados a salir del campamento, chicos —respondió él, cortante. Avanzó hacia nosotros, pero tropezó con una raíz de árbol y se tambaleó. Mientras equilibraba su cuerpo desgarbado, los chicos dieron media vuelta y salieron corriendo y me dejaron a solas con los dos adultos.

—Me prometiste que... —musité, antes de salir corriendo yo también.

—¡Abigail, espera! —la oí decir, pero no me detuve.

Seguí corriendo hasta que llegué a mi cabaña, jadeando con fuerza. Me encaramé por la ventana, arañándome las espinillas, y luego salté a mi litera de metal. Ni siquiera me molesté en cambiarme la ropa sudada ni en quitarme los zapatos; me acurruqué en la cama y supliqué que me invadiera el sueño.

Pero no fue así. Sabía que la anécdota ya estaba extendiéndose por el campamento como un incendio descontrolado, susurrada de litera en litera, deformada por cada narrador. Sabía lo rápido que llegaría al colegio el lunes. Y sabía que, gracias a un minuto de una noche a miles de kilómetros de Tallymore, mi último curso pasaría de lo que debería haber sido uno de los mejores años de la vida de una joven, a uno de risas y burlas, en el que mi estatus social se rebajaría de no especificado a marginada.

Y todo por culpa de Roberta. No veía el momento de irme a la universidad y deshacerme de ella.

Eran más de las ocho cuando Frank arrancó el coche hacia Vine Expressway y recorrió las calles oscuras y de árboles alineados que nos llevarían de regreso a Rittenhouse Square.

–Abbey, tengo que admitirlo; hoy has estado fantástica –dijo Frank, girándose hacia mí–. Es la primera vez que te veo tan cómoda con los electores. Sigue así, chica; al menos una semana más.

–¿Qué te ha sucedido? –bromeó Alex –. Te saltaste tu propia norma de no abrazar a desconocidos.

–¿Yo tengo esa norma?

Se rio de nuevo y luego volvió a concentrarse en su teléfono, dejándome llena de curiosidad por la otra señora Van Holt. Creo que la vida en la contienda electoral me había provocado fobia a los gérmenes. O me había convertido en una antipática.

De todos modos, me alegró oír la aprobación de Frank. Llevaba todo el día tratando de ser la mejor señora Van Holt posible, saludando a todos con una ancha sonrisa y un apretón de manos, escuchando los discursos de mi marido con una mirada recatada y devota, y admirando a todos los bebés, perros y prótesis de cadera posibles. Pero no resultaba fácil estar «enchufada» todo el día, en especial si al mismo tiempo debía recordar mantener a Abbey Lahey «apagada».

Tampoco era fácil oír la versión de mí como «mujer hecha a sí misma» que contaba Alex. Le oí contarle a un padre que comprendía las dificultades de pagar la universidad porque su esposa había tenido que estudiar a base de becas. No era cierto; la única beca que recibí en mi vida fueron los quinientos dólares de premio del concurso de redacción Voces Jóvenes del *Tallymore Local*. (Escribí sobre lo peligrosos que se habían vuelto los carriles bici de nuestra ciudad, y tuve la sensación de ser la única concursante.) Cuando estaba en la reunión del AMPA, le dijo a una mujer que comprendía más que bien el esfuerzo que suponía una familia monoparental. «Mi suegra –también madre soltera– me contó que había noches en las que tenía que elegir entre pagar la factura de la luz o poner comida en la mesa», dijo, dirigiéndose al público, moviendo la cabeza al imaginárselo. Y yo también moví la cabeza, antes de darme cuenta de que hablaba de mí.

Roberta era demasiado orgullosa y organizada para retrasarse en el pago de una factura. La única vez que nos cortaron la electricidad fue cuando un

conductor borracho se cargó el transformador de nuestra calle y con él las líneas que alimentaban tres manzanas enteras. Pero, de hecho, fue Roberta quien solucionó el asunto, asumiendo su papel de Erin Brockovich en la compañía de la luz, usando su escote y sus amenazas menos ociosas.

Me había pasado todo el trayecto dudando sobre si decirle algo a Alex acerca de sus exageraciones, pero ahora, mientras Frank aparcaba en doble fila delante de nuestro edificio y Alex daba la vuelta para abrirme la puerta, me preguntaba si tenía tanta importancia. Mientras avanzábamos hacia la puerta cogidos de la mano decidí olvidarme del asunto.

Una vez en casa, Alex se cambió para salir a correr mientras yo me desmaquillaba. Entré en el vestidor para quitarme la ropa y las joyas, pero me detuve al sacar el viejo joyero de terciopelo. En el centro, solitario, había un pendiente de gota de diamante.

Invasada por la culpa, me pasé los veinte minutos siguientes recorriendo a gatas el vestidor, el cuarto de baño y el dormitorio. Luego rastree mis pasos de la noche anterior, andando lentamente por el pasillo y hasta el ascensor. Una vez en el vestíbulo, repasé los suelos, revisé todos los rincones y revolví dos papeleras plateadas. Dejé una nota al portero de día pidiéndole que me llamara lo antes posible. Luego recordé el restaurante griego en el que cenamos, lo localicé en Google Maps y llamé. Se acordaban de nosotros, pero no, no habían encontrado ningún pendiente. Les pedí que volvieran a mirarlo y me esperé, pero al final les tuve que dejar el nombre y prometerles una recompensa exorbitada. Aunque vana, mi última oportunidad estaba fuera, de modo que busqué alrededor de la puerta de entrada y por las grandes macetas de cemento. Sujetaba el teléfono, usándolo de linterna, sobre una planta grande de abacá, mientras escarbaba la tierra y esperaba un milagro, cuando sonó.

—¿Señora Van Holt? —dijo una voz que me sonaba ligeramente familiar.

—¿Sí?

—Me prometiste que me llamarías.

—¡Ah! ¡Padre Fergie! ¿Cómo está? —Oír su voz, grave por la edad, me recordó a mi suegro Miles. Tragué saliva.

—¿Hay algo que te preocupa? —me preguntó—. ¿Quieres que llame más tarde?

—No, es solo que... he perdido algo importante.

—Oh, vaya. Quizá aparecerá —dijo—. Las cosas siempre aparecen.

–Sí, pero no es una de esas cosas que es probable que la gente devuelva. Y encima, no era mía.

–Bueno, prometo rezar una novena a San Antonio. Casi nunca me falla. Y, dime, ¿cuándo podré ver tu dulce rostro aquí en Holy Rosary? ¿Mañana, quizá?

–No lo sé. Quiero decir, tengo que consultarlo con Alex.

–¿Por qué no dejas a Alex al margen de esto? Estoy seguro de que no le importará prescindir de ti unos minutos. Ven después de comer. Estamos en el 322 de la calle Cincuenta y ocho Sur, en un edificio de ladrillo; está señalizado. Pregunta por mí cuando llegues.

El tono de su voz era tan sereno que me sorprendí a mí misma asintiendo.

–Y ¿Abigail?

–¿Sí?

–Espero de veras que encuentres lo que estás buscando.

De nuevo arriba, en el piso, admitiendo la derrota, fui a ver a los niños. Los contemplé durante cinco minutos seguidos, mientras escuchaba el ritmo apacible de su respiración. Escondí el piececito rosado de Sam bajo la manta y, en la habitación de Gloria, le aparté los rizos sudorosos de la frente y observé la cara tan seria del sueño infantil. Sentí una punzada de culpabilidad por no haber estado en casa para acostarlos, por haberme perdido los mil y un momentos que conforman el día de los pequeños.

Agotada, volví a meterme en el vestidor y busqué algo cómodo para acostarme. Al fondo de un cajón encontré algo que reconocí: una camiseta de Villanova descolorida y reblandecida por muchos lavados. Me la puse y luego aparté los tangas de satén y los biquinis para elegir las bragas más grandes y los calcetines más altos que pude encontrar. Me recogí el pelo en un moño deshecho. La Cenicienta estaba muerta de cansancio. Deseaba unas zapatillas cómodas, una infusión y un ejemplar del *US Weekly*.

Alex aún no había vuelto, de modo que me acerqué a la cocina, muerta de hambre. Saqué un vaso del armario y luego abrí la nevera. No había ni restos de macarrones con queso, ni mantequilla de cacahuete, ni barritas al queso ni un triste yogur de bebé. Solo unos bistecs, ensalada verde, uva y una selección de zumos orgánicos: kale, zanahoria y remolacha. Pasé a revisar los

armarios, pero salí igual de frustrada. Finalmente localicé una caja de trufas de chocolate negro orgánico en la despensa. Me dije que unos pocos mordiscos no arruinarían mi figura, en especial porque apenas había comido desde que salimos del Chipotle.

Pero una mitad se convirtió en tres mitades más, luego en cuatro trufas enteras, y para cuando Alex volvió de su entrenamiento, me había zampado la caja entera.

—¡Caramba! —dijo, al ver mi camiseta y mi pelo mal recogido—. Pensaba que nuestros niños tenían que jugar al fútbol de verdad para estar casado con una mamá futbolera.

—Ja, ja —le respondí, aunque no estoy segura de si lo dijo bromeando. Me solté el pelo y me hundí en el taburete de la barra.

Él alcanzó un botellín de agua, lo abrió e hizo una pausa, observando cómo me relamía el chocolate del pulgar.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Porque nunca comes después de las ocho. Y menos chocolate.

—Oh —dije, y aparté la caja de trufas vacía, avergonzada—. Estaba hambrienta. Y cansada.

—¿Solo cansada? Porque últimamente estás un poco rara. ¿Es por el golpe en la cabeza? Tal vez deberías ir a ver al doctor Cohen.

—Estoy bien, de veras.

—¿Seguro? A veces da la sensación de que no tienes ni idea de lo que está ocurriendo. Como si todo esto fuera nuevo para ti.

Mierda. Se notaba. Me mordí el labio y miré alrededor.

Él levantó las cejas y me miró esperando una respuesta. Como me quedé en silencio, suspiró y prosiguió:

—No creo que seas consciente de lo difícil que es, de cuánta gente cuenta conmigo ahora mismo.

¿Estaba de broma? Como si hoy no hubiera estado a su lado en cuarenta y siete paradas, interpretando a la devota señora Van Holt todo el día. Ni siquiera se suponía que debía estar allí. Se suponía que debía estar en Grange Hill, doblando ropa y cocinando. Ahora me había enfadado.

—Sé perfectamente lo importante que es —le dije, poniéndome a la altura de su ira—. Y hago todo lo que puedo. ¡Todo lo que puedo por ser la persona que tú quieres que sea!

—¿La persona que yo quiero que seas? —repitió, sarcástico—. Por favor.

Tiró el botellín a la basura y se marchó, dejándome temblorosa y perpleja. ¿Todo aquello por una camiseta y unas bragas de abuela?

Al cabo de unos minutos sentada bajo la intensa luz cegadora de la cocina, me levanté y lo seguí. Oí el agua de la ducha, de modo que me metí en la cama con el iPhone. Consulté el correo, esperando que hubiera alguna respuesta del mar a la costa por parte de mi madre. Pero no había nada más que un puñado de mensajes «urgentes» de Betsy sobre un desfile de moda benéfico la semana próxima. ¿Otra gala benéfica? Era un milagro que a los Van Holt les quedara algo de dinero con lo ocupados que estaban repartiéndolo.

Esperé a que Alex saliera del cuarto de baño, pero el agua de la ducha seguía cayendo. Tiré del pesado edredón blanco y me tapé hasta el pecho. Me froté los ojos cansados. Me mordí el labio, luego las uñas. Finalmente, busqué algo para leer.

En la estilizada y moderna mesilla de noche no había nada más que una lámpara y un despertador de cristal, y la larga cómoda que estaba junto a la ventana seguía igual de vacía. Estaba a punto de tirar la toalla cuando percibí una pequeña asa de latón, como una manivela de un juguete, al fondo de la mesilla. La giré con cuidado y el fondo se abrió hacia la pared, dejando dos estantes interiores a la vista.

Dentro había pañuelos de papel, crema facial, crema de manos, crema de pies y una vela de relajación, además de unos cuantos libros y revistas. Saqué dos catálogos (de DwellStudio y de Neiman Marcus), un ejemplar de *Born to Run* y un libro sobre coleccionismo de arte. Los dejé caer a mi lado y seguí hurgando en la mesita. Más adentro había un ejemplar de *Las costumbres del país* de Edith Wharton. ¡Qué casualidad! Era el mismo libro que estaba leyendo en casa. Solo que Abbey van Holt solo había leído unas cuantas páginas. Todavía le quedaba por descubrir que Undine Spragg se casa con Ralph Marvell, y con el conde francés, y finalmente con el bueno de Elmer Moffatt, que sigue sin estar satisfecha. Y que, como la mayoría de novelas de Wharton, no tiene un final feliz.

Empecé a hojearla hasta el final cuando una vocecita que venía del otro lado de la cama me llamó por mi nombre. Era la mesita de Alex, tentándome a descubrir qué había dentro. Me estiré hacia su lado y, con mucho cuidado, abrí la tapa de su mesa. Dentro había un iPod y unos auriculares; también una

caja de Benadryl, calderilla, cortaúñas y dos biografías: la de John Adams y la de Jay Z. Abrí la de Jay Z, curiosa por saber si Alex la estaba leyendo realmente, y vi que tenía un punto de lectura: una foto de mí con Sam en brazos. Qué tierno.

La ducha se apagó. Se oyó una puerta que se abría y se cerraba. Pasos. Me apresuré a guardarlo todo dentro de las dos mesitas, cosa que conseguí de milagro. Estaba resoplando y ruborizada y fingiendo interés por el estado de mis uñas cuando Alex apareció sigilosamente con unos pantalones de pijama de rayita fina. Lo observé acercarse a su lado de la cama y sentarse, sin mirarme. Su espalda lisa y musculosa aún estaba húmeda de la ducha.

Esperé a que dijera algo, que retomara nuestra conversación. Pero en vez de hablar, se volvió hacia mí, me hizo un guiño y luego se tumbó. Después alcanzó un mando, tocó un botón y la habitación se quedó a oscuras.

¿Eso era todo? ¿Un guiño? Estaba claro que tenía que decir algo más. Estaba claro que teníamos que hablar.

Al cabo de unos minutos de silencio, su respiración se hizo más lenta. Estaba a punto de quedarse dormido.

—¿Alex?

—¿Sí?

—Lo siento. —No estaba muy segura del motivo de mi disculpa, pero pensé que por algo había que empezar.

—Olvídalo.

Esperé que dijera algo más, pero nada... Me incorporé y encendí la lámpara de mi mesilla.

—Sé que estás estresado y que debe de ser muy duro, pero...

—He dicho que lo olvides.

—¿No podemos hablar del tema?

—No hay nada de que hablar.

—Pero te veo alterado. ¿Es por algo que he hecho?

—No. Todo va bien. —Volvió a apagar la luz.

Yo sabía que no estaba bien. Había empezado la discusión por algún motivo.

Después de unos instantes más en silencio, alargué la mano y le acaricié el brazo para transmitirle que, si quería hablar, yo le escucharía. Debió de malinterpretar mi intención, porque se dio la vuelta, empezó a acariciarme el cuello y me puso una mano sobre la teta izquierda. Ese cambio de actitud me

pilló desprevenida; no estaba todavía preparada para besarle y hacer las paces. No obstante, cuando su olor empezó a invadirme los sentidos y sentí el peso de su pecho y de sus caderas sobre las mías, me sorprendí esforzándome por concentrarme en nuestra «lucha», esforzándome para que mis pensamientos siguieran clasificados para todos los públicos.

Tal vez Alex tuviera razón. Mejor olvidarlo. Empecé a devolverle los besos. Aun así, cuando quiso quitarme la camiseta, le retiré la mano con un gesto juguetón.

—¿Estarás a la altura? —le pregunté—. Las mamás futboleras podemos ser bastante calientes.

—Estaré a la altura —dijo.

Y lo estuvo.

Era un lugar en el que jamás habría esperado encontrarme a Mirabelle van Holt. Ni a mí misma, en realidad. Me sentía como si estuviera en el plató de una peli de la mafia: de pie bajo una bombilla desnuda, rodeada de productos metidos en cajas y apilados en estanterías, como si examináramos contrabando. Las «cosas de auténtica calidad... importadas».

Pero este taller de tejidos instalado en una trastienda de South Street es donde Mirabelle quería que fuéramos, de modo que aquí estábamos. Nos ayudaba un hombre vestido con un traje impecable azul marino, sorprendentemente limpio en aquel espacio caótico. Era el propietario, pero se comportaba como una abeja obrera, desplegando telas, abriendo cajas y enseñando una muestra tras otra, algunas de ellas tan viejas que al abrirlas soltaban polvo y un olor acre.

Mirabelle se fijaba en una tela, luego en otra. De vez en cuando movía la cabeza o daba unos golpecitos, determinando el destino de la pieza que tenía delante. El hombrecito, al que le brillaba la calva por el sudor, retiraba entonces la muestra condenada como si se tratara de un insulto inaceptable. Yo imaginaba que cada pieza rechazada sería destruida, ejecutada y destripada como castigo por tener unas rayitas demasiado finas, o unos lunares demasiado horteras, y abandonada a su suerte en el contenedor del callejón de atrás. Justo al lado de una mezcla de poliéster medio podrida.

—No logro decidirme, querida. ¿Tú qué opinas? —Mirabelle suspiró y se volvió hacia mí—. ¿Abigail?

—Ay, disculpa —le dije, distraída—. No lo sé. A mí todas me parecen bonitas.

—Pero este azul es como de uniforme. Y este, demasiado... real.

—¿No son iguales?

Mirabelle frunció el ceño y el comerciante levantó las manos, con gesto sorprendido:

–¡No! No son iguales; ¡son muy distintos! –Sus gestos indignados levantaron otra nube de polvo y fibras. Estornudé y él me ofreció un pañuelo de hilo.

–Ah, vale. Ahora veo la diferencia –mentí, mientras me acercaba para examinar mejor las telas. Ojalá estuviera aquí Jules, pensé. En casa se encargaba de elegir los colores de la pintura, de las alfombras y de los cojines, y a mí siempre me encantaban.

Mirabelle dio instrucciones al comerciante para que acercara un rollo de tejido brocado a una ventanita, puesto que prefería examinarlo a la «luz natural». Suspiré y me mordí el labio de aburrimiento. Y de frustración. Cuando se presentó sin avisar en casa esa mañana e insistió en que la acompañara a una «pequeña expedición», no pensé que se alargaría tanto. Y creí que podríamos hablar de algo más que de las diferencias entre el algodón pima y las mezclas, de las ventajas de las costuras invisibles y del motivo por el que algunos importadores armenios –no este– eran unos estafadores. Yo quería que habláramos de Alex. Si había alguien capaz de iluminarme sobre la vida como señora Van Holt, era ella, que había estado interpretando el mismo papel durante cuarenta años.

–No consigo decidirme –suspiró Mirabelle, y me puso los dos finalistas bajo las narices–. Elige tú.

Los estudió otra vez y señalé una seda azul pálido bordada con un hilo más oscuro, con un motivo de crisantemos.

–Perfecto. A mí también me gusta más –dijo–. Me encanta que tengamos el mismo gusto. Cuando tú y Alex os quedéis Bloemveld, no quiero que durmáis cada noche en una habitación con unas cortinas que odiáis.

Tardé un minuto en comprender que hablaba de cuando ella hubiera muerto y nosotros heredaríamos la finca..., un pensamiento que me hizo reflexionar a varios niveles. No solo significaba que mis hijos y yo viviríamos en una mansión en la que la casa del portero era más grande que el apartamento en el que crecí, sino que suponía que pasaría mi futuro en ese mundo, durante décadas, algo que ni siquiera me había planteado. Cada mañana me despertaba medio esperando estar de vuelta en Grange Hill, con Jimmy. Pero a medida que los días se convertían en semanas y las semanas en años, ¿seguiría siendo así? ¿O esa vida se iría desdibujando y se volvería borrosa, como un sueño que recuerdas solo en parte?

–¿Querida? –Mirabelle movió una mano delante de mis ojos–. Te habías

ido unos instantes.

–Disculpa.

–Estábamos pensando en esta tela –me recordó, y señaló la seda azul–, para la habitación principal.

–Es perfecta –le confirmé.

Sonrió y se volvió hacia el comerciante, que sostenía un enorme par de tijeras relucientes, con la esperanza de cortar antes de que alguna de las dos cambiara de opinión.

Mirabelle se volvió hacia mí para otra consulta:

–¿Me ayudas con los cálculos?

–¿Tres metros? ¿Cinco?

–En total, cielo, no por ventana. –Pareció molesta, mientras sacaba un papel de su bolso y anotaba unas cuantas cifras.

¿Cuántas ventanas habría en su habitación? ¿Y qué dimensiones debía de tener cada una? ¿Y qué había que hacer con las costuras y los dobladillos? Tuve la sensación de que ella esperaba que supiera todo eso, como si calcular los metros de cortinaje formara parte de algún manual de instrucciones Van Holt que me hubieran entregado el día de mi boda. No debía ni imaginarse que nunca en mi vida había comprado telas de ese tipo y que no sería capaz de decir cuántos palmos había en un metro ni tampoco sabía que mi vida dependiera de ello.

Sorteé su pregunta con otra pregunta:

–¿Tal vez se lo deberías preguntar a tu interiorista?

–¿Interiorista? Por Dios, no. ¡Jamás los uso! –exclamó, y arrugó la nariz–. Pensaba que lo sabías.

Iba a responder, pero ella desvió la mirada, casi melancólica.

–Además, coser me gusta bastante; siempre me ha gustado. ¿Sabías que antes de casarme con Collier estuve dos años en el Moore College of Art, estudiando diseño de moda? ¡Iba a ser la siguiente Edith Head! Pero luego tuve a Alex y, bueno... –Tanto su voz como su sonrisa se apagaron.

Quise decir que la comprendía. Las cosas cambian; la vida, a veces, tiene otros planes. En vez de hacerlo, me puse a su lado y le ayudé a acabar los cálculos. Nos salieron setenta metros en total, más otros cinco «por si acaso». El vendedor se ruborizó de la emoción.

Una vez en la calle, bajo un sol cegador después de aquella sala oscura, Mirabelle se detuvo para ponerse unas enormes gafas de sol de carey estilo

años setenta mientras yo me calzaba mis viejas Ray-Ban. Entonces se encaminó hacia el sur, dirección a Queen Village, con sus zapatos planos y silenciosos sobre la mugrienta acera. Pensé que buscaba a su chofer, pero tiró de mí y me agarró del brazo, y nos pusimos a andar al mismo paso.

Mi suegra era muy especial. En mi vida había conocido a nadie con ese refinamiento tan natural, con un estilo personal tan intemporal a la vez que cercano. Era como si hubieran mezclado a la reina Victoria, Grace Kelly y Michelle Obama y las hubieran ataviado con un vestido camisero azul marino y zapatos planos de Valentino.

–Bueno, Abigail, ¿te encuentras del todo bien? –me preguntó, con un rictus en la frente que reflejaba preocupación maternal–. Si necesitas sentarte o hacer una pausa, me lo dices.

–Estoy bien, ¿por qué?

–Me dice Alex que, desde el accidente, pareces... –hizo una pausa, buscando la palabra adecuada–. Distinta, no pareces tú.

Me puse tensa, nerviosa de pronto. ¿Sospechaba Alex que era una impostora? ¿Y ella? Intenté relajarme, imitando su tono delicado.

–Puedo asegurarte, madre, que me encuentro perfectamente bien.

–Bueno, si tú lo dices... Pero los Brindle dijeron que el domingo no parecías muy centrada. Y la tía Cosquillas dice que la insultaste.

–¿Eso dice? Oh, cuánto lo siento. Simplemente tuve una mala noche. Estaba agotada.

–Es natural –dijo, restándole importancia con un gesto de la mano–. Pero prométeme que irás con cuidado. Creo que las dos sabemos que no podemos tener más tropiezos. Alex ya va bastante atrás.

Giramos a la derecha, hacia una callejuela tapizada de hojas amarillas. Intenté decir algo, pero ella fingió no oírme y prosiguió:

–Y me preocupa Alex. Pasé con él todo el lunes y me pareció que estaba agotado. Probablemente preocupado por ti, querida, pero, también...

Curioso, Alex no me había dicho que la había visto. Si no fuera por su elegancia, y porque tenía el brazo puesto cariñosamente alrededor de mi cintura, habría pensado que estaba dando énfasis al hecho de que ella había estado con Alex, y yo no.

–No, Alex está bien –le respondí, recordando que, desde luego, anoche no me había parecido cansado. Ni la noche anterior–. Pero, sinceramente, no sé de dónde saca las fuerzas. Tiene tanta presión...

–Bueno, ya conoces a Alex. Es tan trabajador y tan buena persona... Siempre hace lo que le dicen.

No supe diferenciar si lo decía como cumplido o como defecto. Pero, sea como fuere, un escalofrío me recorrió la columna.

Mirabelle prosiguió.

–De todos modos, Abigail, en los próximos días tenemos demasiadas cosas. –Se detuvo, se volvió hacia mí y me miró por encima de las gafas de sol–. Necesito saber que tú y yo vamos a la una.

–Por supuesto –le confirmé, sin tener ni idea de cuál era la una a la que íbamos. Pero ya que parecía tan preocupada por las elecciones, intenté tranquilizarla.

»No te preocupes; Frank me ha dicho esta mañana que Alex ha subido un punto desde el domingo. Lo llama el «efecto porrazo de Abbey» –le dije, y me señalé el punto de la cabeza que estrellé contra la banqueta del piano.

–¡Oh, qué bien! –dijo; soltó el brazo que me sujetaba por la cintura–. Supongo que debo darte las gracias por dedicarme tiempo hoy, entonces. Ahora que eres tan importante para la campaña.

Me pareció percibir cierta dureza subyacente en su voz fina y sedosa. Hizo una pausa y levanté los ojos hacia la tienda de tejidos de la que habíamos salido minutos antes. Habíamos dado la vuelta a la manzana sin que me diera cuenta.

Y ¿a mi izquierda? Su coche y su chofer aparcando, como si ella se lo hubiera pedido.

Me marché a casa andando, con la esperanza de que un poco de aire fresco me ayudaría a aclarar la mente. Paseé frente a pizzerías, tiendas de bisutería y supermercados Whole Foods repletos de gente, hasta el barrio gay, lleno de *boutiques*. Como May se ocupaba de Sam y Gloria estaba en el colegio, no tenía ninguna prisa –ni ningún motivo– por llegar a casa.

Entré en una tienda de ropa para bebés y le compré a Sam tres conjuntos enteros sin mirar el precio. Luego, en una tienda de material artístico, elegí unos lápices de colores, unos cuantos botes de purpurina y un libro *I Spy* de Halloween que sabía que a Gloria le encantaría. Y, en otra tienda más, le compré un cárdigan de cachemir rosa chicle que había visto en el escaparate.

Cuando llegué a casa, le pregunté la hora al conserje. Era la una: Sam estaría durmiendo la siesta. Le pedí que me guardara las bolsas y paré un taxi.

Mientras el coche avanzaba desde Rittenhouse Square, cruzando el río Schuylkill hasta University City, me apoyé en la ventanilla para disfrutar del sol de mediodía. Pasamos frente a residencias universitarias, restaurantes de comida rápida, un nuevo cine IMAX y unas cuantas casas coloniales convertidas en residencias universitarias, con sus grandes letras griegas bien visibles en sus bellas fachadas. Luego, a medida que nos alejábamos de la universidad, los edificios tenían menos ladrillo, menos hierro forjado, menos césped y más verjas de cadenas, laterales de vinilo y ventanas enrejadas. Dejamos Walnut Street sur y nos metimos por la calle Cincuenta y ocho, y el ambiente se volvió más silencioso; hasta la gente sentada en las escaleras y los porches de las casas parecía casi inmóvil.

El taxi se detuvo en la dirección que le había indicado, un edificio bajo de ladrillo que debió de ser una ampliación de mediados del siglo XX de la ahora abandonada iglesia de piedra anexa. Pagué con la tarjeta, le añadí la propina y bajé del coche, sorteando cristales de botellas rotas y grietas en el suelo hasta llegar a la fachada. El edificio tenía grandes ventanas cubiertas de barrotes de hierro. El rojo del ladrillo estaba apagado por la polución y los humos de los autobuses, excepto una marca más limpia y oscura en forma de cruz, un emblema que o bien había sido robado o lo habían retirado en años recientes. Ahora, un rótulo pintado a mano y colocado en el pequeño parterre de césped anunciaba la «Holy Rosary Settlement House, fundada en 1977», el año en que yo nací.

Llamé primero con los nudillos, y luego un poco más fuerte con la palma de la mano. Espié por la ventana enrejada de la puerta y grité un «¡Hola!», pero de allí no salía nadie. Al cabo de unos minutos vi un pequeño timbre de plástico y lo apreté con fuerza. Estaba a punto de marcharme cuando una mujer negra bajita con toca de monja pasó por ahí. Golpeé la puerta para llamar su atención y le di un susto que casi se cae de sus Crocs verde loro.

–Dios mío, me ha asustado –dijo, mientras empujaba la puerta y me hacía pasar.

–Lo siento –me disculpé–. He llamado al timbre, pero no ha salido nadie.

–Esa cosa lleva años sin funcionar –dijo, con una sonrisa.

–Bueno, eso lo explica.

–¿En qué puedo ayudarle? No parece que venga a pedir comida.

–Bueno, no. Vengo a ver al padre Fergie. Soy Abbey van Holt.

–Sígueme, criatura.

Recorrimos un pasillo iluminado por fluorescentes parpadeantes que olía a polvo, lejía y puré de patatas de sobre. Mis tacones se oían mucho, en contraste con los pasos silenciosos de la monja. Intenté andar con más cuidado. Al final del pasillo nos metimos en una sala tipo cafetería en la que unas veinte personas de la comunidad ocupaban unas mesas alargadas, algunas estaban acabando de comer, otras leían el periódico y otras mirando por la ventana. En una mesa, dos madres jóvenes charlaban mientras sus pequeños jugaban con piezas de Lego; en otra, tres hombres mayores tomaban café con tazas de vajillas distintas. Junto a las ventanas, un bebé en una hamaquita descolorida daba vueltas a un botellín de agua vacío y su madre hablaba por el móvil. Un chaval sonriente un poco más pequeño que Gloria, con los ojos brillantes y la mirada traviesa, pasaba de una mesa a la otra jugando consigo mismo al escondite.

–¡Basta ya! –gritó una mujer que estaba ocupada dando de comer a una adolescente sentada en una silla de ruedas motorizada. Supuse que era su abuela.

La monja colocó una jarra de café delante de los hombres y luego se dirigió a mí.

–Espere aquí –me indicó.

Sonreí al bebé y me senté a una mesa vacía. Como no sabía qué hacer, saqué el teléfono e hice ver que estaba ocupada leyendo un correo. Durante unos segundos sentí que todos me miraban, pero cuando volví a levantar la vista las conversaciones y los juegos continuaban su curso normal.

–¡Señora Van Holt! ¡Has venido!

Me levanté mientras el padre Fergie se me acercaba con los brazos abiertos.

–Parece sorprendido –le dije, a la vez que le tendía la mano.

Él ignoró mi gesto y me dio un abrazo

–Lo estoy –me confirmó, prolongando un poco demasiado el abrazo–. Las promesas que se hacen en las fiestas no suelen cumplirse.

–Bueno, pero aquí estoy.

–Sí, aquí estás –dijo, con un brazo todavía alrededor de mi cintura–. Bienvenida a mi pequeño trozo de paraíso.

Señaló orgullosamente a su alrededor, como si me estuviera presentando una obra de teatro. Nuestro *tour* iba a comenzar.

El edificio estaba formado por la sala de cafetería/fraternidad, un despacho, un saloncito con sofás y televisores y un almacén en el que había cajas de papel de cocina, pañales de marca blanca y tomate de lata. En la modesta cocina, dos hornos oxidados se disputaban el espacio con una nevera desconchada, una cocina de seis fogones y un lavaplatos como de restaurante. La monja bajita estaba allí, fregando la olla más grande que he visto en mi vida.

—¿Cuántas comidas preparan? —le pregunté a Fergie.

—Tres al día, excepto los lunes. Solo funciona uno de los hornos, pero nos las arreglamos. Por eso necesitamos tu ayuda. Si pudiéramos lograr que Alex agilizara nuestra reclasificación, podríamos empezar a obtener ayudas del HHS. Incluso algún subsidio.

—¿Y si él no puede hacerlo?

—Tendremos que cerrar en diciembre. Si no antes.

—Y entonces, toda esta gente, estos niños, ¿dónde comerán?

Dio un paso atrás, levantó la mirada al techo y citó las Escrituras:

—Alegraos profundamente, hermanos míos, cuando os sintáis cercados por toda clase de dificultades. Es señal de que vuestra fe, al pasar por el crisol de la prueba, está dando frutos de perseverancia. Pero es preciso que la perseverancia lleve a feliz término su empeño, para que seáis perfectos, cabales e íntegros.

Abrió los ojos, acuosos y de color azul pálido, y susurró:

—El buen Dios no nos dejará en la estacada. Esperemos que tu esposo tampoco.

Mientras me guiaba hacia la puerta, pensé en el dinero que me había gastado aquella mañana en la ropa de los niños y me sentí asqueada. Pasamos por delante de la sala en la que el chiquillo jugaba con su botellín de agua manoseada, y pensé en Sam y en su barco de madera y en sus estantes llenos de juguetes hechos a mano con materiales sin BPA. Y no pude evitar pensar en Jimmy, que cada Navidad me insistía en que donáramos doscientos dólares al Ejército de Salvación, incluso cuando estábamos sin un pavo, aunque él sabía que eso desencadenaría una discusión entre nosotros. La palabra de Fergie «íntegros» no era irónica; él creía realmente que, a través de la fe, Holy Rosary perseveraría.

Ya en la puerta, Fergie se detuvo a saludar a un hombre sin techo al que llevaba meses sin ver. Mientras le aseguraba que quedaba algo de comer y lo mandaba hacia el comedor, abrí mi bolso Chanel acolchado, hurgué hasta encontrar mi pluma Tiffany y saqué la funda rosa Tory Burch de la chequera.

–Pues vamos a darle una ayudita a la fe, ¿no? –afirmé, mientras garabateaba en mi chequera.

Le puse un cheque de diez mil dólares en la mano.

Aquella noche, mientras Sam, Gloria y yo cenábamos en la isla de la cocina –Alex estaba fuera, en una de sus actividades de campaña–, no pude evitar mirar a mis hijos y sentirme afortunada. Sam parecía sacado de un anuncio de cereales infantiles, con sus mofletes rosados y sus rodillas rechonchas. Y aunque Gloria era diminuta y totalmente indiferente a cualquier alimento que no fueran el jarabe de maíz de alto contenido en fructosa o el colorante rojo de las golosinas, era fuerte, lista y casi nunca estaba enferma. Después de lo que había visto hoy, sabía que tenía mucha suerte, no solo porque vivía en un piso de 370 metros cuadrados que había salido en el número de septiembre de 2010 de *Architectural Digest*.

Gloria me sorprendió mirándola y sonrió.

–Hola, mami –me dijo.

–Hola. ¿Has tenido un buen día?

–Sí.

–¿Has aprendido algo bueno?

–No.

–¿Has hecho algo divertido?

–No.

–Entonces, ¿no ha pasado nada de nada?

–Bueno, Blake Randleman se ha vomitado encima de los zapatos.

Arrugué la nariz, sintiendo haberlo preguntado.

–Vaya, debía de dar un poco de asco.

–Aco –me imitó Sam.

De pronto me invadió una tristeza enorme. A Jimmy y a Gloria les gustaba contar las palabras que Sam aprendía a decir: «mamá», «papá», «manita», «baba» (por botella), «aiós», «bota» (por pelota), «cote» (por coche), «Abu»

(a Miles), «pie», «nanote» y ahora «aco». Sam acababa de decir una nueva palabra, su onceava, y Jimmy no estaba para oírla. Dos horas después seguía pensando en Jimmy. Los niños ya se habían acostado y yo estaba tendida en el sofá grande del salón, sola, haciendo *zapping* y tomando una copa de vino tinto. Hubiera deseado tener a alguien con quien hablar, alguien a quien contarle mi visita al Holy Rosary.

Antes de tener hijos, Jimmy y yo nos encontrábamos a menudo en el porche de casa para ponernos al día, después de haber pasado ocho o diez horas separados. El verano que nos mudamos a nuestra nueva casa todavía no teníamos muebles de exterior, de modo que nos sentábamos en sillas de playa y apoyábamos los pies en cajas de madera que Jimmy se llevaba del trabajo. Contemplábamos cómo el sol se ponía e iba transformando los árboles, las casas y los edificios altos en siluetas negras. Una noche, cuando estaba embarazada de cuatro meses de Gloria, seguíamos fuera más tarde de lo habitual, disfrutando de una brisa fresca que mantenía a raya a los mosquitos. Ya me había acabado la cena que nos habíamos comprado en nuestro restaurante tailandés favorito pero, aún no satisfechos mis antojos de preñada, estaba terminándome un tarro de salsa con la ayuda de un nacho que utilizaba como cuchara. Aquel verano me dio por los tomates, que a veces sustituían a la salsa, cortados a rodajas y salpimentados. Jimmy se tomaba una cerveza mientras me escuchaba parlotear sobre los nombres de bebés que me gustaban. De pronto, sin venir a cuento y a su manera desenfadada habitual, dijo algo que nos cambiaría la vida para siempre.

—Creo que quiero fundar mi propio negocio.

Sus palabras parecieron quedar colgadas al aire. Dejé de masticar de golpe.

—¿De veras? ¿Qué tipo de negocio?

—De *cupcakes*, si te parece... —bromeó—. ¿Qué crees? Cuidado de jardines, mantenimiento, instalaciones. Pero algo más. Quiero diseñarlos. Con plantas autóctonas y cactus y sistemas de riego y de drenaje naturales. Tal vez también cuidado de árboles.

Hizo una pausa y me miró tímidamente:

—¿Crees que es una tontería?

Me quedé atónita. Jimmy nunca había parecido una persona creativa. Pero, pensándolo bien, siempre estaba haciendo esbozos de ideas para los vecinos, siempre le ofrecía sugerencias a su jefe de una planta mejor, de una línea de árboles más bonita. Y aunque solo llevábamos seis semanas en esta casa,

nuestro jardín ya empezaba a parecerse a Longwood Gardens.

—No tiene nada de estúpido —dije—. Creo que es una gran idea. Pero ¿necesitarás un título? O, al menos, ¿un certificado, o algo?

—Bueno, sí y no. Llevo diez años en el negocio. Debo de haber instalado mil jardines nuevos. Pero necesitaría acabar la carrera y tal vez hacer un máster.

—Podrías hacerlo. Tienen programas nocturnos.

—Sí, pero es un compromiso muy grande. Y mucho dinero. Y tú querías hacer media jornada cuando nazca el bebé y tal...

Intenté apartar las migas de nachos de mi barriga y me incorporé un poco.

—Es verdad —dije, sarcástica—. La esposa y los hijos te arruinan todos los planes. Malditos.

Me esperaba un comentario gracioso, pero Jimmy no dijo nada. Se quitó la gorra, se secó la frente y se la volvió a poner. Luego se me acercó, me quitó el tarro de las manos y lo dejó en el suelo. Me levantó y nos quedamos mirando. Nuestras barrigas se tocaban.

—Es eso, exactamente, Ab —declaró, con los ojos brillantes a la luz del porche—. Voy a tener un hijo. ¿Puedes creerlo? Seré padre. Y te tengo a ti. Ahora mismo, me siento capaz de cualquier cosa. De convertirla en éxito. Aunque tenga que arrancar todos los hierbajos, desde aquí hasta Pittsburgh.

Fue el discurso más largo que me había hecho en su vida, más largo que cuando me pidió que me casara con él. Le di un abrazo y me apoyé en su hombro, con la sensación de que todo estaba bien en el mundo, de la manera que solo las mujeres embarazadas entienden realmente.

Volaba, y todas las tiendas, todas las personas y todos los coches se difuminaban al pasar como una flecha. Por primera vez en mi vida, hacía *jogging* –bueno, corría– y, realmente, lo hacía a la velocidad del rayo. Con el poco tráfico que había por la mañana, había cruzado la ciudad hasta Front Street en veinticinco minutos. Tenía el sujetador deportivo Lululemon y la camiseta de reddecilla empapados de sudor, pero apenas jadeaba; la coleta me botaba arriba y abajo, a un lado y al otro.

En Grange Hill había intentado muchas veces empezar a correr, no por los beneficios cardiovasculares ni para aliviar el estrés, sino para fundir el flotador de grasa que se empeñaba en rodearme la cintura. Pero mis intentos acababan normalmente a trescientos metros de casa o escaqueándome de una carrera benéfica de cinco kilómetros. Le decía a Jimmy que sencillamente no tenía ni el talento ni la capacidad pulmonar, pero en realidad sabía que el problema real era la falta de dedicación. Y de motivación. Además, ¿por qué tenía que hacer ejercicio, si Jimmy nunca lo hacía? Sin embargo, hoy, después de levantarme pronto y vagar por el apartamento ansiosa y sin ningún objetivo, e invadida por los remordimientos por haberme acabado anoche secretamente la caja de Froot Loops de Gloria, había decidido volver a intentarlo. Y también pensé que por la cantidad de zapatillas deportivas que había en el armario, este cuerpo podría aguantarlo. Era el momento de sacarlo para un entrenamiento de prueba.

Mientras corría con fluidez, me preguntaba de dónde sacaba la inspiración Abbey van Holt. Tenía que ser algo más que el simple deseo de ser delgada como una modelo. ¿Tal vez se había aficionado por Alex, tan comprometido con sus carreras nocturnas? ¿O tal vez perteneciera a un club de mamás urbanas corredoras de élite, de esas que registran sus kilómetros en relojes especiales y cuelgan sus hitos en el Broad Street Run de Facebook,

avergonzándonos al resto de nosotras por nuestras maneras despreocupadas? Fuera cual fuera el caso, añadí la disciplina a la larga lista de características que Abbey van Holt poseía y yo no.

Disminuí la velocidad, hice una pausa para tomarme el pulso (tan solo 142 pulsaciones por minuto), y luego bajé un pequeño tramo de escaleras hacia el río Delaware. Me detuve a contemplar los cargueros que navegaban tranquilamente y vi los coches que pasaban por el puente de Betsy Ross. La ciudad se levantaba, preparada para otro largo día.

Era jueves, 30 de octubre..., casi una semana ya de esta nueva vida. Empezaba a resultarme familiar y más rutinaria, menos como unas vacaciones fabulosas. Y mi vida anterior ya me parecía enmudecida, como una foto de los años setenta. Las caras me seguían pareciendo familiares, pero sus contornos eran cada vez menos definidos, los colores más desteñidos. Eso me daba pavor, como si viviera uno de aquellos sueños en los que perdía a Gloria en el colegio, en los que me veía corriendo por los largos y claros pasillos de Grange Hill Elementary, presa del pánico, buscando su mochila rosa, sus pequeñas zapatillas de deporte de flores. ¿Se había marchado a casa de una compañera? ¿La había recogido Jimmy? ¿Me estaba esperando en algún otro sitio? El miedo me invadió y me puse a correr de nuevo, volviendo hacia Center City.

Con los trabajadores del centro emergiendo ahora de las bocas de metro y coches que llenaban todos los cruces, me vi obligada a reducir la marcha. Intenté sortear el tráfico, pero hacia la calle Once tiré la toalla. Levanté la vista y me di cuenta de que estaba cerca del edificio en el que trabajaba Jules. Me puse a correr alrededor de la manzana.

A la tercera vuelta vi una cafetería frente a la entrada y me metí dentro. Una mujer joven con el pelo corto y negro y una gorrita de pescador estaba llenando cestitas de metal con *bagels* sin gluten, *muffins* y magdalenas. Una pizarra grande anunciaba los precios e hice una mueca: hasta las ofertas costaban el doble de lo que costaría lo mismo en Grange Hill, a tan solo diez kilómetros de distancia. Saqué una tarjeta de crédito del pequeño bolsillo con cremallera que llevaba en el muslo y compré unas cuantas magdalenas, un *bagel*, dos barritas orgánicas de higos y un café, y luego me senté en un taburete junto a la ventana a esperar. Como un policía de vigilancia.

Un poco después de las ocho la vi aparecer. Llevaba unos vaqueros gris oscuro tipo pitillo, una camiseta sedosa color turquesa y un *blazer* negro de

piel. Unos collares de cadena plateados le colgaban hasta la cintura, y llevaba también unas botas negras altas hasta las rodillas. Desde las solapas de la chaqueta hasta los largos mechones caoba, lo que seguía siendo su mejor rasgo, se le veían unos auriculares blancos.

Caminaba con brío, sujetando un bolso negro de trabajo con una mano y una botella plateada de agua con la otra. Dejé el café sobre la repisa, recogí la bolsa de repostería y crucé la calle a la carrera, atrapándola de un brazo antes de que tuviera la oportunidad de meterse por la puerta giratoria.

–¡Eeeehhh! ¿Qué haces? –gritó, sobresaltada, mientras apartaba el brazo de un tirón y se quitaba los auriculares–. ¿Quieres que me dé un infarto o qué?

–Lo siento, no quería asustarte –le dije–. Solo quería hablar. ¿Tienes un minuto?

–Tengo que ir a trabajar.

–Por favor, Jules –dije–. Necesito hablar contigo, en serio. –Y luego, levantando la bolsa con mi compra reciente, añadí–: Llevo desayuno.

Eché un vistazo a la bolsa, luego se fijó en mi ropa sudorosa y mi pelo revuelto, en mi expresión ansiosa. Consultó el reloj y suspiró:

–Cinco minutos.

Cruzamos hacia el café y nos sentamos a una mesa, la una frente a la otra. Puse la bollería que acababa de comprar encima de la bolsa de papel, ofreciéndole un pequeño bufé de exquisiteces de desayuno que esperaba que endulzaran su expresión. Pero ni se acercó a ellas; se limitó a contemplarme dar un enorme bocado de magdalena de canela que llenó la mesa de migas.

–*¿Do tieres udo?* –le pregunté, con la magdalena transformándose en cemento en mi boca. Por un instante, me pareció ver un atisbo de ganas en su expresión, pero declinó.

–Ya no tomo cosas así –dijo, rotunda.

Me aclaré la garganta, tratando de recuperar el temple para lo que había venido a decir.

–Jules, sé que de alguna manera lo fastidié todo. Pero quiero arreglar las cosas entre nosotras. Por favor, dime lo que puedo hacer para que podamos volver a ser amigas.

Suspiró y desvió la mirada, adoptando una expresión de tedio. Yo sabía que me estaba escuchando. Y también que no la estaba convenciendo.

–Te prometo que no soy esa pretendida mujer de mundo que te crees que soy. Soy la misma Abbey que conociste en la universidad. Lo juro.

Todavía no reaccionaba, pero al menos, ahora me miraba.

–Mira, me conmueve mucho tu disculpa. Pero no estoy segura de que haya un lugar para mí en tu vida, ni un lugar para ti en la mía. Eres una mujer ocupada y yo también. Yo tengo a Lucas. Mi empresa. A ti no te debe de parecer muy glamurosa mi vida, pero yo soy feliz. Más feliz de lo que había sido nunca.

–Ya lo veo –le dije, mostrándole una sonrisa–. Y me alegro mucho por ti. Pero me iría muy bien tener una amiga. Alex está muy estresado y...

–Exacto, Abbey. Siempre te centras en lo que tú necesitas o lo que tú quieres –dijo–. O en lo que Alex necesita, lo que Alex quiere...

–¿Qué?

–Oh, vamos, ya sabes de lo que hablo.

«No, no lo sé», quise decirle. «Por favor, Jules, por favor, explícamelo. Escapa a mi comprensión el hecho de no recibir catorce mensajes tuyos cada día, de que no me hayas puesto al día de cada caloría que has ingerido en las últimas cuarenta y ocho horas, que dejemos que otro chulazo sea expulsado de *The Bachelorette* sin intercambiar ni una sola palabra entre nosotras.»

¿Era realmente la mujer egocéntrica de clase alta que ella me acusaba de ser? Y, todavía peor... ¿hablaba yo todo el tiempo de Alex van Holt?

–¿No te cae bien Alex? –le pregunté.

–Alex me cae estupendamente. Eres tú con quien tengo el problema.

Me eché hacia atrás como si me acabara de abofetear. Entonces pareció lamentar haber sido tan dura y su expresión volvió a la dulce Jules que yo conocía. Su voz bajó hasta un susurro.

–Bee, tú siempre fuiste la independiente. La que sabía lo que quería y lo perseguía. Era yo la que se metamorfoseaba por el chico del momento. Su música. Su comida. Su lado de la cama. Dios mío, hasta llegué a hacer clases de baile *country* por aquel tío de Lancaster. ¿Cómo se llamaba? ¿Patrick?

–Peter –la corregí.

–Ay, eso, Peter. –Mientras ella recordaba horrorizada la desesperación de una Jules mucho más joven, yo esperaba paralizada, ansiosa y temerosa por oír más.

Pero llegó.

–Entonces, después de Gloria, empezaste a cambiar.

–Los niños tienen este efecto. Simplemente, ocurre.

Jules, sencillamente, no entendía el trajín de ser una madre trabajadora. Si

lo hiciera, comprendería por qué dejé el trabajo. Conocía a un montón de madres, ricas y pobres, que habían dejado sus trabajos después de dar a luz. Me puse a la defensiva, preguntándome cuándo se había vuelto tan crítica.

Ella levantó las manos como defendiéndose.

—Lo sé, lo sé, ¿cómo podía yo entender lo que es ser madre? Pero tú y yo sabemos que había algo más. Dejaste de llamarme como antes. Dejaste de hacer todo lo que te gustaba hacer. Empezaste a ir a actos benéficos sofisticados y a contratar a decoradores y a hacerte limpiezas de cutis. Era como si la Abbey que yo conocía hubiera desaparecido. O como si la hubieran engullido.

—No puede ser cierto —dije, tanto para ella como para mí.

Se quedó mirando mi ropa de correr tan pija y mis mechas rubias. Se fijó en mis pechos de silicona y en mis uñas perfectamente pintadas.

—¿De veras? ¿Te has mirado al espejo últimamente?

Empecé a negarlo todo y a enfadarme. El final de nuestra amistad no podía ser solo culpa mía. Aunque, había que reconocerlo, Jules no era muy dada a exagerar. Siempre hablaba claro, era una de las cosas que más valoraba de nuestra relación.

Suspiró y se levantó, luego se colgó el bolso.

—Tengo que irme.

La observé dirigirse hacia la puerta y me sentí muy impotente. Pero también sabía que veinte años de amistad no podían acabar así. Y no estaba dispuesta a tirar la toalla.

—Jules, espera —dije, levantándome a detenerla antes de que saliera—. ¿Hay alguna manera en que podamos volver a empezar? Aunque solo sea almorzar juntas algún día. O tomar café. Podría llevar a los niños.

Hizo una pausa, pensándolo un poco.

—Puede ser —dijo—. Me gustaría mucho conocer a Van.

Y luego se marchó, yo me quedé allí llena de migas y con mal cuerpo. La situación era peor de lo que pensaba; era totalmente inimaginable. ¿Estaba tan absorta en mí misma y en mi marido y en mi nueva vida que mi amiga más querida, la dama de honor de mi boda, la persona que me resultaba más familiar que mi propia familia, no había conocido a mi hijo?

Recogí los restos de mis exquisiteces a medio consumir y el café y lo tiré todo a la basura. Salí a toda prisa y me puse a correr otra vez, con un deseo terrible de llegar a casa. Y no al apartamento, sino a la casa de Grange Hill,

con sus ventanas que no encajaban y el porche que se caía. Y corrí, corrí, corrí, intentando ignorar el calambre que tenía en el estómago y el pensamiento aún más doloroso que tenía en la mente: tal vez nunca más volviera a ver mi casa.

Cuando salí del ascensor vi a May saliendo del piso con Gloria y Sam. Me oculté a un lado del pasillo, escuchando cómo les cantaba una canción divertida, una que ellos se sabían de memoria.

–Cucú, cantaba la rana –cantaba.

Y los chicos le respondían, también cantando:

–¡Cucú, debajo del agua!

–Cucú, pasó un marinero–. De pronto, al verme, tanto su sonrisa como su canción se detuvieron.

–Oscar está llevando al señor Alex, de modo que los llevo andando al colegio –me dijo May. Me alivió que Alex ya se hubiera marchado, que no estuviera aquí para verme tan sudada y horrenda, pero también me puse triste. Ese momento me hubiera ido bien ver su sonrisa.

–La llevaré yo –le dije a May.

Puso cara de sorpresa y a la vez de desconfianza.

–Pero, usted nunca... –dijo, abriendo mucho los ojos con horror mientras yo le tendía la mano para que me diera la mochila de Gloria.

Agarré la mochila y luego le di la mano a Gloria. Pero, excepto por el brazo, que colgaba entre nosotras como si fuera una cuerda para tender la ropa, la pequeña no se movió.

–Gloria –le dije–, vámonos. –Y le puse mi mirada «no me pongas a prueba».

–Ya la llevo yo –se ofreció May, tirando del otro brazo de Gloria hacia arriba y hacia fuera–. Seguro que usted tiene muchas cosas que hacer.

–No. Nada. La llevaré yo.

A esas alturas empezaba a enojarme, de modo que cuando volví a tirar de Gloria, lo hice con demasiada fuerza. La niña chocó conmigo y pegó un grito. May estaba horrorizada. Aún así, soltó a Gloria y se agachó a recoger a Sam. A él no lo pensaba soltar tan fácilmente. Pero yo tenía otros planes.

–Me llevo también al pequeño –le informé, e hice un gesto con los dedos como si fuera un producto de contrabando que May acababa de ocultar tras la espalda. Ella dio dos pasos indecisos y me lo entregó, pero no antes de limpiarle la baba del mentón y besarle la cabecita.

Mientras avanzábamos pasillo abajo hacia el ascensor, los dos niños miraban atrás, hacia May, con expresión ansiosa. Eso me llenó de curiosidad. ¿Estaba demasiado ocupada y era demasiado importante Abbey van Holt como para llevar a sus hijos al colegio? ¿Preferían a May que a su propia madre? Intenté no dirigir mi propia frustración contra ellos, pero no pude evitarlo. Me dolía y, al mismo tiempo, me sentía ridícula. Dos mujeres discutiendo sobre quién lleva a la niña al cole. En Grange Hill era todo lo contrario: Jimmy y yo siempre discutíamos sobre quién tendría que llevarlos, porque a ninguno de los dos nos sobraban los veinte minutos que llevaba abrirse paso por la gente que se agolpaba en la entrada del colegio.

–Vete y descansa, May –le dije–. Yo me ocupo de los niños. Soy su madre. Pero luego, a medio pasillo, tuve que volver a llamarla:

–¿Y la sillita?

–Ya he avisado abajo –dijo; seguía inmóvil, observándonos.

–Vale –dije, y me dirigí con los niños hacia el ascensor.

Abajo, en el vestíbulo, nos esperaba una sofisticada sillita cromada y roja de lona, con grandes ruedas todoterreno. Levanté a Sam y lo giré varias veces antes de adivinar hacia qué lado debía mirar. No había cinturones; el asiento, tipo hamaca, usaba su propio peso, del que andaba sobrado, para asegurarlo. Gloria ya estaba en la puerta, de modo que empujé la sillita. Salió disparada hacia delante como un *puck* de hockey sobre hielo, y el movimiento levantó el pelo rubio de Sam como un halo.

Navegamos por Walnut Street hacia el cruce, con Gloria capitaneando la expedición dos metros por delante. Mis instintos de mamá suburbana me decían que debía agarrar de la mano a Gloria, pero ya que no tenía ni idea de adónde nos dirigíamos, no me quedaba más remedio que dejar que nos guiara. Al cabo de unas pocas manzanas me di cuenta de que no tenía de qué preocuparme; la niña se abría paso por las ajetreadas calles con la mirada concentrada y balanceando los brazos como los paseantes de los centros comerciales. Los transeúntes se apartaban de su camino; una pareja hasta se soltó de la mano y se separó para dejarla pasar. Cuidado con esta, pensé, tiene la visión del tigre. Igual que su abuela.

Sorteamos personas, a perros y algún carrito de entregas ocasional, hasta que los edificios comerciales dieron paso a la zona más residencial, donde las aceras pasaban de ser cuidadas y de cemento a disparejas y de ladrillo. Viejas casas residenciales se levantaban tras escaleras de mármol desgastadas por el

uso, y antiguas caballerizas, vacías desde muchos años atrás de caballos y carruajes, atraían a jóvenes profesionales con sus anchas puertas y sus tejados de pizarra. Mientras Sam y yo trotábamos detrás de Gloria, admiré las barandillas de hierro forjado, los parterres cuidados por jardineros profesionales y las ventanas con parteluz. Vi unas cuantas sillitas parecidas que iban en la misma dirección e imaginé que nos estábamos acercando a nuestro destino.

Gloria nos dirigió hasta una bonita iglesia amarilla de piedra con un anexo moderno también de piedra y de cristal. Un rótulo dorado anunciaba el lugar con letras grabadas: «ESCUELA INFANTIL ST. ANDREW'S, FUNDADA EN 1886». Una verja de hierro forjado delimitaba un patio de pizarra y una zona de juegos de tierra, en la que dos filas de maestras, todas parecidas a Jennifer Garner en un día de recados, cantaban una canción de buenos días acompañándose de palmas.

En la acera, nuestro trío aguardaba en la cola, compitiendo con niños que saltaban de los Land Rover y con niñeras que empujaban sillitas dobles. Gloria me dio un beso rápido de despedida y luego se esfumó por entre la nube de maestras, mientras Sam miraba a su alrededor entusiasmado. Para ser un colegio construido en el centro de una de las ciudades más duras del país, daba una sensación más bien digna de la Familia Trapp, pero supongo que ese era el tipo de entorno educativo al que da derecho una matrícula de cinco dígitos.

Unas cuantas madres mascullaron saludos de rigor, pero ninguna se paró a charlar. La mayoría tenían aspectos similares al mío, ataviadas con mallas deportivas caras y zapatillas de colores llamativos, con sus circuitos de *running* recién terminados o a punto de empezar. Vi a una madre con traje chaqueta de raya gris besar a un pequeño y luego salir disparada por la acera, mientras tecleaba mensajes en su iPhone. Sin duda, estaba mandando un astuto mensaje de disculpa a su jefe, justificando su enésimo retraso.

La muchedumbre se fue dispersando y los cantos se apagaron, de modo que Sam y yo preparamos nuestra huida. Justo cuando cruzábamos la puerta, un enorme Mercedes monovolumen blanco se subió a la acera, frenando peligrosamente cerca de la entrada. Dos chicos gemelos salieron disparados de la puerta de atrás y corrieron al patio, sin molestarse en decirle adiós a su exasperada madre que salía del lado del conductor. Con el contraste del coche

blanco, su pelo lucía negro, mientras que su piel bronceada parecía de color naranja.

Al parecer me conocía, porque justo cuando Sam y yo cruzamos por delante soltó un grito de «Aaaaaaabbey» y corrió hacia nosotros. Me detuve y me preparé para el impacto al ver la velocidad con la que se aproximaba, meneando sus enormes tetas.

–Ay, me alegro tanto de verte –dijo, mientras recuperaba el aliento y luego se despegaba unos cuantos cabellos largos y negros de la pintura de los labios–. ¡No me digas que May también te ha dejado!

–¿Qué quieres decir? –le pregunté, mientras me fijaba en sus cejas exageradamente pintadas y en sus zapatones de plataforma.

–Mi niñera se marchó la semana pasada. Echaba de menos a su novio, de modo que decidió volver a Suecia. Ni siquiera me avisó con antelación –me explicó, a la vez que me daba un abrazo rápido y un beso tipo «muuuuacs»–. ¡He pensado que te había ocurrido lo mismo!

–No, simplemente he decidido traer yo misma a los niños. –¿Por qué le resultaba tan chocante a todo el mundo?

–Le he mandado varios correos a Betsy, pero nunca contesta –prosiguió–. ¿Dónde demonios es el próximo almuerzo del comité de actos benéficos? Tengo noticias sobre el *catering*.

–Ejem..., no lo sé –dije–. ¿Es hoy?

Me miró tipo «¿perdona?»:

–Sí, claro que es hoy, siempre es los jueves.

Esta mujer era excesiva en todo –joyas, dientes, escote–, pero su sonrisa y su total desconsideración por las normas escolares me encantaban: había una señal directamente encima de su coche que especificaba que estaba «prohibido aparcar en ninguna circunstancia».

–Uy, sí, si hoy es jueves... –dije lentamente, incómoda–, y siempre quedamos los jueves. Para la comida... del comité... de los actos benéficos. –Empezaba a acostumbrarme a quedar como una perfecta idiota.

Vi cómo se le ensombrecía la expresión y me di cuenta de que no pensaba que era tonta; simplemente, creía que me hacía la estrecha, que intentaba evitar el tema. Por suerte se me ocurrió una idea.

–¡Déjame consultar el móvil! –Lo saqué del bolso y lo mostré como si fuera el primer móvil que se había inventado en la historia. Revisé los mensajes mientras ella le decía cositas a Sam, y finalmente encontré uno de

Betsy en el que ponía «Hoy».

–Vale, parece que es a las doce y media en un sitio llamado Le Jardin, en Broad Street –le dije.

–No lo conozco, pero seguro que lo encontraré –dijo, recuperando la alegría. Se agachó para acariciar el moflete de Sam y luego intentó arrebatarse los brazaletes a los que se había agarrado. Esta vez le hizo cosquillas y él la soltó, riéndose encantado.

–Eres un bollito precioso y regordete –le dijo, mientras le estampaba un beso en la cabeza–. Dios mío, ¡son tan monos a esta edad! En cambio, cuando empiezan a hablar empiezan los malos rollos.

Solté una carcajada y, al oír mi propia voz, me di cuenta de que era la primera vez que lo hacía desde el sábado pasado. Me sentó bien.

Un prolongado bocinazo de un taxi la mandó corriendo de vuelta a su coche, con sus grandes tetas y su melena rebotando a un ritmo sincronizado. Le hizo una peineta al taxista, lo mandó a la mierda y luego salió a toda velocidad en su excesivo Mercedes. Las pocas madres que quedaban contemplaron horrorizadas la escena, pero luego se dispersaron rápidamente mientras hacían gestos de desaprobación con la cabeza.

–Bueno, pequeño bollito –le dije a Sam, imitando el acento del sur de Filadelfia de mi nueva amiga–. Creo que tu mami hoy tiene un almuerzo con amigas.

A las doce, vestida y lista para el almuerzo, me sentí aliviada al oír sonar el teléfono. Corrí hacia mi bolso y respondí; era Alex.

–Hola, cielo, solo quería decirte que el doctor Cohen te puede ver esta tarde.

–Vale. Pero no sabía que tenía hora con él para hoy. –Había repasado mis correos antes, ansiosa por saber cómo ocupaba sus días Abbey van Holt, pero no había encontrado nada.

Me ignoró y prosiguió:

–Es a las dos. No, a las tres. Espera, déjame que lo compruebe... –Me quedé con el teléfono en la oreja hasta que volvió–. Madre dice que estés ahí a las tres y que te puede hacer un hueco. Pero no llegues tarde porque a las cuatro juega al *squash*.

–De acuerdo –dije, mientras buscaba un papel y un boli con la mirada.

–Y no te olvides de que tengo esa cena esta noche, y que mañana no estaré en todo el día por la preparación del debate.

–Vale; médico, cena, preparación del debate.

–Hasta luego, guapa. Tengo que dejarte.

Quise preguntarle por lo del doctor Cohen, pero ya había colgado. Me quedé unos segundos mirando al teléfono y luego lo apagué. ¿Mirabelle me había pedido hora? Casi solté una carcajada. La madre de Jimmy, Jane, era incapaz de comprarme ni una planta sin consultarme antes.

Suspiré y luego me eché un vistazo rápido frente al ancho espejo dorado que cubría una pared del recibidor. No pude evitar marcar cadera y posar como si emulara a Heidi Klum haciéndose un *selfie*.

Con mis *leggings* de ante, mi top de seda blanco y mi cárdigan de cachemir color crema y de botones plateados, se me ocurrió que parecía una de esas mujeres de revista a las que siempre me había querido parecer. «Disculpa – me dije a mí misma con una sonrisa malévola y unos parpadeos perezosos–, salgo pitando a un almuerzo rápido para tramar un plan para salvar al mundo, antes de recoger a mis exquisitamente escolarizados y adorables hijos, y luego he quedado con mi pareja, un hombre con aspecto de modelo transformado en candidato a diputado del Congreso, para una velada de baile y champán.»

En el espejo era la Abbey que siempre supe que podría ser.

Le Jardin era uno de esos restaurantes que se autodenominaba «café», pero en realidad era más parecido a un salón de Buckingham Palace. El comedor principal tenía forma octagonal, con unos espejos en todos los lados que reflejaban sus increíbles vistas a los dos ríos. Sus suaves y afelpadas butacas de estilo Luis XIV invitaban a sentarse, como la fragancia de las rosas frescas que decoraban todas las mesas. No había ningún plato de menos de 22 dólares, ni siquiera la hamburguesa con queso. Aunque no importaba..., fui la única de la mesa en pedir algo más que un acompañamiento de ensalada o sopa.

Betsy me miró fijamente mientras le pedía al camarero un té helado sin limón.

–Supongo que estás de broma –me dijo, a la vez que desdoblaba su servilleta–. Nos van a traer ese *fumé blanc* que te gusta. Ya lo he pedido.

–¡Estupendo! –exclamé, siguiéndole la corriente–. Es que necesitaba un chute rápido de cafeína. Esta noche he dormido muy poco.

–Bueno, basta ya con tu fabulosa vida sexual –dijo, fingiendo exasperación–. Me resulta demasiado deprimente.

–¿Perdona?

–No puedo seguir escuchando más cosas sobre vosotros, parejita –dijo, riéndose–. Bill y yo lo hacemos como mucho una vez al mes. Y hasta eso es casi por obligación.

Me encogí de hombros al pensar que Abbey van Holt alardeaba sobre su vida sexual ante estas mujeres. ¿No la envidiaban lo bastante?

–Ya era hora –se quejó Betsy al camarero cuando apareció con una hielera plateada–. Necesito una copa. Esta mañana el contratista me ha dicho que no puede conseguir las baldosas de piscina que quiero porque lleva ocho semanas hacerlas. En Italia. Y que la lámpara que elegí para la biblioteca pesa demasiado para el estucado del techo. Yo sé que, sencillamente, no tiene ganas de hacerlo. Me miente en la cara.

–Pobrecita –dijo Ellen, que miraba la cestita del pan con cara de hambre–. Los contratistas son lo peor, realmente.

–Lo peor de lo peor... –La voz de Betsy se apagó al ver a alguien que entraba en el restaurante. Dejó caer la mano sobre la mesa y el hielo de nuestros vasos de agua tintineó como protesta.

–¿Quién le ha dicho que habíamos quedado? –masculló entre dientes. Me volví y vi a mi malhablada amiga de esa mañana entregando una trenca negra al camarero. Nos saludó con la mano, sonrió e hizo un gesto tipo «tardo un minuto».

–Oh, he sido yo –dije–. Lo siento, no sabía que era un secreto...

–¿Cómo? Pensé que este era el motivo por el que cambiábamos de restaurante –me interrumpió Ellen–. Ya es lo bastante incómodo tenerla en el comité como para ahora tenerla aquí, fastidiándonos la comida con sus rollos inacabables. Y con sus ideas cutres.

–Pero me dijo que tenía información sobre el *catering* –añadí, intentando resultar útil.

–Uy, gracias a Dios –soltó Betsy, irónica–. Es lo único de lo que entienden, estas chicas de South Philly, de comida. Eso y recomendar un buen cirujano

plástico.

Al parecer, Betsy había olvidado que mi apellido de soltera era DiSiano y que mi padre había nacido y crecido en la calle Dos. Hacía décadas que no sabía nada de él, pero me resultó igualmente ofensivo.

—¿Tiene alguna importancia? —le solté—. Es solo una comida.

Iba a contestarme algo pero entonces, sorprendentemente, se calló y saludó a nuestra amiga con afecto.

—Mindy, tienes un aspecto adorable —murmuró Betsy.

¡Mindy! Practiqué una regla mnemotécnica para recordar su nombre: Mindy lleva un Mercedes y lleva minifaldas.

—¿Cómo? —exclamó Mindy, dejándose caer a mi lado con una blusa de satén y una falda corta de tejido elástico, su mejor aproximación al uniforme de «dama que sale a comer con las amigas»—. Debes de decirlo en broma; me he puesto lo primero que he encontrado. —Pero yo sabía perfectamente que vestirse le había supuesto algo parecido a una agonía. Sonreí, le hice un guiño y me fijé que relajaba los hombros.

Pasamos la media hora siguiente cotilleando sobre la inminente fiesta de cumpleaños de otro miembro ausente del comité, de por qué los flequillos son siempre una mala idea y sobre a qué edad es un niño lo bastante mayor para tener una moto acuática. Escuché durante un rato, pero luego empecé a perder interés y a mirar alrededor.

Al final, Ellen puso una carpeta etiquetada «actos benéficos» sobre la mesa y me volví a concentrar. Saqué un boli y un bloc de notas y escribí «tareas pendientes» arriba en la página. Manos a la obra.

La gala para el Centro de Rescate de Animales de Filadelfia iba a celebrarse en el *hall* del museo de arte el jueves 6 de noviembre, tan solo dos días después de las elecciones. Toda Filadelfia estaba invitada, y esperábamos que se agotaran las entradas, a pesar de cobrar quinientos dólares por un acto de dos horas que ni siquiera incluía una cena sentado. Cuando me dijeron cuál era el tema central —un desfile de moda de otoño con las mascotas de gente famosa local, todas ellas vestidas con ropa de alta costura en miniatura, joyas incluidas— estuve a punto de atragantarme con mis tartitas de cangrejo. Incluso después de haber trabajado diez años en el sector de las relaciones públicas, era una de las ideas más absurdas y alejadas de la realidad que había oído en mi vida. Me horroricé cuando supe que la genio que había parido aquella idea era Abbey van Holt.

Suspiré y tomé un sorbo de vino. Lo mínimo que podía hacer era contribuir a que fuera un éxito. Me puse a hacer preguntas a bocajarro: «¿Cuántas entradas más había que vender? ¿Cuánto creían que íbamos a recaudar? ¿Qué medios estaban confirmados? ¿A quién más teníamos que llegar?».

Nadie respondió.

Me volví hacia Mindy.

—Y el servicio de *catering*, ¿está reservado?

Ella me miró y se encogió de hombros. Miré a Betsy y Ellen. Pero ellas también me miraron sin decir nada.

¿Habíamos hablado de todo eso la semana anterior?

—Lo siento, chicas, ha sido una semana muy larga —me disculpé—, pensaba que era buena idea repasar lo que se ha hecho y lo que queda por hacer.

—Pero, Abbey —intervino Ellen, incrédula—. ¡Nosotras no tenemos que preocuparnos por nada de eso! El museo se ocupa de todo. Mientras le confirmemos nuestra asistencia a Malcolm, todo en orden.

—Ah, es cierto —dije—. Se me había olvidado.

Betsy me lanzó una mirada extraña, Ellen se rio y Mindy se acabó de tragar el bocado que llevaba veinte minutos manoseando. Pero entonces Betsy volvió a tomar las riendas de la conversación y me di cuenta de lo que estaba pasando. Aquella no era una comida de planificación; era una comida y nada más. Y no íbamos a remangarnos nuestras mangas de seda y a ayudar a los perros y gatos abandonados de Filadelfia; nuestra participación consistía sencillamente en donar dinero, poner nuestros nombres en la invitación y tomar decisiones importantes como si se servía vino francés o italiano, a quiénes vetar y si «vestido de fiesta» significaba que Ellen podía llevar uno con escote palabra de honor. Como no sabía la respuesta a ninguna de esas preguntas —o, francamente, me importaban una mierda—, me acabé la copa de vino en silencio.

En mi vida anterior, siempre que se ampliaba la fecha de un evento o un cliente se marchaba de la agencia, me sentía secretamente aliviada. Nada me provocaba tanto placer como encontrar tiempo o tachar una tarea de mi lista. Pero ahora, mientras guardaba mi cuaderno —con la hoja de un blanco casi nuclear, sin mi caligrafía inclinada—, me sentía desconectada.

No se trataba solo de que no tuviera tareas pendientes. Se trataba de que las que tenía, no importaban. Al menos, a mí no me importaban.

Al cabo de dos horas, con la comida que todas hicimos ver que nos

comíamos ya recogida desde hacía un rato, la conversación se empezó a centrar en las casas. Todas las mujeres de la mesa estábamos en medio de una importante remodelación. Intenté aportar lo mejor que sabía, pero estaba convencida de que ellas no hablaban de instalar un nuevo compresor de basuras o de renovar una habitación anticuada. También hablamos de vacaciones, un tema candente a la vista del puente de otoño que se avecinaba.

—Ay, quería preguntarte una cosa —dijo Ellen, con aire desenfadado—. ¿Cuál era aquel hotelito que me recomendaste de Nueva Orleans?

—¿Perdona?

—El que estaba cerca de donde vivíais Alex y tú. Aquel que tenía un café tan bueno, o algo así...

—Ostras, no me acuerdo del nombre... ¿Te puedo enviar un mensaje más tarde?

¿Nueva Orleans? ¿Alex y yo habíamos vivido en Luisiana? ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo? Dejé la copa de vino sobre la mesa y me enderecé en la silla. Pero justo cuando la cosa se ponía interesante, todas empezaron a consultar sus móviles y a colgarse sus grandes bolsos acolchados en sus tonificados hombros. Ellen pidió la cuenta con un gesto y Betsy respondía a una llamada. Mientras esperaba, intenté ignorar su conversación, pero su voz era fuerte, fruto de su ingesta de vino blanco.

—Lo siento, señor Murray, pero es imposible que mi hijo lo haya hecho. Absolutamente im-po-si-ble.

En la mesa se hizo el silencio. Ahora todas escuchábamos.

—No pienso ir por eso —prosiguió—. Y no iré porque sé que, sencillamente, no ha ocurrido. Mi hijo jamás diría estas palabras a una maestra. Sencillamente, no lo haría. Y ahora, si me disculpa.

Cortó la llamada y cerró el móvil de un golpe, luego se acabó el resto de su copa de un trago. Acto seguido, se colgó el bolso del hombro y buscó la cuenta como si nada hubiera ocurrido.

—¿Era del colegio? ¿Tienes que ir a recoger a tu hijo? —le pregunté. Parecía una pregunta bastante lógica después de lo que acabábamos de oír.

—No. No pienso ir. Siempre se están inventando cosas de Cranford. Él nunca insultaría a una profesora. Simplemente, le tienen manía. Tú ya sabes cómo son, ¿no? —No esperó a que le respondiera—. Y, además, yo sé que Cranford nunca le faltaría al respeto a una figura de autoridad.

—No ha salido a su madre, ¿no? —dije, riéndome entre dientes, pero luego

me callé de golpe.

Betsy se quedó paralizada, con la vista fija en mí. Ellen miró al techo, fingiendo no haberme oído. Solo Mindy se movió, se volvió hacia mí con una sonrisa y luego miró a Betsy, a la espera de una respuesta, sin saber que en el instituto, el año en que hicimos de sede de los *play-offs* de baloncesto de todo el condado, Betsy Claiborne corrió en pelotas por la pista de gimnasia, sorteando a jugadores, a árbitros y a un furioso segurata mientras su larga cabellera negra y el olor de una marihuana realmente buena dejaban una estela a su paso.

—¿Qué has dicho? —preguntó Betsy.

—Nada. Solo que, bueno, ya te acuerdas. —Miró un momento a Mindy, que estaba boquiabierta a la espera de más información, y luego otra vez a mí.

—No. No me acuerdo.

—Oh, vamos, Betsy. En el instituto. Corriendo en pelotas por la pista del gimnasio. ¡Pero si antes lucías tu arresto como si fuera una banda de honor!

—Abbey, no sé por qué te inventas cosas, pero no le veo ninguna gracia. Creo que ese accidente que tuviste te ha creado confusión. Será mejor que vuelvas al médico. —Me miró con total seriedad, como si me lo estuviera inventando realmente. Como si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Como si no hubiera salido incluso publicado en el periódico local.

La vi cerrar el bolso de golpe y ponerse de pie de un salto y me di cuenta de que por aquel entonces había estado bien reírse de la anécdota, pero ahora ya no. La Betsy temeraria y rompedora que conocí en el instituto ya no existía; esa persona había sido reemplazada por lo que tenía delante de mí: un cisne elegante y sofisticado.

—Betsy, ¡espera!

Me levanté e intenté agarrarla por el brazo, con la esperanza de poder arreglarlo con una buena carcajada. O cambiando de tema. Pero estaba tan lívida que ni siquiera quiso volver a mirarme ni decirme adiós. Se colgó el bolso del hombro, le hizo un gesto a la pálida Ellen para que la siguiera y luego sorteó las mesas hasta la entrada, mientras su melena negra y su chaqueta rosa se reflejaban por los espejos y los cristales mientras andaba.

Cuando hubieron salido, Mindy y yo nos ocupamos de la cuenta en silencio. Intenté concentrarme en el recibo de la tarjeta de crédito y en deletrear mi nuevo nombre correctamente, pero me temblaban tanto las manos que me salió una firma ilegible. Tenía miedo y el altercado con Betsy

me dio una sensación incómoda de mal presagio. Ella y Ellen tal vez fueran insoportables, pero eran buenas amigas de Abbey van Holt. Tal vez las dos únicas que tenía. Y ahora mismo, necesitaba todas las amigas que pudiera tener.

Una vez a solas, las dos en el pequeño ascensor, Mindy finalmente habló:

–Lo siento, pero tengo que preguntarlo: ¿de verdad se paseó desnuda por todo el gimnasio?

–Me acojo a la quinta enmienda –le dije, levantando la mano como si estuviera frente a un tribunal–. Al parecer, cualquier cosa ocurrida antes de 2002 no tiene la aprobación para ser comentada durante un almuerzo.

–Bueno, debemos reconocerlo: eso hace que me caiga mejor.

–Lo sé –respondí, con una sonrisa triste–. Pero, sinceramente, no estoy segura de que caer bien sea su objetivo principal. Creo que prefiere que la admiren.

–¿Hay diferencia?

–Mucha.

Mi tono era serio, pero de todos modos Mindy soltó una carcajada.

Después del épico almuerzo, me quedaban quince minutos para adivinar en cuál de los siete doctores Cohen del área metropolitana de Filadelfia me había colado Mirabelle. Mientras paraba un taxi, consulté la lista que me ofrecía Siri y descarté al doctor Gerry Cohen, especialista en medicina holística, al doctor Emily Cohen, que solo tenía veintiocho años, y a J. J. Cohen, quien, a pesar de dedicarse a la medicina general, ejercía fuera de Fishtown. Era improbable que los Van Holt se desplazaran más allá de Spring Garden Street, y más improbable aún que fueran a un médico llamado «J. J.». De modo que William R. Cohen, un internista del Pennsylvania Hospital, *tenía que ser* mi hombre.

Mientras miraba su foto en la página web de la consulta, esperé que fuera amable y paciente y tal vez un poco heterodoxo. Y que le gustara el cine..., en especial *Ponte en mi lugar*.

Su consulta estaba en la tercera planta de una vieja mansión de Washington Square. La sala de espera se encontraba vacía, en silencio, y tenía un estilo burgués chic, con una alfombra oriental desgastada y los

muebles de caoba, lejos de los abarrotados y ruidosos centros de urgencias que usábamos en Grange Hill. Una enfermera, de las pocas que seguía vistiendo falda y blusa blancas, me acompañó hasta el despacho del doctor, más moderno excepto por dos butacas tapizadas de respaldo alto que había frente a un ventanal.

El doctor Cohen era un hombre de unos sesenta años, de gestos amables, una barba gris bien cuidada y unos bonitos ojos azules que brillaban a través de sus gafas sin montura. Era más bajo que yo, y delgado; iba vestido con una conservadora pajarita amarilla y un chaleco marrón que tal vez se hubiera comprado en la planta joven de unos grandes almacenes. Pero, a pesar de su pequeña estatura, era guapo y mostraba seguridad en sí mismo, y me fijé en que no llevaba anillo de casado. Era exactamente el tipo de hombre del que yo esperaba que se enamorara Roberta, pero sus escasos intentos de salir con hombres de su edad siempre acabaron mal. Y lo mismo que sus intentos de salir con tipos bajos.

—Abigail, querida —me dijo, mientras me abrazaba a modo de saludo—. Nos diste a todos un buen susto el fin de semana pasado. ¿Cómo te encuentras? —Dio un paso atrás y me miró a los ojos con auténtica preocupación.

Sonreí y bajé los hombros. Había algo en los médicos, especialmente los mayores, que me relajaba. Como si fueran capaces de arreglarlo todo, desde un hueso fracturado hasta un corazón partido.

—Me encuentro bien, de veras, pero pensé que no me haría ningún daño que me echara un vistazo —le dije—. Fue tan raro lo que ocurrió...

—Tengo que admitir que me quedé atónito... —confesó—. Estuviste inconsciente varias horas.

—¿Me vio usted? ¿En el hospital?

—Claro que sí, vine corriendo nada más saberlo —me explicó—. Tuve una emergencia antes de que te despertaras, pero hablé con el doctor Aaronson y revisamos los TAC. Eran perfectamente normales, como si nada hubiera ocurrido.

«Pero algo ocurrió», quise decirle. «Algo muy fuerte.»

—Vamos a echarte una ojeada, ¿de acuerdo? —me propuso.

Llamó a la enfermera y, mientras ella me tomaba la presión, me hizo unas cuantas preguntas de rutina. Me mandó ponerme de pie para hacer algunas pruebas de equilibrio que se parecían más a una prueba de alcoholemia que a un test neurológico. Luego me examinó los ojos y los oídos, y la zona de

encima del oído derecho, la que chocó contra el piano. Sentí sus manos frías en el cuello y me estremecí bajo mi fina bata de papel.

–Dígame, doctor Cohen –me aventuré, tratando de mostrarme desenfadada–, ¿los golpes en la cabeza provocan alguna vez delirios?

–¿Delirios?

–Bueno, ya sabe, como una especie de amnesia opuesta, o de pérdida de memoria, o algo así...

–No sé si te entiendo. La «amnesia opuesta» no existe, y la amnesia clínica es extremadamente rara. Y suele ser temporal. Y, por lo que pudimos ver, tu lesión era superficial, sin ningún efecto en las zonas intracraneales.

–¿Y algún tipo de episodio psiquiátrico? Como algo de tipo realidad paralela, o algo así...

–Eso solo pasa en las películas –me soltó, con una carcajada–. Las psicosis o los episodios psicóticos son fruto de un desequilibrio químico, no de un traumatismo fuerte. O también pueden ser fruto de drogas como la fenciclidina, también conocida como «polvo de ángel». –Dejó su pequeña linterna y me miró–: ¿Por qué lo dices, Abbey? ¿Tienes algún tipo de problema? ¿Pensamientos extraños? ¿Ansiedad?

–No, no, nada de eso –mentí, tratando de parecer indiferente–. Pura curiosidad.

–¿Estás segura? –insistió, a la vez que me tocaba el brazo con aire preocupado.

–Segurísima, no es nada. Solo que a veces me siento como si estuviera viviendo la vida de otra persona. –Me reí de mi propio comentario, pero él no lo hizo. En cambio, me agarró la mano, me tomó el pulso y volvió a mirarme a los ojos.

Cuando se puso a examinarme la rodilla magullada, no pude evitar hacerle más preguntas.

–Pero pongamos que sí tuviera algún tipo de desequilibrio químico. Entonces, ¿qué me haría? ¿Darme pastillas? ¿Electroshock?

–La psiquiatría no es mi especialidad –dijo, con expresión seria–. Si crees que te iría bien hablar con alguien, ¿por qué no te escribo una recomendación? Tengo una colega que sería ideal para ti. Es muy buena con las amas de casa.

La expresión «ama de casa» produjo una punzada en mi interior, pero asentí con la cabeza.

—No es mala idea —prosiguió—. Mirabelle me ha dicho que estás bajo un estrés tremendo con eso de la campaña y de la nueva casa de la playa. Y, por supuesto, con todas tus obras benéficas.

Se dirigió hacia un cajón, sacó un recetario y garabateó un nombre y un número de teléfono. Volvió a guardarlo, cerró el cajón y volvió a dirigirse a mí, mientras yo permanecía impertérrita, preguntándome por qué se dedicaba Mirabelle a comentar mi salud con el doctor Cohen. Supongo que le daba la misma importancia a la confidencialidad entre médico y paciente que al hecho de llamar antes de presentarse en casa de alguien. Ella no estaba obligada a respetar esas normas tan tontas.

—¡Ah, casi me olvido! —exclamó el doctor Cohen, y se dio otra vez la vuelta—. Tengo esa recomendación para Gloria. El doctor Ramsey. Trabaja en Cypress Street Psychiatry, no muy lejos de tu casa. Me dijo que la podía visitar de inmediato.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Para ayudarla con su enuresis —explicó.

—¿Enuresis?

—El pipí en la cama.

Me levanté de golpe.

—¿Quiere usted mandar a una niña de cinco años al psiquiatra por mojar la cama? Pero si es algo totalmente natural. En especial para alguien con una vejiga tan pequeña como la de Gloria.

Me había informado lo bastante por internet como para saber que lo peor que los padres pueden hacer en un caso como ese es darle una importancia desmesurada, convertir un problema mecánico en un problema psicológico. Nueve casos de cada diez se resuelven de forma natural antes de que el pequeño haya llegado a segundo de primaria.

—Evidentemente, no pretendo decir que sea un caso fuera de lo normal —dijo—. Pero, bueno, su abuela cree que sería muy bueno para ella.

«Me importa una mierda lo que piensen Mirabelle ni nadie más sobre lo que le conviene a mi hija», quise gritarle. Jimmy y yo habíamos decidido hacía mucho tiempo, después de una serie de pruebas que nos causaron a todos muchos disgustos, especialmente a Gloria, que no convertiríamos en problema ni su estatura ni ningún otro hecho derivado de ello. Y no iba a empezar a hacerlo ahora.

—Gloria es perfectamente consciente del problema —le dije— y, a menos que

ese doctor Ramsey tenga alguna fórmula mágica de hacer que su vejiga se vuelva más grande y más fuerte, no creo en absoluto que...

—Abigail, veo que este tema te inquieta —me interrumpió el doctor Cohen, confundiendo mi indignación con preocupación—, pero te pido que lo pruebes. Por el bien de todos.

¿Por el bien de todos? ¿No es el de Gloria, el único —bien— que importa? Estaba patidifusa. ¿Se sentían Mirabelle y los Van Holt avergonzados por este tema? Y, Dios no lo quisiera, no solo por los escapes de pipí, ¿sino por lo pequeña que era Gloria? ¿Y Abbey van Holt lo consentía? ¿Era este un aspecto más de su maternidad que había subcontratado? Estaba horrorizada. Y furiosa. Sentí una urgencia repentina por salir pitando hacia el colegio de Gloria, rescatarla de su clase y largarnos lejos, muy lejos de allí. Pero no podía. Este era mi mundo ahora y tenía que hacerlo funcionar.

—Está bien. Lo pensaré —le dije, a la vez que me guardaba la nota en el bolso. Me sonrió y nos despedimos.

Más tarde, cuando cruzaba Washington Square, con su fuente seca de cemento llena de niños pequeños que escribían sus nombres con tiza en el suelo y se lanzaban pelotas de tenis, volví a sentirme furiosa. Sabía perfectamente lo que le convenía a Gloria; siempre lo había sabido. Rompí la tarjeta por la mitad y la tiré a una papelera.

—Un momento —dijo la enfermera que me hacía la ecografía, con una sonrisa forzada—. Vuelvo enseguida.

No son las palabras que quieres oír en medio de tu ecografía de las treinta semanas, con tu barriga hinchada expuesta y vulnerable, y tu marido moviendo el pie nervioso.

—Jimmy —le dije, volviendo la cabeza hacia él mientras sentía el peso de mi cuerpo sobre la camilla acolchada—. ¿Lo has visto? ¿Tenía cara de preocupada?

—No —me respondió, sin mirarme a los ojos—, yo no he visto nada. Creo que solo ha ido a buscar al médico. Siempre va a buscarlo.

No me quedé convencida, y sabía que él tampoco lo estaba. Miré la pantalla del ecógrafo, intentando descifrar lo que podía fallar en aquella nebulosa en blanco y negro. Esperar que la puerta volviera a abrirse fue una

auténtica tortura. Jimmy intentó distraerme preguntándome qué me apetecía para comer.

—Señores Lahey —dijo el doctor Zardari, un paquistaní alto y delgado que tenía la simpática costumbre de acabar todas las frases con «¿vale?» como un adolescente.

En Grange Hill lo conocía todo el mundo; era el único médico especialista en ecografías del hospital Delco Memorial y prácticamente había conocido a todos los niños del lugar antes de que nacieran. Más de una vez había oído a alguna amiga embarazada decir de broma «¡No se lo digas al doctor Z!» antes de tomar un sorbo de vino o de robarle una calada de cigarrillo a alguien.

—Vamos a ver cómo está la criatura, ¿vale? —dijo, mientras me untaba la barriga con un poco más de gel. Examinó la cabeza, las extremidades y el torso del bebé una vez, y luego otra, mientras garabateaba notas en mi ficha. Le hizo un gesto a la técnica y pasaron unos minutos recapitulando, ignorando nuestra presencia.

Mi corazón se había acelerado, tenía la garganta seca y Jimmy había dejado de acariciarme el brazo; ahora estaba concentrado en la expresión del doctor. El doctor Z se sentó a nuestro lado y, con su tono cantarín, nos dijo algo que ninguna pareja embarazada quiere oír nunca.

—He encontrado algo preocupante.

El tiempo se detuvo.

—Podría no ser nada, pero podría ser algo —prosiguió—. Simplemente, no lo sabemos, ¿vale?

—¿Algo como qué? —alcanzó a preguntar Jimmy.

—El feto es pequeño. Para treinta semanas, calculamos que debería pesar al menos ochocientos gramos más, posiblemente hasta un kilo doscientos más. ¿Está segura de estar de treinta semanas? ¿No puede haberse confundido sobre la fecha de la última regla?

—No —le aseguré—. Sé que fue el once de julio porque es el cumpleaños de mi marido.

Escuchó, hizo algunos garabatos más en la ficha y luego me miró.

—Tenemos que citarla para hacer unas cuantas pruebas —me explicó—. La buena noticia es que el estado del bebé parece el adecuado y la cabeza es desproporcionadamente grande respecto del cuerpo. Eso significa que el cerebro recibe la mayor parte de los nutrientes, que es lo que queremos. El cuerpo se puede poner al día más tarde, ¿vale?

–Entonces, ¿qué hacemos? –preguntó Jimmy.

–Seguiremos controlando el feto a través de ecos las próximas semanas y esperemos que evolucione bien. Pero, si no evoluciona, sacaremos al bebé antes de tiempo, a las treinta y cuatro o treinta y cinco semanas, y lo pondremos en una incubadora. Vemos buenos resultados en estos casos de RCIU.

–¿RCIU? –repitió Jimmy.

–Perdón, restricción del crecimiento intrauterino. Es un estado en el que el feto no recibe la alimentación correcta... y no, mamá, no tiene nada que ver con lo que usted está comiendo o dejando de comer. Podría ser un problema de cordón umbilical o algo relacionado con la placenta. A veces no llegamos a descubrir la causa. Así que, repito, lo seguiremos de cerca y programaremos una cesárea, si hace falta, ¿vale?

–Pero treinta y dos semanas es muy pronto..., demasiado pronto –supliqué.

–El riesgo no está en tener el bebé antes de tiempo. Tenemos a muchos bebés prematuros. Lo que no podemos determinar en estos momentos es si la deficiencia nutritiva ha afectado a su desarrollo, en particular a las funciones cognitivas.

Esta vez no acabó su frase con un «¿vale?», porque sabía que no nos valía en absoluto.

Jimmy siguió haciendo un montón de preguntas, pero yo había dejado de escuchar, abrumada. ¿No había estado comiendo correctamente? ¿O lo bastante? Sentí pánico, además de hormigueo en la piel, un nudo en el estómago y los pulmones revolucionados. No ayudaba el hecho de encontrarnos en una habitación pequeña y oscura; ahora tenía la sensación de que se estaba inundando.

Jimmy me miró, se fijó en mi expresión y empezó a compensar mi estado de ánimo para distraerme. Hablaba cada vez más fuerte y se mostró extrañamente animado. Era como si nos hubiéramos intercambiado los papeles: yo era la silenciosa y la estoica, Jimmy el hablador y el inoportuno.

En la sala de espera, mientras yo intentaba no mirar a las otras mujeres con sus embarazos perfectamente normales, la recepcionista nos ayudó pacientemente a pedir cinco citas y a rellenar unos cuantos formularios. Intentó calmarnos con sonrisas y nos ofreció dos vasos de plástico llenos de agua, pero, todavía hoy, cuando utilizo un boli atado a una carpeta con una cadenita me entra mareo.

De regreso a nuestra casa de Grange Hill, perdí los nervios. Jimmy me abrazaba mientras yo lloraba y divagaba, y solo me hizo callar cuando empecé a echarme las culpas de todo. Juntos analizamos palabra por palabra lo que el médico nos había dicho; las palabras «parece el adecuado», «deficiencia nutritiva» y «funciones cognitivas» se repetían como en un *teleprompter* de la CNN por las paredes de nuestra cocina. Esa noche, como fui incapaz de conciliar el sueño, Jimmy bajó conmigo a ver capítulos antiguos de *Project Runway*. Se sentó a mi lado y me abrazó; ambos teníamos las manos sobre mi barriga y le pedíamos secretamente al bebé que creciera.

Las cinco semanas siguientes fueron aterradoras. Me pasaba el día buscando «restricción del crecimiento intrauterino» en Google, hasta que Jimmy tuvo que confiscarme el ordenador y esconderlo en el sótano. En el supermercado, le contaba a gente que no conocía de nada el problema que tenía mi bebé, pero en cambio se lo ocultaba a mis mejores amigas, porque temía sus miradas de preocupación y de lástima, temía que aquella pesadilla se convirtiera en una realidad irreversible. Trabajaba como una sonámbula, con mi atareada mente pactando con el destino a cambio de unos cuantos gramos más, de unos pocos centímetros de propina. Y comía, comía y comía, me atiborraba de aguacates y puré de patatas y yogur griego, con la esperanza de que cuanto más consumiera más probabilidades tendría el bebé de ser normal.

Si alguien me preguntara hoy lo que hicimos aquel invierno, a quién vimos o lo que nos regalamos por Navidad, no tendría ni idea de qué responder. Los únicos recuerdos que tengo son de las cinco citas para las ecografías, en dos de las cuales se veía progreso; en tres, no. Mi peso se disparaba mientras que el del bebé permanecía frustrantemente igual. En la última cita, a las treinta y cuatro semanas y media, cuando nuestra preocupación rayaba la histeria, el doctor Z nos propuso: «Es el momento de hacer salir a ese bebé, ¿vale?».

—Vale —le respondimos los dos al unísono.

Y entonces sucedió la cosa más extraña.

Al día siguiente —después de levantarme pronto y de vestirme y prepararme para acudir a la cesárea programada— me puse de parto. Las contracciones empezaron nada más despertarme, como un cosquilleo inconfundible que progresaba gradualmente. Al salir de la ducha ya eran clarísimas. Me acerqué a las escaleras y le grité a Jimmy que más nos valía marcharnos enseguida.

Gloria, que era ya más lista que nosotros dos juntos, sabía que era el momento de salir.

¡Y, madre mía, tenía mucha prisa! Cuando llegamos al hospital, a las siete y cuarto, estaba dilatada de ocho centímetros, demasiado tarde para la cesárea y hasta para la epidural. Después de media hora de dar zarpazos al aire y de gritar hasta quedarme sin voz, la pequeña se deslizó hasta los brazos del doctor con apenas un gemido.

Sostener su cuerpecito como de pájaro, que apenas pesaba más que una lata de coca-cola *light*, daba muchísimo miedo. La envolvieron en una manta térmica y le colocaron una espuma que le sostenía las cervicales; lo único que veíamos de ella era su carita azulada, pero al ver sus ojos abiertos de par en par y sentir la fuerza con que su manita se aferraba a mi pulgar, percibí su voluntad y su determinación. Algo dentro de mí me dijo que saldría adelante.

Las dos primeras semanas de la vida de Gloria transcurrieron en la abarrotada y ruidosa uci de neonatales del Delco Memorial, donde la observamos ingerir leche de una jeringa y echar miradas irritadas a sus ruidosos compañeros de habitación. Cuando por fin nos dieron el alta, durmió todo el trayecto hasta casa y al entrar se despertó sobresaltada. Inspeccionó bien la cocina, llena de platos apilados y correo acumulado de varias semanas, luego nos miró a nosotros dos, demacrados y sin duchar, y finalmente al gran labrador negro que sería la mascota de su infancia. Su expresión, entre resignada y exasperada, parecía decir que no podía creerse el lío en el que se acababa de meter. Pero yo no podía sentirme más feliz... Después de meses de preocupación agónica, nuestro viaje había culminado. Y teníamos una hija pequeñísima pero sana.

Los días siguientes le tocó a Jimmy perder la serenidad. Había contenido sus emociones hasta entonces –para poder mostrarse lo que el doctor Z llamaba «positivo y comprensivo con la madre»– y ahora se le disparaban como una espectacular tormenta de verano.

«¿Por qué llora?», «¿tiene hambre?», «¿todavía respira?», «¿es esto una irritación?», «¿qué es eso que tiene en el ombligo?», «¿por qué necesita otra inyección?», preguntaba, persiguiéndome allá donde íbamos: al hospital, al pediatra, de paseo, en medio de la noche. Permití que su faceta de padre novato sobreprotector siguiera todo el tiempo que fuera necesario, consciente de que ahora me tocaba a mí ser la fuerte.

Hasta que empezó a ganar peso –de forma lenta pero segura, de cien

gramos en maravillosos cien gramos— no nos permitimos relajarnos un poco. Jimmy volvió a centrar su atención en Lahey Landscape, que esperaba inaugurar a principios de septiembre; se reunía con clientes potenciales y hacía estudios comparativos de máquinas cortacésped profesionales. Yo también volví al trabajo; mi vida casera de privación de sueño, pañales y peleles se alternaba con tres días en el ahora irrelevante e irresponsable mundo de las relaciones públicas. Y aunque no era la vida adorable que sale en los anuncios de pañales, seguía siendo maravillosa, cada día llegaba cargado de las intensas emociones y las incontables sorpresas que proporciona el primer hijo.

Y entonces, ya bien entrado el verano, nuestro alivio con Gloria se vio ensombrecido por otro hecho catastrófico. Pero esta vez esperábamos una muerte, no un nacimiento.

Un caluroso domingo de verano, pocas semanas antes de que Jimmy lanzara oficialmente Lahey Landscape & Design LLC, su madre, Jane, anunció que le quedaban tan solo unos meses de vida. Después de la lasaña, mientras repartía platos con trozos de su famosa tarta de lima, nos contó que el cáncer de pecho de fase tres que había superado con éxito tres años antes había decidido volver a vengarse. Tenía metástasis en los nodos linfáticos y finalmente había alcanzado su destino final, el hígado. Ella se había sometido rigurosamente a los dos TAC anuales que le habían prescrito, pero ese cáncer había conseguido ocultarse y pasar silenciosamente de un órgano al otro de la manera más taimada y escurridiza. Las posibilidades de vencerlo, nos dijo, eran escasas.

Mientras nos daba la noticia, Miles no dejó de mirarla ni un momento ni de sostenerle la mano. Yo estaba dándole el pecho a Gloria bajo la mantita, incapaz de moverme. Jimmy y sus hermanos la escuchaban con la cabeza gacha, como si los estuvieran riñendo. Al cabo de unos cuantos segundos de doloroso silencio, Jane volvió a hablar.

—Bueno, chicos. Todo saldrá bien. Todo está bien, en realidad.

Nadie respondió, de modo que me aventuré:

—Ahora hay terapias experimentales increíbles. Precisamente, hace poco leí sobre ese médico de Temple que ha inventado un sistema que ayuda a destruir tumores. Y luego están los tratamientos holísticos y los de plantas medicinales, y...

—Abbey —dijo Miles, pero yo seguí hablando. Volvió a repetir mi nombre

con delicadeza, pero mucho más alto, y entonces decidí callarme.

Mi suegro nos miró a todos, alrededor de la mesa, apiñados en el pequeño comedor con papel pintado de margaritas en el que los Lahey habían compartido miles de comidas en familia. Respiró hondo.

—Ya hemos pasado por esto antes. Sabemos lo duro que es, incluso cuando el diagnóstico es bueno. Y pedimos una segunda opinión, y una tercera, y hasta una cuarta... y todos nos han dicho lo mismo. La cirugía no puede hacer nada y, si a estas alturas volviéramos a hacer quimio..., bueno, eso en sí ya podría matarla.

La palabra *matarla* resonó por la sala. Patrick frunció el ceño, molesto.

—¿Cómo? Menuda tontería. Pues claro que vas a luchar.

—Sé que os produce un gran disgusto, cariño —dijo Miles, dirigiéndose a su hijo como si todavía fuera un niño pequeño—. Pero trata de entenderlo. Estamos hablando de cáncer. Por mucho que nos empeñemos en luchar contra él, él lucha más fuerte. Y más sucio.

Ahora intervino Jane.

—Quiero pasar mis últimos días en paz con las personas que amo, no corriendo aventuras quijotescas.

—¿Cuánto hace que lo sabéis? —preguntó Jimmy, con voz dolida—. ¿Por qué no nos lo habíais dicho antes?

—Ya tenías lo bastante, con Abbey y la pequeña, y la empresa nueva —explicó Jane—. Y ninguno de vosotros podía hacer nada, absolutamente nada. Y ahora, por favor, que alguien me pase a mi nieta.

Fin de la discusión. Era una mujer muy cariñosa, pero muy terca, y sus hijos sabían cuándo era inútil discutir.

Le pasé a Gloria y la niña acercó su carita diminuta a la suya. Respiró con fuerza, sintiendo el olor de talco y leche materna regurgitada. El olor de una vida nueva. Gloria soltó un pequeño gorjeo y Jane se rio y miró a todos, para ver quién más había oído aquel sonido delicioso.

Murió al cabo de cinco meses, cuatro días antes del primer cumpleaños de su nieta. Fue el mismo día que acabábamos de saber que Gloria había alcanzado el uno por ciento en el gráfico de altura/peso del pediatra, como si Jane le hubiera mandado aquellos gramos extras como regalo de despedida.

De nuevo me encontraba cuidando el corazón apesadumbrado de mi marido, pero esta vez, en vez de preguntas, recibía su silencio. Pasaba cada vez más tiempo trabajando, se marchaba de casa antes del amanecer y por las

noches se quedaba hasta tarde revisando papeles. Era propietario de un nuevo negocio con mucho por demostrar: trabajaba duro con céspedes, arbustos y abonos, regresaba a casa sucio y agotado, y también distante. Yo le ayudaba todo lo que podía, pero también era una madre trabajadora y el tiempo era un lujo que cada vez costaba más compartir.

Jimmy y yo seguíamos enamorados y éramos felices como cualquier pareja normal, pero la tristeza y el estrés del año anterior había llenado nuestra casa de sombras. Y la pizarra invisible en el cielo —esa en la que queda registrado quién fue el último que se levantó a atender al bebé, quién vació el lavaplatos, quién se ocupó de tender la colada— empezó a llenarse más a menudo y a limpiarse con menos frecuencia. Ya no contemplábamos la puesta de sol desde el porche; en vez de eso, nos mandábamos mensajes sobre las reparaciones del coche y los horarios de la guardería desde distintas plantas de la misma casa.

Fue en algún momento de ese año, con una niña de un año, dos trabajos orientados a dar servicio a clientes y una casa de ocho años que necesitaba reparaciones constantes, cuando la vida se nos empezó a escapar de las manos.

Como millones de familias en todo el país, pasamos de vivir para cada día a, sencillamente, ir tirando.

Ahora, seis años más tarde, mientras recorría la moqueta mullida del pasillo que llevaba hasta mi apartamento en el cielo, el dolor de aquel embarazo y de la muerte de Jane me resultaba tan lejano, tan distante y apagado como el tráfico de la calle. Qué distinta era la vida aquí, con los Van Holt. En vez de tuberías atascadas y horarios de recogida del reciclaje y cargos por demoras, en vez de estar condenada a la multitarea y a llegar siempre tarde y casi nunca a fin de mes, ahora no tenía que ocuparme de nada; todo me lo daban hecho. Mis únicas responsabilidades consistían en asistir a unos cuantos actos, gestionar a los empleados que nos ayudaban, decorar la casa y ver a mis hijos de vez en cuando. Y tenía un marido guapo y encantador que no solo agradecía las pocas cosas que lograba hacer cada día, sino que encima me recompensaba con cualquier cosa que pudiera desear.

Qué forma tan civilizada de vivir, pensé.

—¡¡¡*Aaach!!!*—gritó Gloria cuando le clavé una horquilla sin querer. Después de intentarlo durante veinte minutos, aún no había conseguido sujetar su peluca de lana roja del disfraz de la muñeca Harapienta Ann.

—Perdona, Glo —le dije—. Esta cosa no quiere quedarse quieta.

—Da igual, es una tontería —dijo, arrancándose el delantal blanco del vestido estampado azul—. ¿Por qué no puedo ir de vampiro? ¡Yo quería ser un vampiro, mami!

—Son los disfraces que nos dijeron que llevarais —le dije, y miré a Sam con su peto azul, sus grandes botones y su gorrito de marinero—. No voy a discutir más sobre el tema. Y ahora, estate quieta.

Gloria tal vez se sintiera fatal, pero estaba monísima. Y la pareja que formaba con su hermano, que iba disfrazado del muñeco Harapiento Andy, se salía de lo monos que estaban: eran dos muñequitos con los mofletes pintados de rojo, botones brillantes, calcetines a rayas hasta las rodillas y zapatos negros. Tal vez no eran los disfraces que ellos querían, pero eran de algodón cien por cien y estaban aprobados por la campaña.

Frank no creía en dejar nada a la improvisación. Los monstruos resultaban «demasiado violentos», las brujas «sexistas», los personajes de película «demasiado progres como la élite de Hollywood», y los *ninja* o los soldaditos recordarían el hecho de que Alex no había servido en el Ejército. Eso nos condenaba a los animales, las hadas o las muñecas. Personalmente, me parecía que los personajes de la era de la Gran Depresión como los muñecos Ann y Andy resultaban ridículos para una familia rica como la nuestra, pero a Frank le gustó el hecho de que fueran rojos, blancos y azules. La hermana de May había hecho los disfraces a mano, y Oscar los había traído anoche.

El plan era que recogiéramos a Alex en el mitin después de la fiesta de Halloween en el cole de Gloria, y que luego cenáramos y fuéramos a hacer

una salida de truco o trato juntos, como familia. May solía trabajar los viernes, pero como teníamos el debate al día siguiente, había cambiado su día de descanso. Me alegré de que no estuviera. Tenía ganas de pasar tiempo los cuatro solos. A partir de mañana ya solo quedarían tres días hasta las elecciones y, probablemente, ya no veríamos demasiado a Alex hasta que acabara todo. Me aseguré de tener buen aspecto: un traje gris de Lanvin con una blusa de seda de lunares blancos sobre blanco, pendientes de brillantes, botas de cuero negras y los labios rojo carmín. Como el mitin era al aire libre, me recogí el pelo en un moño y me puse laca para que brillara.

Con unos minutos de margen, cogí las bolsas de caramelos de los niños, mi enorme bolso blanco de YSL y una caja de cartón rosa que contenía cuatro docenas de *cupcakes* de chocolate negro y de crema de mantequilla, todos ellos con un fantasma de nube de azúcar con dos minichips a modo de ojos. Gracias a Dios que existían las pastelerías urbanas; cumplían cualquier petición de última hora si pagabas el plus de improvisación. Y a nosotros no nos importaba.

Abajo, en el vestíbulo, los niños hacían chirriar sus zapatos de piel sobre el brillante suelo negro. Cuando vieron que Oscar los esperaba fuera con una máscara de Darth Vader, pegaron gritos de emoción y se echaron a correr de modo que el conserje apenas tuvo tiempo de abrirles la puerta.

Cuando los atrapé, el bueno de Darth colocó bien sujetas las enormes cajas de *cupcakes* en el maletero y nosotros esperamos en la acera. Los transeúntes admiraban y exclamaban ante los disfraces anticuados de los niños, pero Gloria los ignoraba, indignada todavía por el veto a su disfraz de vampiro. Al menos Sam parecía contento y se tocaba la cabeza repitiendo *zombero* una y otra vez. «Palabra número doce», le murmuré entre dientes a Jimmy.

Halloween siempre le había encantado, como a todos los paisajistas. Es la fiesta que marca el final de su temporada más atareada y que inicia el suave ronroneo hasta que toca empezar a sacar nieve y colgar las luces navideñas. Cada año lo celebraba a lo grande: decoraba el jardín con balas de heno, macetas de crisantemos y murciélagos negros colgados de cables invisibles. También insistía siempre en tener grandes barras de caramelo para los niños y un barril de cerveza de calabaza para los padres. Amigos del instituto y del trabajo solían pasar por casa con sus niños, y la fiesta se alargaba hasta bien entrada la noche, cuando los vecinos acostaban finalmente a sus niños atiborrados de azúcar y se acercaban para una última ronda de cerveza.

En el centro, Halloween era, desde luego, muy distinto. Los Van Holt ni siquiera tenían calabaza.

Cuando íbamos de camino al cole, en el coche, me sonó el teléfono. Era Alex.

—Por favor, dime que no le has dado un cheque de diez mil dólares a Ronald Ferguson —dijo, claramente alterado.

—Sí, se lo di. ¿Por qué? —El corazón se me subió a la garganta.

—¿Estás de broma? ¡Abbey, ya habíamos hablado de este tema!

—Ah, ¿sí? —Cielos.

—¿No tuvimos una conversación larguísima sobre él hace unas semanas?

—Supongo que sí.

—¿Supones que sí? Bueno, pues, entonces, ¿por qué coño le has dado un cheque? Pensaba que me había explicado con claridad. Si puedo ayudar a la comunidad de Holy Rosary, lo haré después de las elecciones.

—De acuerdo. Lo siento.

Oí voces de fondo y a Alex que le decía a alguien que necesitaba un minuto.

—De veras, Abbey, no sé por qué lo haces. ¿Estás intentando sabotear la campaña? Pensaba que eso era lo que tú querías.

—Solo ha sido una donación. Para ayudarles a pagar la comida y la electricidad y gastos varios. ¿En qué puede eso perjudicar la campaña?

—Oh, no lo sé... Tal vez porque tu amigo el padre Ferguson ha estado repartiendo píldoras anticonceptivas entre las adolescentes y Roma lo tiene en alguna de sus listas negras. O quizá porque se rumorea que tiene una novia en Kensington. Y yo, ahora mismo, estoy de camino a una reunión con la Coalición Católica para pedirles su apoyo.

Me sentí mareada.

—No te preocupes, lo llamo ahora mismo y le pido que no lo ingrese hasta después de las elecciones.

—Ya lo ha ingresado. ¿Cómo crees que me he enterado? Ya sé que para ti diez mil pavos son solo una escapadita a los grandes almacenes, pero para la mayoría de la gente es una suma considerable. Por suerte, Randall, el del banco, va a bloquear el pago.

—¿Bloquear el pago? Alex, por favor, no lo hagas. Deja que lo cobren. Te juro que no me vio nadie. Nadie lo sabrá.

—Me presento al Congreso, Abbey —me espetó—. Todo el mundo lo sabe

todo.

Al cabo de cinco minutos, mientras nos deteníamos frente al colegio, tan idílico con sus árboles de hojas anaranjadas, doradas y pardas sobre la piedra gris de la fachada, todavía temblaba. E intentaba no llorar. Pero me obligué a sonreír y le di las gracias a Oscar y luego acompañé a los niños por la puerta mientras hacía equilibrios para que no se me cayeran las cajas de los *cupcakes*. Una vez dentro, mientras recorríamos el magnífico y ruidoso pasillo, los aromas propios de una escuela de primaria me tranquilizaron. Empezaba a encontrarme un poco mejor.

Gloria, Sam y yo tuvimos que sortear alas de purpurina y espadas de plástico para llegar hasta su clase y descargar las golosinas. Gloria corrió a reunirse con sus amigos mientras Sam y yo buscábamos sitio en las sillas de tamaño infantil al fondo de la clase, donde podíamos esperar. Sam quería correr hasta su hermana, pero lo distraje con una piruleta que cogí de la mesa de las golosinas. Él la chupaba satisfecho mientras yo miraba alrededor, admirando los vivos colores de las alfombras y los adornos, y también los grandes ventanales que daban a un patio encantador de piedra, un huerto y, si no me equivocaba, una escultura de Alexander Calder.

Al cabo de unos minutos se nos acercó una maestra que parecía recién salida de la universidad, de una belleza tan natural que hasta con su peluca, gafas y cicatriz pintada de Harry Potter podías admirar sus facciones perfectas.

–Buenos días, señora Van Holt –me dijo con una ancha sonrisa–. Gloria está monísima.

–Gracias, señorita Regan –le respondí, orgullosa de haberme aprendido su nombre antes de ir–. Siento que tengamos que marcharnos pronto, pero el papá de Gloria tiene un acto de campaña y quiere que esté ahí.

–Pues claro –dijo, mientras se colocaba bien las gafas del disfraz que le resbalaban por la nariz–. Lo entiendo perfectamente. –Se quedó sonriendo, expectante, como si esperara algo más. Al cabo de unos segundos, preguntó–: Entonces, ¿el chofer traerá las calabazas?

–¿Las calabazas?

–Para las tartas.

–Pensaba que solo tenía que traer los *cupcakes*. –Experimenté la misma sensación de ansiedad que había tenido la semana anterior, cuando me di cuenta demasiado tarde de que era «el día del pijama» en el cole de Gloria.

–Los *cupcakes* son para esta clase –me explicó–. Creo que usted también se ofreció para llevar calabazas a la clase alternativa.

–¿Cómo?

–Las doce calabazas para su clase alternativa. Para los «leopardos de las nieves».

–Pero creía que Gloria era un manatí –dije, exasperada.

Anoche había revisado rigurosamente todos los correos de Abbey van Holt y había deducido que la clase de Gloria en el cole eran los manatíes, que el nombre de su maestra era señorita Regan y que, para Halloween, a mí me tocaba llevar *cupcakes* con formas de «fantasma, demonio o bruja» a la fiesta. ¿Qué era aquello de la «clase alternativa»?

La señorita Regan prosiguió:

–Los viernes tiene también su otra clase. Y para su fiesta, está previsto que preparen tartas de calabaza. La mamá de Bryant ya ha traído la harina sin gluten para la base. Y la mamá de Kennedy ha traído la mantequilla orgánica de Shepperton Farms.

Me hubiera mofado de todas aquellas pretensiones dietéticas si no llega a ser porque la chica parecía estar al borde de las lágrimas. No tenía alternativa: tenía que encontrar unas calabazas. Y rápido.

–No te preocupes. Iré corriendo a buscar unas cuantas. Vuelvo enseguida – le dije, en un tono de absoluta seguridad. Agarré a Sam de la mano y salí corriendo por la puerta. Así que necesitaba doce calabazas de cultivo orgánico. No podía ser tan difícil. Al fin y al cabo, estábamos en Halloween.

Pero una vez fuera me detuve: no tenía ni idea de adónde ir. Si hubiera estado en Grange Hill, habría encontrado calabazas en todos los supermercados y tiendas, pero aquí en el centro no había visto ni un solo colmado, por no hablar de calabazas. Saqué el teléfono para consultar algún Trader Joe o cualquier otro tipo de tienda de alimentación, pero la más cercana estaba al norte de Market Street, a nueve manzanas de allí. Busqué alguna tienda o frutería, pero las únicas que encontré no tenían calabazas. Hasta miré por la calle a izquierda y derecha, con la idea de «tomar prestadas» algunas de la puerta de alguna casa. Pero solo había una y ya estaba vaciada. Di una patada al suelo de rabia.

Una pequeña tortuga Ninja –Donatello, creo– pasó junto a nosotros, escoltada por dos papás. Les pregunté si sabían de algún lugar en el que comprar calabazas y me indicaron un mercado agrícola que había en Fidler

Square, a pocas manzanas de ahí.

–Has tenido suerte –me dijo, con las manos llenas de material para hacer manzanas caramelizadas–. Es el último fin de semana que abren antes de cerrar para el invierno.

Les di las gracias varias veces, me eché el niño encima de la cadera y me puse a trotar en la dirección indicada. Con mis tacones, cojeaba un poco al correr, como un atleta en su última vuelta.

Mi suerte continuó en el mercado, en plena actividad cuando llegué. Mamás con sillitas competían con *hippies* maduritos por la mejor variedad de kale, té kombucha, sopas veganas y manzanas que iban del rosa pálido al rojo intenso y al verde lima. Una mesa presentaba pirámides de jabón hecho a mano, otra bodis de bebé de cáñamo, mientras en otra ofrecían folletos de propaganda de un candidato del Partido Verde que competía con Alex. Cogí uno y me lo metí en el bolso, aunque sabía que el tipo no tenía ninguna posibilidad; no se lo había oído mencionar ni una sola vez a Alex ni a Frank. Finalmente, en el rincón del fondo, cerca de la estatua del oso, encontré a un joven que vendía unas preciosas calabazas verdes y naranjas.

–Me las llevo todas –le dije–. Siempre y cuando sean orgánicas. Y que me las pueda enviar.

Levantó la vista de su guitarra y me sonrió con unos dientes blanquísimos que contrastaban con su larga barba negra y su camisa de cuadros rojos y negros.

–Sí a todo, *milady* –contestó, a la vez que se ponía de pie de un salto–. Siempre y cuando no sea muy lejos. Solo tengo esta carreta –me dijo, señalando un trasto destartado que tenía en un rincón. Funcionaría.

–Es solo a tres manzanas de aquí –lo tranquilicé–. ¿Cuánto le debo?

Hizo el cálculo mentalmente y, totalmente en serio, me espetó: «doscientos noventa y cinco». Casi me desmayo. Pero, la verdad, si recordaba la cara de preocupación de la señorita Regan y, teniendo en cuenta mis nuevas circunstancias, habría pagado el doble.

Dejé a Sam en el suelo entre las calabazas, estiré la espalda y saqué la cartera. Tenía nueve dólares. Con eso no me compraba ni una calabaza...

–¿Acepta tarjetas de crédito? –le pregunté cariñosamente.

–No.

–¿Y un cheque?

–Lo siento.

–¿Crees que me podrías aceptar un cheque, solo esta vez? Te prometo que hay fondos... Mi marido es Alex van Holt, el que se presenta al Congreso. – No descartaba sacar la carta del marido si eso me servía para cumplir mis obligaciones maternas, en especial ahora que no tenía un trabajo a tiempo completo ni excusa por fallar.

–Lo siento –dijo, con una ancha sonrisa–. Estoy seguro de que tiene fondos, pero yo no tengo cuenta bancaria.

Lo miré alucinada. Él prosiguió:

–Solo efectivo. O trueques.

¿Solo efectivo? ¿O trueques? ¿Hablaba en serio? ¿No era consciente de que había doce pequeños alumnos de una clase alternativa que me esperaban ansiosos para poder limpiar, cortar, vaciar, machacar, mezclar y transformar aquellas calabazas en tartas orgánicas con poco azúcar y libres de gluten, de las cuales se tomarían un solo bocado y luego desecharían? Al ver su expresión, beatífica y uno poco boba bajo su gorra estilo Fidel Castro, supe que la respuesta era no. Ni le importaba. A menos que estuviera dispuesto a trocar aquellas calabazas por un bebé con el pañal empapado, necesitaría dinero en efectivo.

–Está bien, iré a buscar un cajero. Pero, por favor, no venda estas calabazas. Vuelvo en cinco minutos.

Volví a cargar a Sam sobre mi cadera y me largué.

Encontré un cajero al lado de un bar en la manzana siguiente. Introduje una tarjeta que tenía pinta de débito y marqué mi pin, pero me la rechazó. Miré la pantalla, perpleja, y luego recordé. Claro. En este mundo, mi cumpleaños era distinto. Recordé la fecha que había grabada en aquel enorme álbum de boda –¿19 de junio, era?– y puse 0619. Pero no hubo suerte. Entonces probé con los cumpleaños de mis dos hijos, también un pin favorito, pero la máquina me volvió a escupir la tarjeta. Y lo peor: un mensaje me decía que debía esperar veinticuatro horas antes de poder volver a intentarlo.

Debería averiguar dónde tenían su banco los Van Holt y sacar efectivo de la ventanilla. Seguro que «Randall, el del banco» no me pondría problemas para comprarle unas cuantas calabazas a mi hija por Halloween. Saqué el talonario para ver el nombre de la institución, pero luego Google me indicó que la sucursal más cercana estaba a diez manzanas, en la planta catorce de un edificio frente al ayuntamiento.

Estaba tan nerviosa que no me daba cuenta de que sujetaba tan fuerte la

mano de Sam que casi la tenía azulada. Levantó la mirada hacia mí con el labio tembloroso, gimoteando.

–Oh, Mister Magoo, ¡lo siento! –le dije, mientras lo tomaba en brazos y lo abrazaba–. Esto es ridículo. Los leopardos de las nieves lo van a tener que aceptar.

Y lo hicieron. Todos menos uno. El mío.

Cuando encontramos a Gloria y sus compañeros de clase en la cocina del colegio, cada uno con su bola de masa preparada, Sam y yo intentamos colarnos y explicarle desenfadadamente a la señorita Regan que habíamos tenido un fracaso estrepitoso con las calabazas, pero que habíamos conseguido nueve latas de calabaza en conserva de la marca Libby's en la tienda más cercana (donde, por suerte, estuvieron encantados de aceptar mi tarjeta de crédito). La señorita Regan, de hecho, se tomó la noticia mejor de lo que me esperaba, pero Gloria se puso furiosa. Se me acercó a grandes zancadas con los puños apretados y apretando los ojos de ira.

–¿Dónde están las calabazas? –me preguntó, desafiante–. ¡Tú tenías que traer las calabazas!

–Gloria, cálmate. Usaréis estas de lata. No pasa nada.

–¿Cómo? ¡Los nativos americanos no tenían latas!

«Bueno, probablemente tampoco hacían tartas», tuve ganas de decir, pero me mordí la lengua. Jamás en la vida la había visto tan enfadada. Ni la vez que tiré sin darme cuenta su querida colección de conchas de mar. O cuando le dije que no podía ir con Roberta a las carreras de perros. Ni siquiera cuando Sam vomitó encima de su querido Lambie.

Lo suyo era auténtica furia de cinco años, con los puños apretados y los dientes a punto de morder.

Me arrodillé e intenté acercarla a mí, y le susurré, «No pasa nada, Gusiluz. Será igual de divertido. Y, sinceramente, mucho más fácil». Pero ella me apartó, con la cara cada vez más roja, con los bracitos y las piernecitas tensos por la frustración. Ahora toda la clase estaba en silencio, observándonos. Hasta el chef repostero local que habían fichado de ayudante nos miraba con atención, con el rodillo lleno de harina levantado.

Gloria tomó aire y gritó un «¡No!» tan fuerte que resonó por toda la sala.

Luego levantó la mano y me dio una bofetada. Una sonora bofetada. Tan fuerte que me dejó sin aliento. Y por los jadeos que se oyeron, también a todos los presentes. Creo que hasta Sam lo entendió, boquiabierto como si exclamara un silencioso «Qué cojones».

Fue uno de esos momentos, como en los segundos justo antes de un accidente de automóvil, en los que el mundo deja de girar. En los que te quedas flotando y tienes tiempo de percibir cosas que normalmente no percibirías. Como una hilera de batidoras de color rojo cereza en el mostrador. El caro suelo de bambú que tienes debajo de los pies. Lo largas y negras que tiene tu hija las pestañas.

Es donde la realidad más dolorosa –normalmente guardada con las viejas fotografías y los catálogos de las universidades– escapa finalmente de su escondite y se enfrenta a ti cara a cara. Donde puedes ver a tu hija por lo que realmente es: mimada, incontrolable y odiosa. Pero también una víctima. Víctima de la indulgencia, la sobrecarga de horarios y un caso clarísimo de «todo lo que quiere pero nada de lo que necesita».

Y donde te reconoces a ti misma, como madre, como la principal perpetradora de ese crimen.

Con esa claridad llega un extraño intercambio de emociones. No te enfureces, como habrías esperado. Ni siquiera sientes vergüenza. Sientes tristeza, hasta el extremo que te parte el corazón. Tanto que ya ni siquiera sientes el dolor en los pies y en los brazos, o las punzadas en la mejilla.

Es pensar en tu hija como en Gloria van Holt –y en los cinco años y medio de su vida que han transcurrido sin ti– lo que realmente duele.

Desde el interior del baño de una tienda de electrónica de West Filadelfia podía oír el ruido de la muchedumbre que se reunía para escuchar el mitin. Cada vez se escuchaba más fuerte, como los gemidos de Sam mientras intentaba soltarse de mis brazos. Pero yo no quería soltarlo en aquel lugar tan sucio y abarrotado, con el disfraz que llevaba tan impecable y blanco. Busqué un cambiador o cualquier tipo de encimera que pudiera servirme, pero solo encontré un radiador alto demasiado estrecho y raquítico como para soportar el peso de Sam. Calculé el ancho de la tapa del váter y la cisterna, pero también los descarté. Me horroricé, sabiendo que no me quedaba elección, puesto que el mitin estaba a punto de empezar.

Saqué un chal de cachemir color crema del bolso y lo extendí por el suelo sucio de baldosas, y luego tumbé a Sam encima. Al cabo de seis minutos y cuarenta toallitas –con el sudor empapándome la blusa y mechones caídos del moño– busqué una papelera. Pero no había ninguna. Sabiendo que Alex nos estaba esperando, probablemente poniéndose muy nervioso, hice lo que tenía que hacer: envolví el pañal sucio en el chal de cachemir y lo metí al fondo del bolso. «Lo siento, Yves», mascullé.

Media hora antes, cuando nos habíamos encontrado con Alex bajo una carpa cerca del mitin, él había actuado como si lo de la llamada sobre el padre Fergie no hubiera ocurrido, nos recibió con besos y abrazos y me dijo que estaba «espectacular». Quise disculparme, pero nos rodeaban Frank, Calvin y un puñado de seguidores, de modo que imité la actitud de Alex y fingí que todo iba bien. Intenté leer en sus ojos, para ver si seguía enfadado y solo estaba haciendo su comedia ante las cámaras, pero no fui capaz de adivinarlo. O no le conocía lo bastante o era un actor excelente. O algo peor: no le importaba. O tal vez tan solo estaba distraído. Ese acto era enorme. El público se concentraba en el aparcamiento de un hospital abandonado, que

ahora estaba tan abarrotado que la gente se repartía por los terrenos adyacentes, incluso por la calle. Furgones de la televisión emitían sus actualizaciones vía satélite a un lado de la calle, mientras los periodistas de prensa andaban y hablaban por el móvil junto al escenario metálico elevado. La policía desviaba a los enfadados usuarios de cercanías alrededor de la manzana.

Había gente que había venido a escuchar a Alex, pero la mayoría esperaba al senador titular Doug Blandon, el héroe local de Filadelfia. Blandon era conocido como un tipo bonachón, cuyo currículum era el sueño de muchos asesores políticos: veterano de la guerra del Golfo, hijo de una camarera, estrella de fútbol en la universidad y padre de seis hijos –cuatro naturales y dos adoptados–. Para Alex era un héroe y yo sabía que mi marido estaba encantado de ser su telonero. Pero, como la orgullosa esposa, y teniendo en cuenta la ventaja que estaba adquiriendo Alex últimamente, no pude evitar pensar que también Blandon debía de estar contento.

Cuando Sam y yo regresamos de nuestras desventuras en el baño, encontramos a Alex posando para tomarse fotos con sus *groupies*, y esta vez no del estilo friqui de Gerald, sino de una variedad joven, femenina y «dispuesta a cualquier cosa por mi país». Me acerqué y puse a Sam en los brazos de su padre, esperando que un bebé alborotado y gruñón fuera capaz de dispersarlas cual criptonita. Pero me salió el tiro por la culata: ver al potencial congresista achuchando a un bebé regordete con un peto las hizo prácticamente ovular al unísono. Alex se hacía el despistado, pero lo pillé cruzando algunas miraditas. Por suerte, el ayudante de Blandon nos apartó hacia el escenario y las chicas tuvieron que dispersarse entre el público.

Cuando llevábamos diez minutos de discurso, sentada en una silla plegable entre la señora Blandon y una todavía enfurruñada Gloria, con Sam pesado y sudoroso en el regazo, empecé a desconectar de lo que decía Alex y a pescar solo ciertas palabras y frases. A esas alturas ya me conocía tan bien sus discursos que podía aplaudir cuando tocaba, asentir en los momentos importantes, sonreír tímidamente y saludar cuando me mencionaba, y fingir indignación por el estado de la economía nacional, la tasa de paro o el malestar en la educación prácticamente sin necesidad de escuchar. Supe que estaba a punto de acabar cuando Alex se quitó la chaqueta –siempre lo hacía a modo de pausa dramática antes del gran *crescendo*–, de modo que me preparé para levantarme. Planté los tacones bien apuntalados sobre la

superficie metálica y re Coloqué a Sam, usando un brazo para ocultar la mancha que tenía en la barriga.

Como era de esperar, Alex se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y, al cabo de diez segundos, estábamos todos de pie disfrutando de la adoración de las masas. Mi esposo se nos acercó y subió a la muñeca Harapienta Ann en brazos, luego se inclinó a besar al Harapiento Andy en la cabecita. Cuando se inclinó y besó a la no-tan-Harapienta Yo en toda la boca, la ovación se intensificó. El único que no se quedó impresionado fue Sam: en algún punto entre «Vamos a darle a nuestros hijos al futuro que se merecen» y «El sueño americano sigue vivo y goza de buena salud en Filadelfia», se había quedado dormido en mis brazos.

Fue un momento sobrecogedor, un momento que no olvidaría con facilidad. Todo el público estaba de pie, y los cantos de «Van Holt» ahogaban los sonidos de la ciudad. Pude sentir cómo Alex, a mi lado, se llenaba de orgullo, emoción y alivio; empezaba a ser evidente que tenía posibilidades de ganar aquella batalla. Yo también me sentí aliviada por el hecho de que mi cagada con el cheque pareciera estar totalmente olvidada y perdonada.

Miré hacia la muchedumbre y sonreí mientras veía que todo el mundo empezaba a tararear la música que pinchaba un DJ local. Leí las pancartas y saludé con la mano a los niños que iban a hombros de sus padres, y me permití disfrutar del sol cálido de octubre. Finalmente volvimos todos a sentarnos para escuchar el discurso del senador. Alex había sido presentado por el presidente local del partido; el senador fue presentado por el actual esquinero de los Eagles.

Sam roncaba apaciblemente sobre mi pecho y yo empezaba a distraerme en mis pensamientos cuando, de pronto, a una distancia media entre el público, vi una cara que reconocí. Podía distinguir apenas su cabeza por encima de las demás, pero habría reconocido aquellos ojos, aquella gorra y aquella barba blanca en cualquier lugar.

Era Miles.

Reprimí un grito de sorpresa y luché contra el impulso de levantarme y empezar a hacerle gestos. Así, me limité a mirarle fijamente, como si lo apremiara a acercarse más.

Mi querido, dulce Miles. Me miraba directamente, pero, ¿a quién veía? ¿A su nuera o a la esposa de Alexander van Holt? ¿Se preguntaría qué hacían sus nietos en el escenario? ¿Estaría perplejo por el hecho de que a su querido

Sam lo hubieran presentado como «Van»? ¿Me echaba de menos tanto como yo a él?

Entonces sus ojos se alejaron de nosotros y se fijaron en el podio, y a mí se me encogió el corazón. No nos reconocía. Su expresión parecía decir lo mismo que la de todos los demás: «¿Cuándo piensa acabar este tipo?».

Me agaché y susurré al oído de Sam: «Acabo de ver a tu Abu».

Alex se volvió hacia mí y me puso una mano sobre el muslo. Me sonrió apretando los labios pero sus ojos lo delataban. «Cállate», parecía decir.

En cuanto acabaron los discursos y bajamos del escenario por las chirriantes escaleras de metal, empujé la manita de Gloria hacia la manaza de Alex. Con Sam rebotando sobre mi cadera, me adentré entre el público y me dirigí hacia donde había visto a Miles. Alex me llamó, perplejo, pero no le hice caso y me perdí entre la marea humana.

Mientras avanzábamos torpemente por entre la muchedumbre, miraba las caras, buscando desesperadamente una gorra de lana y un andar desmañado. Me colé por detrás de mochilas, pasé por encima de sillitas de paseo... Por suerte, hubo gente que me reconoció y se detuvo para abrirnos el paso.

Vi un gorro negro y me apresuré hacia él, pero la cara que se volvió era de un hombre mucho más joven. Corrí tras una pelusa de pelo blanco, pero también pertenecía a un desconocido. Hice una pausa y, con la mano que tenía libre, me protegí los ojos del sol del final de la tarde mientras escrutaba los ríos de gente que avanzaban por el recinto de cemento hacia las aceras. Estaba a punto de tirar la toalla cuando me fijé en la muchedumbre que desfilaba hacia la estación del tranvía; caí en la cuenta de que Miles probablemente estaría entre ellos, a punto de tomar la línea de la Ruta para regresar a casa. Pasé a Sam hacia la cadera opuesta y me puse a correr hacia allá.

Los andenes del tranvía estaban abarrotados de gente que trataba de embutirse dentro de dos pequeños vagones plateados. Sam y yo intentamos avanzar hacia las puertas que decían «Condado de Delaware». Al acercarme, levantando la cabeza entre el gentío, vi a Miles por la ventana. Estaba leyendo un periódico, totalmente *in albis*.

—¡Miles! —grité hacia el tranvía—. ¡Miles Lahey, espera! ¡Miles!

Viendo mi desesperación, la gente se apartaba para dejarme pasar. Pero justo cuando llegamos al vagón, las puertas se cerraron y el conductor anunció la primera parada. Estiré el brazo para intentar detenerlo, pero solo

conseguí rozar el metal frío y sucio.

Él no me oyó; no llegó a saber que su precioso nieto estaba tan solo a unos pocos metros.

—Miles —volví a exclamar, pero en voz más baja, mientras el vagón se alejaba. Recobré el aliento, acomodé mejor a Sam y luego di media vuelta y me dispuse a volver atrás, luchando contra la marea de gente.

Mientras volvíamos al recinto, me reí de mí misma. ¿Qué le habría dicho? Miles era anciano y católico practicante, con un sano respeto por el destino y el azar y los misterios de la vida. Pero ¿en los universos paralelos? Eso le resultaría difícil hasta a él.

Cuando regresamos ya solo quedaban unos cuantos seguidores y tanto Alex como Gloria estaban histéricos.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntaron en estéreo, Gloria desesperada por iniciar su expedición casa por casa de Halloween y Alex muy preocupado.

—Lo siento. Vi a alguien a quien conozco de hace muchos años.

—¡Por Dios, Abbey! —exclamó Alex—. No puedes salir corriendo así. Podría haber algún loco. En serio.

Bajé la cabeza, arrepentida, y me puse a seguirlos de regreso a Oscar y al monovolumen.

Al cabo de pocos metros nos vimos obligados a detenernos de nuevo, pero esta vez por una mujer guapa y menuda con un vestido negro y un enorme sombrero de bruja. Tenía la tez de un tono caramelo y luminosa, el pelo largo y oscuro, y un cuerpo sinuoso y con curvas en los sitios adecuados. Pero lo más encantador de todo era su sonrisa, ancha, cálida y franca. En cambio, su mensaje era totalmente distinto.

—¡Van Holt! ¡Menuda gilipollez de discurso! —le soltó a Alex, sin preocuparse de que la oyeran los seguidores rezagados.

—¡Larry! —Alex abrió los ojos de par en par, sorprendido—. ¿Cómo estás? —Le dio un abrazo enorme, que casi la levantó del suelo, y luego retrocedió un paso—. Menudo vocabulario delante de mis hijos, por cierto.

Ella juntó las manos delante de la cara en un gesto avergonzado y me miró con cara de pedir disculpas. Alex se rio y luego nos presentó.

—Abbey, esta es Larry Liebman —dijo—. Larry, esta es mi esposa, Abigail.

—De hecho, nos conocimos en vuestra boda —explicó—. Pero había como un millón de personas, de modo que entiendo que no te acuerdes. —Por una vez,

tenía una buena excusa.

Intercambiamos unas cuantas bromas hasta que me fijé en la tarjeta de identificación que llevaba colgada del cuello.

—¿Eres de la prensa? —le pregunté.

—Escribo para el *Inquirer* —explicó—. Noticias locales.

—¡Eres ese Larry Liebman! —exclamé—. He visto tu firma. Intento leer tus reportajes, pero estaba convencida de que eras un hombre.

—Ya, todo el mundo lo piensa. Es parte de mi camuflaje —dijo, y tiró hacia abajo el ala de su sombrero por encima de un ojo, al tiempo que le hacía una mueca simpática a Gloria—. Mi madre es la única que sigue llamándome Lawrencia.

—¿Cubrías este mitin?

—No. Como Alex y yo fuimos juntos al colegio, decliné el encargo. Solo he venido a disfrutar de un rato de sol. Desde luego, no a oír estos discursos tan ridículos. Sinceramente, Van Holt, esperaba más de ti. —Le dio un pequeño puñetazo en el brazo, y él hizo una mueca—. Aunque a las damas, desde luego, les ha encantado —prosiguió—. Nunca había visto a tanta gente en un mitin de Blandon.

—Dímelo a mí —exclamé, poniendo los ojos en blanco.

Nos echamos a reír todos, excepto Gloria, que estaba a punto de desencajarme el brazo de tanto tirar de él y miraba a Larry con rabia por hacerla esperar.

Cuando por fin llegamos al coche, Alex se giró y le dio otro abrazo a Larry, y luego le dijo que la llamaría después de las elecciones y que podíamos quedar todos para cenar. Yo también le di un abrazo, aunque la acababa de conocer.

—Me alegro de conocerte, Larry —dije, antes de meterme en el coche.

—Me alegra haberte vuelto a ver, Abbey —me corrigió—. Y entonces, saludando de nuevo a Gloria con un gesto con el sombrero, se marchó.

En el camino de regreso a casa me sentí llena de curiosidad. Y quizá también un poco celosa. Alex pareció animarse al verla, y entre ellos había una camaradería tan natural. Le pedí que «me refrescara la memoria» sobre quién era y me enteré de que era hija de un magnate judío del sector inmobiliario de Nueva Jersey y de una bella artista haitiana que había llegado a Filadelfia en los años sesenta sin abrigo, con 42 dólares en el bolsillo y una beca para estudiar en Bryn Mawr College. En la década de los ochenta vivían

en la Main Line, mientras el padre de Larry construía el centro comercial Granite View Mall, y posteriormente la mitad de Newtown Square. Larry y sus dos hermanos mayores, gemelos, fueron enviados a Mercersburg Academy, el mismo colegio privado en la Pensilvania rural que Alex, y los cuatro compartieron un viaje de vuelta a Filadelfia en unas vacaciones de primavera.

Y aunque Alex tenía la misma edad que los chicos y jugaban juntos a lacrosse, los que se hicieron mejores amigos fueron Larry y Alex. Los unió su afición mutua al hip-hop, al esquí y a la justicia social. Aparte, los dos habían nacido en familias inmensamente ricas y entre ellos nunca tenían que avergonzarse de eso.

Habían perdido el contacto durante la universidad, cuando ella se marchó a Columbia y él se quedó para ir al centro que le daba más seguridad, la Universidad de Pensilvania. («Seguridad» porque sus abuelos habían financiado la biblioteca.) Pero hacía poco ella había regresado a Filadelfia, descubrió que Alex se presentaba al Congreso y volvió a ponerse en contacto con él por correo electrónico. Y no habían tenido ocasión de volver a verse... hasta hoy.

–Larry nos ayudó a mantener a la prensa a raya cuando tú estabas en el hospital –me explicó.

–Qué amable –le dije, mientras recordaba los correos que leí de reojo–. Siempre viene bien tener a alguien que esté metido en los medios, alguien en quien puedas confiar. Hay periodistas que son capaces de cualquier cosa por una buena exclusiva. Y no me hagas hablar de los blogueros...

–Larry no es así –dijo, cortándome–. Ella es de las que te puedes fiar. Siempre está ayudando a la gente. –Suspiró y se volvió a mirar por la ventana.

–Siempre he creído que los congresistas también ayudaban a la gente.

–Sí, pero no como ella lo hacía. Como lo hace, vaya.

–Bueno, tampoco exageremos la función de informar. Quiero decir, sí que es una de las profesiones más nobles, pero tampoco es que sea el Cuerpo de Paz.

–Lo es, cuando lo haces desde Afganistán.

Antes de poder sorprenderme –«¿Estuvo en Afganistán?»– Alex tosió una risa molesta.

–Ejem..., claro. Acuérdate que mandó aquella manta tejida cuando nació

Gloria.

–Ah, es cierto.

–¿Abbey?

–¿Sí? –Me preparé para escuchar alguna pregunta sobre por qué se me olvidaba todo, pero, gracias a Dios, me preguntó algo fácil.

–¿Qué es esta peste?

Era el pañal, metido en el fondo del bolso, envuelto en cachemir, que llevaba horas cociéndose al sol de la tarde.

–Debe de ser Van –mentí, mientras empujaba el bolso por el suelo del coche hacia el otro lado–. Subiré a casa muy rápido a cambiarlo. Gloria y tú podéis empezar la ronda de truco o trato.

Pero cuando llegamos delante de casa Alex no se movió.

–¿No vienes? –le pregunté, de pie en la acera, inclinada hacia el asiento trasero como una furcia de altos vuelos.

–No te enfades, pero tengo que hacer un poco de preparación para el debate –me explicó–. Frank insiste.

–Pero si lo prometiste. Y Gloria ha tenido mucha paciencia toda la tarde. ¿No puedes venir, aunque sea media hora?

–Abbey, no me hagas sentir como el malo de la película. No es más que truco o trato, no es tan importante.

¿Qué no te haga sentir como el malo de la película? ¿No era esa la respuesta más socorrida de todos los maridos americanos? Estaba tan harta de oírla que tuve ganas de mandar un comunicado de prensa: «Atención, hombres del mundo: si no queréis sentirnos como el malo de la película, no lo seáis».

Saqué a Gloria del coche y la dejé en la acera, desaté a Sam y me lo coloqué encima de la cadera.

–Quiero que sepas que Halloween es el día más importante de la vida de un niño de cinco años –le dije–. Es un acto muy importante.

–¿Desde cuándo te preocupas tanto de Halloween? –me preguntó, echando la cabeza hacia atrás, molesto. Luego soltó un largo suspiro y miró hacia arriba, con cara de cordero degollado–. Te prometo que os compensaré.

–¿Cuándo? ¿Después del martes?

Pero se limitó a subir la ventanilla y se fue.

Contemplé incrédula el coche que desaparecía por la esquina. Pero al mirar a Gloria y ver su expresión, por un momento ansiosa e insegura, moderé mi

rabia y me entregué. Puse un momento a Sam en la acera y los acerqué a los dos.

–Chicos –dije, agachada para poder mirarlos a los ojos–. Papá ha tenido que irse a hacer una cosa muy importante para las elecciones, o sea que yo os llevaré a hacer truco o trato, ¿de acuerdo?

–Pero yo quiero que papi... –gimoteó Gloria.

–Lo sé, cariño –dije–. Y lo siente mucho. Pero no dejemos que eso nos estropee Halloween. Vamos a por un montón de caramelos, ¿vale?

Gloria, que no era de las que pierden los objetivos de vista, accedió.

–¡Caramelos! –exclamó, mientras corría hacia la puerta giratoria.

Pero resultó que el truco o trato en la ciudad no era tan divertido como prometía. Después de llamar a los seis apartamentos de la segunda planta, el botín eran tres barritas de caramelo, un billete de un dólar y unos cuantos caramelos de eucalipto para la tos. La siguiente planta dio como resultado una manzana, una piruleta vieja y una anciana señora atónita que no dejaba de preguntarnos si veníamos a arreglar los grifos. Las dos plantas siguientes resultaron igual de frustrantes. Cuando llegamos a la quinta planta, donde una pareja joven que daba una fiesta les ofreció a los niños *sushi* y unos vasos de *pumkin-tini*, supe que ya teníamos bastante.

–Vamos, chicos –les dije–. Salgamos de aquí.

Salimos de nuevo a la calle, paramos un taxi y nos dirigimos al lugar en el que estaba segura que encontraríamos un Halloween de verdad.

Cuando el taxi empezó a salir de los límites de la ciudad y a adentrarse en los suburbios, me entraron náuseas, y no solo por las curvas. Pasamos por las conocidas hileras de casas de Radnor Avenue, las banderas naranjas y negras de los Flyers, la trampa mortal oxidada de las camas elásticas de Kenmore Street y frente al enorme fantasma hinchable del jardín del comisionado del condado. Vi el parque al que solía llevar a Sam, la casa en la que vivía nuestra canguro y la pequeña tienda a la que íbamos a comprar salchichas de Frankfurt los días de lluvia.

El cielo reflejaba los últimos rayos del sol de otoño, esa hora mágica del día de Halloween en la que los niños arrancan a sus madres de la cena tomada a toda prisa y a los padres de las noticias de la tarde. En la que se arrancan las fundas de las almohadas de las camas y se toma por asalto los utensilios de maquillaje de mamá y la gomina. En la que se hacen fotos y el sol empieza justo a acariciar los árboles. La hora de salida.

Grange Hill estaba exactamente como lo había dejado. Tal vez mi vida había sufrido un vuelco de ciento ochenta grados de alguna manera inexplicable y metafísica, pero aquí la vida continuaba igual que antes. Como la primera página de un libro de dibujos que has leído mil veces.

Todavía no me sentía capaz de enfrentarme a mi casa, ni siquiera de mirar en dirección a ella, de modo que le pedí al taxista que nos dejara unas cuantas calles más abajo. Nos apresuramos a bajar y le di al conductor una buena propina; le prometí otra si nos pasaba a recoger al cabo de una hora y media. Los niños estaban boquiabiertos ante las pandillas de niños disfrazados, los amplios jardines de césped y las decoraciones en los patios, los columpios, algunos de ellos chocando, otros chirriando y algunos soltando una humareda de extraño olor. Yo tenía también los ojos abiertos de par en par, buscando a vecinos, amigos u otros habitantes de mi vida anterior.

Pero, obviamente, eso no era realmente «mi vida anterior». En este mundo, nadie me conocía y yo jamás había puesto un pie en Grange Hill. Ser consciente de ello me hizo sentir triste. Anónima. Como un fantasma.

De camino a los suburbios habíamos parado en un Walmart de City Line Avenue, con ganas de cambiar a los harapientos Ann y Andy por disfraces de verdad. Quedaba poca cosa, siendo la noche de Halloween, pero escarbamos por las estanterías de conglomerado blanco y los colgadores caóticos hasta encontrar lo que buscábamos. A Gloria le pintamos toda la cara con pintura blanca, le pintamos «babas» de sangre con pintalabios y le cambiamos la incómoda peluca de lana roja por otra de pelo negro largo y liso. Hasta le pusimos unos cuernos de caramelo a modo de colmillos. La única capa que encontramos era de talla adulta, de modo que la iba arrastrando como si fuera la cola del vestido de una coronación. Le encantaba.

De la talla de Sam solo quedaban dos disfraces: uno de Iron Man y otro de Mérida de la película *Indomable* de Disney. Como no me dejaba arrancarle ninguno de los dos de sus diminutos puños, le compré los dos. Los llevó con orgullo, ignorando que parecía más un pequeño travesti que un héroe de película. Yo también entré en el juego y acabé por coronarme el pelo liso, el traje chaqueta gris y los tacones de aguja con una capa roja y unos cuernos de demonio, con lo cual pasé de esposa de candidato a recepcionista del infierno. Formábamos un equipo variopinto, pero no importaba. En Grange Hill por Halloween, vale todo.

Verja a verja, semáforo a semáforo y puerta a puerta, los niños llenaban

sus cubos. Corrían en grupos con alegre despreocupación, prácticamente como si flotaran. Yo andaba unos pasos por detrás de ellos, recordándoles de vez en cuando que tuvieran cuidado con los coches y dieran las gracias.

Cuanto más nos acercábamos al 1662 de Sagamore Street, más nerviosa me ponía, como si estuviera a punto de encontrarme cara a cara con un amante perdido en el tiempo. Finalmente nos plantamos en el ancho porche de madera de mi vecina. El corazón me latía tan rápido que estuve a punto de salir corriendo.

Pero antes de poder hacerlo, Mary Anne abrió la puerta con una enorme bata rosa vaporosa y un peinado alocado. Siempre había sido una de mis vecinas preferidas y mis ojos se iluminaron al verle la cara. Cuando se agachó a saludar a los niños y a ponerles caramelos en los cubos con una mano, vi a un recién nacido rosadito oculto entre los pliegues de su bata.

–¡Has tenido al bebé! –exclamé–. ¡Y es una niña!

–Sí –dijo, orgullosa, mientras una mano diminuta salía de la bata–. Hace cuatro días. Se llama Elizabeth.

–No me lo puedo creer, después de tres niños.

–¡Yo tampoco! –dijo, y se rio moviendo la cabeza. Luego intentó inspeccionar nuestras caras a contraluz–. Perdona, ¿nos conocemos?

–Eh..., antes vivía por aquí –le dije, un poco al ralentí–. Mi hija iba a Grange Hill Elementary.

–Ah, ¿a qué curso?

–Al parvulario, con el señor Cleary. –Me intentaba camuflar cada vez más, pero aquellas palabras me salían con tanta naturalidad.

–No, mami, mi profe es... –me corrigió Gloria, pero la atraje hacia mí y se calló.

Mary Anne me miraba fijamente, tratando de ubicarme, hasta que movió la cabeza, riéndose:

–Duermo tan poco últimamente que no me acuerdo de nada ni de nadie. Soy Mary Anne Evans. Al menos, eso creo.

–Recuerdo épocas parecidas; yo soy Abbey. –Le tendí la mano pero luego la retiré, recordando que ella las tenía las dos ocupadas.

Las dos nos echamos a reír, pero entonces el bebé empezó a gimotear.

–Bueno, ¡feliz Halloween! –dijo, mientras volvía a meterse en casa.

–Igualmente –le susurré, y salí con los niños de su porche. Me sentí extrañamente culpable. Mi amable y cariñosa vecina había tenido a su bebé,

la niña que sabía que tanto deseaba, y yo no estuve allí para cocinarle un estofado con demasiada sal o para llevarme a sus niños un rato.

Volvimos a la acera y giramos a la derecha. Para Sam y Gloria, era solo una casa más. Para mí, la única casa. La nuestra. De Jimmy y mía.

Respiré hondo y me obligué a poner un pie delante del otro.

La imagen me llegó a trozos, apareciendo sus paredes y ventanas por atisbos tras las ramas de un pino muy grande. Luego apareció entera, con su chimenea de piedra gris plateada y su tejado gris moteado brillando a la luz de una luna que acababa de salir.

Contemplé fijamente todos sus detalles. Las ventanas eran de cuerpo entero y los marcos verdes, no blancos. Había una bandera que ondeaba ufana en el porche y el sendero de entrada era de cemento liso y nuevo, no de pizarra. En el jardín, los setos eran más frondosos y estaban menos arreglados, y el roble negro, el que amenazaba con llevarse el porche por delante cada vez que soplaba el viento, había sido talado; solo quedaba la cepa pálida como único testigo de su antigua gloria. Y no había ni un solo murciélago, ni balas de heno, ni barriles de cerveza de calabaza. Tan solo una pequeña calabaza iluminada, con su cara burlona retándonos a entrar.

—¡Venga, vamos! —dijo Gloria al verme dudar—. ¿A qué esperas?

Subimos por el sendero, yo caminaba lentamente tras los piececitos infantiles y las capas de poliéster arrastradas. Nos acercamos al porche y me detuve para ayudar a Sam a subir el único y alto peldaño, de la misma manera que lo había hecho mil veces. Aupé a Gloria para que pudiera llegar al timbre, pero ella se quedó quieta, sin saber qué hacer. La dejé en el suelo y toqué yo misma.

Rrrrrriinnng.

—Bueno, parece que no hay nadie en casa. Sigamos avanzando. —Tomé a Gloria de la mano pero ella no se movió.

—Pero tienen una calabaza, y tú nos has dicho que eso significa que reciben visitas. —Se volvió otra vez hacia la puerta.

Estaba a punto de agarrarla por el brazo y llevármela de allí cuando oímos unos pasos. La puerta se abrió y ante nosotros apareció un hombre con una camisa verde chillón, pantalones de pinzas y una barba roja y poblada. No sé quién me esperaba que abriera, pero no era él.

—¡Truco o trato! —gritaron los niños, mientras él les dejaba un anillo de caramelo, uno de los caramelos más deseados de Halloween, en cada una de

sus bolsas de tela bordadas con sus iniciales. A mí me dedicó una sonrisa y un cálido «¡Buenas noches!».

Aunque sabía que era un desconocido y que no podía contestarme, cuando miré su cara amable tuve ganas de preguntarle cómo había arreglado finalmente la chimenea, por qué se había cargado los últimos narcisos del jardín y si su familia tenía la misma costumbre de enterrar a sus peces y tortugas muertos debajo del cerezo. Quería saber cuánto tiempo hacía que vivía allí, a quién le había comprado la casa y si conocía a un hombre llamado Jimmy Lahey. Pero, por encima de todo, quería que aquel hombre tan agradable me explicara por qué era él y no yo quien abría aquella puerta, quien vivía, y se reía, y amaba tras ella.

Detrás de nosotros apareció un grupo de adolescentes que nos obligaron a hacernos a un lado. Conseguí lanzarle una última mirada, y luego seguí a Gloria hacia la calle y cerré la verja detrás de mí, consciente de que había que levantar el pestillo en el ángulo exacto si querías que quedara bien cerrado.

El resto de la tarde estuve merodeando por el barrio como sumida en un sueño, con los recuerdos asaltándome por todos los rincones. Me acordé del primer Halloween de Gloria y de Jimmy paseando a su pequeña abejita en un carrito rojo. De Gloria cuando tenía dos años, tan orgullosa de sus zapatos brillantes y su vestido de princesa que durmió con ellos una semana entera. Del año en el que el hermano de Jimmy, Patrick, y su novia del mes pasaron por casa; él demasiado interesante como para ponerse un disfraz, pero ella disfrazada con un pequeño uniforme de doncella francesa. (Aquel año los papás del barrio se quedaron un poco más de lo habitual.)

Y me acordé de tres años atrás, antes de que existiera Sam, cuando sufrí un aborto de diez semanas justo el día antes de Halloween. Jimmy y yo cumplimos todo el ritual de las calabazas, los disfraces y los caramelos para complacer a Gloria, pero los dos nos sentíamos bloqueados y frágiles, como si el viento ligero de octubre nos pudiera llevar. El barril de cerveza estaba ahí en el porche como siempre, pero ninguno de los dos fue capaz de tocarlo. Fui yo quien sacó a Gloria en su pequeño carrito aquel año, aliviada de que las nubes del anochecer ocultaran mi tez pálida y mis ojos brillantes. Era en momentos como aquel cuando Jimmy y yo agradecíamos el ruido y el caos de

Grange Hill; era un lugar capaz de ocultar un río de lágrimas, un mar de despedidas tristes.

Ahora, pasando de una calle a otra, extraña para todos aquellos con los que me cruzaba, veía Grange Hill como si fuera la primera vez. Y no era la versión televisiva de los barrios residenciales suburbanos, de follones en la fiesta de graduación, niños que jugaban a la pelota y madres que regañaban a padres obsesionados con el fútbol. Tampoco era la versión de las películas: un purgatorio de oportunidades perdidas, poetas adolescentes angustiados y malestar de la edad madura. Y ni siquiera era lo que mi madre prometía a los compradores en aquellos anuncios que hacía: «El perfecto oasis suburbano para las familias jóvenes... ¡Y para los jubilados!».

Era una simple agrupación de hileras de casas, llenas de gente y de sus pertenencias. Un lugar en el que podías sacar lo mejor de ti, o lo peor.

En Grange Hill, tú elegías.

A través del espejo del baño veía la imagen de Alex andando de un lado al otro, con expresión grave y moviendo los labios. Con su traje azul marino, los puños almidonados y bien peinado, y yo con mi batín blanco de seda luminoso bajo los focos de luz, parecíamos sacados de una escena de cine antiguo: él, Clark Gable y yo, Jean Harlow. Me acerqué al espejo y acabé de ponerme el rímel antes de aplicarme una capa ligera de brillo Chanel en los labios. Me examiné por última vez y me levanté del taburete acolchado. Tuve que esperar a que él pasara antes de colarme dentro del largo vestidor.

Me siguió dentro, todavía farfullando para sus adentros.

—¿Qué ocurre? —le pregunté—. ¿Quieres que te ayude con preguntas de práctica, o algo?

—No, no es eso —dijo, mientras se ajustaba una y otra vez la corbata roja.

—¿Seguro?

—No es el debate. —Se crujió los nudillos—. Es mi padre. Ha vuelto de Florida. Esta mañana se ha presentado en Bloemveld. Mi madre no me ha dicho nada, pero yo me he enterado.

—Oh.

—Es que no lo entiendo. Accedió..., acordamos que se mantendría alejado hasta que todo eso hubiera terminado —dijo—. Ya estoy lo bastante estresado sin él.

Como no había conocido a Collier, ni tenía ni idea de por qué su presencia resultaba tan inquietante, no sabía qué responder. Pero como yo también tenía una madre renegada, la situación me hacía sentir solidaria. Me acerqué a Alex, le cogí las manos y lo miré hasta que me miró a los ojos.

—Todo irá bien —le dije, estrechándole las manos—, te lo prometo.

Respiró profundamente y sonrió, y luego me dio un beso fugaz en la frente.

—Gracias, cielo —dijo—. Vamos, vístete. Tenemos que salir en cuarenta y

cinco minutos.

–Estoy lista en cinco –dije, mientras me apresuraba de nuevo a consultar mi selección de ropa.

–Sí, ya. –Puso los ojos en blanco–. ¿Cuándo has tardado menos de una hora?

¿Una hora para vestirme? Ni siquiera el día de mi boda tardé tanto.

Pero cuando empecé a probarme conjunto tras conjunto, ninguno de ellos parecía querer cooperar. El conjunto de falda de tubo color burdeos y blusa a juego me quedaba demasiado apretado. De una segunda falda, esta de lana gris más gruesa, no lograba subirme la cremallera hasta arriba. Y ni siquiera el vestido de algodón elástico de Diane von Furstenberg, con su estampado de círculos solapados pensado para ocultar multitud de pecados, me quedaba liso en la barriga.

De nuevo en ropa interior, examiné mi reflejo frente al largo espejo y me di cuenta de que en tan solo una semana había logrado añadir unas curvas de más –curvas indeseadas– a aquel cuerpo perfecto y ligero. Nada demasiado evidente, pero lo bastante como para que la ropa ajustada y de fibras naturales de Abbey van Holt me apretaran un poco. Mientras tomaba nota mentalmente de evitar la increíble comida tailandesa que preparaba May y de empezar a beberme aquellos extraños brebajes verdes que encontré en la nevera, hurgué en los cajones en busca de unos pantis de Spanx. Mientras sacaba unos altos tipo faja, la mejor herramienta que pude encontrar para disimular la barriga entre las diminutas prendas de seda y encaje que Abbey van Holt llamaba «ropa interior», Gloria apareció como un torbellino, vestida con un casco de ciclista rosa y blanco, una camiseta de cremallera y los *shorts* de ciclista más pequeños que había visto en mi vida. Tuve que reprimir una carcajada al ver su expresión tan seria.

–Me voy a dar una vuelta –me dijo, mientras se ajustaba el casco.

–Bueno, desde luego vas muy bien equipada.

Frunció el ceño y luego se me quedó mirando con los ojos abiertos de par en par, expectante. Me di cuenta de que me estaba pidiendo que sacara su bici. Pero, de dónde, no tenía ni idea.

–¿No se lo puedes pedir a papá?

–Está hablando por teléfono.

–¿Y a May?

–No tiene la llave. Además, dijiste que tú eres la única persona que puede

bajar ahí abajo, ¿no te acuerdas?

Asentí con la cabeza, como si me acordara.

Una vez vestida, andando por el aparcamiento del sótano sin saber adónde, sin tener ni idea de si eso era el «ahí abajo» al que Gloria se refería, busqué un estante de bicicletas. Al no encontrar ninguno, le pregunté al encargado si sabía dónde guardábamos la bicicleta de nuestra hija. El tipo se encogió de hombros y con su inglés precario me indicó hacia la pendiente que llevaba hasta un piso inferior.

Bajé con cuidado la rampa de cemento hacia las entrañas más oscuras del edificio. Era un lugar húmedo, frío e inquietantemente silencioso. No llegaba a entender el motivo por el que Abbey van Holt insistía en ser la única que podía bajar allí. ¿No había nadie que pudiera hacerlo por ella?

Entre las hileras de coches de lujo vi un Porsche negro con una matrícula «AVH 1» e imaginé que estaba en el buen camino. A poca distancia, delante del coche, espí lo que al principio parecía una verja de cadena pero luego, visto más de cerca, resultaba ser un trastero. Dentro había objetos de los que conforman una vida de familia: una sillita de paseo para salir a correr con tu bebé, maletas, una tabla de snowboard, sillitas de coche y, a un lado, una bici plateada con un timbre brillante y ruedecitas laterales. Bingo.

Con una llavecita de mi llavero abrí sin esfuerzo el candado; la puerta se abrió con un crujido metálico y me metí dentro. Empezaba a pelearme con la bici de Gloria cuando algo ahí al fondo me llamó la atención.

Era una cómoda alta de madera de cerezo que mi tía me regaló cuando me gradué en el instituto, el primer mueble de adulto que había tenido en mi vida. Lo miré fijamente y me puse a temblar de frío. ¿Qué otros restos de Abbey DiSiano habían desaparecido en este calabozo?

Dejé la bici a un lado y rodeé unas cuantas coronas gigantes de Navidad para acercarme a la cómoda. Pasé los dedos por la madera suave y satinada y toqué la pequeña mella donde la había levantado accidentalmente con un cortauñas. Abrí los cajones, medio esperando encontrarlos llenos de ropa de mi vida como Lahey, donde todavía usábamos esa cómoda en nuestro dormitorio, pero los encontré vacíos excepto por unos cuantos recibos descoloridos y una cinta de pelo azul. En el cajón de abajo, escondido detrás de una bolsa de plástico arrugada, había un paquete medio vacío de Marlboro *light*.

Nunca había sido fumadora de verdad; nunca tuve una auténtica adicción,

pero después de la universidad, a finales de los años noventa, cuando aún no habían prohibido fumar en los bares, de vez en cuando Jules y yo nos comprábamos un paquete a medias si estábamos en la ciudad. Abrí el paquete y el olor del tabaco me trasladó a aquellas noches, cuando las dos nos sentábamos en el último bar alternativo en el que podíamos permitirnos tomar algo, alimentando nuestro lado cosmopolita empalagoso durante horas y creyéndonos el *summum* de la sofisticación urbana.

Cuando iba a volver a guardar los cigarrillos en su escondite, advertí que, metido bajo el envoltorio de plástico, había un librito de cerillas en el que ponía «Sushi RX». Intenté visualizarnos a Jules y a mí en ese lugar, pero no pude. Luego me di cuenta del porqué: Sushi RX era nuevo; llevaba tan solo unos meses abierto. Pero si esos cigarrillos eran recientes, ¿quién los había puesto allí?

Bajé la vista, encontré un caminito estrecho entre las cajas apiladas y lo seguí hasta el fondo del recinto. Allí, alguien había dispuesto una caja de viejos álbumes de vinilo a modo de asiento y una bañera de plástico tapada que hacía las veces de mesilla. En el suelo había una botella de zumo, llena de agua y de colillas hasta la mitad, y al lado una bolsa vacía de patatas fritas con sabor a crema agria y cebolla..., mis favoritas.

Al parecer, también las favoritas de Abbey van Holt.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Aquello daba miedo; casi era capaz de sentir su presencia. Tuve la sensación de estar invadiendo la propiedad de alguien. Pero cuando me senté, el pequeño rincón me transmitió una sensación acogedora y apacible, como las cabañas que de niña me construía con mantas.

La tapa de la bañera de plástico estaba torcida, de modo que la levanté. Dentro había un lío de papeles, fotos y sobres de manila. Un contrato de alquiler de un apartamento de una habitación, con fecha de noviembre de 1998. Unas cuantas fotos de Roberta y yo en un parque de atracciones en Ocean City. Mi diploma de la universidad. Una carta de recomendación de Sharon y Barbara, las propietarias de Salmon & Sisley, la agencia para la que trabajaba cuando conocí a Alex.

Estaba a punto de cerrar la tapa cuando mis ojos se fijaron en un artículo de periódico doblado cuidadosamente y guardado dentro de una carpeta de plástico transparente. Lo saqué y vi que era de un *Philadelphia Business Journal* de octubre 2003, aunque el papel estaba ablandado por el paso del

tiempo, la impresión todavía era clara y luminosa, gracias a la calidad del papel blanco y grueso del semanario. En la portada, debajo del pliegue, había un titular: «A tener en cuenta: La DSX Agency se estrena con fuerza con seis clientes».

Leí unos cuantos párrafos y luego me fijé en la foto. En ella, Jules y yo aparecíamos delante de la puerta de la misma oficina que había visitado a principios de aquella semana, excepto que en vez de una gran X rosa, antes había dos otras letras: D y S. Jules llevaba un traje inusualmente conservador con sus desordenados rizos pelirrojos, pero estaba muy mona. Y feliz. Yo también parecía feliz. Y por un buen motivo: según el artículo, a las pocas semanas de colgar el cartel, nuestra pequeña agencia se estaba comiendo el mercado.

Costaba creer que este artículo fuera lo único que quedara de nuestra asociación. Y de nuestra amistad. A juzgar por la suavidad del papel y por los pliegues desgastados que indicaban que había sido doblado y desdoblado a menudo, parecía como si Abbey van Holt tampoco pudiera creerlo. Ahora me daba cuenta del por qué había insistido en ser ella la que bajara aquí. Aquel pequeño escondite y todo lo que contenía, desde luego era poco glamuroso, pero le pertenecía todo a ella. Y tenía una función.

Allí abajo, muchos pisos por debajo de su vida como dama de la alta sociedad y esposa de un político, era libre. Sin cámaras, sin amigas sarcásticas y sin familia política. Allí, sin que nadie la observara, podía esconderse a comer sus patatas favoritas, fumarse algún cigarrillo ilícito y a mirar viejas fotos y artículos.

Y, durante tan solo unos momentos, recordar aquella que había sido.

El debate de hoy se celebraba en el auditorio de Walter Wilson Community College, un colegio situado a unas diez manzanas al sur de Rittenhouse Square. Las casas en fila que rodeaban el campus urbano eran pequeñas y estaban cubiertas por un revestimiento de piedra falsa, con sus ventanales decorados con flores de plástico y estatuas de la Virgen María. Los comercios que vi eran pequeños y tenían aspecto de ser de propiedad familiar: fontaneros, peluquerías y asesorías legales especializadas en multas de tráfico y divorcios.

El colegio, fundado y financiado por una rica viuda de Filadelfia y construido tan solo hacía seis meses, era un lugar luminoso en aquel barrio. Su fachada combinaba cristal y metal artísticamente inclinado, rodeado de arbolitos atados con cuerda amarilla. Aunque las casas de su alrededor parecían suspirar de celos, con sus tejados y balcones tristemente inclinados hacia la calle, los residentes andaban más rectos cuando pasaban por delante del centro. Este era un motivo por el cual este debate era importante; era el primero que se celebraba tan cerca del suroeste de Filadelfia.

Los debates locales no solían tener demasiado impacto sobre las elecciones al Congreso, sin embargo, según Frank, si a un candidato se le pedía que participara, lo mejor era que aceptara, o se arriesgaba a dar la sensación de que tenía algo que ocultar. Y al candidato le convenía tomárselo en serio porque, a pesar de que lo escuchaban pocos votantes, la prensa seleccionaría las mejores y las peores intervenciones para reproducirlas una y otra vez en las noticias locales, aunque solo fuera durante las siguientes veinticuatro horas.

Como profesional de las relaciones públicas, sabía que el noventa y nueve por ciento de las preguntas serían rutinarias. Pero estas no eran las que te preparabas. Tenías que prepararte para el uno por ciento. Por eso no era de extrañar que Alex, sentado en el escenario frente a su oponente, estuviera un poco pálido.

Amanda Bullock era una mujer de sesenta y pocos años, llevaba una melenita corta plateada y tenía una expresión dulce que contrarrestaba su voz atronadora, su profundo intelecto y su astucia mordaz. A su lado, mi marido tenía más pinta de joven administrador judicial que de rival político. Yo sabía que Alex prefería estar de pie y deseé que los dos candidatos se enfrentaran en podios, en vez de estar sentados a una mesa cubierta con una fea tela de poliéster marrón. Y lo peor de todo, con el termostato del nuevo edificio puesto en veinte grados exactos, Alex no tenía motivo para quitarse la chaqueta y arremangarse la camisa.

Pronto, las luces parpadearon para que el público guardara silencio. Las cámaras de la prensa se levantaron y apuntaron hacia el escenario. La moderadora, la principal presentadora de nuestra filial local de la televisión pública, dio la bienvenida y, al cabo de unos segundos, disparó su primera pregunta.

—Gracias, Trudy —dijo Alex con una sonrisa—. Y gracias, juez Bullock,

alumnos y todos los demás por haber venido esta mañana y dedicarnos este tiempo de vuestro sábado. –Hizo una pequeña pausa, se puso un poco más serio y prosiguió–: Me alegra que me hagas esta pregunta, porque el empleo es el tema más importante de estas elecciones...

Contemplando a Alex sortear las preguntas con facilidad y seguridad, me alegré de que fuera él y no yo quien estuviera allá arriba en el escenario. Aunque me hubiera pasado miles de horas ayudando a mis clientes a torear hábilmente las preguntas no deseadas, a decir educadamente «sin comentarios» y a saber cuándo atacar a la yugular, hablar en público no era algo de lo que disfrutara. Era un ejemplo clásico del herrero con la cuchara de palo: podía enseñarle a cualquiera a lidiar con una entrevista, pero cuando las cámaras se fijaban en mí o bien me paralizaba, o, todavía peor, actuaba como una loca, como una presentadora de publlirreportaje chutada de anfetaminas.

Durante prácticamente una hora, Alex y Amanda debatieron sobre los aspectos más detallados de los impuestos, la recuperación económica, los embarazos adolescentes, las becas académicas, los límites de velocidad, los descuentos en las recetas médicas, el sistema de reciclaje..., hasta sobre el contenido en fibra de los menús en los comedores escolares. Yo estaba sentada junto a la pareja de Amanda, Lori, quien, como yo, asentía con la cabeza y aplaudía en los momentos oportunos. El debate no se afeó en ningún momento, pero hubo unas cuantas veces en las que detecté que Amanda se metía en el terreno de Alex, en especial cuando mencionó el dinero de su familia.

Me pregunté si Alex hubiera preferido ser hijo de un maestro de escuela o de un carpintero, o hasta de un exconvicto. Los votantes adoraban las historias de gente humilde hecha a sí misma; a Jimmy y a Miles siempre les habían fascinado. De hecho, estaba convencida de que había asistido al mitin de ayer por el senador Blandon, no por Alex.

¿Y Jimmy? ¿Votaría a Alex? Normalmente odiaba a los «ricos herederos», el nepotismo y a cualquiera que tratara de «jugar con el sistema». Odiaba los clubes de campo, se reía del BMW de su hermano mayor, John, y hasta se negaba a llevar el polo de marca que le regalé la primera Navidad que pasamos juntos.

Tampoco significaba que la vida con Jimmy hubiera sido de estrecheces constantes. De hecho, Lahey Landscape & Design demostró ser muy rentable desde el principio. Nada que ver con lo de Alex, pero sí daba unos ingresos

mensuales regulares que nos bastaban para mantener a nuestro trío bien alimentado, conectado a Netflix y con bombillas ecosostenibles.

Tal vez a Jimmy le sorprendió el éxito de Lahey Landscape, pero a mí no. Era un emprendedor nato; tenía el instinto del pequeño empresario para administrarse, pero el arrojo del soñador para arriesgar. Los clientes lo adoraban, seguían sus consejos de diseño, le recomendaban y pagaban encantados los doscientos dólares de más cuando el proyecto se pasaba de presupuesto. Jimmy era también un perfeccionista e inspeccionaba personalmente cada jardín y les pedía a sus empleados que se lavaran la camisa y los furgones cada noche.

Su único fallo era la organización. Su despacho —primero en nuestra cocina y más tarde en el granero remodelado que se transformó en la sede de su empresa— era un caos. Pilas de facturas, correo, documentos fiscales y periódicos se mezclaban con herramientas y muestras de productos para crear un peculiar relieve. Los estantes que habían empezado exhibiendo hileras ordenadas de carpetas de documentos, ahora soportaban un poco de todo, incluyendo revistas de hacía un año, botellas de zumo a medio consumir, mapas mal doblados y fotos polvorientas de los niños. El contable de Jimmy decía que era uno de los clientes más desorganizados que había tenido en su vida, peor que el panadero y su esposa, con sus cajas de zapatos llenas de recibos pegajosos y espolvoreados de harina.

Cuando intentaba ayudarle acabábamos discutiendo. Hasta envié a Jules en misión de rescate, puesto que era mucho más tolerante con el caos que yo, pero ella también acabó tirando la toalla, perpleja y agobiada. Jimmy alegaba que odiaba estar dentro del despacho y que no tenía tiempo para los papeles, pero yo creo que el verdadero problema era su madre.

Inicialmente, el plan había sido que Jane se encargaría de la administración, pero ahora que ya no estaba, Jimmy no era capaz de enfrentarse a ello. Cada vez que miraba un libro de contabilidad o mandaba unas facturas, se acordaba de ella y del hecho de que no pudo vivir para verlo convertido en un empresario próspero.

Realmente le iban bien las cosas. Esos primeros años parecía que nada le podía salir mal. La economía iba bien; los precios de la vivienda iban al alza; el trabajo parecía llegarle por todos lados. La mayoría de encargos eran de viviendas y fincas suburbanas, no las codiciadas cuentas corporativas con las que todo paisajista sueña, pero a medida que el boca a boca funcionaba, fue

sumando cada vez proyectos e instalaciones de mayor envergadura. Y armado con su nuevo y resplandeciente título de paisajista, tenía los conocimientos para apoyar su creatividad. Su fama y su seguridad crecieron.

Al cabo de dos años, Jimmy ya había devuelto el préstamo con el que había financiado la fundación del negocio y, poco después, ya ganaba lo bastante como para alquilar el granero, adquirir dos nuevos furgones y contratar a cuatro trabajadores. Estaba tan entusiasmado con la propiedad de un pequeño negocio que hasta me sugirió que dejara mi trabajo y trabajara con él, o todavía mejor, que fundara mi propia agencia de relaciones públicas con Jules.

—Os cedo la mitad del granero —bromeó.

—Vaya, gracias —dije—. Siempre he querido trabajar en un lugar con el suelo de tierra.

Me lanzó una toalla sudorosa y yo agaché la cabeza para esquivarla.

—La podríais llamar Granja RRPP —insistió—, donde las ideas nacen y crecen.

—No dejes tu trabajo...

—Ahora en serio, Ab —insistió—. Podríais hacerlo. Así no tendrías que desplazarte, tendrías un horario más flexible... Y podríais elegir a los clientes que quisierais.

—Ya lo había pensado —dije—. Pero, con el bebé, y si tenemos otro, no sé qué decirte... Tener clientes es algo que te ocupa las veinticuatro horas del día.

—¿Eso crees? Ah, sí, esta mañana, a las cinco, me ha llamado un tipo quejándose de que había bellotas en el estanque para pájaros... —Abandonó el tono de broma y me tomó la mano—. Pero, a la larga, vale la pena. Y si alguien es capaz de sacar un proyecto así adelante, sois vosotras...

Fundar mi propio negocio siempre me había tentado, pero ahora las ganas no eran tan fuertes. Simplemente, me parecía más fácil dejar que otra persona buscara los clientes, aprobara los planes y me dijera lo que hacer y dónde estar. Tal vez era la falta de sueño la que hablaba, pero me oí a mí misma decirle a Jimmy:

—Creo que ya hemos cumplido con nuestro cupo de riesgo últimamente... —Entonces fingí que había oído a Gloria en su cuna y me marché antes de tener que ver su expresión decepcionada.

Jimmy nunca volvió a hablar del tema ni yo tampoco. A cambio, nos lo

pasamos bien llevando a Gloria a Disneyland, remodelando la cocina y devolviendo los préstamos por los estudios de Jimmy. Aquella Navidad le regalé un ordenador nuevo; él me regaló un colgante de oro con una foto de Gloria dentro.

Mientras me ponía la delicada cadena alrededor del cuello, me dijo:

–Sé que no es realmente lo que querías, el sofisticado reloj Army, pero...

–¿Reloj Army?

–Sí, Army o Armor o algo así...

Me llevó un momento adivinar lo que quería decir.

–¿El reloj Tank? ¿De Cartier?

–¡Eso! –dijo– Eso quería decir. Miré el precio, pero necesitaré un par de años para regalártelo. Bueno, en realidad un par de décadas.

–Vale –le dije, y le di un beso.

Era inimaginable que tan solo unos meses más tarde, la economía se hundiría, arrastrando a miles de pequeñas empresas como la de Jimmy con ella. Para la siguiente Navidad, los Lahey apenas llegarían a pagar la hipoteca, por no hablar de ahorrar para un reloj sofisticado con un nombre raro.

El debate acabó con una ovación. En el escenario, Alex y Amanda se dieron la mano y yo me despedí de su pareja, Lori, y luego me puse a buscar un baño. Hice cola detrás de unas estudiantes universitarias y mientras saqué el móvil del bolso, volví a poner el volumen y consulté los mensajes. Vi que tenía cinco llamadas perdidas: una desde casa, dos desde el móvil de May y dos desde un número desconocido. Mierda.

Temblorosa, marqué a toda prisa el número de casa, pero no respondió nadie. Probé con el número de May, pero la llamada se transfirió de inmediato al contestador, como si no tuviera batería. Llamé al número desconocido y me salió un mensaje grabado del Hospital Infantil de Pensilvania.

Dios mío, pensé, con el corazón oprimido por el pánico. Gloria. La bici. Algo le ha ocurrido a Gloria.

Corrí a buscar a Alex y le tiré de la manga. Estaba hablando con un votante, pero se calló a media frase cuando vio mi cara pálida.

Le solté lo poco que sabía: llamadas perdidas, May, hospital.

Me dio la mano y nos echamos a correr.

Al cabo de ocho agónicos minutos, Oscar detenía de un frenazo el monovolumen frente a la entrada del hospital y Alex y yo nos apeamos de un salto, corrimos dentro y asaltamos el mostrador de altas, donde una enfermera fornida que se movía a cámara lenta se puso a buscar algún paciente que se llamara «Van Holt».

Nos quedamos inmóviles, mirándola fijamente mientras ella tecleaba y esperaba. Finalmente el ordenador mostró una nueva pantalla azul que se reflejó en sus gafas.

– Habitación 413.

Se puso a darnos instrucciones, pero no la escuchamos, puesto que ya nos dirigíamos a toda prisa hacia los ascensores plateados, casi derribando a un maldito mensajero que iba en bici. Alex apretaba el botón de subida una y otra vez, pero el aparato no reaccionaba.

– Por las escaleras – me dijo, señalándolas. Lo seguí.

Subió los cuatro pisos a grandes zancadas, pero yo me quedé rezagada por culpa de mis tacones. Cuando abrió la puerta que daba al pasillo y miró hacia abajo, donde estaba yo, una planta por detrás, le indiqué que siguiera mientras me quitaba los zapatos. Mi mente me repetía «por favor, por favor, por favor» una y otra vez hasta que llegué arriba y me puse a correr por el pasillo de la cuarta planta.

Dentro de la habitación 413, vi alrededor de la cama a Alex, a Mirabelle y a una enfermera. Me preparé para lo peor y me acerqué. Con un aspecto increíblemente diminuto en aquella enorme cama de hospital, con las luces intensas que iluminaban las sábanas y las barandillas metálicas, estaba mi hijo de veinte meses.

No Gloria. Sam.

Estaba despierto y alerta, y sonrió débilmente cuando me vio acercarme. Corrí a su lado y le agarré las manitas, y luego retrocedí y lo examiné como una leona a su cachorro, acariciándole los brazos y las piernas y los dedos y los pies, examinando su estado, y hasta inclinándome y acercándole la nariz y los labios a la carita. Cuando me aparté, me di cuenta de que tenía la misma expresión perpleja de siempre; el único síntoma de que algo no iba bien era la vía que llevaba pegada a su brazo regordete. Todavía llevaba la camiseta que le había puesto aquella mañana, con sus avioncitos azules patrullando por los

valles y las colinas de su torso.

Recuperé el aliento y levanté la mirada hacia Gloria, con su pequeño jersey y sus *shorts* de ciclista, de pie junto a mi suegra de expresión adusta.

–Ha sufrido una reacción –dijo Mirabelle con un tono calmado que contradecía su expresión–. Ha entrado en *shock*, de modo que May ha llamado a urgencias. Ahora está estable.

–¿Una reacción? ¿A qué?

–Alérgica, a los cacahuets. Debió de haber cogido algunos bombones –y luego, mascullando las palabras, añadió–: al parecer, no lo vigilaba nadie.

–¿Cómo? –repetí, perpleja.

–Los bombones. De Halloween –repitió Mirabelle–. Encontró unos cuantos y se los comió. Pero por suerte, solo fueron unos pocos. El médico ha dicho que se pondrá bien.

¿Unos pocos caramelos? Hablábamos de un niño que una vez recibió un pelotazo en la cara y siguió gateando. Que otra vez se tomó una barra entera de crema de queso y pidió más.

Y entonces me iluminé. Cacahuets. Reacción. *Shock*.

Sam, o sea Van, era alérgico a los frutos secos. Al parecer, muy alérgico.

Pensé en nuestra expedición de truco o trato de anoche y me puse pálida. Aquellas chucherías lo podían haber matado; yo lo podía haber matado. Me sujeté a las barandillas de metal de la cama para equilibrarme. ¿Qué más ignoraba? ¿Qué otras debilidades habían heredado mis hijos de los Van Holt?

De pie a mi lado, Alex puso una mano sobre la cama y la otra sobre mi brazo, tranquilizándome. Intercambiamos una mirada de alivio y preocupación. Luego Alex le hizo cosquillas a Sam en los pies y le prometió juguetes nuevos, helado y un Mercedes.

–Se ha puesto rojo como un tomate –dijo Gloria, sonriendo excitada–. Yo lo he visto y se lo he dicho a May.

–Muy bien hecho, cariño –le dije, con un esfuerzo por recuperar la voz–. Gracias por vigilar a tu hermanito.

Luego miré alrededor y pregunté:

–¿Y May? ¿Dónde está?

–La he mandado a su casa –dijo Mirabelle–. Y le he dicho que ya no la necesitaremos más.

–¿Cómo?

–Es evidente que no está cualificada para cuidar de estos niños. Imagina lo

que podría haber pasado.

–No lo ha hecho aposta –protesté–. Ha sido un accidente. Y Sam se pondrá bien.

Mirabelle me ignoró y se volvió hacia Alex:

–Ha sido un error tener a alguien que apenas sabe leer inglés vigilando a mis nietos. Es una imprudencia.

–Sabe leerlo perfectamente –la corregí–. Su inglés es excelente.

Mirabelle hizo un gesto displicente con las manos, apartando mi comentario como si fuera una mosca molesta.

–¿Alex? –dije; quería saber si él estaba tan atónito como yo.

Pero él hizo ver que no me oía, a pesar de estar a mi lado–. ¿Alex? –repetí.

–¿Qué?

–Tu madre acaba de despedir a May.

–Sí, ya lo he oído.

–Los niños la adoran. Es una canguro fantástica.

Alex esquivó mi mirada interrogadora y fingió estar interesado en la bolsa de suero intravenoso, que estaba vacía.

–Iré a buscar al médico –murmuró antes de salir de la habitación.

Volví a dirigirme a mi suegra.

–Sé lo terrible que ha sido esta situación para todos nosotros y estoy muy agradecida de que estuvieras en casa cuando estábamos ilocalizables, pero creo que tu reacción es desmesurada. May es fantástica con los niños, y los quiere mucho.

Por un instante, pensé que Mirabelle iba a saltar por encima de la cama del hospital para cerrarme la boca con sus uñas pálidas y puntiagudas. En cambio, su rostro se volvió amable, su voz dulce como la miel.

–A la siguiente la querrán todavía más.

Era terrible estar recibiendo tamaña condescendencia. Si se hubiera tratado de cualquier otro asunto que no fueran mis hijos, yo hubiera cedido.

–Mirabelle, con todos los respetos...

–Abbey, ya basta –dijo una voz, tajante. Era Alex, de pie en la puerta y con la mandíbula tensa de rabia.

–Pero, Alex, simplemente creo que no es justo culpar a May. –En especial porque había sido yo quien dejó la bolsa de chucherías sobre la mesa del comedor, al alcance y como tentación evidente para un pequeño insaciable.

–¡He dicho que ya basta! –ladró, mirándome fijamente.

Me ruboricé, avergonzada. Y también atónita. No solo porque se estaba poniendo del lado de su madre, sino porque me estaba gritando como si fuera una niña que se había portado mal.

Justo en aquel momento, el médico residente de turno –una joven morenita con maneras de sargento del Ejército– entró en la habitación. Nos aseguró enérgicamente que Sam se pondría bien, nos comunicó que le daban el alta y se marchó. Mirabelle se inclinó y besó a Sam y luego recogió sus cosas. Alex la acompañó hasta el pasillo. Yo volví a centrar mi atención en mi hijo y me puse a canturrearle sus canciones favoritas y a besarle la cabecita. El pequeño me tiró de los pendientes mientras yo me reprimía las lágrimas.

La maternidad podía resultar aterradora y agotadora y solitaria, pero al menos tenías la recompensa de tener siempre la última palabra. Con todo lo moderno que Jimmy era como padre –se levantaba a media noche para dar el biberón, acudía a sofisticadas fiestas de cumpleaños con los niños, guardaba los vales de descuento para los pañales–, cuando había que tomar decisiones importantes respecto a los niños me daba a mí el voto de confianza: canguros, cuidados médicos, hora de acostarse. Pero ahora mismo, con Alex, me sentí despojada de todo el poder, como si mis opiniones sobre la educación de mis hijos fueran dulces y bienintencionadas, pero negociables. Como si hubiera sido degradada de madre jefa a un papel meramente asesor.

Me sentí indefensa. Y prescindible.

Los Van Holt tenían su propio código, su propia versión de lo correcto y lo incorrecto y, si querías vivir en su mundo, más te valía aprenderlo y aplicarlo. No te podías salir del guion, ni admitían que pusieras en cuestión su derecho divino. Y no había perdón por un fallo, por muy inocente que hubiera sido el error.

Contemplando la cara tan dulce de Sam y, conociendo su buena disposición y la pureza de su alma, todo aquello me revolvía el estómago.

Regresamos a un apartamento de una tranquilidad sobrecogedora y nos movimos por él como si temiéramos alterar el silencio. Lo único que se oía era algún camión ocasional: uno fuera, que bajaba lentamente por Walnut Street, y otro grande y rojo que Sam empujaba por el suelo de la cocina. Hasta Gloria parecía apagada, jugando apaciblemente a los hospitales con sus

Barbies, a las que les ponía vías intravenosas hechas de hilo dental y cinta adhesiva.

Una vez hube recogido y tirado todas las golosinas de Halloween, incluida la pequeña barra de Snickers que Sam había mordisqueado, con su envoltorio suave y todavía húmedo de sus babas, me lavé las manos vigorosamente como si quisiera borrar no solo cualquier residuo de fruto seco, sino el recuerdo de ese día. Del terror de aquellos veinticinco minutos desde la llamada de teléfono hasta la habitación del hospital y hasta que supe que todo había pasado. Cuando acabé, con la piel enrojecida e irritada, me volví y abrí la nevera. Pensé que una tranquila cena familiar era exactamente lo que los Van Holt necesitábamos.

Saqué huevos, mezcla para hacer *pancakes*, leche, jarabe de arce y beicon, y lo puse todo sobre la encimera. Hoy tomaríamos un desayuno como cena, mi comida socorrida cuando andaba justa de tiempo. Me puse a abrir cajas y a cortar envoltorios, pero cuando me vi de pie entre los fogones y la pica —el territorio de May— me sentí paralizada por la culpa. ¿No estaría horriblemente hundida? ¿Volvería a ver a los niños? Si lograra convencer a Alex de que la readmitiera, ¿querría volver? Recordé su infinita paciencia con Gloria, la dulzura con que le cantaba a Sam y lo vacía que estaba la cocina sin ella merodeando.

Escuché si oía a Alex, pero al no oír nada, me metí en la despensa.

Revisé las llamadas recientes en mi móvil, encontré el teléfono de May y lo marqué. No sabía exactamente qué iba a decirle, pero sabía que, como mínimo, tenía derecho a saber que Sam estaba bien.

Como no respondió, le dejé un largo mensaje titubeante sobre la recuperación de Sam, de cuánto lamentaba la actitud de Mirabelle y sobre lo mucho que la echábamos de menos. Quería añadir que, con el tiempo, cuando superáramos las tensas emociones de aquel día, la volveríamos a contratar y, que si no era así, que ella encontraría otro trabajo mejor. Pero no estaba segura de poder hacer ninguna de aquellas dos promesas.

También quería asegurarle que no había hecho nada malo y que había sido yo quien había dejado las chucherías al alcance de los niños. Pero metida en la despensa de los Van Holt, donde las botellas de Perrier estaban perfectamente alineadas y hasta el cubo de la basura olía ligeramente a esencia de limón, algo —¿el instinto? ¿el miedo?— me dijo que aquello no se lo confesara a nadie. Una madre que deja descuidadamente una bolsa enorme de

chucherías de Halloween al alcance de su hijo alérgico levantaría todas las alarmas. Alarmas que luego no habría quien apagara. Y ya había cometido demasiados errores.

De modo que acabé la llamada sintiéndome todavía peor que antes. Con un suspiro, salí de la despensa y me puse a romper huevos en un cuenco con una mano. Estaba contemplando cómo se juntaban las yemas cuando apareció Alex con un bañador gris de entreno y una toalla.

—¿Qué haces? —me preguntó, mirándome con incredulidad. Estaba sorprendido no solo de verme cocinar, sino de ver que lo hacía con tanta facilidad.

—Preparo la cena. Bueno, en realidad es un desayuno, pero es lo único que he podido encontrar con tan poco tiempo —le dediqué una sonrisa y me fijé en su atuendo—. ¿Por qué? ¿Y tú, qué haces?

—Me voy a nadar.

—¿Dónde?

—Arriba, ¿dónde quieres que vaya?

Oh. Siempre me había preguntado adónde llevaba aquel botón adicional del ascensor. Supongo que había una piscina, climatizada o al aire libre, en la azotea. Tal vez podría llevar a Sam de vez en cuando. Le encantaba flotar en mis brazos en el agua, donde se sentía deliciosamente ingrátido.

—Claro. Lo siento. —Me puse a batir los huevos—. ¿O sea que no quieres cenar?

—Guárdame un plato.

Suspiré con fastidio, pero lo dejé marchar sin decir nada más. Entonces vi a Sam gateando por el suelo, arrastrando su camión y gorgoteando encantado, y cambié de opinión. El pequeño había pasado una experiencia traumática, se merecía una cena en familia. Corrí tras Alex y lo atrapé un segundo antes de que saliera.

—Alex, espera. Hoy tu hijo ha estado en el hospital. Creo que deberíamos cenar todos juntos.

—¿Qué?

—No hemos cenado juntos con los niños desde..., ejem..., desde hace mucho tiempo. Creo que a partir de ahora deberíamos imponer cierta normalidad.

—Normalmente entreno cada día. Eres tú la que dice que no quiere un marido fofo.

Nadie lo quiere, pensé, ¿pero qué me importa cómo es mi marido si no está nunca cerca? En especial en un día como hoy... Tuve ganas de arrancarle la toalla y retorcerle su bonito cuello, pero en vez de eso le dediqué aquella mirada de «no estoy enfadada, estoy decepcionada» que tan perfecta me salía después de diez años de matrimonio con Jimmy.

Con Alex también funcionó. Soltó el pomo de la puerta y volvió a entrar en la cocina. Pero en vez de coger a Sam o de ponerse a jugar con Gloria, se dejó caer en una silla y sacó el móvil. No era exactamente lo que yo esperaba, pero al menos ahí estaba. Físicamente, vaya.

Puse varias tiras de beicon en una sartén caliente y luego le grité a Gloria que viniera a poner la mesa. Ni siquiera me miró, de modo que me acerqué al comedor donde jugaba en el suelo y me puse delante de ella. Fingió estar absorta con sus muñecas.

—Gloria —le dije—. Sé que me oyes.

Ni caso.

—Gloria. Necesito que vengas a poner la mesa.

—Estoy ocupada.

—Me importa un bledo si estás resolviendo la crisis energética mundial, soy tu madre y harás lo que yo te diga.

Le arranqué la Barbie de las manos, pero ella cogió otra. Le arrebaté también la segunda y traté de que se levantara, tirando de su brazo, pero no había manera. Daba mucha rabia.

—Tienes dos opciones —le anuncié, vocalizando muy bien cada palabra como si negociara con unos secuestradores—, o pones la mesa o te vas a las escaleras de pensar.

Gloria frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué escaleras?

Con mi enfado, había olvidado que ahora vivíamos en un apartamento de una sola planta.

—Quiero decir, el rincón de pensar. —Ya se me ocurriría dónde era. Esperaba no tener que llegar a ese punto.

Pero ella no se movió, permaneció clavada en el suelo como un palo. Le repetí claramente sus opciones y luego le di cinco segundos para decidirse. Mientras contaba en voz alta, por dentro le rogaba que moviera el diminuto culo. Pero, nada.

Al final no me dejó elección.

En un ataque de ira, moviéndome como solo una madre furiosa es capaz de moverse, recogí las Barbies, el hilo dental y el celo y lo metí todo en un cajón, y luego levanté a Gloria y la llevé, pataleando y gritando, al pasillo. Encontré una zona muerta de pared, la puse contra ella y le dije que podía quedarse allá quieta hasta que estuviera dispuesta a poner la mesa.

Se levantó de un salto, de modo que la agarré y la volví a bajar. Volvió a levantarse, de modo que esta vez la sujeté contra el suelo como un luchador, rodeándole la cintura con los brazos y con las rodillas sujetándola contra el suelo. Mientras ella pataleaba y arañaba y se debatía como un conejo atrapado, intenté por todos los medios no hacerle daño. Finalmente dejó de resistirse y puso las manos sobre el regazo. Se quedó mirando a la pared con expresión desafiante y luego hizo una sonrisa deliciosa, como si fuera la pintura blanca más interesante que hubiera visto en su vida.

Menuda bruja.

Me levanté y recuperé la compostura, me puse bien el delantal y me alisé el pelo con los dedos. Luego corrí siguiendo el olor del beicon quemado.

Alex me estaba esperando, andando de un lado al otro.

—No lo entiendo. Nunca le habías hecho hacer cosas.

—Ese es el problema.

—Pero ¿por qué ahora, de pronto? —Tenía razón. Era injusto introducir el concepto de disciplina a los cinco años. Pero más vale tarde que nunca.

Gloria nos oyó y gritó «¡Papi, papi!», y Alex me miró exasperado, empezando a ceder.

—Abbey, por favor...

—No, Alex. Tiene que escuchar. Tiene que respetarme. A los dos.

—Pero ha sido un día muy largo, está cansada. No es justo.

Se encaminó hacia ella para ir a rescatarla, de modo que lo agarré por el brazo y tiré de él. Él siguió avanzando, pero yo clavé las piernas en el suelo como contrapeso hasta que aflojó el paso. Estaba dispuesta a someterlo, también a él, si hacía falta.

—Abbey, ¿qué demonios...?

Aflojé la mano y le imploré:

—Alex, no lo hagas...

Se detuvo un momento, reflexionando, y luego me dijo:

—Está bien, hazlo a tu manera.

Luego volvió a la cocina y a su móvil, suspirando disgustado.

Eso también ayudó, porque Gloria se quedó en su sitio y mantuvo su postura de falsa satisfacción, como si fuera el miembro con más experiencia de la Guardia Real.

Los demás cenamos sin mediar palabra y yo traté de no mirar al sitio vacío de Gloria en la mesa. Sam parecía perplejo y, por primera vez en su vida, comió solo un poco. El sonido de la cubertería resultaba demasiado evidente, y el olor de los huevos con queso y los *pancakes* empapados de sirope, nauseabundo. Intenté actuar como si tuviera la situación bajo control, aunque por dentro me sentía mareada.

Pero si Gloria podía resistir, yo también. Ni durante toda la cena ni después, durante el baño de Sam, cedí ni un ápice, y pasé junto a ella como si fuera una caja vacía que alguien había dejado olvidada en el pasillo. El recuerdo de aquella bofetada en su colegio alimentaba mi determinación, incluso cuando ya había transcurrido más de una hora. Curioso, siempre pensé que la pequeña había heredado su terquedad de Jimmy, el hombre que se negó a hablar durante siete años con un primo que lo había herido, pero supongo que al menos una parte la había sacado de mí. Alex no pudo soportarlo; después de engullir la cena sin decir nada, se marchó a nadar.

Finalmente fue Sam –o la envidia de Sam– quien hizo reaccionar a Gloria. Cuando me vio acostándolo, leyéndole un cuento de *Frozen* y haciendo una imitación perfecta del pequeño muñeco de nieve, no pudo soportarlo más. Ya se había perdido una cena familiar con su padre y su madre y un baño burbujeante. Pero a Olaf no fue capaz de ignorarlo. Supongo que todo criminal tiene su punto flaco.

Estaba justo dejando a un somnoliento Sam en la cuna cuando vi su silueta asomar por la puerta.

–¿Mami?

–¿Sí, Gloria?

–Pondré la mesa.

¡Aleluya! La levanté en brazos y la llevé triunfante hasta la cocina, y luego le ayudé a sacar los cuchillos, tenedores y cucharas para el desayuno del día siguiente. Ella preparó en silencio una mesa para cuatro, incluso dobló cuatro servilletas de tela color crema en forma de triángulo y recordó ponerle a Sam su cubertería con mango de jirafa.

Yo sentí un enorme alivio. Nos lo tomamos con calma, charlando sobre el largo día mientras recalentábamos y nos acabábamos los huevos, los

pancakes y el beicon, sin que el tiempo nos resultara evidente, ni cruel, ahora que nuestro desencuentro había terminado. Luego la llevé, con el libro de *Frozen*, a mi cama, como hacíamos siempre en casa cuando ella –o yo– necesitaba un poco de atención adicional.

Se quedó dormida casi de inmediato. Me quedé mirando su carita de muñeca unos minutos y luego la llevé a su habitación y deslicé su cuerpecito dentro de las sábanas bordadas.

Mientras besaba su cabeza de ricitos, le susurré, «Solo soy dura contigo porque te quiero mucho, muchísimo. Y sé que lo puedes gestionar».

Más tarde, cuando ya me había duchado y aún no había ni rastro de Alex, me paseé por la casa de puntillas, buscándolo. Estaba a punto de subir a descubrir la piscina misteriosa bajo el cielo cuando advertí unas huellas húmedas en el parqué: llevaban al cuarto de Sam.

A la luz pálida de la lámpara de noche distinguí la cara de Alex y vi en su perfil tanto al joven que había sido como al viejo en que se convertiría. Cuando se volvió a mirarme, las dos imágenes se fusionaron en el Alex actual.

Entré y me puse a su lado.

–Finalmente ha cedido –le susurré–. Ha puesto la mesa. Hasta se ha disculpado por no escucharme.

No me respondió y permaneció con la mirada fija en el bebé de la cuna.

–¿Va todo bien?

–Sí –su voz sonó entrecortada y gutural, como si intentara contener el llanto. Entonces, tiene emociones, pensé.

–¿Es por Van? Alex, está bien –lo tranquilicé–. De lo contrario, en el hospital no le habrían dado el alta.

Asintió y tragó saliva, pero permaneció inmóvil. Finalmente habló:

–No es eso.

–¿Qué es?

–Lo único que quiero es que nuestros hijos sean felices.

–Oh, Alex. Lo son. Gloria es solo terca. ¿Y conoces a tu hijo? Es, literalmente, el niño más feliz del planeta –le sonreí, pero él me ignoró, con los ojos todavía fijados en Sam.

–De momento, quizá.

Iba a responder, pero me detuve. Lo dejé continuar.

–Solo quiero que sean las personas que quieran ser realmente.

—Lo serán. Estoy segura. —Aunque, en el fondo, no lo estaba.

—¿Recuerdas todos los planes que teníamos? ¿Qué íbamos a ser distintos de nuestros padres? Míranos. Yo no estoy nunca en casa. Tú tampoco estás... y, de alguna manera, parecemos estar haciendo todo lo que dijimos que nunca haríamos.

—¿Como qué?

Se volvió a mirarme y puso los ojos en blanco.

—Vamos, Abbey. —Señaló a nuestro alrededor.

Levanté la mano de su hombro y eché un vistazo por la habitación. Supongo que todo aquello no era el plan. Supuse que debíamos estar en Nueva Orleans, en West Filadelfia, en Guatemala o cualquier otro lugar. Construyendo escuelas o ayudando a cargarnos a los malos, o simplemente viviendo una existencia más sencilla. Buena y próspera, pero no así de buena ni así de próspera. Y tal vez no al mando del timón de aquella campaña al Congreso tipo *Titanic* que no teníamos ni idea de cómo frenar.

Aunque solo llevaba siete días en este mundo, sabía exactamente lo que quería decir. La ropa sofisticada. El apartamento más sofisticado todavía. Los balnearios, los almuerzos, las limpiezas de zumos orgánicos. Los actos benéficos, la publicidad, la carrera política. Era como una película que había visto una y otra vez. Tan bien planificada. Tan previsible.

Alex miró una última vez a Sam y salió de la habitación.

Aquella noche, mientras nos metíamos entre las sábanas frías y almidonadas, no nos tocamos ni nos hablamos. El silencio plomizo solo se rompía con el rumor de las sábanas moviéndose por sus carriles ocultos. Se acercaban entre ellas, pero se detenían justo antes de chocar, dejando solo oscuridad.

El domingo por la mañana los Van Holt volvimos a meternos en el coche, pero esta vez no para ir a un acto de campaña, sino para ir a misa.

Seguía preocupada por Sam, así que lo mantuve cerca de mí y le lavé las manos a cada ocasión que tuve. Aunque debía admitir que volvía a ser el niño alegre y animado de siempre, que engullía su habitual desayuno de camionero –gofres, huevos, tostada, aguacate y fresas– antes de ponerse a perseguir a su chillona hermana de una habitación a la otra.

Quien también se levantó vigoroso aquella mañana fue Alex. Tan pronto como lo oí moverse, me abrazó y me rozó el pelo con los labios. Deslizó los brazos alrededor de mi estómago, que yo escondí instintivamente antes de recordar que ya no me hacía falta hacerlo. Supe lo que quería incluso antes de sentir su erección tensando la fila tela de su pijama. Pero yo no estaba de humor, de modo que lo ignoré y salí de la cama. Soltó un gruñido contrariado, pero se distrajo rápidamente gracias a un teléfono que sonó. Por suerte, las llamadas de Frank empezaban pronto.

Pensé que nos tocaría ir a rezar a una de las viejas iglesias pijas de cerca de Rittenhouse Square, o tal vez al imponente templo histórico de Saint Christopher en el casco antiguo, pero Oscar nos llevó hacia el noroeste, hacia el museo de arte. Pasamos frente a la ancha escalinata ocre que se hizo famosa gracias a Rocky y nos abrimos paso remontando Kelly Drive siguiendo el río Schuylkill, parando junto a ciclistas, remeros y paseadores de perros que disfrutaban de la tranquila y brumosa mañana.

Recorrimos unos cuantos kilómetros más antes de que Oscar redujera la velocidad y girara a la derecha, encaramándose por una colina alineada por casas de estilo colonial y tiendas de anchos escaparates que se esforzaban por mantener la verticalidad sobre la pronunciada pendiente. Estábamos en el pueblo de East Falls, un distrito en distintos niveles en el que había nacido

Grace Kelly, aunque ya no estaba de moda y prácticamente había caído en el olvido; ahora allí vivían solo los lugareños más fieles. Era una zona antigua, que había sido el punto más alto con vistas al río, en el que los primeros pobladores comerciaban con los nativos americanos. En décadas recientes había sufrido por la tendencia de las familias jóvenes a instalarse colina arriba, en Roxborough, o más hacia el río, en la más moderna Manayunk.

Pero ahora, según un artículo reciente del *Philadelphia Magazine*, las cosas estaban cambiando. Un grupo de familias jóvenes afroamericanas se habían instalado allá e intentaban dinamizar la zona. Habían organizado un comando de vigilancia, empezaron a invertir dinero en la escuela de primaria local, instalaron un parque con juegos infantiles y, en junio pasado, organizaron la primera edición anual del East Falls Arts & Music Festival. Su ilusión era transformar East Falls en lo que había sido siglos atrás: un pueblo seguro y ecléctico, ideal para familias que buscaban huir del ritmo desenfrenado y los precios disparados de la ciudad.

Una vez llegamos a lo alto de la colina, Oscar aparcó frente a una antigua casa comunitaria de los cuáqueros que ahora se había convertido en el templo baptista de East Falls, el centro de facto de la comunidad. Los miembros de la congregación hacían cola para entrar por las pequeñas puertas rojas y nos unimos a ellos. Aquella mañana, cuando salí de casa, tuve la sensación de ir un poco demasiado arreglada, pero ahora me alegraba de haber elegido el exquisito traje de Jil Sander, con su lana gris pálida tan elegante como la iglesia de paredes encaladas en la que ahora entrábamos. Cuadraba a la perfección con las damas con vestidos largos y abrigos anudados a la cintura, algunas tocadas con pamelas, y con los hombres igualmente vestidos con traje formal y zapatos lustrosos. Nada que ver con la iglesia católica de la Anunciación de Grange Hill que los Lahey (raramente) frecuentaban. Allí, los únicos feligreses que se vestían de manera formal eran los que iban a bautizar a sus hijos. Hasta el sacerdote llevaba vaqueros debajo de la sotana.

Una vez dentro, nos instalamos en los estrechos bancos, primero yo, luego los niños, y finalmente Alex junto al pasillo central. Aunque no todos los domingos había una familia blanca joven que se unía a la congregación, muy pocos se volvieron a mirarnos; la mayoría reprimió la curiosidad.

El pastor tenía más o menos la edad de Alex y era igual de guapo y elegante, pero en vez de conservar el pelo, era calvo y su piel suave y negra brillaba bajo la luz que entraba por los altos ventanales. Mientras los

feligreses ocupaban sus asientos, se sentó en los peldaños cubiertos de moqueta marrón que llevaban al púlpito. Finalmente se levantó, se enganchó un pequeño micro en la solapa y nos dio la bienvenida a todos con un rotundo «¡Dios es bueno!». De inmediato la congregación se quedó en silencio y concentrada, excepto Sam, que al cabo de un minuto empezó a trepar encima de mí, aburrido. Me esforcé por mantenerlo en silencio con algunos tentempiés que llevaba en el bolso, pero él aullaba y lloriqueaba mientras Alex se volvía a mirarnos, molesto.

Después de unos cuantos anuncios, un trío de músicos adolescentes se pusieron a tocar con una batería negra y oro, una guitarra eléctrica y dos trompetas, y el coro empezó a cantar. Hacían tanto ruido que por encima de ellos casi no podía oírse ni una sirena de ambulancia. Más tarde, cuando el pastor inició su sermón, su enérgico tenor ahogó los gemidos de Sam y los susurros de Gloria y todo lo demás.

El pastor no tenía más de cuarenta años, pero su actitud era experimentada y segura. Y aunque su tono de voz era potente, resultaba también melódico, embrujando a la congregación. El efecto que producía era parecido al de Alex sobre su público, pero él le daba una intensidad y un apremio añadidos. Me pareció gracioso que cuando llegó al *crescendo* del sermón, también se quitó la chaqueta y se arremangó.

Al ver su nombre en el programa, William Wallace, sonreí para mis adentros. William Wallace era el campesino convertido en caballero que luchó y murió por la libertad de Escocia en el siglo XIV. Aunque para la mayoría era conocido por el personaje interpretado por Mel Gibson en *Braveheart*. La película favorita de Jimmy.

Jimmy –y, por lo tanto, yo– la había visto al menos veinte veces. Y también resultaba ser el detonante de una enorme pelea que habíamos tenido la primavera pasada. Fue el tipo de pelea que ocurre en los matrimonios cada equis años; de esas en las que hablas demasiado, llevas las cosas demasiado lejos.

Acababa de regresar a casa de un viaje de trabajo: una visita diplomática de dos noches al DC con Maxim Pest. Normalmente no viajaba con clientes, pero Max DiSabatino iba a recibir un premio de honor como profesional del año en el sector de los plaguicidas, y tuve que ir a asesorarlo con el discurso, sacarle fotos y coordinar las entrevistas de prensa. Charlotte había insistido

en venir y se había pasado todo el viaje puntualizando, opinando y hablando cuando me tocaba hacerlo a mí. Y además me había robado el protagonismo femenino con sus faldas ajustadas y sus labios pintados.

Entré en casa después de tres jornadas de doce horas y de un retraso de dos horas en el tren de regreso y me encontré la casa en un estado lamentable. Había cenas a medio consumir sobre la mesa cubierta de migas; el suelo estaba lleno de zapatos y calcetines de los niños; y los cuencos de pienso y de agua del perro estaban vacíos. Corrí al baño a hacer pipí y me encontré sin papel higiénico, con el cubo de la ropa sucia a rebosar, y tantas manchas azules de pasta de dientes en el lavabo que parecía como si allí se hubiera suicidado un pitufo.

Jimmy estaba en el salón despatarrado tomándose una cerveza y viendo *Braveheart* por enésima vez. Los lords escoceses luchaban con valentía por sus derechos dinásticos y expresaban amor por la patria frente a las terribles torturas, pero allí, en nuestro salón, el único movimiento era el brazo de Jimmy subiendo y bajando la botella de cerveza.

—Hola —le dije.

—Ey —me respondió, sin despegar los ojos del televisor mientras soltaba el obligado «¿qué tal el viaje?».

—¡Increíble! —exclamé, con una fuerte capa de sarcasmo, para luego girar sobre los talones, volver a la cocina y empezar a meter los platos sucios en el lavaplatos.

Jimmy vino al cabo de unos minutos.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó, con un suspiro sonoro.

—Más bien, qué no has hecho —mascullé entre dientes.

—¿Qué? —preguntó—. Lo siento, no te he oído.

Me detuve con un plato lleno de suciedad incrustada y me volví hacia él.

—¿Has estado esperando que volviera a casa para que limpiara todo esto? ¿O quizá no te has dado cuenta de que parece que en esta casa ha explotado una bomba?

—¿Estás de broma? ¿Qué te crees que llevo tres días haciendo, mientras tú no estabas? Cuidar de los niños, cocinar, llevarlos de un lado al otro, limpiando detrás de ellos y todo el resto de mierdas. Perdona por haberme sentado un minuto a descansar...

—Pues es precisamente esto, Jimmy —le dije, mientras cerraba el agua—. Yo no me siento nunca. Jamás. ¿Cuándo fue la última vez que me viste tumbada,

tomándome una cerveza y viendo una peli mientras la casa estaba como si hubiera pasado un puto tornado?

–No puedes pedírmelo todo, Abbey –dijo–. No puedo trabajar todo el día y toda la noche.

–¿Por qué no? –le reté–. Yo lo hago.

Y entonces, antes de poder mesurar mis palabras, añadí algo que sabía que dolería:

–Alguien tiene que hacerlo.

Durante todos aquellos meses, nunca había hablado de nuestra situación financiera, ni de cómo la reducida lista de clientes de Jimmy afectaba nuestro estilo de vida. Intenté ser positiva, prometiéndole que las cosas cambiarían, que mejorarían. Sabía que, para cualquier propietario de un pequeño negocio, contemplar cómo se marchaban los clientes que tanto le había costado conseguir ya era lo bastante duro, pero para Jimmy era traumático. También sabía que estaba muy cerca de perder su negocio y que pronto debería volver a trabajar para un tercero o incluso aceptar un trabajo de oficina.

Todo esto ya lo sabía, sabía que era el más doloroso de los temas y que, por lo tanto, debía haberlo evitado. Pero estaba agotada y furiosa, y en aquel momento quise golpear donde más dolía.

Como mi andrajoso jersey de cachemir, me sentía desgastada e incapaz de fingir. Había visto cómo mi antaño ambicioso y positivo marido era ahora un ser perdido e infeliz, incapaz de aceptar la realidad de la situación ni de hacer nada para evitar el montón de segundos avisos que se siguieron apilando en mi ausencia.

–¿Alguien tiene que hacerlo? –me repitió mis palabras, pero su tono estaba lleno de dolor, no de rabia.

–Déjalo –le dije.

–Oh no, Abbey. Eres tan lista; lo tienes todo previsto. Por favor, ilumíname. Te lo ruego, doña Perfecta, dime todas las maneras en las que te estoy fallando.

–¡No soy perfecta, me esfuerzo más! –le grité–. ¡Me esfuerzo más en el trabajo! ¡Me esfuerzo más en casa! ¡Me esfuerzo más con los niños! Y tú, la mitad de las veces, te excusas por teléfono.

–Bueno, pues tal vez deberías esforzarte un poco menos –dijo, mientras me miraba con severidad–. Y no firmé para toda una vida de no estar a tu altura. Dios mío, a veces puedes ser tan..., tan... perra. –Esa última palabra salió un

segundo más tarde que el resto, como si supiera que él también estaba cruzando una línea roja.

Me quedé quieta, sintiendo la punzada. La voz de Jimmy se suavizó, ahora huraña y a la defensiva:

–Y no pongo excusas –me dijo–. Todo lo que hago, lo hago por ti y por los niños. Absolutamente todo.

–Excepto ganar un puto sueldo.

Se acercó a mí y, por un segundo, pensé que me iba a dar una bofetada. Pero, en vez de ello, me arrebató el plato sucio de la mano y lo lanzó contra la pared, donde se partió, despidiendo fragmentos blancos y salsa de tomate por todas partes. Luego pasó por mi lado y salió de la cocina por la puerta trasera, con un portazo tan fuerte, que hizo saltar la puerta de malla de sus bisagras.

–¡Fantástico! –grité detrás de él–. ¡Otra cosa de la que tendré que ocuparme!

Me silbaban los oídos y el corazón me latía con fuerza. Pero cuando me empecé a calmar y mi rabia se esfumaba como la marea cuando baja, lo que sentí fue pura desesperación.

Me quedé ahí veinte minutos, hasta que las lágrimas se me agotaron y sentí el cuerpo vacío y débil. Para entonces, la rabia se había transformado en culpa, y la culpa en desesperanza. Sabía que habíamos soltado el resentimiento que nos había estado carcomiendo por dentro a los dos durante meses, tal vez años.

Ahora, cuando pensaba en ello, mis recuerdos se acompañaban con los sonidos del coro y de un hombre de Dios que predicaba el perdón, y me preguntaba en qué punto de nuestro matrimonio Jimmy y yo habíamos dejado de trabajar juntos y habíamos pasado a hacerlo en paralelo. En qué momento habíamos perdido el hábito de estirar y aflojar y habíamos pasado a solo estirar.

Y en qué momento exacto nuestro interés por el otro se había transformado en desdén.

Cuando el servicio de la iglesia baptista de East Falls hubo terminado, nos pusimos a la cola junto a otras familias para saludar al pastor Wallace y a los

feligreses de más edad. A medida que la fila avanzaba y nos acercábamos a ellos, advertí que Wallace miraba a Alex con interés.

—Hermano Van Holt —lo llamó—. ¿Qué te trae hasta East Falls? ¿No tenéis Dios en Rittenhouse Square?

—Pensé en venir a ver con mis propios ojos por qué hay tanta gente a quien le gusta esto —dijo Alex con una sonrisa—. Me dicen que tienen a un predicador que está moviendo realmente las cosas. Siente auténtica pasión por lo que hace. De hecho, tal vez sea él quien debería presentarse al Congreso.

—Es posible, es posible —dijo Wallace lentamente, reflexionando sobre la idea. Se acercó un poco más a Alex y prosiguió—: Pero yo tengo algo más que pasión. Tengo hambre. Como mucha de la gente de por aquí. Hambre de algo mejor. Hambre de lo que usted tiene, señor Van Holt.

—Lo sé —dijo Alex—. Y creo que conseguirán lo que quieren. Lo que usted quiere. —Luego, casi en un susurro, añadió—: Lo que ambos queremos.

—Espero que sea verdad —le susurró Wallace como respuesta—. Desde luego, estoy haciendo todo lo que puedo.

—Pues, entonces, que Dios le bendiga —dijo, con una sonrisa que le iluminó el rostro—. Y que Dios bendiga a su preciosa familia. Esperamos volver a verlos algún día. Incluso después del cuatro de noviembre.

Wallace estrechó la mano de Alex, nos sonrió a los niños y a mí y luego se volvió hacia el siguiente grupo. Caminé en silencio, preguntándome qué era lo que acababa de ocurrir.

En el coche, traté de encajar todas las piezas cuando Alex llamó a Frank para ponerlo al día. Había algo sobre una nueva compañía tecnológica —Ariel, como la princesa de Disney— que iba a trasladar su sede central a Filadelfia. Wallace esperaba que la empresa adquiriera uno de los viejos almacenes junto al río, lo que generaría cientos de puestos de trabajos del sector tecnológico en su comunidad, por no hablar de los nuevos clientes para los restaurantes, comercios y edificios de viviendas del municipio.

Toda la conversación codificada con Wallace tenía, de hecho, un contenido político: Alex convencería a Ariel de instalarse en East Falls y, a cambio, Wallace se aseguraría que sus aproximadamente cuatro mil feligreses acudieran a las urnas. Parecía como un trueque político perfectamente normal, pero también me preguntaba si mi marido tendría realmente este tipo de influencia sobre un negocio comercial proveniente de otro estado. Ni

siquiera era congresista... todavía.

Cuando Alex dejó el teléfono y se reclinó en el asiento, le pregunté sobre ello.

—¿Crees realmente que puedes conseguir que Ariel se instale aquí?

—Quizá.

—No pareces muy seguro.

—Bueno, no es eso. Es solo que tal vez Jonathan Brindle tenga algo que decir sobre el asunto.

¿El señor Brindle de la fiesta? ¿El que tenía una mujer que no sabía quiénes eran los Eagles? ¿A ellos qué les importaba? Me quedé mirando el río, tan bajo y quieto por la falta de lluvia, tratando de comprender.

A menos que... fuera los mismos Brindle que los grandes almacenes Brindle de Market Street, el mismo edificio en el que trabajé cuando acabé la universidad. Donde conocí a Alex. Y el mismo edificio que había estado perdiendo poco a poco arrendatarios desde que su inquilino estrella, Philadelphia First, se trasladó al Cira Centre en 2007. Todo eso lo sabía porque seguía almorzando de vez en cuando con mis antiguas jefas, Sharon y Barbara, y me habían contado que el edificio era como un pueblo fantasma.

De pronto caí en la cuenta.

—¿Quieren los Brindle que Ariel se instale en su edificio?

—Evidentemente —dijo—. ¿Por qué, si no, me habrían dado cien mil dólares para mi campaña?

¿Cien mil dólares? Eso era muchísimo dinero, hasta para los Brindle. Hasta para un padrino. El coche se quedó en silencio al detenerse en un semáforo, y ahora lo único que se oía era a Sam mordisqueando su jirafa de peluche. Alex se volvió hacia mí y prosiguió en voz baja:

—No me lo tengas en cuenta, Abbey. Me siento fatal. Pero no tengo alternativa.

—Claro que la tienes. No puedes ceder ante los Brindle. Encontrarán otros inquilinos. Su edificio está en Center City. En cambio, East Falls necesita desesperadamente esta inversión.

Alex se enojó.

—¿Y por qué, de pronto, te interesas por esto? La semana pasada te importaba un pepino East Falls, cuando estabas en el palco de los Brindle en el auditorio de la Sinfónica. O cuando nos dejaron su avión privado para ir a Vail.

Me di cuenta de que yo también era culpable de aquella trama.

—En serio, Abbey —dijo Alex, arrepentido—. Sabes que todo esto no me gusta. Yo también preferiría que se instalaran en East Falls. Pero nunca le prometí nada a Wallace. Solo le dije que lo intentaría. —Suspiró e inclinó la cabeza, luego añadió—: Y ya sabes lo que dicen: «No es culpa del jugador, es culpa del juego».

Creo que esperaba que me riera, pero me lo quedé mirando. Otra vez intentaba salir de una conversación incómoda con una bromita.

—Es de Jay Z —me aclaró. Luego volvió a repetir la frase, rapeando.

Lo seguí mirando, asqueada por dentro, y entonces sonrió y rectificó:

—Ay, es cierto, es de Ice T. Siempre me olvido, ahora que sale por la tele.

—Qué más da, Alex; no es eso lo que importa. ¡Deja de intentar cambiar de tema!

Le toqué el brazo, queriendo proseguir con la conversación, pero el coche llegó a casa y Oscar bajó a abrirme la puerta, lo que indicaba que los niños y yo debíamos apearnos. Mientras lo veía alejarse, pensé en qué otras falsas promesas podía haber considerado necesarias.

Entré con los niños al ancho y elegante vestíbulo de nuestro edificio, pasando por delante del conserje uniformado, todo sonrisa y cortesía incluso en domingo, y fui consciente que para Alex, al menos en parte, esta campaña era un juego. Para la gente rica como él —y ahora como yo—, problemas como el desarrollo económico, las subidas de impuestos y los precios de la gasolina eran tan solo temas de conversación. Perder la inversión de Ariel y todos los puestos de trabajo capaces de transformar el distrito de William Wallace de manera definitiva no tendría ningún efecto sobre nuestra calidad de vida o la de nuestros amigos. Era únicamente uno de los muchos giros en el animado juego de la vida política. Y aunque Alex alegaba que no podía hacer nada al respecto, yo no podía evitar pensar que sí podía. ¿La verdad? Simplemente, no se molestaría en hacerlo.

En cambio, yo no podía quitarme a William Wallace de la cabeza. Sabía que para Alex era tan solo un pecado de omisión, pero yo lo veía tal y como era: una mentira. No estaba haciendo nada por darle a William Wallace lo que quería; sabía perfectamente de qué lado caería la moneda. Pero sí le creí

cuando me dijo que lo sentía, y eso me produjo cierto alivio.

Ya arriba, en casa, encendí las luces y puse música para intentar animar un poco aquel espacio monótono y, como detalle especial, pensé que pediría unas pizzas para los niños. Busqué publicidad de comida a domicilio, pero, como no encontré ninguna, llamé a información para que me sugirieran algún sitio. Me ayudaron y, después de comprobar que el lugar aceptaba tarjetas de crédito, pedí dos pizzas grandes: una suprema para amantes de la carne, para Sam, y una normal para Gloria y para mí.

Me volví a contárselo y luego me sobresalté al encontrarla detrás de mí. Se había pasado el día pegada a mí como una sombra.

—¿Van a traer las pizzas aquí? —me preguntó, perpleja.

—Sí, eso es —le dije, sorprendida que los Van Holt no hubieran pedido nunca pizzas.

—¡Qué guay! ¿Vienen ahora?

—Primero tienen que hacerla. Pero la traerán en treinta minutos o menos. Si tardan más, nos la dan gratis.

—¿Cuánto hace que has llamado?

—Treinta segundos. O sea que quedan veintinueve minutos y treinta segundos. Veintinueve. Veintiocho... —Abrió los ojos como platos de la ilusión; luego se volvió y corrió al cuarto de juegos a buscar su ordenador y su cronómetro. Se sentó a mirarlo hasta que, finalmente, con tan solo unos segundos de margen, sonó el portero automático que nos anunciaba que alguien estaba subiendo a casa. Gloria agarró a Sam y los dos salieron corriendo del apartamento hacia la puerta del ascensor.

Cuando se abrió, Gloria saltó.

—¡Lo has conseguido con un minuto de ventaja!

El chico se rio, nos dio las pizzas, y, con más elegancia de la debida, aceptó una propina de tres dólares en efectivo. (Mañana por la mañana debería resolver aquel problema de las tarjetas de crédito.)

Después del potente almuerzo, y Sam con un sueño inducido por la comida, me fui a guardar los restos de pizza. Luego me senté al ordenador a consultar mis correos. Seguía sin haber ninguno de Roberta, de modo que la volví a escribir.

Luego me puse a redactar un mensaje para Jules. Primero quise invitarla a la gala benéfica de rescate de animales abandonados de la semana siguiente. (Como era «ven con tu mascota» había posibilidad de que viniera.) Pero

cuando me la imaginé rodeada de gente pija con sus pequeños shih tzus, me lo pensé dos veces. Probé a tentarla con un almuerzo divertido, pero lo borré con un suspiro. Redacté otro correo dicharachero sobre los niños, pero eso también me sonó forzado. Finalmente me quedé con tan solo las cuatro palabras del asunto, «Te echo de menos», le di a «enviar» y lo observé despegar hacia su bandeja de entrada con un *whoosh* y una plegaria silenciosa.

Luego consulté en el *Philadelphia Inquirer* las noticias sobre las elecciones. No había ni una, pero advertí que había un artículo de Larry Liebman sobre las pensiones de los trabajadores municipales. Me la imaginé tecleando o hablando por teléfono, como la imagen más cercana que Filadelfia tendría jamás del personaje de Lois Lane.

Gloria apareció con una camiseta roja y unas mallas negras, con ganas de jugar a pizzeros. Me reí y le ayudé a quitarse su ropa de ir a la iglesia y a ponerse su «uniforme». Al subirle los pantalones, me fijé en que su ropa interior tenía unos dibujos de sirenas. Pequeñas Ariel, para ser exactos. Ariel. Larry. El *Inquirer*.

Empecé a elaborar una idea.

Acabé de ayudar a Gloria, le recogí el pelo y le dibujé un pequeño bigote, y la observé marcharse a entregar las dos cajas de pizza vacías por todo el apartamento. Luego volví a mi pantalla de ordenador, ansiosa por saber más sobre Ariel.com. Al parecer, la empresa ofrecía un dispositivo de wifi de viaje que funcionaba en todo el mundo, y era una de las empresas tecnológicas americanas más punteras del año pasado. Su nombre no estaba inspirado en *La Sirenita*, sino que se llamaba así por Ariel Morganstern, el fundador de la empresa, licenciado por la Universidad de Pensilvania, de la promoción de 1998. Como Alex. O sea que así era cómo utilizaría su influencia: él y Ariel eran amigos. Y los Brindle lo sabían.

Volví a la página principal del *Inquirer* y busqué Ariel.com, convencida que algún periodista estaría siguiendo la evolución de las negociaciones. Pero, curiosamente, no había nada ni sobre Ariel ni sobre Morganstern. Ni una palabra.

Al parecer, todo aquello se negociaba por teléfono, en cenas privadas y a puerta cerrada. Y la prensa no se enteraría de nada hasta que estuviera todo firmado. A menos que...

Tecleé la dirección de Gmail y abrí la cuenta más anónima que se me

ocurrió: «johnsmith65@gmail.com». Luego, con la nueva dirección, redacté un mensaje: «¿Sabías que Ariel.com tiene previsto trasladar su sede a Filadelfia, en concreto a East Falls? Eso podría representar grandes avances para la comunidad. Para más información, ponte en contacto con William Wallace en la Iglesia Baptista». Y firmé: «Un ciudadano preocupado».

Y envié el mensaje a lliebman@philadelphiainquirer.com.

Si Larry picaba, y estaba bastante convencida de que lo haría, el simple titular podría centrar la atención de todos en Ariel y en East Falls. Luego, si en consecuencia los Brindle trataban de conseguir el alquiler, aparecerían como insolidarios, tratando de arrebatarse puestos de trabajo a un predicador negro que intentaba levantar una comunidad. Para no arriesgarse a la mala prensa, o a una lucha, lo más probable era que acabaran renunciando, tal vez ni siquiera se ofrecerían. Pero, lo más importante, Alex podría enfrentarse a los Brindle con la conciencia tranquila, puesto que no tendría ni idea de quién había filtrado la información al *Inquirer*. Una situación ganadora para todos.

Dios mío, me encantaba cuando las relaciones públicas jugaban realmente a favor del público. Pulsé «enviar».

Con el subidón de energía, empecé a centrarme en el piso. Solo hacía veinticuatro horas que May se había marchado, pero la casa ya estaba hecha un asco. ¿Cómo había podido limpiarla, cuidar de los niños y cocinar todos aquellos menús tan elaborados? Sentí que me ponía de nuevo de mal humor, en especial cuando volvía a visualizar la expresión petulante de Mirabelle, y empecé a meter platos en el lavavajillas con furia. Cuando vi a Gloria colarse en la sala de estar y encender la tele, le ladré:

–No tan rápido, querida.

–¿Qué, mami?

–Necesito que me ayudes.

–Pero si siempre veo dibujos cuando Van duerme.

–Me da igual. Necesito tu ayuda. Tenemos trabajo.

–¿Qué quieres decir, «trabajo»?

–Tareas.

Abrió los ojos de par en par:

–¿Las dos juntas? ¿Tú y yo?

—Exacto. Tú y yo.

Dejó el mando y vino corriendo, ilusionada. Me agaché y le cogí las manitas.

—Hola, Gusiluz —dije, con mi mejor voz de mami enrollada—. ¿Crees que sabrías pasar una aspiradora?

Abrió los ojos todavía más y se quedó boquiabierta, como si acabara de ofrecerle un viaje en el Space Mountain.

—¿De verdad?

—De verdad —dije—. Pero antes me tendrás que enseñar dónde está.

Y así fue cómo se puso en marcha el primer servicio de limpieza de madre e hija millonarias, empezando por la suite principal en un esfuerzo por no despertar al bebé. Saqué el polvo de las encimeras, regué las plantas, doblé toallas, fregué el baño, limpié la ducha y recogí la ropa y las toallas sucias en los cestos correspondientes. Gloria me seguía con el Dyson, que manejó con cierta pericia aunque era más alto que ella.

Mientras recogía algunas prendas de Alex en el vestidor de la habitación, algo que cayó al suelo de unos pantalones de vestir me llamó la atención.

En una servilleta de coctel había garabateado un nombre: «Jennifer». Y un número de teléfono. Me quedé mirando fijamente aquel cuadradito blanco y poco a poco empecé a entenderlo. Me puse a revisar el resto de su ropa y la papelera y descubrí dos notas más y tres tarjetas de visita, todas ellas de mujeres. Una hasta llevaba un beso de pintalabios rosa. ¿En serio?

Mi perplejidad se convirtió en furia. La idea de todas aquellas mujeres ofreciéndose a Alex —incluso pensando que él podía ser suyo— me ponía enferma. Estuve tentada de llamar a todos esos números y anunciar que Alexander van Holt era un hombre felizmente casado que adoraba a su esposa y a sus dos hijos.

En realidad, el hecho de que las notas o tarjetas se hubieran quedado en los bolsillos o hubieran acabado en la papelera, desechadas u olvidadas, ofrecía cierto consuelo. Pero, igualmente, me daba que pensar: ¿cuánto tiempo sería capaz de resistirse a aquellas mujeres? En especial, si ganaba las elecciones y pasaba buena parte de la semana en Washington sin mí... ¿Y antes? ¿Habría sucumbido alguna vez? De hecho, ¿cuán «felizmente» casado estaba mi

marido?

Estas eran preguntas a las que cualquier mujer casada razonablemente consciente debería ser capaz de responder. Pero, claro, la mayoría conocía a sus maridos desde hacía más de siete días.

Gloria entró y me anunció que su hermanito se había despertado. Fuimos juntas a buscarlo y a enrollarlo para nuestra siguiente misión: el salón. Al darme cuenta de que Gloria estaba perdiendo interés, les até unos trapos sacapolvos a los pies y les di un plumero a cada uno. Mientras patinaban así por el parqué, riéndose a carcajadas, intenté unirme a su diversión, pero no conseguía quitarme aquellas sórdidas notas de la cabeza.

Me acerqué a las ventanas y miré hacia abajo, a las aceras. Cuando Alex cruzaba la ciudad, saltando de un acto a otro, ¿pasaba de vez en cuando por algún restaurante o bar, o por un banco en el parque –cualquier «rincón especial»– y pensaba en mí? Cuando veía a niños, ¿nos echaba de menos y anhelaba estar en casa? ¿Seguía «enamorado» de mí?

Y me preguntaba también si alguna vez se sentía celoso..., como yo ahora. Era un sentimiento extraño que me asustaba y me volvía vulnerable. Algo que nunca me había ocurrido con Jimmy. Ni una sola vez.

–Mamá –dijo una vocecita desde abajo. Era Sam, que ya pedía algo de comer.

Me dirigí a la despensa y busqué en los estantes algo fácil. Saqué unas galletas saladas y, en un rincón, vi una bolsa de lona de la Universidad de Drexel llena de libros y algo de ropa; era de May. La llevé a la cocina y la puse en la encimera.

Dentro había una sudadera azul, unas gafas de sol de plástico, un paraguas, unos cuantos pañales, una libreta, unos rotuladores fosforescentes y un vaso de bebé. También había un par de libros de texto, uno de biología y otro de literatura norteamericana del período 1920 a 1968. Ver todo aquello me hizo sentirme llena de culpa. Al llevar a Sam al hospital, debió de olvidarse sus cosas, y ahora estaba demasiado asustada u ofendida para venir a recogerlas.

Gloria entró apresuradamente en la cocina, exigiéndome saber por qué tardaba tanto. Volví a meter los libros en la bolsa y, antes de que pudiera decir nada más, la agarré por los hombros y le di media vuelta hacia la puerta.

–Ponte los zapatos –le dije–, que nos vamos.

Era la segunda vez que el taxi pasaba por delante del mismo anticuario. Y la tercera que veíamos al viejito con jersey de rombos que paseaba un beagle. Y la enésima vez que rebotábamos por los adoquines de Jewelers Row.

–¿Estás segura de que es esta calle? –volví a preguntarle a mi hija–. ¿No puede ser una más abajo, por allí?

Señalé al sur, hacia Washington Square, pero ella negó con la cabeza y siguió escrutando el paisaje urbano. Empezaba a pensar que Gloria me tomaba el pelo y que, a pesar de su sonora insistencia de lo contrario, no tenía ni idea de dónde vivía May.

–Sé que hay muchas tiendas –dijo, frunciendo el ceño concentrada–. Y letreros como este. –Señaló un rótulo rosa de neón que decía «Compramos oro».

Tiendas y rótulos. Bueno, esas dos pistas reducían los resultados a prácticamente cualquier calle de los centros urbanos de la Costa Este.

Habíamos pasado los últimos treinta minutos circulando según las indicaciones de Gloria. El taxista ruso parecía asombrado, pero no especialmente irritado; creo que disfrutaba de la carrera tanto como Gloria. Yo, un poco menos. Empezaba a perder la paciencia. Y a marearme. Le dije al taxista que se detuviera.

–Piensa, Gloria. ¿Qué más hay en esa calle? ¿Un restaurante? ¿Un parque? Es muy importante. Solo tú la puedes encontrar.

Y teníamos que encontrarla. Para devolverle la bolsa y los libros. Pero, por encima de todo, para poder disculparme por su injusto y abrupto despido. En especial, porque sospechaba que ella sabía que yo era la culpable de haber dejado las chucherías por ahí.

Gloria inclinó un poco la cabeza.

–¿Qué me das si te lo digo?

–Podrás seguir viviendo en nuestra casa sin pagar alquiler –le dije–. ¿Qué te parece?

Se puso seria, dudando de si hablaba en serio, pero también valorando si era un riesgo que valía la pena correr. Apretó mucho las cejas, igual que yo cuando intento recordar algo desesperadamente, y finalmente soltó una palabra:

–¡Corderos!

–¿Qué?

–Hay corderos, allí –dijo, orgullosa.

–¿Cómo en Bloemveld?

–No, corderos muertos.

¿Ovejas muertas? Me esforcé por traducir la pista en algo útil.

–Y quesos, mami. Quesos grandes.

El taxista se volvió hacia nosotros y dijo algo con un fuerte acento.

–¿Perdone?

–El mercado italiano –repitió más alto–. Quiere decir el mercado italiano.

Gloria sonrió y luego chocó los cinco con el chofer a través de la obertura del separador de plexiglás. Entonces, los tres nos sujetamos fuerte mientras el coche se ponía en marcha y salía disparado en dirección a South Philly.

Justo una calle más abajo del famoso Ninth Street Italian Market, donde vendían de todo, desde verduras a especias y embutidos, y –¡sí!– cordero, Gloria localizó el edificio de May. Era una antigua fábrica de marroquinería de principios del siglo XX convertida en seis plantas de apartamentos, la auténtica versión de la fábrica reconvertida en *lofts* que atraía a los *yuppies* de toda la ciudad. El lugar era tranquilo y oscuro, excepto por unos cuantos indicios de vida: publicidad de supermercados locales, una bici con candado y unas cuantas cajas de envíos de Amazon.

De nuevo, tuve que fiarme de una niña de cinco años para que nos guiara. Pero esta vez Gloria no tuvo problemas y subió los cinco pisos de escaleras con seguridad, mientras yo me esforzaba por seguirla con Sam en brazos. En la sexta planta, se detuvo frente a una puerta de metal frente a la cual había dos pares de zapatos, sonriendo orgullosa de haber resuelto el caso. Y, obviamente, ansiosa de volver a ver a su querida May. Su pequeño puño acabó rojo de tanto llamar.

Cuando llegué a su lado y recuperé el aliento, retiré la mano de Gloria a tiempo de oír la voz de May diciendo algo de bienvenida en tailandés.

–May, soy Abbey –dije, a través de la puerta–. Van Holt.

Silencio. Lo volví a intentar.

–¿May?

Por fin:

–¿Qué quiere?

–Te he traído tu bolsa.

Sin respuesta.

–Te la dejaste en casa. Con libros y ropa y algunas cosas.

–Déjela fuera.

Sam y Gloria me miraron con ojitos perplejos y de cachorrito triste, sin entender por qué podían oír la voz de May pero no podían verla. Por ellos, lo intenté de nuevo.

–Escúchame, May. Sé que estás enfadada conmigo, pero, ¿podrías saludar a los niños? Te echan mucho de menos.

La palanca de la puerta se abrió con un ruido metálico y la puerta se deslizó hacia dentro. May apareció con una camiseta ajustada, un cárdigan negro largo y unos pantalones holgados, con su larga melena suelta. Así vestida se la veía muy distinta, y me di cuenta de que debía de tener mi edad, quizá hasta fuera más joven. Se agachó y los niños corrieron a sus brazos, casi derribándola. Mientras los abrazaba, riéndose, la puerta se cerró de golpe y me quedé sola en el pasillo. Esperaba que la volviera a abrir de inmediato, pero no lo hizo. Madre mía, estaba realmente enfadada.

Al cabo de unos minutos salió con Sam sobre la cadera y Gloria de la mano. No me miró, pero se notaba que estaba al borde de las lágrimas. Mientras les daba un último abrazo de despedida, intentando parecer animada, casi me sentía incapaz de mirarlos.

El saber hacer que May tenía con ellos era mágico, casi carnal. Como el de una madre. Mientras contemplaba a mis niños aferrados a ella, como un ovillo de colores en aquel pasillo monótono, pensé que debería sentirme celosa. Pero no era así.

En aquel momento, me di cuenta de que había estado juzgando a Abbey van Holt por tener una canguro, por externalizar el trabajo de madre, cuando en realidad lo que debería haber pensado era en la suerte que tenían aquellos niños de tener a alguien más que los quería tanto. En especial alguien como May, que no tenía ideas preconcebidas de lo que significaba ser un Van Holt y que simplemente los dejaba ser niños.

¿Y la recompensa de May? Acabar despedida por algo que no había hecho. Me sentía impotente. O, peor: como el malo de una novela de Dickens. El jefe malvado que arruina la vida de un inocente bienintencionado. Tenía que hacer algo.

–May, vi que no has recibido ninguna indemnización –le dije, mientras

sacaba el talonario, dispuesta a darle un cheque con muchos ceros. Pero cuando vi «Señor y señora Van Holt» encima de los cheques, me detuve. Cuando lo ingresara, Alex lo sabría. Y fue muy claro con el tema de May. Según él, su negligencia había estado a punto de matar a su hijo.

Volví a guardar el talonario en el bolso.

—¡Ostras, qué lata! Me he quedado sin cheques. Te mandaré uno en unos días. O te lo daré en efectivo. Mañana. O, de hecho, mañana no; en unos días...

—No quiero su dinero —me dijo, cortante.

—Pues entonces, ¿una carta de recomendación? Estaré encantada de recomendarte.

Mis palabras se vieron interrumpidas por un portazo que me dejó boquiabierta y atónita en el frío pasillo.

Cuando el polvo levantado se volvió a posar, me di cuenta de lo que quería: la verdad.

Tomé a los dos niños de la mano, me acerqué de nuevo a su puerta y me puse a gritar a través de la gruesa puerta.

—May, escúchame. No fue culpa tuya. Fue..., fue mía. Debí ser más cuidadosa, y debía haberlo confesado a Mirabelle. Y luchar por ti.

Hice una pausa y apoyé la cabeza en el frío metal.

—Lo cierto es que... estaba asustada.

No hubo respuesta, ni un sonido. Hasta los niños, que me miraban fijamente, permanecían inmóviles y callados. Sus ojitos azules estaban llenos de ansiedad, como diciendo «Por favor, Mami. Por favor, arregla esta situación».

Sabía que tenía que hacerlo, pero, mientras me volvía para marcharnos, guiando a la impresionada Gloria y al desconcertado Sam escaleras abajo, era consciente de que no tenía ni idea de cómo.

Cuando conocí a Collier van Holt no entendí por qué todo el mundo se ponía tan tenso cuando hablaba de él. Parecía inofensivo, cariñoso y un poco perplejo, y me cayó bien nada más verlo. Era más bajo y fornido que Alex, con el pelo fino, ralo y plateado, peinado cuidadosamente, y el rostro de facciones suaves y bronceadas. Llevaba un traje color caramelo con raya fina azul marino, una camisa azul celeste y zapatos marrones bien lustrosos. Tenía un aire elegante, pero un poco extraviado, como de noble trasnochado recién aterrizado al mundo moderno de *café latte* de cápsula y sistemas de apertura sin llave.

Parecía sentirse especialmente incómodo con su propia familia, casi tímido, como si estuviera entre desconocidos que no fueran de su propia sangre. Cuando no tenía las manos en los bolsillos o sujetando un vaso, le temblaban.

–Abigail –me dijo, con tono cálido, cuando entramos en la biblioteca de paredes revestidas de caoba, la misma sala en la que la semana anterior había conversado con el padre Fergie antes de tragarme unas cuantas galletas de perro–, ¿cómo estás, cielo? Madre me dice que tuviste un pequeño accidente.

Le di un abrazo y un beso en la mejilla y pareció sorprendido, pero encantado. Gloria y Sam entraron corriendo y se pusieron a rodearlo y a dar zarpazos al aire, jugando a algo que solo ellos tres entendían. Fingió sorpresa cuando los niños encontraron dos caramelos de menta escondidos en el bolsillo de su chaqueta.

–Cuidado, langostitas –les susurró, mientras les ayudaba a abrir el celofán–. Si *grandmère* ve los caramelos, se enfadará conmigo por estropearos la cena.

Al mencionar a Mirabelle, Collier miró hacia la cocina con nerviosismo y luego se dirigió hacia la barra a servirse una copa.

Mirabelle irrumpió en la estancia envuelta en una nube de seda color crema, perfume de gardenia y una fingida exasperación. Su vestido impecable se complementaba con un igualmente impecable delantal negro con las palabras «Besad a la cocinera» bordadas. ¿A quién se cree usted que engaña, señora?, pensé. Tras esa puerta había al menos tres cocineros contratados; lo único que Mirabelle iba a cocinar esa noche eran sus propias opiniones.

—¡Por fin! —exclamó al vernos, y levantó los brazos para enfatizar sus palabras, como si hiciera horas que nos esperaba, no quince minutos. Se dirigió directamente a Alex para abrazarlo y luego hizo ademán de besarme, en realidad dando besos al aire, antes de agacharse sobre una rodilla para saludar a Gloria y Sam.

—Vamos con un poco de retraso. Tu padre quería tomar carne, de modo que el cocinero ha tenido que volver a salir —informó a Alex. Susurró la palabra «padre» como si hubiera alguna duda sobre la paternidad de Alex, y evitó mirar hacia el anciano.

A continuación se me acercó y me hizo un gesto para que habláramos en privado.

—Bueno, querida, ¿cómo está nuestro chico?

—Está bien. Ha dormido bien y se ha tomado un buen desayuno. Y ha bebido mucha leche por orden del doctor.

—No, no hablaba de Van. Alex.

—Oh. Está bien; ¿por qué?

—Bueno, he oído que anoche se saltó la cena de Ed Rendell.

—Su hijo estaba en el hospital, Mirabelle. Pues claro que se la saltó.

—Pero solo quedan dos días. Alex no parece... No sabría decir si está solo agotado o distraído. Algo le pasa.

Tuve la sensación de que su «preocupación» era por mí, no por Alex o su campaña. Los instintos de esa mujer eran demasiado buenos. Sabía que algo pasaba, pero no conseguía saber qué era. Y eso la estaba matando. Yo sonreía por dentro, sabiendo que la pequeña y vieja Abbey Lahey sabía algo que ella no sabía.

—¿En serio? No me había dado cuenta —le dije, al ver como se desvanecía su expresión impaciente.

Ella hizo ver que oía un ruido en la cocina y dio media vuelta, molesta. No estoy segura de si alguien más lo notó, pero la sala pareció suspirar de alivio, y se volvió más acogedora cuando ella desapareció por la puerta giratoria.

Collier caminó hacia Alex y le alargó la mano como si fuera un saludo de negocios.

–Hijo –dijo–, he oído que ha sido una contienda dura pero que has mantenido tu ventaja. Por seis puntos, dicen.

–Seis y medio –lo corrigió Alex.

Increíble, pero eso fue lo único que se dijeron. Cada uno se retiró a un lado de la sala, Alex volvió a centrar la atención en el móvil, Collier en su whisky de malta. Yo limpié la baba pegada a la barbilla de Sam y caminé hacia el hombre mayor.

–Tienes razón –le dije en voz baja–, Alex está haciendo grandes avances. Realmente podría acabar ganando.

–Me gusta tu actitud. –Sonrió y asintió–. Pensamiento positivo.

–Es algo más que eso. Deberías ver cómo reacciona la gente ante él. Siempre se quedan con ganas de más.

–Siempre fue un chico con mucho encanto. Y listo. No como su viejo.

–No estoy tan segura de esto último –afirmé, con un guiño.

–Bueno, su madre sí lo está –dijo, mientras revolvía el resto del vaso y lo vaciaba de un trago–. Y, por aquí, eso es lo único que importa. –Hizo una pausa y luego añadió–: Pero a estas alturas, eso ya lo sabes, Abigail.

Le sonreí y bajé la vista, sin saber qué decir. Estaba claro que, por la razón que fuera, ese hombre no era bienvenido en su propia casa y que yo corría riesgo al confraternizar con el enemigo. Me alejé un poco para recoger las botas y chaquetas abandonadas de los niños sobre la alfombra de lana.

Saqué unos cuantos cochecitos de juguete de mi bolso de Prada y llevé a Sam hacia el suelo de madera. Gloria aporreaba *Chopsticks* en el piano Steinway del rincón, y su melodía aproximada, estrepitosa, añadía malestar al incómodo ambiente de la sala.

La llegada de mi cuñada Aubyn, al cabo de unos instantes, no mejoró la situación. Entró vestida con un abrigo de terciopelo negro, pantalones y botas de montar y el pelo recogido en una coleta baja. Iba sin maquillar y se le veía la tez pálida, con sus grandes ojos azules como la única nota de color. Nos ignoró a todos los adultos y escrutó la sala. Finalmente su mirada recayó en Gloria, que la observaba desde la banqueta del piano.

–*Tu veux voir les moutons?* –le propuso.

–*Oui!* –gritó Gloria, antes de saltar con un fuerte *clang* y correr hacia su tía. Luego, haciendo memoria, se volvió hacia mí y preguntó–: ¿Puedo,

mami?

–*Oui* –respondí, sin tener la más mínima idea de lo que estaba autorizando.

Aubyn y Gloria salieron de la mano. Cuando sus voces empezaron a sonar más distantes y se oyeron portazos lejanos, me di cuenta de que se dirigían al exterior. Agarré la chaqueta olvidada de Gloria y corrí tras ellas. Aunque no había empezado a llover, el cielo amenazaba tormenta.

Cuando miré a Sam antes de salir de la sala, vi a Collier meciéndolo torpemente sobre una rodilla mientras Alex los observaba desde un rincón. Supuse que Collier vigilaría a Sam; que Alex vigilaría a Collier.

Al llegar al espacioso recibidor no supe en qué dirección se habían marchado Aubyn y Gloria, ni por cuál de las tres puertas habían salido. Luego recordé la escalinata oscura de la primera noche que estuve allí y me dirigí hacia ella. Acerté; cuando abrí la puerta, oí los pasos lejanos de botas de montar y el parloteo de una voz de niña pequeña.

Bajé los desgastados peldaños con cuidado y me encontré en un pasillo sombrío iluminado por bombillas desnudas, donde el aire era varios grados más frío que en el piso superior. Las paredes eran de ladrillo tosco y el suelo de tablas de una madera mullida. A mi lado, en la pared, había una caja gris de fusibles colgada junto a otra caja polvorienta de madera con campanitas de latón, como las que había visto usar en las obras de *Masterpiece Theatre* para llamar a los sirvientes. Dos de las campanitas estaban inclinadas, torcidas con anticipación por quien fuera que las había tocado esperando que le sirvieran su taza de té o le lustraran los zapatos.

El resto del pasadizo lucía más contrastes de viejo y nuevo. En una habitación había muebles antiguos, un aparador cerrado de escopetas de caza, material de pesca antiguo, baúles de viaje antiguos, material de deporte y sillas de fiesta doradas apiladas hasta el techo. En otra habitación había bicis, esquís y trineos, todos ellos reliquias de la infancia de Alex, más un viejo gramófono, con su altavoz en forma de lirio deslustrado y silencioso. La última habitación era la más grande de todas, cuando entré en ella advertí que todavía olía un poco a hollín y a grasa de cocinar. Dos de las paredes estaban llenas de estantes, algunos con vajillas de loza y botes de cristal, otros con ganchos vacíos y telarañas. Mesas largas de madera sin pulir descansaban arrinconadas junto a un enorme barril con las iniciales «B. V.» grabadas en el lateral. Me acerqué un poco más y vi una fecha grabada en la madera: 1883.

Intenté imaginarme aquel espacio sombrío lleno de sirvientes corriendo de

un lado a otro, llenando cuencos de sopa para una cena formal o rustiendo pavos para una cacería del zorro. Me habría encantado ver Bloemveld como debía haber sido cien años atrás, con toda la gente, los animales y el bullicio que dan sentido a una casa así. Pero no podía imaginarme cómo habría sido crecer allí... ni entonces ni ahora.

Al final del pasadizo había otro tramo de escaleras de servicio. Al subir y salir al exterior, vi a Aubyn y a Gloria avanzando lentamente hacia la colina a lo lejos. Dos de los tres mastines de Aubyn las precedían trotando. Mientras caminaba hacia ellas, con mis tacones hundiéndose a cada paso, observaba a mi hija y a su tía con atención. Con su sobrina, Aubyn parecía más relajada, casi jovial. En un momento dado, las dos se encaramaron a un murete de piedra y saltaron, Aubyn cuidó de que Gloria no se lastimara y luego saltó con una carcajada. Después volvieron a desaparecer por la colina.

Aceleré el ritmo, curiosa por ver adónde se dirigían y dónde acababa aquella enorme finca. Tras sortear torpemente el mismo murete, advertí un granero de piedra gris, un establo, unos pastos cercados y varios senderos de guijarros que salían en varias direcciones. Y salpicando la ladera estaba lo que ellas habían ido a buscar: las ovejas.

Gloria corrió hacia ellas con un gorjeo de felicidad. Solté un jadeo involuntario cuando la vi abrazarse a la más grande, que permaneció inmóvil mientras la niña se acurrucaba contra su cuello beis amarillento. Aubyn la miraba con una sonrisa, luego le dio de comer al animal algo que llevaba en el bolsillo. Una oca canadiense emprendió el vuelo desde un estanque y los perros corrieron tras ella. La escena era bucólica y bella, como si aquel pasillo nos hubiera transportado de manera mágica –como un armario de Narnia– desde los suburbios de Filadelfia a la campiña inglesa.

–¡Gloria se ha olvidado la chaqueta! –grité cuando me podían oír.

Aubyn levantó la mirada y me observó con expresión cínica acercarme con torpeza, clavando los tacones en la tierra. Cuando por fin llegué hasta Gloria le ayudé a abrigarse.

Justo en aquel momento salieron dos yeguas castañas de un bosquecillo y se acercaron trotando. Gloria corrió hacia la más pequeña y yo la seguí medio cojeando, dispuesta a lanzarme entre la bestia y mi hija si hacía falta.

–Con cuidado, cariño –le dije, recelosa de las largas patas y las potentes pezuñas del animal.

Pero Gloria alargó el brazo y acarició el cuello del caballo con naturalidad.

Entonces me relajé.

—Está esperando a Gloria, nada más oír el nombre —dijo Aubyn, mientras se secaba las manos en sus pantalones de montar color caqui y se acercaba a ellas.

—¿La espera?

—Me dijiste que no querías que montara todavía.

—Ya. ¿Y supongo que tú crees que ya está preparada?

—Lo está desde hace tiempo. Aunque es pequeña, puede hacerlo. *Petal* sabrá quién manda.

Vaya, pensé. Alguien en la familia Van Holt entiende realmente a mi hija. Estaba a punto de decir algo cuando Gloria intervino.

—¡Mami, porfa! Porfa, porfa, porfa... —Saltaba arriba y abajo—. Puedo hacerlo. Sé que puedo.

Tanto Aubyn como Gloria me miraban con sus ojos azules abiertos y llenos de esperanza. ¿Cómo podía negarme? Pero no estaba segura. Tal vez Gloria hubiera heredado el amor por los caballos de su tía, pero solo tenía cinco años. Y era muy pequeña.

—Todavía no, Gusiluz —le dije.

La sonrisa de Gloria se apagó y corrió hacia los perros ofendida. Aubyn desvió la mirada, con la cara tensa de enojo.

—Evidentemente —masculló entre dientes.

—¿Perdona?

Levantó la cabeza.

—¿De verdad crees que la dejaría hacer algo peligroso? Solo le dices que no porque fui yo quien le compró el caballo.

Estaba harta de que esos Van Holt decidieran lo que más les convenía a mis hijos. La miré fijamente y le dije:

—Tú no eres su madre, yo sí.

—Sí, la campeona de las madres.

Lo dijo para sus adentros, pero la oí. Se me aceleró el corazón y sentí que me sonrojaba de ira.

—¿Qué has dicho? —resoplé.

—Nada.

—¿Cómo te atreves? Tú no sabes nada de mí.

—Sé lo bastante. Tú y tus almuerzos líquidos y tus expediciones de despilfarro y tus quejas constantes. Mi hermano se merece algo mejor.

Sus palabras quedaron al aire y luego me alcanzaron como unas manos de niebla que intentarían asfixiarme. Jadeé con dificultad mientras sentía que la tranquila tarde se convertía en una tormenta en mi cabeza.

—¡Ya está, los Van Holt! —le solté, enfurecida—. Os creéis que lo sabéis todo, ¿no?

—Lo único que sé es que suponía que tú eras distinta —dijo, con desdén—. Pero eres igual que todas las demás. —Y luego añadió, entre dientes—: Eres igual que mi madre.

El tren carguero que se acababa de estrellar contra mi cabeza ahogó todo lo demás. Me abalancé sobre ella, con intención de hacerle no sé qué, cuando me resbalé sobre el pasto húmedo y me caí de lado con un doloroso trompazo, para luego salir rodando unos cuantos metros colina abajo. Intenté levantarme, pero el pasto resbaladizo patinaba más a cada intento que hacía de levantarme y varias ovejas trotaron por encima de mí, con sus caras y pies negros empujándome por todos lados.

Aubyn se acercó y trató de ahuyentar las ovejas. Al verla acercarse, advertí su expresión de burla y que se mordía el labio para evitar que se le escapara la risa. Su actitud disparó mi ira. Todo el estrés, la preocupación y la rabia de la pasada semana —¡qué demonios, de la década pasada!— se me juntó en una especie de bola de furia en las tripas. Miré su pelo brillante y sus ojos fríos y me recordaron a los de mi exjefa Charlotte. E hice algo que hacía tiempo que tenía ganas de hacerles a las dos.

Cuando me tendió la mano para ayudarme a levantarme, la agarré con fuerza y tiré de ella hacia el suelo. Aterrizó a mi lado sobre el pasto mojado, atónita, con un aullido agudo que contrastó fuertemente con los gruñidos graves de los animales. Sentí que su mano me golpeaba el pecho, dándome un empujón. Se lo devolví y luego la puse boca abajo sobre el barro.

Forcejamos sobre el pasto como dos niños en el patio de un colegio y acabamos rodando todavía más abajo hasta un charco lleno de barro. El rebaño nos seguía y, con sus pezuñas y su lana rodeándonos, tuvimos que separarnos para no acabar pisoteadas. Luego siguieron varios intentos cómicos por levantarnos, resbalando y cayendo en el barro como perros de trineo sobre el hielo.

Cuando logramos levantarnos, empapadas y asquerosas, Gloria había llegado corriendo y se puso entre nosotras, con su chaqueta rosa chicle contrastando contra los verdes pastos y el cielo del anochecer.

Inconsciente de lo que acababa de ocurrir, o sin que le importara, volvió a preguntar por el caballo.

Ni Aubyn ni yo dijimos una sola palabra mientras tratábamos de volver a la casa sin que nos vieran. Llevábamos la ropa y el pelo llenos de barro y hierbas, y estábamos sonrojadas de rabia y agotamiento. Cruzamos de puntillas las baldosas blancas y negras del vestíbulo y cuando estábamos a punto de alcanzar las escaleras, Gloria nos adelantó corriendo, entró en la biblioteca y anunció:

–¡Mami y la tía Aubyn se han peleado!

Supongo que se había dado cuenta. Realmente era la campeona de las madres.

Uno tras otro, Alex, Mirabelle, el pequeño Sam tambaleándose y el pobre Collier que se tambaleaba todavía más, salieron al vestíbulo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Alex, perplejo.

–Chicas, ¿por qué habéis tardado...? –añadió Mirabelle, que se detuvo a media pregunta el vernos.

El único al que le divirtió la situación fue a Collier, que preguntó:

–¿Eso que huelo es caca de oveja?

Aubyn y yo nos quedamos quietas como colegialas a las que hubieran pillado in fraganti: yo, con el vestido desaliñado y los tacones rotos en la mano; mi cuñada, con el pelo lleno de hierbajos sobre el terciopelo negro sucio. Sam se acercó a mí corriendo, pero no me atreví a levantarlo.

–Nos hemos caído en el barro –dije.

–El pasto estaba mojado –añadió Aubyn.

Mirabelle la interrumpió antes de que pudiéramos seguir maquillando la realidad.

–¿Y ahora que se supone que debo hacer? –exclamó, con los ojos llenos de rabia–. La cena ya está servida.

–Dadnos cinco minutos para cambiarnos –dijo Aubyn–. Le puedo dejar ropa limpia a Abbey.

Aubyn subió un peldaño, pero se detuvo cuando Mirabelle siguió refunfuñando:

–De verdad, Aubyn. ¡Tú y tus animales! Parece que lo hagas aposta...

–¿Crees que me he caído aposta? Gracias por preocuparte, madre.

Me sentí aliviada, y a la vez sorprendida y agradecida por el hecho de que Mirabelle estuviera centrando su ira en Aubyn, no en mí. Pero, por si acaso,

apenas me atreví a respirar, esperando no llamar la atención.

–¿Y si Kipper llega a estar aquí? –seguía Mirabelle–. ¿Qué hubiera pensado?

–Te aseguro que no le hubiera importado lo más mínimo –le respondió Aubyn, desafiándola.

–¿Crees que quiere una esposa que huela siempre a establo?

Quizá sí, pensé. Por lo que vi en el baile de Ballantine, Aubyn tenía a su prometido bastante domado, como un perrito faldero lamiendo los tacones de marca de su ama.

–Es tan decepcionante –proseguía Mirabelle, hurgando en la herida–. Como siempre.

Abrí los ojos de par en par, incrédula. Aquellas palabras no iban contra mí, pero sentí su punzada. Deseé que Aubyn no lanzara un contragolpe, como estaba segura de que era capaz de hacer, pero su tono se volvió tranquilo, recatado.

–Solo he llevado a Gloria a ver a las ovejas –susurró. Su expresión era la de una niña pequeña a la que acababan de regañar.

Mi rabia se convirtió en lástima. No pude evitar sentir compasión por ella. Mi madre y yo, desde luego, tuvimos nuestros desencuentros, pero siempre supe que, pasara lo que pasara, estaba orgullosa de mí. Que siempre me había considerado su mejor acierto, nunca una «decepción».

A mi pesar, salí de la sombra de la escalera y tomé la palabra:

–Ha sido culpa mía. Llevaba estos zapatos tan poco adecuados y Aubyn solo trataba de ayudarme a levantarme. Ya sabes lo torpe que estoy últimamente.

La mirada fulminante de Mirabelle se volvió hacia mí. Pero antes de que pudiera decir nada más, les solté:

–Empezad a cenar; volvemos en cinco minutos. –Luego empujé suavemente a Aubyn escaleras arriba.

Por el rabillo del ojo, mientras nos volvíamos hacia las escaleras, vi a Mirabelle suspirar, levantar las manos con desesperación y luego dar media vuelta y encaminarse hacia el olor de carne asada.

Arriba, en la habitación azul Wedgewood de Aubyn, me quedé de pie junto

a la alta cama de cuatro columnas mientras ella desaparecía en su vestidor. El espacio estaba limpio y ordenado, pero había los bastantes zapatos, libros y cables de todo tipo esparcidos por allí como para indicarme que aún residía allí de manera permanente. Había también las bastantes cintas azules y rojas y copas de plata reluciente como para señalar que la equitación no era solo el *hobby* de Aubyn, sino su vocación. Me pareció raro que aquella espectacular colección de copas estuviera oculta en su dormitorio y no exhibida abajo, junto a los trofeos de lacrosse de Alex y su diploma de Derecho. Hasta la enorme copa marcada en la que se leía «Campeonato Nacional USEF de Doma Clásica. Primer premio», tan grande que Sam se habría podido bañar dentro, estaba en el suelo y contenía guantes de piel y diademas.

Aubyn salió del vestidor y me dio una blusa y unos pantalones capri negros.

–Te puedes cambiar aquí –dijo, y señaló el baño. Cogí la ropa y pasé junto a ella.

–Espera –dijo, con expresión horrorizada.

–¿Qué?

–¡No te muevas! Tienes algo en el pelo. Uno poco de... caca. De las ovejas.

–¡Ay, Dios! –protesté, tocándome el pelo como si tuviera una abeja.

–¡Para, para! Que la esparcirás por todas partes. –Me empujó hacia el baño–. Entra aquí y te ayudo.

Como estaba totalmente en sus manos, la obedecí. Me puso una toalla sobre los hombros y me indicó que me inclinara sobre el ancho lavabo de forma ovalada. Entonces se puso a enjuagar la sustancia responsable de mis mechones rubios con las manos desnudas.

Al cabo de unos minutos, como si hubiera estado reuniendo el coraje necesario, dijo:

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por intervenir ahí abajo.

–No hay de qué.

–De veras, no te creía capaz.

–Ni yo. –Las dos nos echamos a reír.

–Me recordó la vez que le dijiste a Mirabelle que había estado contigo cuando en realidad había estado con, bueno..., ya sabes.

No, no lo sabía. ¿Yo tapando una aventura ilícita de Aubyn? ¿Habíamos sido más amigas que ahora? Me parecía improbable que hubiéramos, pero tal vez hubo un tiempo en el que no nos estuvimos peleando por el fango, ni literal ni metafóricamente.

—¿Aubyn?

—Dime.

—Si crees realmente que Gloria es capaz de dominar ese caballo, me parece bien que monte. Siempre y cuando lleve casco. Y que tú estés con ella. Y nada de colinas. Ni de saltos...

—¿De verdad? ¿Estás segura? —La vi sonreír a través del espejo. Se parecía mucho a Alex—. Prometo que no le quitaré los ojos de encima. Jamás dejaría que le ocurriera nada a esa pequeña.

—Lo sé.

Ahora le tocaba a ella disculparse.

—Siento lo que he dicho antes de Alex. Es solo que... —se interrumpió.

—¿Solo, qué?

Vaciló, con la mirada llena de una mezcla de desconfianza y algo más... ¿esperanza? Volví a inclinarme sobre el lavabo y le pedí:

—Continúa. Quiero saberlo. Por favor.

—Solo que, al principio, eras tan distinta de las chicas que solía traer a casa. Vivías en el centro, trabajabas, ganabas tu dinero. Veías *Green Day at the Tower*. Y la primera vez que viniste a cenar aquí, ¡viniste con vaqueros!

Sé que lo dijo como un cumplido, pero yo me horroricé por dentro. Mirabelle debió de indignarse.

—Bueno, eso lo demuestra. No debo de ser un caso tan terrible. —Lo dije bromeando, aunque por dentro hablaba muy en serio y esperaba que siguiera hablando. Me dolía el cuello pero no me atrevía a moverme.

—No, claro que no. —Su voz adquirió un tono sereno, reflexivo—. Alex no habría aceptado nunca ese puesto de fiscal si no llega a ser por ti. Ni jamás se habría mudado a Nueva Orleans. Todavía me troncho de risa cuando me acuerdo de la cara de Madre cuando le anunciasteis que os mudabais ahí abajo.

Por el espejo, la vi ponerse toda recta e imitar a Mirabelle, mientras levantaba las cejas y se llevaba una mano al pecho:

—«¿Mi hijo va a vivir en el distrito bajo de Nueva Orleans y trabajará de oficio? ¡Eso sí que no!» Lo juro, un poco más y echa espuma por la boca. —Se

rio, pero luego su tono se tornó melancólico—: verlo huir de ella, aunque fuera por una temporada, me hizo sentir que yo también podría conseguirlo. Tal vez si papá no hubiera empeorado... —Se encogió de hombros con ademán triste y de pronto pareció mayor de su edad. Luego, casi para sus adentros, añadió—: Pero tengo que reconocérselo. Ahora todo vuelve a ser exactamente como ella quiere.

En el espejo, el reflejo de nuestros cuerpos, inmóviles por unos instantes por efecto de sus palabras: para mí, por la conciencia de que la influencia de Mirabelle era más fuerte de lo que pensaba; para ella, porque le recordaban lo infeliz que era.

—Será mejor que bajemos —dijo, recordando la cena.

—¿Seguro que lo has sacado todo? No puedo estar en la misma estancia que tu madre con eso en mi pelo.

—Estás bien, lo juro —dijo—. Además, es incapaz de oler nada con ese perfume horrible en el que se baña.

Nos volvimos a mirar y soltamos una carcajada.

Me puse la ropa que me había prestado y luego bajamos al comedor, una detrás de la otra como soldados.

En la planta de abajo, la cena ya había empezado. Collier parecía estar dando audiencia, desde la cabecera de la mesa, enfrascado en una batallita. Aubyn y yo nos sentamos a ambos lados de él, mientras Alex y Gloria flanqueaban a Mirabelle en la otra punta y Sam quedaba a medio camino entre Alex y yo. La mesa era tan grande que tenía que inclinarme para alcanzar a mi hijo, atado a una trona de madera tallada con una silla de mimbre y con un mantel blanco diminuto encima de la bandeja. Tiré del artilugio hacia mí, le puse una cucharada de guisantes en la boca y luego intenté enterarme de la conversación.

—Le dije —bramó Collier—, quiero esa yegua por veinte de los grandes, ¡ni un centavo más! Tenía el paso natural más bonito que he visto en mi vida, pero también se había roto el tendón en una ocasión. Y ellos lo sabían, y sabían que yo lo sabía.

Advertí que el tono y la conducta de Collier, por efecto del alcohol, se habían embrutecido.

Tomó otro trago largo de su copa y la dejó con brusquedad sobre la mesa. Golpeó más fuerte de lo que esperaba y el líquido dorado salpicó el mantel blanco. Prosiguió, con lo ojos clavados en Alex:

–Pero me la llevé por veinte de los grandes. Les firmé el cheque y me la llevé a casa. Tu viejo puede que no sepa de muchas cosas, pero ¡entiende de caballos!

Alex permanecía en silencio, cabizbajo, de modo que Aubyn le respondió.

–Sí, padre. Entiendes de caballos.

Collier movió la copa, ahora vacía, para llamar la atención a una sirvienta que pasaba. La mujer dejó la sopera que llevaba y fue a cogerle el vaso, pero se quedó inmóvil al percibir la mirada de advertencia que le lanzaba Mirabelle. Collier se aclaró la garganta y volvió a hacer sonar sus cubitos de hielo en la copa. La pobre mujer estaba paralizada, temiendo moverse, atrapada en el fuego cruzado de las miradas enfrentadas de los Van Holt: la de Collier ebria, la de Mirabelle severa.

Alex se decidió a hablar.

–¿No crees que ya has bebido suficiente, papá?

–¿Cómo? –Collier giró la cabeza de golpe–. ¿Qué has dicho, hijo?

Alex le hizo un gesto a la chica para que se retirara y luego intentó razonar con su padre:

–Estás monopolizando la conversación.

–No empieces a meterte conmigo –barboteó–. Esta sigue siendo mi casa. ¡La construyó mi bisabuelo, maldita sea!

–Calma, Collier –intervino Mirabelle–. Y vigila tu vocabulario –le conminó, a la vez que señalaba a los niños con un gesto de la ceja.

La mirada acuosa de Collier pasó de Alex a su esposa. Su voz se elevó una octava cuando se dirigió a ella con fingida amabilidad:

–No tengo ninguna necesidad de vigilar mi vocabulario en mi propia casa, querida. –Hizo una pausa breve para mirar su copa vacía con ansiedad y luego continuó, con tono antagónico–: Si mi hijo tiene algo que decir, deja que me lo diga. Siempre tienes que meterte a librar sus batallas por él.

–Basta –le susurró–. Eso no es cierto.

–¡Ja! ¡Casi me sorprende que se sepa atar los cordones de los zapatos él solito!

Dejó de masticar porque no quería perderme ni una palabra. Aquello se ponía interesante.

–Por Dios, si me acuerdo de cuando tenía ocho años, que te suplicó una y otra vez que quería jugar en la liga infantil. Pero no, para ti el baloncesto no era adecuado. Tenía que hacer vela o lacrosse o alguna mierda de esas.

–¡He dicho que vigiles tu vocabulario! –gritó Mirabelle, con una voz fuerte y aguda impropia de ella.

Collier se reclinó en su silla con una sonrisa sarcástica, disfrutando al ver a su mujer perder el temple.

–Mierda, si lo único que el chico ha hecho en su vida sin tu aprobación es casarse con esta. –Sacudió la cabeza hacia mí.

–¡Papá! –gritó Alex. El viejo se sobresaltó al oírlo y, al instante, su expresión cambió de fanfarrón a arrepentido. Entonces me miró.

–Abbey, lo siento... –murmuró– No quería decirlo.

Obviamente, yo ya había adivinado que probablemente no fui la novia de Alex preferida por Mirabelle. Ella habría elegido a alguien perteneciente a un linaje mejor, educada en colegios privados, vestida de algodón cien por cien y capaz de lidiar con situaciones incómodas como aquella con elegancia. Pero, aun así, me dolió.

Normalmente hubiera bromeado u ofrecido una réplica irónica, pero después de una semana con los Van Holt ya sabía lo que esperaban, de modo que actué como si no hubiera oído el comentario y fingí limpiar unos guisantes invisibles de la boca de Sam.

El viejo se dispuso a levantarse, pero su silla se negaba a deslizarse sobre la tupida alfombra oriental. Se balanceó hacia atrás, lo que casi le hizo caer, y se sujetó a la mesa con sus manos rojas e hinchadas. Un plato y un tenedor salieron volando y un chorro de jugo de carne se derramó por la mesa. Intentó limpiarlo, pero desistió y dejó caer la servilleta al suelo. Luego se arrastró hacia el aparador, se tropezó sobre él, tiró la cubitera con un estruendo increíble y los cubitos se desparramaron por el suelo. Por increíble que pudiera parecer, todos permanecimos sentados y seguimos comiendo, impertérritos, aunque Gloria seguía los movimientos de su abuelo con los ojos abiertos como naranjas.

–¡Luis! –llamó Mirabelle hacia la puerta de la cocina– ¡Luis!

Apareció entonces un hombre de ojos oscuros y tez dorada ataviado con zapatillas de deporte, pantalones de chándal rojos y una camiseta negra, con unos auriculares colgados del cuello. Mientras se acercaba lentamente hacia Collier, le vi toda la manga llena de tatuajes en un brazo y un reloj de pulsera

termómetro que parecía de alta tecnología en el otro.

–Se acabó la fiesta, papi –le dijo con delicadeza–. Nos vamos a dar un paseo, usted y yo.

Collier levantó la mirada y se deshizo del brazo del joven. Agarró su vaso con fuerza y puso la mano en el decantador de cristal, mientras mascullaba palabrotas entre dientes. Pero mientras el joven seguía hablándole con palabras solo audibles para él, la agitación del abuelo se calmó. Dejó que Luis cogiera la copa y su expresión pasó de combativa a arrepentida.

–Luis, el hielo... –barboteó–. El hielo se ha esparcido por todas partes.

–No pasa nada, papi –lo tranquilizó Luis–. Pero vámonos, tal vez le convenga descansar.

Sujetando a Collier del brazo, guio al patriarca familiar hacia las grandes puertas con paneles que llevaban al salón.

Antes de que los dos hombres desaparecieran del todo, Collier se agarró al umbral de la puerta y se volvió hacia nosotros:

–Lo siento, Madre. Lo siento mucho –le dijo en voz baja a su esposa.

Mirabelle fingió no oírlo, asió el tenedor y siguió comiendo. El comedor se quedó en silencio excepto por el ruido de su tenedor y su cuchillo mientras diseccionaba y se zampaba su entrecot sangriento. Al cabo de unos instantes, se limpió la comisura de los labios con una servilleta de hilo almidonado y nos miró a todos con una sonrisa.

–¡Bueno! –dijo, alegremente–. ¿Quién quiere postre?

Me encontraba de nuevo tumbada por el suelo del vestidor, pero esta vez no me inundaba el placer postcoital. Esta vez, buscaba ese maldito pendiente. La noche anterior, cuando nos acompañaba hasta la puerta, Mirabelle me había pedido que le devolviera los pendientes de diamante que habían pertenecido a su madre. Resultaba que una prima que se casaba el mes siguiente quería llevarlos. Cuando le mandara a los niños la mañana de las elecciones para que se quedaran con ella, ¿sería tan amable de incluirlos? ¿Si no era mucha molestia?

Era como si aquella mujer tuviera un sexto sentido para detectar mis meteduras de pata. Llevar unos zapatos inadecuados, darle chucherías a Sam y ahora perder la mitad de un tesoro familiar que probablemente valía más que el vehículo al que nos estábamos subiendo. Le dije «Por supuesto», mintiendo como una bellaca delante de Alex, Gloria y Sam.

Pero por la mañana, después de peinar a cuatro patas los pasillos, los asientos del monovolumen y cada palmo del apartamento, aún no lo había encontrado. El padre Fergie estaba equivocado: las cosas no siempre acaban apareciendo; hay cosas que se han perdido para siempre. Alex me encontró con la cabeza agachada y el culo en pompa en el suelo del vestidor, haciendo un último intento, aunque supiera que era inútil.

–Ey, cielo –dijo; acababa de regresar de su entreno matutino–, ¿qué haces?

–Buscar una cosa –le contesté, mientras me incorporaba y separaba la ropa de los colgadores para poder verlo.

–¿Qué?

–Una joya.

–Nada muy caro, ¡espero!

Hice una pausa, dudando. Podía haberle dicho la verdad –incluso haberle pedido ayuda–, pero me daba miedo crearle más estrés. Mañana era el día de

las elecciones.

–No, nada importante –Me levanté y me quité las hebras de moqueta y las lentejuelas sueltas que se me habían pegado al pijama.

Alex se apoyó en la isla del vestidor e hizo una sonrisa maliciosa:

–¿Estás preparada para esto? –me preguntó, atrayéndome hacia él y levantándome con facilidad. El corazón se me empezó a acelerar al sentir su cuerpo contra el mío; el suyo seguía cálido del ejercicio. Madre mía, qué *sexy* era, incluso sudado.

–¿Ahora? Vale –dije–. Pero deberá ser rápido, que tengo que llevar a Gloria al colegio.

Deslicé las manos por dentro de sus sedosos pantalones de entrenar.

–¡¡¡Uaaaa!!! –exclamó, riéndose, y luego me sentó sobre la moqueta–. Muy tentador, pero no me refería a esto. Tengo noticias...

–Ah, perdona... ¿Qué?

–Ha llamado la CNN. Quieren hacer un reportaje sobre mí, sobre nosotros, hoy mismo. Vienen en una hora. Algo tipo «La continuación de la saga política de los Van Holt». Supongo que, de alguna manera, creen que soy noticia nacional –me explicó, mientras ponía los ojos en blanco.

–¡Dios mío! –dije, y abrí los ojos de par en par–. ¡Es impresionante! Y el momento ideal. Con todos esos votantes indecisos... ¿Qué necesitas que haga?

–Para empezar, saca las manos de mis calzoncillos.

Las cámaras, los cables y focos, más un pequeño ejército de productores y cámaras y ayudantes, embudidos en nuestro apartamento, hacían que aquel espacio enorme pareciera pequeño. Antes, previo a la llegada de cualquier miembro del equipo de la CNN, Frank y Calvin habían estado reorganizando el mobiliario y habían quitado algunas de las obras de arte más caras, tratando de rebajar la opulencia de la decoración para que pareciera algo más normal y corriente. Pero no había manera de evitarlo; nuestra casa era el sueño de cualquier interiorista. Finalmente, Frank accedió a que nos sentáramos en uno de los sofás beis, pero me hizo sustituir los modernos cojines de Jonathan Adler por otros azules lisos que teníamos en la habitación de invitados. También reemplazó las cabezas de Buda de piedra y plata por plantas y esparció estratégicamente unos cuantos juguetes de Sam al fondo.

El equipo necesitaba más tiempo para conectar con el satélite, de modo que nos llevamos a los niños a refugiarse en nuestro baño. Alex revisaba sus

notas mientras Gloria mostraba el modelito que había considerado perfecto para su debut televisivo: un jersey rosa chicle, *leggings* y zapatos del mismo color. Había intentado sugerirle una paleta de colores más discreta, pero ella me hizo callar con una mirada de niña enfurruñada. Sam, en cambio, estaba totalmente adorable con sus vaqueros de bebé, un jersey azul y rojo y unas botitas de piel. Yo, por mi parte, estaba estresada por mi pelo y mi maquillaje y deseaba que los hermanos Bacco hubieran estado disponibles para un estilismo de emergencia. Al final me decidí por el conjunto más prudente que encontré: un traje de *tweed* rosa pálido con una collar de perlas grises de doble vuelta.

—Y ahora, recuerda —le dije a Alex mientras andaba arriba y abajo detrás de mí—, si te preguntan algo sobre el servicio militar, simplemente sé franco y directo, no defensivo. Y si quieren saber tu postura con el *fracking*, no muerdas el anzuelo; habla solo de la «independencia energética» en general.

—Gracias, cielo, pero lo tengo todo controlado. Frank ya me ha dado instrucciones.

—Bueno, con todos los respetos, Frank tiene experiencia con la prensa escrita, no con televisión. Y, además, es de la vieja escuela. Ahora todo es distinto; cualquier cagada se cuelga en YouTube a los treinta segundos.

—Bueno, parece que alguien se ha tomado su café esta mañana. —Entonces acercó el rostro a mi cara, tapándome el campo de visión—: ¿Tengo comida entre los dientes?

—Hablo en serio, Alex. Tienes que estar preparado. La CNN es una cadena nacional y solo falta un día para las elecciones.

—Ya lo sé, me lo estoy tomando en serio. Lo único que digo es que, bueno, hace como diez años que no trabajas.

Dejé el cepillo del pelo y me volví hacia él.

—Bueno, es curioso que lo menciones, porque he estado pensando...

—Ay, ay, ay... —dijo, volviéndose a mirarme con preocupación fingida.

—Hablo en serio. Ahora que la campaña ya casi ha terminado, tal vez sea el momento ideal para que yo vuelva al trabajo.

Casi no podía creerme que hubiera pronunciado aquellas palabras..., que me estuviera realmente planteando volver a la frenética vida de una madre trabajadora. Pero aunque solo hubiera pasado una semana, echaba de menos tener algo mío. Algo que no tuviera nada que ver con mi marido ni con mis hijos. Estudié su cara, ansiosa por ver cuál sería su reacción.

Desde luego, parecía estarlo meditando en serio; tenía el ceño fruncido, sumido en su reflexión. Animada, proseguí:

—Estaba pensando que podría volver a las relaciones públicas. Tal vez, volver a formar equipo con Jules a tiempo parcial, o hacer un poco de consultoría. Solo con organizaciones sin ánimo de lucro o con grupos de mujeres. Algo que contribuya a ayudar a la gente, que marque la diferencia.

Se quedó en silencio un par de minutos más y luego me miró.

—¿Y por qué tienes que hacerlo? —preguntó—. Eres mi esposa.

—¿Cómo?

—Que eres mi esposa —repitió.

Esperé a que elaborara un poco su argumento, pero volvió a centrar su atención en sus dientes.

—Alex —dije, y le toqué el brazo para captar su atención—. Esposa es una condición, no un trabajo.

—Es un trabajo si estás casada conmigo —dijo, con una sonrisa.

Se rio como si bromeara, recurriendo a su método favorito de evitar los temas difíciles. Pero esta vez algo me decía que no solo lo estaba esquivando, sino que sus palabras protegían una verdad. O si no era su verdad, era la de Mirabelle. Sus opiniones parecían permear todos los momentos de la vida de los Van Holt como su empalagoso perfume. ¿Yo llenando dossiers de prensa, llamando a los periodistas y facturando las horas trabajadas mientras mi esposo se dedicaba a servir al país? Simplemente, no era una opción.

Se me acercó y me dio unas palmaditas en el culo antes de añadir:

—Pero no me malinterpretes. Estás muy mona hablando como una experta en relaciones públicas.

Lo observé consultar su gran Rolex de platino, ajustarse los gemelos y luego salir del baño con un balanceo casi imperceptible en el caminar.

No odias al jugador; odia el juego, me esforcé en recordar.

—¿Señor Van Holt? —repitió Bailey Phillips, la guapa periodista rubia enviada por la CNN— ¿Señor Van Holt? ¿Entiende lo que le estoy preguntando?

No podía creerlo. Mi marido, siempre tan seguro, carismático y calculador, se estaba quedando paralizado en plena televisión nacional. Cuando se

encendieron los focos y la periodista empezó la entrevista, a Alex se le veía rígido, pero pensé que no tenía importancia y que necesitaba un poco de calentamiento. Pero ahora, después de cuatro preguntas, me daba cuenta de que algo iba mal. Daba respuestas de una o dos palabras y empezaban a formarse perlititas de sudor en sus sienes. Tras las cámaras, Frank y Calvin compartían la misma expresión de preocupación.

El estrés de la campaña, la presión por los resultados, las jornadas de dieciocho horas, por no mencionar la cena de anoche, debieron de cobrarse finalmente su precio. Alex estaba flaqueando. Pero ¿por qué? A esas alturas había dado docenas de entrevistas por televisión. ¿Tal vez fuera porque estaba en la CNN y el reportaje se emitía a nivel nacional? ¿O tal vez los niños y yo lo distraíamos? Quizá la periodista lo había metido en un bucle: le hacía guiños y se reía antes de tiempo, y luego, cuando el piloto rojo de la cámara se encendía, le lanzaba una pregunta difícil tras otra. Por unos segundos me sentí secretamente aliviada al ver que tenía un punto débil y que no era yo quien la estaba jodiendo. Pero de pronto vi la expresión de niño asustado en su cara y sentí el repentino instinto protector de rescatarlo.

Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Estábamos en la televisión en directo. Le puse las manos en las suyas, con la esperanza de darle confianza. Las tenía heladas.

La siguiente pregunta era sobre el control de las armas, un tema sobre el cual Alex solía hablar con elocuencia y seguridad. Pero siguió fallando de manera estrepitosa. Bailey debió de apiadarse de él porque lo siguiente que lanzó fue una bola suave sobre la economía y él se puso a farfullar de manera incoherente sobre el precio de la leche. Busqué a Frank y a Calvin por si me podían orientar, pero estaban los dos inmóviles y boquiabiertos.

Era la única que podía hacer algo por evitar que el barco se hundiera.

—Creo que lo que mi marido trata de explicar —solté, metiéndome en la conversación— es que todo el mundo merece una oportunidad para salir adelante y darles un futuro mejor a sus hijos. Y que el gobierno tiene la responsabilidad de ayudar a las familias trabajadoras cuando lo necesitan.

Puse una ancha sonrisa, esperando que aquello fuera suficiente; pero podía sentir que, a mi lado, Alex estaba quieto como una estatua. Bailey, que parecía aliviada de que al menos hubiera alguien que hablaba, se volvió hacia mí:

—Señora Van Holt, tengo entendido que sufrió un pequeño accidente a

principios de esta semana; ¿se encuentra mejor?

–Sí, gracias. Estoy bien. Fue solo una pequeña caída. Y mi marido me cuidó muy bien.

–Se parece mucho al príncipe azul, ¿no? –Al decir esto cruzó las piernas y se volvió hacia él con una mirada que no era difícil de descifrar. Lo encontraba irresistible.

Eh, ¿hola? Soy la esposa y estoy aquí mismo sentada. Con sus dos hijos pequeños, ¡gracias! La única ventaja que Alex se mostrara tan comatoso era que, probablemente, no estaba percibiendo sus largas piernas y su mirada sensual.

Pensando no solo en esa mujer, sino en todas las mujeres que consideraban aceptable darle a mi marido sus números de teléfono, decidí marcar territorio de una vez por todas. Respondí con una risita delicada y lo rodeé con el brazo.

–Oh, desde luego. Es un marido y un padre maravilloso. Un hombre maravilloso, de hecho. –Lo miré con ojos de enamorada–. Desde luego, vivo en un cuento de hadas.

Lo que ella no veía era que le estaba clavando las uñas en la espalda, intentando cualquier treta para que se despertara ya de una maldita vez.

Funcionó. Cuando me volví hacia Bailey con una sonrisa en la cara, oí que Alex empezaba a hablar. Había vuelto.

Y no solo había vuelto, sino que estaba totalmente conectado. Respondió al resto de preguntas de Bailey con facilidad, incluso la cortó en un momento dado para acabar su reflexión acerca de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, y concluyó con una anécdota conmovedora sobre la atención a los niños en acogida. Luego Gloria puso la guinda, al contarle a la periodista que su papá hacía «los mejores gofres del mundo». Y hasta Sam puso de su parte, aguantando toda la grabación en silencio en mi regazo y barboteando una sola vez, discretamente.

Para cuando la entrevista llegó a su fin, Frank estaba tan agobiado que me dio un abrazo.

–Gracias –me susurró al oído–. No sé lo que le ha ocurrido a Alex, pero lo has salvado.

–De nada. Espero no haber parecido demasiado gilipollas, con todo ese rollo del cuento de hadas.

–No, no. Ha sido fantástico. Es agradable ver a una mujer que apoya a su marido. –Lo dije como un cumplido, pero a mí me sonó fatal. Ya era oficialmente una esposa sumisa.

Y sin embargo, mientras miraba al equipo y las cámaras saliendo del apartamento, al tiempo que mantenía bajo vigilancia a Bailey, que intentaba – ¡sin conseguirlo!– arrinconar a Alex, estaba satisfecha de haber salvado la entrevista. Por primera vez desde que estaba en este mundo, me sentí como si fuera también el mío, no solo como un accesorio. Levanté a Sam y le hice cosquillas en la barriguita, mientras le susurraba que su papi tenía posibilidades reales de convertirse en congresista y que tal vez acabaríamos todos viviendo a tiempo parcial en Georgetown, visitando el Museo Nacional del Aire y del Espacio, paseando en bicicleta por las orillas del Potomac y almorzando juntos en Capitol Hill.

Cuando Alex me dirigió un gesto de «gracias» desde el otro extremo del salón, sentí otra emoción intensa: felicidad. Me estaba instalando en esa vida y no estaba tan mal. Tenía a mis hijos, todo lo que el dinero puede alcanzar y un marido disperso, pero adorable, y estaba cerquísima de convertirme en la esposa de un miembro del Congreso. Abbey Lahey y su marido en el paro, sus montones de facturas y sus michelines se estaban alejando cada vez más.

Por primera vez en una semana, me permití sentirme ilusionada por el futuro, aunque no fuera realmente mío. La última vez que recordaba haberme sentido tan feliz, verdaderamente feliz, fue cinco meses atrás, cuando Gloria, Sam y yo llevamos a Jimmy a patinar el día que cumplía treinta y siete años. Le encantaba patinar, pero últimamente, con el agobio de las presiones laborales, había tenido muy poco tiempo y casi nunca tenía ganas de salir a divertirse. Lo forcé a ir, esperando que eso le daría un respiro de sus preocupaciones, aunque solo fuera durante unas horas.

Era el mes de junio y ya hacía un calor insufrible en Grange Hill. El aparcamiento del Skatium estaba tan lleno que tuvimos que aparcar en la iglesia, al otro lado de la calle, y cruzar por Darby Road: el ejercicio suficiente para acumular una capa de sudor que nos congeló la cara nada más entrar en la pista de hielo.

Jimmy se puso sus patines de cuando tenía quince años y se lanzó a la pista inmediatamente, mientras los demás hacíamos cola en el mostrador combado y lleno de rayadas para alquilar los nuestros. Gloria protestó porque sus patines eran marrones y no blancos, pero Sam pareció encantado con sus gastadísimos patines de bebé de doble hoja. Metí seis pies en aquella piel tan rígida, até doce largos cordones rojos y ajusté el casco de Sam antes de dirigir a mi tambaleante camada por la moqueta húmeda y desgastada que llevaba hasta la pista.

Sobre hielo, los Lahey parecían gente distinta. Tras el enorme caminador especial para patinadores novatos, Sam se deslizaba ingrávido mientras Gloria corría y alborotaba como una patinadora profesional. Hasta yo me relajaba y sentía caer mis siempre tensos hombros y mi cabeza contonearse al son de la música. Disfrutaba del aire fresco, del sonido de las risas de mis niños, y observando a nuestra canguro adolescente que trataba de impresionar al vigilante de la pista con un medio bucle. Y como siempre, me encantaba ver patinar a Jimmy; me recordaba cuando éramos jóvenes y nos empezábamos a enamorar.

Estuvimos casi una hora en la pista y luego subimos al bar a descansar. Había mandado mensajes a unos cuantos amigos de Jimmy, que se habían sumado a la expedición; los que no patinaban mantenían al camarero ocupado sirviendo cervezas y analizando tablas de resultados. Cuando los pequeños encontraron a otros niños con los que patinar, Jimmy y yo conversamos y bromeamos con sus antiguos compañeros del instituto, y pude ver a mi marido volviendo a ser el Jimmy relajado y de trato fácil de hacía años; fingiendo que no quería celebrar el cumpleaños, pero en realidad encantado con la camaradería y la cerveza gratis. Y yo estaba también encantada de verlo feliz, en especial porque sabía que a la mañana siguiente debería volver a enfrentarse a los balances negativos y a suplicar que le dieran trabajo.

A las 7.30, cuando llegaron los del equipo de hockey, nos despedimos y volvimos hacia el coche. Conduje yo, mientras Jimmy se volvía para contarle a Gloria historias de cuando había patinado en estanques de hielo, no en pistas, y Sam roncaba en su sillita. Una vez en casa, Jimmy llevó a Sam a su cuna mientras yo llevaba a Gloria a la bañera y luego a ponerse el pijama, recordándole que al día siguiente tenía cole. Protestó y tuve que levantar la voz, pero cuando trató de retrasar un poco la hora de acostarse con un beso de cumpleaños más a papá, accedí.

Una vez estuvieron los dos acostados, Jimmy y yo nos acurrucamos en la hamaca del porche a contemplar la puesta de sol más allá de los robles del otro lado de la calle. Una mariposa solitaria, que se apresuraba a volver a casa, batió sus alas delante de nosotros.

–No puedo creerme lo bien que se han portado hoy los niños –dije, recordando a Gloria y Sam en patines.

–Lo han sacado de su viejo –bromeó Jimmy–. Claramente no de ti.

–Pues no soy tan mala. Pero es cierto, lo han sacado de ti. Y es cierto, eres un viejo.

–¿Cuántos viejos pueden hacer todavía esto? –me preguntó, haciendo balancear la hamaca mientras me subía la pierna.

–Mmm, qué *sexy* –dije, y puse los ojos en blanco.

Él se rio y dejó de moverse, con el rostro bañado por la luz dorada del anochecer. Me agarró la mano, se la acercó a los labios y la besó. Eso sí es *sexy*, pensé. Nos balanceamos todavía unos minutos, silenciosos y satisfechos, contemplando cómo oscurecía.

Comenzamos a besarnos, primero lentamente y luego de manera más intensa. Jimmy me puso la mano en el pecho y luego la deslizó por mi estómago, descendió hacia las caderas. Me acerqué más a él. Sus manos se abrieron paso hasta mis vaqueros; me los desabrochó y deslizó la mano dentro mientras me susurraba al oído. Me abandoné al placer creciente, intensificado por el atrevimiento de estar en el exterior.

Excitada, y olvidándome de la luz del sensor de movimiento que había junto a la puerta, rodé hasta colocarme encima de él –y luego me quedé paralizada cuando se encendió el foco y nos iluminó con sus ochocientos vatios. Nos quedamos inmóviles quince segundos, con los corazones acelerados mientras esperábamos como quinceañeros asustados que se apagara la luz.

Cuando eso ocurrió, bajé la mano y, muy lentamente, me puse a acariciarlo por encima de los vaqueros. Cuando sentí su erección, le desabroché con cuidado el cinturón, bajé la cremallera y metí la mano dentro. Ambos respirábamos profundamente, buscando alivio, pero conscientes de que cualquier movimiento rápido podía desencadenar que se volviera a encender el foco. Fue una agonía deliciosa, con la amenaza de ser descubiertos restringiendo nuestros movimientos a unos centímetros muy *sexys*.

Al cabo de unos minutos, Jimmy ya no se pudo aguantar.

–Dios mío –gimió, y luego se levantó y se dio la vuelta.

Al levantarse, le resbalaron los pantalones hasta los tobillos y el foco volvió a encenderse e iluminó la mitad inferior de su cuerpo para que la vieran todos los vecinos. Yo lo veía desde atrás, pero cualquiera que pasara por la calle podía obtener la versión clasificada X.

Ya sin importarle, me levantó de la hamaca y me llevó en brazos dentro de la casa como si fuera una novia –lo cual no le resultó fácil, teniendo en cuenta que llevaba los pantalones bajados hasta los tobillos. Yo me reía tanto que me temblaban los hombros.

Pero Jimmy no se reía; su expresión pedía completar el trabajo.

Una vez dentro, cerró la puerta de una patada, me tumbó en el suelo y cumplimos la misión.

Hacía rato que el equipo de la CNN se había marchado, Alex se había quedado con gente en una cafetería, Oscar había ido a llevar otra vez a Gloria al cole y un Sam, agotado, se había quedado dormido en su cuna. El hogar Van Holt volvía a estar en silencio. Estaba también excepcionalmente oscuro, aun siendo mediodía, puesto que unos grises nubarrones se habían instalado sobre Rittenhouse Square y la luz tenue del interior creaba un ambiente cálido y acogedor.

Hice algo que llevaba años sin hacer: me eché una siesta. Me tumbé en el amplio sofá del salón, me tapé con una manta de cachemir y me quedé dormida; soñé con mi infancia, con los días que iba a la piscina del barrio bajo la mirada más o menos atenta de Roberta.

«¡Quédate en donde pueda verte!», me gritaba, entre caladas de su cigarrillo mentolado. Ella casi nunca se metía en el agua, prefería tostarse al sol durante horas con las otras damas desaparecidas de la zona de «madres solteras».

Para tomarle el pelo, yo buceaba por el fondo de la piscina hasta el lado profundo y asomaba por el lado más alejado de donde ella vigilaba.

–¡Estoy aquí! –le gritaba, disfrutando de su mirada de pánico antes de verme al final de la piscina.

Seguía flotando en esa piscina, disfrutando de mi cuerpo ingravido y del sonido de los niños chapoteando, cuando un guarda indicó que empezaba el

turno de nadar de los adultos. Su silbato se confundió con un timbre y me desperté. Era mi iPhone. Respondí, todavía un poco amodorrada.

–Pon la CNN –me ladró Alex– ¡Ahora!

–Vale, vale –dije, peleándome con el mando.

Encendí la tele, ya sintonizada en el canal adecuado, pero en vez de aparecer Anderson Cooper, mi cara llenaba toda la pantalla. Me vi a mí misma sentada junto a Alex en el salón, sonriendo como un ama de casa estreñida de los años cincuenta mientras las palabras «como un cuento de hadas» aparecían destacadas debajo de la imagen.

–¡Dios mío! –susurré, mientras escuchaba mi propia voz por el televisor–. Lo siento tanto, solo intentaba...

–¿Lo dices en broma? Frank está loco de alegría –me dijo, cortándome–. Dice que a los votantes les encantan las parejas felices. Cree que esa entrevista nos va a ayudar mucho. –Y luego añadió, con un deje de tristeza–: Cada vez parece más claro que este programa puede inclinar la balanza a nuestro favor.

–No pareces muy feliz por ello.

–Lo estoy. Pero creo que empiezo a hacerme a la idea. Podría acabar siendo miembro del Congreso.

–Sí, podrías –dije, sarcástica.

–Bueno, aún falta un día hasta llegar a la meta –dijo–. Lo que me recuerda que necesito unas cuantas camisas para mañana. No me quedan.

–Claro, ¿cuáles necesitas?

–Me gustan las que compraste hace poco, las azules.

–Claro –repetí–. Compraré unas cuantas esta tarde. –Anoté mentalmente que debía mirar las etiquetas de las camisas sucias que había en su cesto.

–Gracias, cielo.

–No hay de qué.

–Y, Abbey –dijo, serenando la voz–. Gracias otra vez por salvarme el culo hoy. Te quiero.

Iba a contestarle con un «te quiero», casi como un acto reflejo, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

¿Le amaba? Desde luego, me gustaba. Y mucho. Y parecía querernos realmente a los niños y a mí. Pero a pesar de vivir con él, hacer campaña con él, haber sobrevivido a una crisis de salud casi fatal de nuestro hijo y haber mantenido «relaciones matrimoniales» un par de veces con él, seguía

teniendo la sensación de que apenas lo conocía; no sabía realmente qué lo hacía vibrar.

Supongo que la pregunta más importante era: «¿podría amarle?». Porque, si era una posibilidad real, aunque solo fuera en forma de indicio, entonces podía decirle las palabras ahora mismo, como si practicara para un sentimiento futuro, y no serían mentira. Ni una traición tan grande.

De momento, opté por una respuesta más diplomática:

–Yo también.

–¿Estás segura? –dijo, perplejo por la larga espera, pero riéndose. Yo también me reí.

También presentí que ahora, estando él de buen humor y con el juego a mi favor, era un buen momento para descargarme de mi secreto.

–Alex, hay algo que tengo que decirte –le anuncié–. Algo que debes saber.

–¿Qué has hecho ahora? –bromeó– ¿Comprarte otro bolso?

–No, no tiene nada que ver con compras –barboteé, sintiendo que la garganta se me tensaba. Había llegado el momento de cantar.

–¿Qué, entonces?

–Perdí uno de los pendientes de diamantes de tu madre. Aquellos que habían sido hechos especialmente para tu abuela. Fue la noche del baile de Ballantine. Lo he buscado por todas partes y, bueno, ha desaparecido. Y me pongo enferma cada vez que lo pienso.

–Ya lo sé –dijo, sin alterarse–. Lo tengo yo.

–¿Qué?

–Está con mis cosas de afeitarse, en el baño –dijo–. Pretendía darte una lección. Para que aprendieras a cuidar de las cosas bonitas.

–¿Qué? –repetí.

–Tengo que marcharme, cielo –dijo. Y la línea se quedó muda.

No sabía qué me pasaba. Debía sentirme aliviada; al fin y al cabo, el pendiente no se había perdido. Ahora se lo podía devolver a Mirabelle y olvidarme del asunto. Sin embargo, no dejaba de repetirme aquellas palabras, «Pretendía darte una lección. Para que aprendieras a cuidar de las cosas bonitas», una y otra vez.

Estaba desesperada por salir de casa y aclararme las ideas, por encontrar un rincón tranquilo donde pudiera reflexionar. Pero tenía programado un importante «té de media tarde» en una casa de subastas y ahora no podía excusarme. Frank contaba conmigo para que me trabajara aquella influyente reunión femenina, con la esperanza de convertir a las aproximadamente cincuenta Amigas de Lafayette en amigas de Alex van Holt.

Después de dejarle extensas instrucciones y prácticamente cachearla, dejé a Sunita –nuestra asistente de campaña de edad universitaria convertida en canguro temporal– al cuidado de Sam y Gloria. Parecía capacitada para asumir la responsabilidad y Sam ya estaba enamorado de su melena negra y de sus agudas carcajadas. Y sabía que Gloria estaría igual de ilusionada con una nueva canguro a la que poder engañar para que le diera golosinas, le dejara ver los programas de Nickelodeon indefinidamente y ponerse su brillo de labios.

Abajo, Oscar me esperaba con la puerta abierta, de modo que crucé rápidamente la ventosa acera y me metí dentro del coche, con mi traje de chaqueta rosa destacando sobre la piel negra del asiento trasero. Mientras avanzábamos por el tráfico del mediodía, me pregunté cuánto duraría aquel té. También me pregunté si servirían algo de comida real. Me había distraído demasiado con la entrevista, y luego me había alterado mucho la llamada de Alex, como para pensar en comer. Estaba hambrienta.

Al final de la manzana, Oscar giró a la derecha, luego se metió por la

derecha siguiente y se detuvo. Me incliné hacia delante y miré a la acera, incrédula. Habría llegado antes a pie.

–Gracias por nada –le dije a Oscar cuando me abrió la puerta.

–¿Perdone?

–Era broma –me disculpé–. Aunque, obviamente, no muy buena. Pero, ahora en serio: no necesito que me recojas; volveré andando.

–¿Está segura?

–Puedo andar dos manzanas –le dije–. Al fin y al cabo, he participado en maratones.

No estaba segura de si era cierto, pero Oscar no pestañeó.

–De acuerdo –dijo–. Pero llámeme si me necesita.

–Recoge a Gloria del cole y se la llevas a Sunita, ¿vale?

–¿Y el señor Van Holt?

–¿Qué le pasa?

–¿El señor Van Holt me necesitará?

–No tengo ni idea –le respondí. Ni tampoco me importa, pensé.

Un autobús urbano tocó el claxon y obligó a Oscar a sentarse rápidamente en el asiento del conductor. Se alejó, dejándome delante de un edificio de cemento sin ventanas cuya apariencia de fortaleza resultaba aún más intimidante por los dos grandes arbotantes de bronce que flanqueaban una gran puerta de madera. Una placa pequeña de latón anunciaba la «T. Th. Davis Casa de Subastas» con una tipografía pequeña y florida, advirtiendo a los transeúntes despistados contra cualquier intromisión informal. No importaba los tesoros que había dentro, todos ellos serían comprados y vendidos por unas pocas familias de Filadelfia, y aquellos objetos sin precio pasarían de una mansión a otra mediante el gesto inadvertido de una hoja de papel.

Dentro del vestíbulo, fresco y oscuro, una rubia esbelta con gafas oscuras salió del catálogo más reciente de la marca J. Crew a recibirme.

–¡Señora Van Holt! Qué alegría volverla a ver. El señor Davis lamenta perderse su visita, pero está con su esposa en Viena viendo objetos de plata. Pero espera poder organizarle una muestra privada de nuestra nueva Alice Neel el mes que viene.

–Eso sería estupendo –le dije, aunque la idea de «el mes que viene» me pesó mucho mentalmente.

–¿Puedo guardarle la chaqueta?

—No, gracias, hace un poco de frío aquí.

—Lo sé. Mantenemos la temperatura baja por las obras de arte. Por eso solo llevo cachemir. —Por supuesto, pensé. No sea que un tejido menos puro entre en contacto con tu piel perfecta. Pero forcé una sonrisa, como si perteneciéramos al mismo club repulsivo.

Me hizo un gesto para que la siguiera por un largo pasillo y anduvimos a buen ritmo, pasando de largo ante una serie de cuadros de animales (caballos, ovejas y búhos), paisajes bucólicos, monedas enmarcadas, tapices deshilachados y una bandera estadounidense descolorida con las estrellas bordadas en un círculo, no en filas. Finalmente, la señorita J. Crew se detuvo delante de dos puertas de roble y abrió una de ellas.

—Aquí estamos —dijo, con voz cantarina, antes de dar media vuelta y desaparecer.

El espacio principal de la galería había sido organizado para una merienda, con mesas redondas engalanadas con una vajilla de flores que combinaba con los arreglos florales colocados en cuencos plateados. Un gran espejo antiguo reflejaba la luz de seis candelabros bajos de bronce. Más lejos había un estrado con un podio de madera, unas cuantas sillas y una banderola de los «Amigos de Lafayette».

Mujeres adineradas de todas las edades estaban de dos en dos o de tres en tres, y sus vestidos y zapatos coloridos la recordaban a un cesto de frutas. Había solo dos mujeres sentadas, una matrona de pelo plateado con un rígido traje gris y su cuidadora, una joven negra con grandes pendientes de aro y un chándal aterciopelado violeta. La cuidadora sujetaba la mano frágil de la anciana, un gesto delicado de bondad que quedaba silenciado por las conversaciones vacuas y el tintineo de las copas.

Me demoré un poco cerca de la entrada, sin ningunas ganas de ser sociable y con la esperanza de pasar inadvertida. Pero, al parecer, para Abbey van Holt aquello era una misión imposible y a los quince segundos de mi llegada fui descubierta. «¡Abbey!», exclamó una voz, y sin darme cuenta me encontré rodeada.

Por suerte, sus preguntas —«¿Cómo estás?», «¿Está acabada la casa de la playa?», «¿No estás agotada?», «¿Cómo lo lleva Alex?»— eran bastante fáciles de responder, y si no lo eran, las ignoraba y cambiaba de tema con mis propias preguntas: «¿Qué tal la familia?», «¿Dónde te has comprado este jersey tan mono?», «¿Sabes dónde me puedo hacer una buena limpieza de

cutis?»).

Estaba fingiendo horror ante la descripción que hacía una mujer de una estancia reciente en un hotel —«¡Imagínate, no tenían ni servicio de habitaciones!»— cuando sentí que alguien me tocaba al hombro. Me volví para encontrarme con la compañera de instituto de Alex, Larry, que estaba junto a una mujer cuya piel de ébano contrastaba con la tela de colores tropicales que le envolvían la cabeza y el cuerpo, como la versión haitiana de un traje elegante.

—¡Hola, Abbey! —exclamó—. Me ha parecido que eras tú.

—Sí, aquí estoy —dije—. Tomando el té con las damas.

—¿Quieres decir que no es eso lo que haces cada tarde?

—De hecho, ni siquiera me gusta el té. Solo lo tomo de noche, para evitar zamparme las oreas. —Intenté parecer desenfadada. Por algún motivo, quería caerle bien.

Se rio, pero luego se puso seria cuando su madre la interrumpió.

—Lawrencia —dijo la mujer mayor, con un deje caribeño en la voz que resultaba cautivador—. *S'il vous plaît nous présenter.*

—Disculpa, madre —dijo, obediente—. Te presento a Abbey van Holt. La esposa de Alex.

Le estreché la mano mientras ella me repasaba de arriba abajo, examinándome como un pintor estudia a una modelo potencial. No debió de satisfacerle lo que vio porque cuando fui a preguntarle si todavía pintaba, se excusó y se desplazó con toda naturalidad hacia un grupo de damas de su edad. Larry y yo nos quedamos primero un poco incómodas, pero luego nos enfrascamos en una charla desenfadada que, gracias a ella, resultó ser la charla desenfadada más interesante que había oído nunca.

Larry no solo había sido corresponsal de guerra; era pintora por derecho propio, una ávida triatleta y estaba investigando para un artículo sobre un empleado municipal que se había financiado su casa de la playa, y sobre las prostitutas que lo visitaban, todo pagado con dinero del programa de vivienda pública. También le encantaba cocinar, tenía apadrinada a una niña de nueve años de West Kensington que era una pianista prodigiosa, y volvía a estar felizmente soltera después de que su última relación hubiera acabado por un conflicto de intereses (ella no tenía ninguno). También estaba claramente exasperada con su madre artista, reconvertida en mujer de mundo, que insistía en asistir a actos como este, incluso cuando las fechas de entrega de

los trabajos del *Inquirer* eran inminentes.

Cuando mencionó su entrega a las tres de la tarde, no pude evitar preguntarme por el correo que le había mandado y si estaría ya investigando el asunto de Ariel en East Falls.

—¿Qué tal, trabajas en algo para hoy? —le pregunté, como de paso.

—Bueno, unas cuantas cosas.

—¿Algo interesante?

—Sí.

—¿De la ciudad?

—Tal vez. —Frunció el ceño, ladeó la cabeza y se me acercó un poco más—.

¿Por qué?

Nos quedamos mirando, con expresión desconfiada. Pero no me atreví a desenmascaramme como «Un ciudadano preocupado». Desvié la mirada, disimulando.

—Por nada.

Me tocó el brazo y se me acercó un poco más.

—Si quieres saber si estoy escribiendo algo sobre Alex, ya te lo he dicho, estoy en la sección local, no de política —me susurró—. Y no puedo decirte nada de lo que hacen los otros periodistas. No puedo.

—¡Oh, no! No te lo preguntaba por eso —contesté, agobiada—. Jamás te pondría en un aprieto así.

Esperé que me creyera; no quería que pensara que era ese tipo de personas que utilizan la amistad para obtener información confidencial.

Por suerte, me sonrió y me dijo:

—No pasa nada, ya entiendo que resulta difícil no preguntar... Y ahora vamos a tomar unos bollitos o sándwiches de pepino, o cualquier otra mala excusa de las que tienen en estas cosas para repartir comida.

La seguí hacia el bufé y, entre bocado y bocado de los delicados sándwiches, seguimos charlando fluidamente, como viejas amigas.

Para ser una rica heredera, Larry era deliciosamente cercana y divertida, y tenía una manera muy graciosa de expresarse con las manos, moviendo sus delgados brazos arriba y abajo, a izquierda y derecha. En un momento dado, se excitó tanto con lo que decía que le dio un trompazo en la cara a una mujer que pasaba. Se disculpó profusamente y, una vez que la mujer había desaparecido, molesta, me miró con ojos exorbitados y las dos tuvimos que hacer un esfuerzo para reprimir una carcajada.

Era también guapa, a pesar de su estilo informal. Me pregunté si Alex había intentado alguna vez ligar con ella. Antes de poder refrenarme, mientras avanzábamos por la sala, ahora llena casi hasta el límite, me sorprendí hablando de él.

–Conoces a Alex desde hace mucho tiempo, estoy segura de que tienes muchas anécdotas jugosas.

–Alguna debo de tener. Aunque la mayoría son chorradas del instituto. Nada demasiado sorprendente.

–Conociendo a Alex, no me extraña. Parece..., vaya, quiero decir, que es un tío bastante transparente.

–Aunque le gustaría corromperse. ¡Qué peligro! –Se rio como si hubiera dicho una broma, pero sus palabras se me clavaron como una flecha. ¿Tal vez Alex sí anhelaba parecerse un poco a ella..., salir al mundo, investigar prácticas delictivas, trabajar en el extranjero y vivir la vida a tope?

La arrinconé un poco más.

–Tenéis tanta complicidad que cuesta entender que nunca hubiera habido entre vosotros.

Se ruborizó y bajó la vista, avergonzada. ¡Ostras! Si no lo había ya torpedeado, mi plan de convertirme en su nueva mejor amiga se había arruinado. Nadie quería hacerse colega de una esposa celosa.

–Oh, Dios mío, ¡no! –exclamó–. Nunca podría estar con alguien tan preocupado por su aspecto. Siempre haciendo deporte y con la necesidad de llevar los trajes y las camisas adecuados... ¡Es tan nenaza!

Yo me reí, ella se relajó, pero no quedé del todo convencida de su reacción. Tal vez, en el fondo, ocultaba una atracción. O la había sentido tiempo atrás.

El campanilleo de un tenedor chocando con una copa de cristal indicó que era el momento de sentarnos. Encontré mi sitio en una mesa cerca de primera fila mientras Larry guiaba a su madre hasta otra mesa. Me serví un poco más de té y luego me acomodé para aguantar lo que pronosticaba sería un programa largo y aburrido. Incluso me quité los zapatos por debajo de la mesa y estiré los dedos de los pies.

Una señora con traje de cuadros y gafas que colgaban de una gruesa cadena dorada se acercó al podio y se puso a hablar. Me senté más recta, esforzándome por oírla mejor, pero seguía sin entender sus palabras, que para mí no tenían ningún sentido. Entonces me di cuenta de que no era que dijera

tonterías, sino que hablaba en francés, con un ritmo rápido y con un acento impecable. Miré alrededor para ver la reacción del auditorio, pero no advertí nada raro. Todo el mundo escuchaba con atención y asentía al unísono. Al parecer, los «Amigos de Lafayette» se tomaban aquella amistad literalmente.

Tomé otro sorbo de té y fingí que seguía el discurso, aunque no fui capaz de entender ni una sola palabra.

Excepto mi nombre. Levanté la vista y vi a la mujer del podio mirándome con expresión expectante. Como el resto de damas de la reunión.

Y entonces caí en la cuenta: esperaban que me levantara. No me habían mencionado; me habían presentado.

El cerebro se me disparó, incapaz de centrarme en nada más que en el estallido de aplausos mientras me obligaba a mí misma a levantarme y subir al estrado. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba convencida de que la gente podía ver sus golpes bajo la gruesa chaqueta de lana, y en aquella sala tan fresca de pronto me pareció que hacía un calor tropical. Llegué al escenario y me puse frente al público, mientras sentía que el sudor se me acumulaba entre el pecho y los omoplatos. Y por si eso no fuera ya lo bastante terrible, de pronto me di cuenta de que iba descalza.

La mujer se volvió, me dio la bienvenida —«*Bienvenue, Madame van Holt*»— y me dejó sola en el escenario. Sola. Con todas las miradas clavadas en mí. Y el tiempo pasando, un terrible segundo tras otro.

De todas mis fobias, hablar en público no era una de ellas, pero tampoco era mi manera preferida de pasar la tarde. Como en mi trabajo tenía que hacer presentaciones a menudo, me había esforzado por ser más o menos competente después de adquirir formación y práctica. Hasta había conseguido arrancar unas cuantas carcajadas al público en la entrega de los premios Pepperpot de la PRSA del año pasado, gracias a unos cuantos cientos de ensayos frente al espejo del baño y a un trago largo del gin tonic de Jules antes de subir al escenario.

Pero esto era algo totalmente nuevo. Esto era la peor pesadilla de un ansioso hecha realidad. Por mucho que lo intentara, era incapaz de recordar ni una sola palabra del francés del instituto. Entonces intenté decir algo en inglés, buscando en mi cerebro qué decir, pero hasta ese idioma me esquivó. La sala se quedó en silencio, con el único ruido de alguna tacita posándose en su platito. Un tacón arañó el suelo. Alguien tosió.

Interioricé aquel mar de caras, sus cortes de pelo de doscientos dólares y

sus blusas de seda con fruncidos. Sabía que tenía el mismo aspecto que ellas con mi bonito traje de chaqueta. Pero yo no tenía nada que ver con ellas: yo era una impostora.

Se suponía que tenía que cautivarlas, halagarlas y darles un montón de razones para votar a mi maravillosamente amable, inteligente y noble marido. Intenté decir algo, pero solo llegué a emitir un débil «Yo..., yo...».

La sala entera se inclinó hacia delante, sin saber cómo reaccionar. Las expresiones del público oscilaban entre la confusión y la inquietud.

–Yo..., yo... –De nuevo, repetir una sílaba era lo máximo que me sentía capaz de conseguir.

El silencio se apoderó todavía más de la sala. Nadie se movía, nadie parecía ni tan siquiera respirar.

¡Tenía tanto calor! Me ardía la cara y me sentía empapada en sudor. Pero antes de fundirme o echarme a llorar, tenía que salir de allí. Me volví hacia la mujer que me había presentado y pronuncié un débil «disculpen»; luego bajé las escaleras del podio mientras el micro anunciaba mi huida con un tremendo pitido.

Estaba a medio camino de la puerta cuando me acordé de los zapatos, de modo que retrocedí y los saqué de un zarpazo de debajo de la silla. Todo el mundo me miraba mientras saltaba torpemente con un pie y el otro, embutiéndolos en mis tacones de punta fina.

Mientras huía, con el rostro al rojo vivo y el público escandalizado murmurando, advertí una cara familiar. Mirabelle estaba sentada a una mesa al fondo; debió de haber entrado en el último minuto. Los ojos le brillaban de rabia.

Finalmente me acordé de una palabra en francés: *merde*.

De regreso a Chestnut Street, el aire de noviembre me refrescó un poco las ardientes mejillas. Anduve todo lo rápido que me permitían los tacones, deseando desesperadamente poner un poco de distancia con el escenario de mi humillación. No sabía adónde iba, pero me daba igual. Solo quería huir de allí, perderme por la ciudad.

Obviamente, Abigail van Holt hablaba francés y frecuentaba las casas de subastas, donde todo el mundo la adulaba y la festejaba como si fuera la

mismísima primera dama. Y, evidentemente, se dirigía a la gente con ademán impecable y sin vacilar, con su pelo y su vestuario perfectos, que inspiraban a su público una mezcla de admiración y envidia. En ese momento, casi la odiaba.

Pronto pasé junto a un coche familiar lleno de sillitas y deseé estar sentada al volante de mi viejo Subaru con los niños atados en el asiento trasero. Pasé junto a un quinceañero que tiraba de un golden retriever y quise desesperadamente oír el tintineo del collar de mi perro cuando abría la puerta trasera de mi casa de Grange Hill. Sentía una nostalgia tremenda.

Giré a la izquierda, reprimiendo las lágrimas, y me dirigí hacia el centro de convenciones de Market Street, ansiosa por desaparecer entre las masas de turistas y profesionales. Pero entre ellos todavía destacaba más, con mi traje rosa y el pelo rubio tan impecables en contraste con sus vaqueros desgastados y sus camisetas. Entré en el edificio, merodeé entre los transeúntes que se dirigían a la parada de metro que había debajo del centro, y me colé por unas puertas que daban a una calle más estrecha. A otro mundo.

Delante de mí se levantaba un arco de madera rojiza ornada con dragones tallados, símbolos rojos y verdes y tipografía dorada: la puerta al pequeño Chinatown de Filadelfia. Las aceras estaban llenas de vendedores con sus tambaleantes puestos llenos de gafas de sol y abanicos, de grupos de hombres que fumaban o que ocultaban el rostro detrás de sus periódicos abiertos y de niños que iban de un puesto a otro, con los ricos olores de los restaurantes, bares de fideos y los puestos de flores impregnando el aire. Sonaban bocinas, se oía música que se colaba por las puertas entreabiertas y a madres que llamaban a sus hijos desde las ventanas de un primer o segundo piso. Me sentí a muchos kilómetros de distancia de los Van Holt, protegida finalmente por el anonimato.

Reduje el paso y recuperé el aliento. Me detuve frente a la entrada oscura de un bar que tenía un rótulo de neón en la ventana que decía «Tsingtao». El señuelo del alcohol me atrajo. Me metí dentro.

Cuando mis ojos se hubieron habituado a la tenue iluminación, me senté en el primer taburete de una barra color miel, dejé el bolso en el suelo y miré alrededor. Delante de mí, los estantes aguantaban todo un arcoíris de botellas, aceitunas, cerezas confitadas y vasos de pintas con dibujos estampados. En una pared, carteles de guapas modelos chinas sugerían destinos de viaje y marcas de cigarrillos, mientras un acuario de grandes dimensiones separaba

la pequeña zona de bar de la todavía más pequeña zona trasera de comedor. Miré alrededor y vi unas mesas llenas de hombres de negocios locales bebiendo de unos vasos de cerámica y riéndose ruidosamente de los chistes que se contaban.

Parecía un poco pronto para la *happy hour*, pero la tele de pantalla plana que había tras la barra anunciaba que solo faltaban unos minutos para las cinco. No faltaba tanto.

Un joven delgado, con el pelo de pincho y una levita sedosa abotonada delante, que tenía más aspecto de DJ que de camarero, me dio una carta. Le señalé hacia los hombres sentados atrás y le dije:

–Tomaré lo mismo que ellos.

Me miró intrigado, negó con la cabeza y me dio una carta llena de fotos de bebidas rosas y azules, todas ellas coronadas con cerezas o con una sombrillita.

–De verdad, quiero lo mismo que ellos –insistí.

Como no se movió, supuse que no hablaba inglés. Volví a señalarle con el dedo los vasitos de cerámica azules y blancos de la mesa más cercana. No tenía ni idea de lo que contenían, pero fuera lo que fuera, funcionaba. Los hombres de atrás parecían encontrarse perfectamente.

El camarero se decidió a hablar con una voz solo marcada por la perezosa entonación de los adolescentes.

–Señora, no le gustará. Es un licor de la vieja escuela. Absurdamente fuerte.

–Perfecto –le dije, ignorando su comentario–. Sírveme uno.

Suspiró y se dirigió a una pequeña nevera, de la que sacó una gruesa botella marrón con tapón de corcho. Sirvió un chorrillo muy pequeño en un vaso y lo colocó delante de mí. Esperó, con las manos cruzadas delante, mientras yo tomaba un sorbo. Los hombres del fondo de la barra también me observaban; su conversación se había quedado suspendida unos instantes.

Me acerqué el vaso a los labios y lo vacié de un trago. Sabía a regaliz picante y especiado mezclado con agujas de pino, y quemaba tanto que casi me provocó una arcada. Dejé el vaso sobre la barra, con los ojos humedecidos.

El camarero me dedicó una de esas miradas de «se lo advertí» y me ofreció una servilleta. Levanté la mirada hacia él y, con expresión vencida, y le susurré:

—¿Me pones una cerveza, por favor?

Regresó con una cerveza Yuengling con escarcha y me dijo que era regalo de la casa. Me tomé el primer tercio muy rápido, el líquido fresco de malta aliviaba el fuego de mi lengua. Cuando me detuve a coger aire, volví a dejar la pinta sobre la barra y exhalé ruidosamente.

—¿Un día complicado, eh? —dijo una voz a mi lado.

Estaba a punto de responder cualquier cosa y de retirar mi bolso para dejarle sitio al recién llegado, cuando la voz me llegó muy adentro, como un puñetazo al estómago.

Jimmy.

Giré la cabeza de golpe. Se me paró el corazón.

Estaba tan solo a dos palmos de mí, con un brazo moreno apoyado en la barra mientras que con la mano del otro se guardaba el móvil en el bolsillo. Estuve a punto de decir su nombre, pero me reprimí antes de que se me escapara. Lo miré con los ojos abiertos de par en par, sin ni tan siquiera pestañear.

Inclinó la cabeza, confuso.

—¿Nos conocemos?

Una cosa tan natural, unas palabras tan sencillas, me dolieron tanto como el trago que acababa de engullir.

—Lo siento, no —le dije—. Es que me has recordado a alguien que conocía.

—Buen tío, espero —dijo, con una sonrisa.

—El mejor —murmuré.

Le hice un gesto invitándolo a sentarse y se acomodó en el pequeño taburete que había a mi lado, tocando con las puntas de las botas de trabajo el endeble fondo de la barra. Se quitó la chaqueta y le hizo señas al camarero, lo cual me dio tiempo para mirarlo por el rabillo del ojo. Aquella proximidad me aceleró el corazón.

—Cerveza, por favor —pidió Jimmy—. Y la carta.

El joven se alejó y dejó a Jimmy mirando alrededor y repiqueteando los dedos sobre la barra, mientras yo explotaba por dentro.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunté, al tiempo que me horrorizaba de mi pregunta tan cursi.

—Los fideos. Son los mejores de la ciudad.

—No, quería decir, a la ciudad.

—¿Qué te hace pensar que no vivo cerca de aquí?

–¿Vives por aquí? –En su mundo, podría ser cierto.

–No. Tienes razón. Vivo fuera, en el condado de Delaware. Estoy en la ciudad por una feria.

–Ah, ¿qué tipo de feria?

–De estas aburridas –respondió–. Bueno, una feria de construcción. Concretamente, de pavimentos.

–¿Pavimentos? ¿Tipo... carreteras?

–No. Tipo adoquines, cemento, ladrillos –explicó–. Trabajo para una empresa constructora. Me ocupo de los espacios exteriores. Pavimentos exteriores, paisajismo, patios, cosas así.

–Me encantan los patios –fue mi genial respuesta.

–¿Sí? –se rio–. A mucha gente le gustan. O, al menos, le gustaban.

–¿Ya no?

–La crisis ha afectado mucho al negocio. Todavía no nos hemos recuperado.

–Sí, ya lo he oído.

–Ah, ¿sí?

–Sí, conozco a alguien que es..., que era... paisajista. Tenía su propia empresa.

–Qué bien –dijo, mientras daba un trago a la cerveza–. Espero que le vaya... que le fuera..., que le vayan bien las cosas. –Nos echamos a reír. Intenté serenarme.

Jimmy se apoyó un poco en el respaldo del taburete y apretó los ojos para leer en la pequeña pizarra que anunciaba los platos del día, lo que me permitió observarlo mejor. Llevaba una camisa blanca de botones metido por dentro de los pantalones tipo caqui, e iba bien afeitado. Pero también llevaba su misma gorra preferida de los Phillies que yo solía meter en la lavadora cada semana. Cuando me sorprendió mirándola, se la quitó, se alisó el pelo con los dedos y volvió a ponérsela, un gesto nervioso que le había visto hacer miles de veces. El viejo Jimmy de siempre. Mi Jimmy.

Se acercó un poco y me escrutó la cara.

–¿Estás segura de que no te conozco? Te juro que me sueñas muchísimo –dijo.

¡Sí! Quise gritarle. ¡Sí, sí, sí! Conocemos cada centímetro de nuestros cuerpos; somos capaces de acabar las frases el uno del otro; hemos compartido todos los días y todas las noches de los últimos nueve años;

tenemos dos hijos hermosos.

Pero me limité a mirar sus ojos color de miel y dije lo único que podía decir:

–No. Creo que no.

Seguimos charlando, cada uno bebiéndose su cerveza. Me contó que le gustaba lo que hacía pero que quería centrarse más en la parte de paisajismo, en las instalaciones respetuosas con el medio ambiente, tal vez, algún día, montar su propio negocio. Dijo que su jefe actual le caía bien, pero que el papeleo y las reglas de una gran empresa le resultaban difíciles. Me contó lo que yo ya sabía; que tenía tres hermanos, que había nacido y crecido en Upper Darby, que jugaba al hockey sobre hielo desde los tres años y que tenía un perro llamado *Walnut* (lo llamaban *Wally*). Pero también me enteré de cosas que no sabía: que le gustaban los restaurantes de fideos chinos, por un lado, y que se había aficionado mucho a la bicicleta de montaña. Y también que tenía planes de hacer un *ecotour* por Islandia el próximo puente de Acción de Gracias.

¿Quién hubiera dicho que mi marido tenía intereses fuera de mí y los niños? Sorprendente.

Un camarero le sirvió lo que había pedido, lo que me dio ocasión de fijarme en si llevaba alianza. No llevaba. Eso no me daba mucha información; pocos paisajistas la llevaban, puesto que pasaban mucho tiempo manipulando fertilizantes y productos químicos. Aunque también era cierto que parecía poco probable que un hombre casado y con hijos estuviera en un bar a la hora de la cena.

Cuando él no miraba, me cambié disimuladamente mi aparatosa alianza de diamante a la mano derecha. No quería llevar nada que lo ahuyentara.

–Bueno, ahora que ya lo sabes todo de mí –dijo–. ¿Qué haces tú aquí? De alguna manera, no tienes pinta de chica que se pasa por el bar a media tarde.

¿Me estaba tirando la caña? Era adorable.

–Entonces, ¿qué pinta tengo? –le pregunté, mientras inclinaba la cabeza con coquetería, devolviendo la pelota a su terreno.

Me miró de arriba abajo, se fijó en mi traje rosa, en mis tacones y en mi peinado estilizado.

–Hum... Diría que eres abogada. O una de esas financieras especialistas en adquisiciones y fusiones de empresas.

–Ni de lejos.

–¿Algo más creativo? ¿Publicidad, o algo así?

–Bingo. Me dedicaba a las relaciones públicas.

–¿Te dedicabas?

–Sí. Ahora ya no.

–¿Y ahora qué haces?

–Buena pregunta. Me está costando un poco saberlo yo misma.

–Eso nos pasa a todos, ¿no? –Levantó su copa, brindamos, y nuestras cervezas sonaron más como un *clonc* que como un *dring*.

–Pero tienes razón –le expliqué–. No soy de las que van a tomar una copa al bar a media tarde. Hoy necesitaba un descanso.

–¿De?

–De mi vida.

–¿Marido? ¿Hijos?

–Vergüenza pública. He jodido totalmente un discurso en público.

–¿Has provocado sopor entre el público?

–Más bien me he acojonado y he salido corriendo.

–¡Vaya! Seguro que no ha sido tan horrible como crees.

–No, ha sido peor –dije, con una mueca antes de bajar la cabeza.

Pasaron un par de segundos, como si meditara lo que iba a decir a continuación. Luego se inclinó hacia mí e intentó mirar a través de la cortina de mi pelo que nos separaba. Cuando levanté la mirada y retiré el pelo, nos encontramos a pocos centímetros el uno del otro.

–No puedo imaginarte estropeando nada –dijo, en voz baja–. De hecho, no te imagino siendo nada menos que... –hizo una pausa, mientras buscaba la palabra adecuada– increíble.

La palabra quedó en el aire, dejándonos a los dos en silencio. Sabía que no estaba haciendo un cumplido; su tono era franco y honesto. Además, Jimmy no era un adulator. Y siempre me tuvo en más alta estima de la que yo misma me tenía. Cuando retiró la mirada, tímidamente, me incliné un poco hacia él e inhalé su olor, para luego poder recordar todos los detalles de ese momento.

Jimmy le hizo un gesto al camarero, que nos había estado ignorando a favor de su iPhone. El joven trotó hasta nosotros y nos preguntó:

–¿Otra ronda?

–Sí –respondimos al unísono.

Fuera, la luz estaba menguando y las calles se habían vuelto más

silenciosas, pero nosotros no nos habíamos movido de nuestros taburetes, de lo inmersos que estábamos en nuestra conversación. Refugiados en el pequeño bar, tan lejos de nuestras respectivas casas, nos sentíamos como si el mundo, fuera de la puerta endeble de aquel bar, no existiera. Hasta los demás clientes parecían haberse difuminado al fondo, con sus conversaciones exóticas, desconocidas, convertidas en un murmullo. Comprendí finalmente lo que los budistas quieren decir con «estar en el momento»; me sentía tan viva que pensé que era capaz de levitar de mi taburete, vibrando.

Pero era mi teléfono lo que había empezado a vibrar, devolviéndome a la realidad con un mensaje entrante: Sunita no encontraba la jirafa de peluche de Sam, y ¿podían pedir pizza? Leí el texto mientras Jimmy miraba hacia el televisor que teníamos encima de nuestras cabezas.

–Perdona, tengo que ir al baño –le dije, mientras me levantaba. Me bajé del taburete y tuve un tropezón imperceptible cuando la sangre me volvió a circular por las piernas.

–Cuidado –me dijo, y me atrapó por el codo con su mano bronceada. Nos quedamos mirándonos y tuve que reprimir las ganas de besarle.

En el baño, le envié mis respuestas a Sunita, luego descargué las dos cervezas y media de mi vejiga y me lavé las manos. Me miré al espejo y me retoqué el maquillaje y el pelo lacio, pero luego me detuve al recordar que a Jimmy le gustaba más el aspecto natural. Tal vez fuera el efecto del alcohol, pero en aquel momento decidí que, si me pedía el teléfono, se lo daría. No había ningún motivo por el que no pudiéramos ser amigos, ¿no? Me desabroché un botón de mi remilgada blusa y me apresuré a salir, ansiosa por volver a estar a su lado.

Pero cuando volví a mi sitio, ya no estaba.

Miré por la barra y las mesas del fondo. Incluso volví sobre mis pasos y abrí la puerta del baño de hombres, pero estaba oscuro y vacío. Luego corrí a la puerta y la abrí de golpe, mirando arriba y abajo de la calle, pero no había más que unos cuantos vendedores callejeros recogiendo sus productos. Suspiré y volví al lugar en el que habíamos estado charlando. Estaban las dos cervezas a medio beber y dos billetes de veinte dólares.

Y entonces, muy bajita, oí mi propia voz, pero no era dentro de mi cabeza.

En el televisor de la pared que antes teníamos delante pillé el final de la repetición de la entrevista de hoy en la CNN: yo sentada entre Alex y Gloria mientras Sam jugaba en mi regazo.

Jimmy debía de haberla visto, también las letras tan claras que me identificaban como la «Señora Abigail van Holt». Tan esposa y tan madre. Por no mencionar mi pertenencia a la «realeza política» de Filadelfia.

Lo había perdido otra vez.

Después de relevar a Sunita y de acostar a dos niños ebrios de leche con cacao y dibujos animados, me metí entre las sábanas de mi cama a pesar de que solamente eran las ocho y media. Alex me había avisado de que volvería tarde a casa, pero, por si las moscas, apagué todas las luces de la habitación. Si volvía pronto, quería fingir que estaba dormida.

Me tumbé y me tapé hasta el cuello, anhelando abandonarme a mis pensamientos. Sobre Jimmy.

Repasé mentalmente la escena del Wok Ling una y otra vez. Recordé sus palabras, su sonrisa, su olor. Me pregunté si le gustaba, si pensó que era atractiva y si había sentido la misma conexión que yo.

También pensé en lo curioso que era que, a pesar de mi nuevo matrimonio, mi ropa nueva y mi cuerpo impresionante, debajo de todo aquello seguía siendo la misma que hacía una semana. Él era quien parecía distinto. Tenía un trabajo distinto, vivía en un lugar en el yo que nunca había estado y tenía intereses, gustos y aficiones que yo desconocía. No podía imaginarme su cuerpo robusto en una bicicleta de montaña, o a él, el trabajador solitario, en un *tour hipster* por Islandia. Pero, al parecer, disfrutaba con estas cosas. Me preguntaba si todas las responsabilidades de nuestra vida en Grange Hill –o incluso yo– habían anulado su lado aventurero.

Pero lo cierto era que, sin mí, Jimmy no tenía su propio negocio. Trabajaba para un tercero a quien probablemente odiara.

Siempre había asumido que Jimmy había hecho esas cosas –fundar su propia empresa, ir a clases nocturnas para sacarse un título– por iniciativa propia. Pero ahora, al verlo trabajar para un tercero, pensé que tal vez yo había tenido algo que ver con ello. ¿Quizá había logrado estimular su lado ambicioso? O quizá, como pareja. Éramos capaces de enfrentarnos a retos que solos nos parecían insuperables. Siempre había pensado que las personas

eran simplemente como eran, pero ahora empezaba a pensar que influenciábamos a los que tenemos alrededor mucho más de lo que llegamos a sospechar.

Esa idea me hizo sentir bien y un poco melancólica. Suspiré, me estiré desde la posición fetal y me quedé dormida.

Lluvia.

Caía a mares, golpeando las ventanas y ensordeciendo los ruidos de la ciudad.

Me levanté de la cama, anduve por el suelo enmoquetado y abrí las gruesas cortinas. Los árboles de la plaza resultaban apenas visibles y las luces de los coches se difuminaban en bellas manchas rosadas y amarillas. Y el cielo – normalmente de un azul brillante desde las siete y media de la mañana– tenía un rabioso tono gris pizarra.

El día de las elecciones empezaba de lo más deprimente.

Anoche, Alex se había acostado tarde, pero cuando me desperté ya se había vuelto a ir. Sin importar dónde estuviera, me lo imaginé andando de un lado a otro y maldiciendo el tiempo mientras se acariciaba el denso pelo oscuro con las manos. Durante los días recientes, Frank, Calvin y él se habían mostrado obsesivos con la previsión del tiempo, y yo sabía que, excepto por un huracán o un tornado, esa lluvia era el peor de los casos.

Sabía que, además de un buen número de hombres de mediana edad, Alex necesitaba al menos un cuarenta por ciento del voto femenino. Normalmente, eso no sería algo que nos preocupara –todos sabíamos que Alex tenía mucho éxito con las mujeres–, pero la lluvia podía hacerlas desistir, en especial a las mayores, de salir de casa. A pesar de sus distintas procedencias étnicas y socioeconómicas, había una cosa en la que las mujeres de South Philly, West Philly y el Main Line podían ponerse de acuerdo: por muy mono que pudiera ser su futuro representante político, no se merecía que sacrificaran un buen atracón por él.

A pesar de las ganas que tenía de volver a meterme en la cama, sabía que debía levantarme. Me esperaba un día terriblemente largo. El programa de hoy incluía visitas a la biblioteca, al centro de ancianos, al instituto de los sordomudos y a dos parroquias, una de las cuales era el colegio electoral en el que debíamos votar. Junto al personal de campaña y a nuestros voluntarios preferidos, sonreiríamos y estrecharíamos manos y estrujaríamos las últimas gotas de energía de la agotada maquinaria de campaña.

Y luego, esta noche, ganáramos o perdiéramos, lo celebraríamos. Teníamos reservada la gran sala de baile del Ritz, y en este momento, el personal del hotel probablemente estaría hinchando cientos de globos azules y rojos, para meterlos en una malla que colgaría en el techo, mientras en la cocina otros pelaban cientos de gambas, cortaban queso y pan en triangulitos y ponían a enfriar cajas de champán. Por toda la ciudad y en el Main Line, nuestros amigos y familiares se ocuparían de sus cosas, algunos más ansiosos que otros por los resultados de esta noche, cuando se pondrían sus trajes y vestidos de cóctel y se meterían en taxis para acudir a felicitar o a dar unas palmaditas de ánimo a Alex. Personalmente, sabía que daba igual si ganaba o perdía, lo cansada que yo estuviera o lo que me pesara el corazón. Permanecería al lado de mi marido, ataviada de la mejor lana y la seda más suave, interpretando el papel que ahora ya sabía cómo interpretar. Sonreír y asentir. Entablar conversaciones banales. Hacer lo que tan bien había aprendido a hacer: fingir.

En el pasillo, cuando me dirigía a despertar a los niños, oí un ruido, como agua que caía por una tubería, que venía de la cocina.

—¿Alex?

Sin respuesta. Me até mejor el batín y seguí el rastro del sonido, solo para encontrarme a mi suegra frente a la pila vaciando una botella de Macallan 25 por el desagüe. Llevaba puesto el impermeable caqui y tenía las mangas salpicadas de lluvia.

Sabía que los niños se iban a pasar el día a Bloemveld, pero pensaba que los tenía que mandar con Oscar. Ya había preparado sus cosas, más los pendientes de diamantes que había recuperado y guardado anoche, y las bolsas con la cajita de terciopelo estaban listas en la entrada.

Me aclaré la garganta, todavía con la carraspera de la mañana, y pregunté:

—¡Mirabelle! ¿Qué haces aquí?

Dejó la botella vacía sobre la encimera de mármol y me miró.

—Creo que ya lo sabes.

Pero no lo sabía, y eso me preocupó.

Me fijé en que mi bolso estaba abierto, como si ella me lo hubiera registrado. Luego vi que, aparte de la botella que tenía en la mano, había vaciado todas nuestras botellas de licor y las había metido en un cesto de reciclaje que tenía a sus pies.

—Me temo que no.

–No creas ni por un solo instante que no te tengo calada.

¿Calada a mí? ¿Por qué? Era imposible que sospechara la verdad.

–¿De qué hablas? –le pregunté tranquilamente.

–Eres alcohólica.

Me la quedé mirando, desconcertada. Pero también aliviada. El alcoholismo era algo que me resultaba fácil refutar. En cambio, el hecho de hacerme pasar por una mujer a cuya vida acababa de llegar resultaba más difícil de explicar.

–¿Alcohólica? Esto es absurdo.

Insistió:

–Pues entonces, estás enganchada a algo. A pastillas.

No pude evitar reírme, pero entonces vi que hablaba totalmente en serio y cambié de actitud.

–Mirabelle, créeme, no tomo alcohol. Ni drogas de ningún tipo.

Cogió la última botella llena –una botella de ginebra de envase azul– y la colocó boca abajo en la pila. El olor a pino invadió la sala mientras el líquido se derramaba por el acero inoxidable.

–Si lo dices por lo que ocurrió ayer en el té, nadie pasó más vergüenza que yo. No me encontraba bien y necesité salir de allí rápidamente. Me volvía a doler la cabeza.

Mientras esperaba a ver si se tragaba la mentira, me acerqué a la cafetera, puse una taza bajo la boquilla y empecé a tocar botones. Tenía la esperanza de que aquello fuera el fin de nuestra absurda discusión.

–No hablo solo de ayer –prosiguió–. Llevas unos días haciendo cosas raras. –Dejó la botella, ahora vacía, y me señaló con su dedo huesudo–. Estás tramando algo, lo sé. –Entonces, sus ojos se abrieron de par en par, como si acabara de tener una idea–. O es algo peor.

–¿Peor?

–La extraña caída por las escaleras mecánicas. La pelea con Aubyn. Y le hiciste al doctor Cohen todo tipo de preguntas extrañas sobre «universos alternativos». Y luego la vergüenza de ayer. Si no estás tramando algo, es que estás mentalmente incapacitada.

Tenía que reconocérselo a la vieja, tenía razón. Estaba incapacitada para ser una Van Holt. Era Abbey Lahey, madre suburbana y chandalera, publicista de pesticidas y con andares torpes. Resultaba curioso que, de todos los que me rodeaban, ella fuera quien desconfiara. Intuición femenina,

supongo.

Cogí mi taza de café y di un sorbo, tratando de ganar tiempo. Luego tomé aire y utilicé el mismo tono que Jimmy adoptaba cuando hablaba con un cliente enfadado, el mismo tono que la había oído a ella usar muchas veces:

–Mirabelle, puedo asegurarte que no tomo drogas. Ni abuso del alcohol. Estoy cuerda cien por cien. –Posé la taza y anduve hasta el otro lado de la mesa, mirándola a los ojos–. Y, además, si fuera una borrachina o una pastillera, ¿no crees que Alex lo sabría? Pregúntaselo. Él te lo dirá.

–Deja a Alex fuera de esto –me interrumpió–. No quiero que se distraiga. Hoy no.

–¿Dejarlo fuera? Es mi marido.

Palideció, pero luego se recompuso.

–Alex tiene un punto flaco contigo, pero yo sé que algo va mal. Muy mal. Y no pienso permitir que arruine esta familia. Ni su futuro.

Su voz tenía el mismo deje patricio que usaba siempre, pero su mensaje era tan claro como una amenaza proferida en un patio carcelario. No me gustaba que me amedrentaran en mi propia casa, de modo que igualé su encanto letal con un poco del mío.

–Mirabelle. Madre. Gracias por tu visita. –Saqué el móvil del bolso y fingí ponerme a leer correos, para hacerla esperar; una táctica que había aprendido de Charlotte. Al cabo de unos instantes, levanté la mirada–. Si me perdonas, tengo un día muy largo. Alex me está esperando. Me necesita.

Jamás la había visto tan enfadada. Ni tan boquiabierta. Nos miramos fijamente con la isla de la cocina de por medio, como dos leones segundos antes de destrozarse el uno al otro.

Pero justo entonces entró Gloria tambaleándose, bostezando y frotándose los ojos. Al ver a su abuela, corrió hacia ella y se abalanzó sobre la tela rígida caqui de su anticuado impermeable.

Mirabelle acarició el pelo de Gloria y volvió su carita hacia ella.

–Buenos días, palomita. ¿Estás lista? Mientras mamá y papá acaban de hacer campaña, tú y Van os quedaréis conmigo.

Gloria sonrió, presintiendo que pasaría tiempo con Aubyn, las ovejas y, por encima de todo, su caballo.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó.

–Todo el día. –Entonces, Mirabelle me miró con una ancha sonrisa y ojos vencedores–. Y, si me salgo con la mía, tal vez más tiempo. Quizá una buena

temporada.

¿Quitarle a mis hijos? ¿No podía hacerlo, no?

Cada vez que intentaba pensar con claridad, averiguar si había alguna manera legalmente posible, la cabeza se me paralizaba de miedo. Era mi peor pesadilla hecha realidad y me provocaba escalofríos incluso estando bajo una lluvia regular de agua caliente en la enorme ducha de mármol de los Van Holt.

Así que me caí por unas escaleras mecánicas. Y hacía preguntas raras. Y estropeé un discurso. Eso no significa que sea adicta. O que esté loca. Y no estamos en el siglo XIX, nadie puede encerrar a nadie en una institución a menos que tenga una causa muy justificada.

Pero, igualmente, tenía miedo. Si las sumabas todas, esa semana había hecho algo más que unas cuantas cagadas. Y quién sabía las que me quedaban por hacer. Me senté en el suelo de la ducha y levanté las rodillas. Me sentía muy sola. Asustada. Y con aquella terrible sensación de no saber lo que me esperaba.

De pronto, oí pasos de hombre cruzando el baño, luego el plop de la puerta de cristal que se abría. Era Alex, y parecía apresurado.

—¿Dónde están mis...? —Puso mala cara al verme sentada en el suelo—
¿Qué haces en el suelo?

—Hum, meditar.

—¿En serio? —Me contempló, molesto, mientras me levantaba y trataba de apagar el agua, pero no lograba acordarme de cómo funcionaba aquel sofisticado panel de control. Se inclinó hacia dentro y movió la mano bajo el grifo. El agua se detuvo y luego hizo unos gorjeos por el desagüe.

—¿Y mis camisas? ¿Me compraste las camisas? —preguntó, mientras salía de la ducha.

Hice una mueca de dolor.

—Uy. —Cogí una toalla y me cubrí el rostro con ella.

—¿Es broma, no? Abbey, ¡es el día de las elecciones! Y no tengo nada que ponerme. Llevé esta ayer y ahora está llena de manchas de café. Y Frank me está esperando abajo.

—Lo siento. Con la entrevista, el discurso y todo esto, se me olvidó.

Me siguió hasta el vestidor y se arrancó la camisa manchada con rabia. Alcancé un albornoz y me recogí el pelo húmedo. Empezó a buscar por entre su ropa colgada, con la esperanza de encontrar una camisa limpia con botones escondida entre todas las chaquetas azul marino.

—De todos modos, ¿dónde estabas ayer por la tarde? —preguntó. Me quedé paralizada, pero logré darle una excusa—. Tenía ese té en la casa de subastas y de regreso me paré a tomar algo.

Se lo tragó o le importaba un comino, porque prosiguió.

—¿Y no fuiste capaz de pasar por Brooks Brothers? He tenido que llevar dos días la misma camisa porque hay alguien que no ha estado a la altura...

Me volví hacia él, incrédula:

—Fue tu madre quien despidió a May, no yo, ¿te acuerdas?

Iba a decir algo, pero se detuvo, al darse cuenta de que tenía razón. Me sentaba bien responder con seguridad, en vez de con desconcierto. Después de diez días en este matrimonio, nuestras discusiones empezaban a ser un poco más equilibradas.

Con todo, tuve en cuenta el día que era y le ofrecí la pipa de la paz.

—Puedo salir a comprarte unas cuantas —le propuse, animosamente—. Deja que me vista.

—Pero se supone que debemos estar en Springfield en veinte minutos —dijo—. Y luego ir a esa escuela de sordos y luego a la parroquia. Y tenemos que votar al mediodía.

—Ve de momento con esta camisa y te alcanzaré donde estés —le propuse—. Alex, créeme, nadie ha perdido unas elecciones por una mancha de café.

—¿No puede ir Sunita? Quiero que estés conmigo.

Iba a acceder, pero me interrumpió.

—De hecho, no es buena idea. No quiero que ella conduzca mi coche. —Buscó en su bolsillo, me lanzó unas llaves y me dijo—: Cómprame tres. Y recuerda, blancas o azules, no rosas.

Revolví los cajones y encontré una camiseta, unos pantalones de chándal y unas zapatillas de *running* muy de moda, de color verde lima. Corrí a la cocina, llené una taza de café de plástico y me precipité al ascensor. Pero entonces me acordé de que llovía y volví a entrar.

Registré el armario del recibidor en busca de un paraguas o un impermeable, pero solo encontré abrigos de lana, un abrigo largo de piel y pantalones de esquí. Volví a mi vestidor, dejé la taza en el suelo y repasé

estantes y colgadores, antes de revolver unos cuantos cajones. Ni rastro de paraguas, ni de impermeable, ni de una triste gorra de béisbol.

¿Cómo podía una mujer con doce pares de vaqueros de J Brand, seis fulares Hermès y todo un arcoíris de *pashminas* de Nordstrom no tener una gabardina? Entonces me iluminé: Nordstrom, gabardina. ¿No había visto un impermeable en la bolsa que ese hombre tan amable –Bingley Cowan-Smith o algo así– me devolvió con mis cosas?

Me arrastré por debajo de los colgadores y encontré la bolsa grande y plateada, detrás de unas botas, exactamente en el lugar en el que la había dejado la semana anterior. Dentro había una gabardina azul marino Tory Burch forrada de una seda geométrica coral y blanca y un paraguas a juego. Cogí las dos cosas y me puse el impermeable. Estaba guardando la bolsa de nuevo donde la encontré cuando algo me llamó la atención. Quitó el papel tisú plateado que quedaba y pegué un grito ahogado.

Ahí estaba el bolso de piel roja de Marc Jacobs. El mismo que Abbey Lahey se había comprado furtivamente por 598 dólares. El que había provocado la pelea. El que iba a devolver hacía justo once días. Me lo quedé mirando con incredulidad, lo levanté y lo puse encima de la encimera de mármol de la isla del vestidor. Lo examiné como si se tratara de un animal salvaje, a punto de morderme o de salir corriendo.

Mis pensamientos volaron hasta los últimos días que lo había usado... La imagen de Gloria en su cesto de la ropa sucia... Sam subiendo a gatas los peldaños de casa de Miles... El almuerzo con Jules... y hasta la discusión con Jimmy. Cogí el bolso y lo abracé contra mi pecho, sintiendo la piel gruesa y brillante fresca en mis manos calientes.

La emoción creció y luego me aplastó, como una ola que de lejos parece pequeña pero que te acaba llevando. Me eché a llorar, primero silenciosamente y luego con intensos sollozos, los hombros agitados y las manos y los labios temblorosos. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas y luego me caían y desaparecían sobre la moqueta color crema.

Con todas las células de mi cuerpo, deseé estar sujetando aquel bolso en mi habitación de verdad, en mi casa, con mi marido refunfuñando en el piso de abajo. De hecho, no. Deseé estar en casa sin aquel bolso. Deseé ante Dios no habérmelo comprado nunca, ni siquiera haberlo visto. De hecho, no quería nunca más tener un bolso pijo. Si solo pudiera volver a casa, juraba por Dios que llevaría mis llaves y mi cartera en una bolsa de papel durante el resto de

mi vida.

Rápida como el rayo, mi tristeza se transformó en rabia. Tiré el bolso al suelo y le di una patada. Luego me volví y empecé a arrancar la ropa de los colgadores en un ataque de ira. Arranqué los jerseys de las perchas y saqué las bandejas de la isla central; tiré al suelo las camisetas, la lencería y hasta las joyas. Un broche de diamante resplandeciente resbaló por encima del mármol y se detuvo justo antes de caer al otro lado. Otro pendiente perdido, pensé, y luego corrí a buscarlo.

Al cogerlo, mi rabia encontró su objetivo. Sabía por qué las palabras de Alex sobre el pendiente perdido me perseguían tan dolorosamente. No era tanto lo que había dicho —«Para darte una lección..., para que aprendas a cuidar de las cosas bonitas»— como la manera cruelmente desenfadada de decirlo. El hecho de que hubiera estado esperando para decirlo —planeado hacerlo— todos aquellos días. Tal vez incluso disfrutó viendo cómo me arrastraba a cuatro patas, divirtiéndose con mi angustia, mis intentos de ganar tiempo y mis mentiras. ¿Quién demonios le hace esto a alguien... y encima a su propia esposa?

Dar donde más duele cuando se está discutiendo es una parte desagradable pero habitual del matrimonio. Todo el mundo tiene sus momentos de malhumor. Yo misma le había dicho un montón de cosas desagradables a Jimmy que había lamentado al instante. Pero jamás había intentado «darle una lección», ni siquiera me lo había planteado. Porque eso era algo que le haces a un niño, y él era mi pareja. Mi marido. Mi igual.

Al otro lado de la isla, advertí mi imagen en el espejo de enfrente. El bolso rojo carmín se veía brillar al lado de mi sudadera gris, mis pantalones de chándal negros y mi cara sin maquillar. El vestidor, ahora hecho un caos, recordaba mi vestidor de Grange Hill. Llevaba los pies cubiertos con unos calcetines y zapatillas de deporte. El olor a café impregnaba el aire.

Todo parecía tan asombrosamente familiar.

Miré el reloj: las diez menos cuarto. ¿A qué hora abría el Nordstrom de City Line Avenue?

Era increíble la cantidad de mujeres que esperaban la apertura del Nordstrom un martes por la mañana, aunque lloviera a cántaros. Parecían

impacientes por entrar, consultaban la hora y miraban hacia el cristal, como los obreros de las fábricas del siglo XIX ansiosos por llegar a sus telares antes del primer timbre.

Cuando faltaban dos minutos para las diez, una mujer con un moño canoso impecable, gafas rojas cuadradas y un traje pantalón negro abrió las puertas del almacén con un *clunk* y un *clack*. El resto de clientas potenciales y yo nos pusimos en cola para entrar y formamos una fila que se adentraba en el luminoso local. Nos dispersamos entre el departamento de zapatería, el de ropa infantil y el de últimas tendencias, y yo me quedé arrastrando los pies hacia las escaleras mecánicas, con la vista clavada en ellas. Hoy, el canto de sirena de las pieles, la seda y el cachemir llevaría a muchas mujeres a la ruina, pero no a mí. No había ido a comprar.

Las escaleras parecían más altas y empinadas de como las recordaba, y cruzaban en un zigzag de doble sentido un atrio de tres plantas. Mi determinación flaqueó y me quedé inmóvil, con la vista levantada hacia ellas, examinando las divisiones de plexiglás, la velocidad de las escaleras, su altura amenazadora.

Cerré los ojos e intenté recordar el sonido de la voz de Jimmy, la sonrisa en sus ojos. Respiré profundamente, sujeté el bolso hacia arriba con la mano derecha, como había hecho en la anterior ocasión, y me subí al metal en movimiento.

A media altura, cuando me encontraba directamente sobre el piano, me asomé por la barandilla y me propuse saltar por encima del pasamanos de goma. Pero no fui capaz. Daba una sensación tan forzada que mi cuerpo entero se resistió... El instinto de supervivencia ganaba sobre la tristeza de mi corazón. Lo siguiente que supe es que ya había llegado arriba.

Recorrí en círculo la planta del almacén, volví a bajar y lo intenté de nuevo, esta vez pegando un saltito al llegar al punto medio. Pero, de nuevo, fui incapaz de hacerlo. Desde aquella altura el piano parecía realmente duro, casi amenazador. Vuelta abajo. Unas cuantas vendedoras me miraron, desconfiando de la mujer del chándal que se acercaba a las escaleras y luego daba media vuelta y se volvía a acercar.

Sudorosa, me obligué a volver a subir. Pero, esta vez, me apeé, me acerqué a la sección de últimas tendencias de moda femenina, y planifiqué mi estrategia. ¿Tal vez debía probar con un salto a la carrera? ¿Sobornar a

alguien para que me empujara? ¿Cerrar los ojos y saltar?

Se me acercó otra compradora, aferrada a un bolso Louis Vuitton, que me miró con curiosidad al verme murmurar para mis adentros. Me adentré un poco más en las colecciones de otoño, perdiéndome en la selva de lana merino y de cachemir. Antes de decidir qué iba a hacer, acaricié una chaqueta de Celine, consulté el precio de un jersey negro Jason Wu e hice una pausa frente a una hilera de vestidos ajustados de Alexander McQueen. ¿No era el diseñador que vistió a Kate Middleton el día de su boda?

—¿Puedo ayudarle? —dijo una voz—. ¿Necesita alguna talla en concreto?

Me volví para ver a una mujer guapa con la expresión esperanzada de quien trabaja a comisión. La miré sin decir nada, aunque parte de mí deseaba decir: «Sí, la talla treinta y ocho, por favor».

La vendedora parecía perpleja:

—¿Quiere mirar alguna cosa más? Tenemos unos trajes preciosos que nos acaban de llegar. Le quedarían perfectos.

—No, gracias. Estoy mirando.

—¿Está segura? Nos acaba de llegar la nueva línea de Zac Posen. Hay cosas realmente bonitas.

Cosas bonitas. «Para que aprendas a cuidar de las cosas bonitas.»

Negué con la cabeza y di un paso atrás, decidida a hacer lo que había venido a hacer.

Me dirigí otra vez a las escaleras y bajé por ellas. Esperé a que los otros clientes dejaran paso libre y me volví a subir, esta vez convencida.

Pero, una vez más —¡maldita sea, Abbey!—, me paralicé. En esta ocasión por una visión de la sección infantil. ¿Y si aquello era realmente mi vida y lo de Grange Hill era el sueño? ¿Y si acababa hiriéndome gravemente, dejando a Gloria y Sam con una madre parapléjica, o peor aún, huérfanos? No pude soportar la idea de que acabaran criados por Mirabelle y una serie de canguros.

Bajé los brazos y la cabeza, admitiendo la derrota.

El bolso me resbaló del hombro, la cadena dorada cayó al suelo y se quedó atrapada entre dos de los escalones plateados dentados. Tiré de ella, pero ni se movió. Tiré más fuerte, con los brazos rígidos, tratando de usar mi peso corporal para tirar hacia arriba.

Al llegar al final de las escaleras, cuando los escalones empiezan a aplanarse y a meterse uno dentro del otro, la cadena atrapada chirrió por el

tirón. Y entonces oí un chasquido.

Implacable, salí volando hacia atrás. Las prendas de ropa, las luces, los clientes, el metal y mis propios zapatos giraron frente a mis ojos como imágenes de un visor.

–¿Qué ha ocurrido?

–¿Está bien?

–No la mováis.

Cuando el mundo dejó de dar vueltas intenté levantarme. Pero entonces sentí un dolor agudo en la cadera y unas manos que trataban de sujetarme delicadamente.

–No intente levantarse, querida.

Seguí la voz con los ojos y enfoqué la vista en una vendedora mayorcita muy maquillada. Su amable preocupación se repetía en los rostros de sus colegas, todas inclinadas hacia mí, tumbada en el suelo a los pies de la escalera mecánica.

Me llevó un momento recapacitar y recordar lo que había ocurrido. Y cuando lo hice, se me disparó el corazón. ¡Lo había hecho! Tal vez no había obtenido puntos para la amnistía, pero había conseguido recrear mi resbalón por las escaleras mecánicas de Nordstrom. Di las gracias a Dios por mi torpeza natural, que había triunfado –¡por fin!– sobre el miedo.

Demasiado emocionada como para quedarme ahí tumbada, me obligué a incorporarme, rechazando las protestas de las vendedoras y de un guarda de seguridad con el torso en forma de barril. Parecían muy preocupados por si tenía algún hueso fracturado. Y murmullos sobre demandas judiciales. Pero yo estaba demasiado llena de endorfinas como para que me importara.

La luz parecía distinta, todo un poco más claro, más vívido. Me llevó un momento entender por qué: las puertas al fondo del almacén. Cuando había entrado en Nordstrom hacía un día encapotado, lluvioso. Ahora brillaba el sol.

¡Había vuelto!

Quise salir corriendo hacia las puertas y de regreso a mi vida real, pero los empleados de Nordstrom me rodeaban e insistían en que esperara al reconocimiento médico. Entonces, sujetándome por los codos, me llevaron a la sala de empleados y me sentaron en una silla metálica. Alguien me ofreció agua. Me la bebí de golpe. El agua más deliciosa que había tomado en mi vida.

Las dependientas seguían liándola. Sus expresiones reflejaban una mezcla de preocupación y placer, alteradas porque alguien se había hecho daño, pero al mismo tiempo encantadas de tener una excusa para abandonar sus puestos.

—Les prometo que estoy bien —les dije—. Simplemente, tengo más vergüenza que cualquier otra cosa. —Sonreí para enfatizar mi mensaje, aunque sentía que el hombro me palpitaba y en la rodilla derecha era como si hubiera recibido un golpe a lo Tonya Harding.

Antes de que pudieran reaccionar, un tipo con acento británico se dirigió a todas ellas:

—Gracias, señoras. Yo me ocupo de ella.

Mientras las mujeres se dispersaban, decepcionadas, levanté la vista e identifiqué al señor Cowan-Smith, el vicepresidente regional, el mismo que me había entregado en mano las pertenencias de Abbey van Holt la semana anterior. Esta vez no sonreía ni se mostraba efusivo, sino estoico y preocupado.

Sus ojos azul claro se fijaron en mis zapatillas de deporte y luego en mi frente enrojecida. Lo miré fijamente, buscando alguna señal de reconocimiento, pero el tipo permanecía inexpresivo. ¿Me conocía como la señora Van Holt, o como una de las madres anónimas que estudiaban los expositores a diario pero jamás compraban nada más que un pintalabios?

—No sé lo que ha ocurrido —le dije—. Deben de haber sido mis zapatos, mojados por la lluvia.

—Bueno, tal vez la próxima vez debería usar usted los ascensores. O ir por las escaleras de mármol.

—Sé lo que está pensando —dije, mientras me levantaba y me colgaba el bolso del brazo—. Que voy a demandar a Nordstrom o algo así. Puedo asegurarle que no lo haré. No soy una loca; soy solo una madre normal de Grange Hill...

Dejé mis palabras en el aire y estudié su cara, esperando una reacción. Pero no dijo nada, se limitó a ofrecerme el brazo para que me sujetara.

—El equipo médico viene de camino —me apremió—. Por favor.

—Estoy bien, se lo aseguro —Le hice una pequeña pirueta para demostrárselo.

—Si insiste en marcharse, desde luego, no puedo impedirselo —me dijo, suspirando.

Me tomó del brazo y me guio alrededor de las escaleras mecánicas, el

piano y el departamento de zapatería hasta la entrada de los almacenes.

—Antes de que se marche, quiero repetirle lo mucho que Nordstrom la valora como cliente y que estaremos encantados de ofrecerle cualquier ayuda que pueda necesitar en sus futuras compras. Pero, señora Van Holt, creo que a partir de ahora será mejor que compre *online*.

Nos quedamos mirándonos mientras asimilaba sus palabras.

No podía creerlo. No había funcionado. Seguía siendo la esposa de Alexander van Holt.

Solo que ahora era la señora Van Holt con la frente lastimada, una rodilla dolorida y un día entero de actos electorales para seguir fingiendo. Y luego toda una vida de almuerzos de tres horas, galas benéficas, circuitos de ejercicios de diecisiete kilómetros y maratones de compras.

Excepto, obviamente, en Nordstrom.

Mientras conducía de regreso al centro al volante del estiloso Escarabajo de Alex, con unas cuantas camisetas compradas a toda prisa y listas en el asiento de atrás, me sentía indefensa. Y tan desesperada.

Medio aturdida, me metí en la I-76 hacia el este. Conducía lentamente, muy por debajo del límite de velocidad, mientras los camiones me pitaban y me adelantaban irritados. Después de que un joven con un Honda Civic con adornos dorados me adelantara, tomé la primera salida, me detuve en el arcén y paré el motor. Abrí la puerta y me incliné hacia fuera con sensación de náuseas.

La última vez que me había sentido así fue hacía ocho meses, cuando el mejor cliente de Jimmy, un complejo de oficinas que pagaba un anticipo mensual lo bastante cuantioso como para cubrir la mitad de nuestra hipoteca, canceló su servicio semanal. Resultaba que el complejo de oficinas había sido vendido y que el nuevo propietario, un arrendatario ausente de Nueva York, estaba «haciendo unos cuantos cambios». Jimmy conservaba otros clientes, pero eso fue un golpe enorme, no solo desde el punto de vista económico, sino para su ego. A los nuevos propietarios les importaba un comino si el césped carecía de hierbajos gracias a un sistema natural o que los nuevos árboles frutales dieran sombra al aparcamiento exterior en verano. También les importaba un comino mi marido. Cuando llamaron para comunicarle que

cancelaban la cuenta, lo llamaron Johnnie todo el tiempo.

Poco después, Jimmy empezó a dejar que sus empleados se marcharan hasta que, al final, se quedó solo con uno a tiempo parcial. La empresa de cinco, a veces hasta de nueve empleados en verano, ahora tenía una plantilla de uno y medio. Y el uno se estaba matando para conseguir más trabajo, pidiendo favores y pistas de todos sus conocidos, pero incapaz de conseguir clientes nuevos. Una noche, dos semanas antes, mientras estaba entregada a la tarea de hervir los cepillos de dientes y las tapas de los vasos de mis hijos en un cazo, Jimmy se sentó en un taburete al final del mostrador de la cocina. Identifiqué su expresión; necesitaba hablar.

—¿Ab?

—¿Qué hay?

—El negocio no va nada bien.

Fingí estar absorta en mi brebaje mágico de plástico para darle espacio y que pudiera expresarse, pero en realidad le escuchaba con mucha atención. Era poco habitual que Jimmy sacara a colación el estado de su negocio de manera espontánea. Yo podía protestar por mi trabajo y mi jefa en cada ocasión que tenía, pero Jimmy dejaba siempre atrás su negocio cuando entraba por la puerta de la cocina.

—Y realmente no sé qué voy a hacer para arreglarlo —prosiguió—. Me he presentado a todos los trabajos que han salido, pero hay muchísima competencia. Todas las empresas buscan clientes, y ofrecen tarifas cada vez más bajas.

—Tal vez podrías rebajar las tuyas.

Suspiró ruidosamente.

—Ojalá pudiera, pero tengo una esposa y unos hijos que mantener. Y un préstamo de estudios y esta maldita casa.

Se detuvo y desvió la mirada. Me quedé sorprendida, puesto que era la primera vez que Jimmy había expresado estar cualquier cosa excepto exultante por estar casado, con dos hijos y una casa con necesidad de una reforma. Pero el *shock* dio paso rápidamente a preocupaciones más prácticas.

—Podría pedirle contactos a mi jefa. O a Max, de Maxim Pest. Trabaja con muchos...

Me interrumpió.

—No, cariño. Te pido que no hagas nada. —Eso me dolió, pero me callé—. Tengo que tomar una decisión pronto. Seguir y esperar a que la cosa cambie,

o volver a trabajar para alguien. No sé qué hacer... –Nos quedamos mirando y añadió–: Ab, tengo miedo.

Entonces escondió la cabeza entre las manos.

Mirando atrás, ahora sé que debería haber actuado de una manera distinta. Debí rodearlo con mis brazos y asegurarle que todo iría bien. Debí haberle dicho que estaría orgullosa de él pasara lo que pasara. Debí prometerle que haríamos lo que hiciera falta para salvar su negocio..., que venderíamos la nevera, el coche –y ¡qué caramba, hasta mi triste cuerpo de mediana edad!–, si eso significaba mantener su sueño vivo.

Pero no lo hice. Me limité a quedarme allí, demasiado obsesionada con mis propias preocupaciones como para ofrecerle ningún consuelo. Demasiado ocupada tramando un plan para encontrarle un trabajo con un sueldo mensual. Y calculando cuánto podríamos sacar por la segadora y las máquinas quitanieve en e-Bay.

Ahora, sentada en el arcén de la carretera, con el olor a coche nuevo mezclándose con los humos del tubo de escape, me sentía hundida en un pozo. Avergonzada. Hubiera dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo y decirle lo que aquella noche tendría que haberle dicho: «Sé que es difícil. Sé que tienes miedo. Pero, pase lo que pase, lo superaremos. Juntos. Porque te quiero, y porque eso es lo que amar significa».

El sol se asomaba y luego se escondía entre las nubes, proyectando sombras alrededor de mis pies. Las observaba aparecer y desvanecerse, demasiado entumecida para reaccionar.

Al final, me froté la cara, respiré profundamente y volví a meter las piernas dentro del coche. Encendí el motor y conduje en dirección a la ciudad.

No tenía ningún otro lugar adonde ir.

Había estado aquí, tal vez incluso hoy. Había retirado las hojas y cualquier resto de tierra. Había limpiado la piedra de los restos de polen del final del verano. Y junto a los crisantemos color violeta que había plantado frente a su lápida, había añadido una pequeña bandera de los Phillies.

Miles siempre encontraba aquello que podía hacer sonreír a Jane.

Volví a leer el epitafio y suspiré. «Jane Louise Lahey, 1953-2008. Amada esposa, madre, amiga.»

En silencio, añadí: «y suegra querida».

Al principio, cuando Oscar entró por esa calle con el coche y luego se detuvo delante de la iglesia del Sagrado Redentor, me pareció un colegio electoral más de los que se habían improvisado en el condado de Delaware. Me llevó unos cuantos minutos ser consciente de por qué aquella iglesia me resultaba familiar. Al fin y al cabo, habían transcurrido cinco años desde el funeral de Jane. Pero, viéndolo tan cerca, lo recordé y me fijé en que nada había cambiado: el mismo cartel parecido al de los restaurantes que anunciaba los horarios de las misas, como si fueran los platos del día, las finas barandillas de metal que recorrían los peldaños de cemento y la piedra gris plateada que cubría solamente la fachada, en el resto había ladrillos desgastados. Como si Dios no pudiera ver que habían usado materiales más baratos para las partes laterales y trasera.

Mis recuerdos habían ensombrecido los colores de la iglesia. Tal vez el cartel de la fachada ofrecía la vida eterna, pero, para mí, solo anunciaba el final. Jane era la única persona a la que quería realmente que había muerto. El suyo era el único funeral al que había asistido en mi vida.

Y ahora estaba mirando su tumba, mientras Alex estrechaba las manos de los votantes. Le había dicho que tenía que llamar para saber cómo estaban los niños, y lo hice, pero luego me escabullí hasta el cementerio anexo,

agachándome bajo los árboles y recorriendo senderos desgastados hasta que encontré la tumba de Jane. Y ahora mi mano tocaba la misma tierra que Miles había tocado, tal vez hacía tan solo unos días.

Miles y Jane habían capeado tantas cosas..., habían escolarizado a cuatro chicos hasta la universidad..., habían sobrevivido a accidentes de circulación, varicelas y despidos..., habían conseguido ahorrar un poco para ellos... y, finalmente, habían alcanzado la edad de retirarse juntos como dos atletas maratonianos que cruzaron la línea de meta cogidos de la mano... Solo para que el cáncer de Jane volviera y les robara lo que debía haber sido su ronda de la victoria: la jubilación. Jane tomó la delantera en ese paso final. ¿Te enfadas porque no he sacado la basura? Bien, pues ¿y si sufro un cáncer y muero de una muerte lenta y dolorosa delante de ti y de nuestros hijos? ¿Qué te parecería?

Para ellos, sin embargo, no se trataba de lo que te mereces, ni siquiera de quién de los dos enfermaba. Estaban tan intrínsecamente unidos por cuatro décadas juntos que era como si los dos hubieran caído enfermos, con Miles sintiendo cada dolor, perdiendo la misma cantidad de pelo e igualándola kilo a kilo, ambos consumiéndose a la vez.

No los había visto nunca bromear a costa del otro, ni dirigirse pullas entre dientes. Se habían consagrado el uno al otro toda la vida y, según Jimmy, eso había sido desde que se conocieron en la esquina de las calles Cuarenta y seis y Market en 1964 —cuando fueron rechazados en la última audición de *American Bandstand* en Filadelfia. Aunque no consiguieron salir en antena con Dick Clark, ni lograron salir en el South Street Shuffle para el que habían estado practicando toda la semana, acabaron enamorándose. Un premio de consolación bastante extraordinario, además de una historia fantástica que contarles a sus nietos.

Seguro que se pelearon alguna vez —Jimmy decía que tuvieron auténticos enfrentamientos a gritos, siendo ambos personas de carácter fuerte—, pero cuando yo los conocí su relación estaba hecha de una adoración desconcertante y una lealtad a prueba de bombas. E incluso ahora, separados por la muerte, la devoción seguía en pie. Miles cuidaba de esa tumba con delicadeza, creando un arreglo floral que imitaba exactamente las macetas de las que ella se había ocupado con tesón durante cuarenta años, como si quisiera decirle: «A pesar de la separación, todavía me importas. Todavía eres la persona más importante de mi vida».

Pensé en las incontables veces que había maldecido silenciosamente contra Jimmy porque no era como Alex. Y cómo ahora podía maldecir contra Alex por no ser Jimmy. Pero ¿qué sentía realmente por mí cada uno de ellos? Si moría, ¿alguno de los dos visitaría mi tumba y la cubriría de flores silvestres, revistas de moda y donuts de crema? ¿Era yo capaz de suscitar aquel mismo nivel de devoción? ¿Era capaz de ofrecerla?

Alargué la mano y toqué la piedra húmeda. «Adiós –le susurré–. Descansa en paz. Te lo mereces.»

Mientras regresaba andando para volver a incorporarme a mi grupo, advertí que ya no estaban cerca de la puerta de la iglesia saludando a los votantes, sino que se apiñaban junto al coche, en el aparcamiento. Al acercarme vi que todos tenían la vista clavada en el iPad de Calvin. Buenas noticias, esperé.

–¿Qué ocurre?

Uno a uno levantaron la mirada hacia mí con expresión alucinada, aunque nadie dijo nada. Alex iba a hacerlo, pero se detuvo. A cambio, abrió la puerta del coche y me ladró:

–Entra.

Oh, mierda. Me metí en el monovolumen y me acomodé en el asiento trasero. Alex dobló sus largas extremidades y se apretujó a mi lado, Frank y Calvin se acomodaron en la hilera de en medio y Sunita se puso delante. Oscar se sentó al volante y puso el motor en marcha.

A mi lado, Alex tenía una expresión muy seria. Ni siquiera me miraba, ni tan solo cuando le toqué el brazo.

Se me empezó a acelerar el corazón. ¿Qué habría hecho ahora? Repasé mentalmente los últimos días. ¿Se habría enterado del ridículo de los Amigos de Lafayette? No, no podía imaginarlo preocupándose por algo así. ¿Se habría enterado que había ido a ver a May? Si era eso, tenía una excusa preparada: fuimos solamente a devolverle la bolsa que había olvidado en nuestra casa. Entonces me acordé: el correo a Larry. De alguna manera, le había llegado que era yo quien había filtrado la noticia a la prensa. Oh, no. Eso sería mucho más difícil de explicar...

–Alex, por favor, no te enfades –le dije, aunque veía que ya lo estaba–. Quería ayudarte. No soportaba ver cómo te debatías entre sentimientos

encontrados.

Me miró incrédulo.

—Y nadie sabe que fui yo. Lo juro. —Me llevé la mano al pecho para dar más énfasis a mi afirmación.

—¿De veras? —Agarró el iPad de Frank y me lo metió debajo de las narices—. ¿Esa no eres tú? Vaya, eso quiero oírlo.

Me obligué a mirar a la pantalla, esperando ver un artículo de portada del Philly.com que relacionara a Alex con Ariel, con el padre Wallace, con los Brindles y con Dios sabe quién más. Pero, en vez de eso, vi un vídeo de YouTube pixelado. Toqué *play*.

La escena me resultaba familiar. Pero me llevó un momento saber por qué. Y cuando lo hice se me revolvió el estómago.

Era un vídeo grabado con un móvil en el que salía yo sentada en la barra de un bar de Chinatown, riéndome, bebiendo y coqueteando torpemente con el hombre que tenía al lado, a las cinco en punto del lunes. Estaba grabado desde un ángulo y detrás de la barra, pero hasta con la luz tenue, mi traje rosa, mis perlas grises y mi pelo rubio resultaban inconfundibles. A mi lado, con el rostro medio oculto por su gorra, estaba Jimmy.

Para mi horror, el vídeo tenía título: «La esposa del candidato pillada ligando». Pero las palabras no tenían demasiado sentido. Era todo tan raro...

—¿Qué es esto? —susurré, luchando todavía por comprender.

Frank preguntó:

—¿Estuviste en un bar, ayer? ¿Un sitio llamado Wok Ling's?

—¡No! Quiero decir, sí. Quiero decir —estaba todavía demasiado atónita para responder con lógica—. Fui allí, a tomar algo. Pero fue tan solo una copa, lo juro.

Volví a bajar la vista hacia el iPad y mi pensamiento lógico empezó a activarse. Supongo que Jimmy no había sido el único en reconocerme por la CNN. El joven camarero también lo había hecho. Todo el rato que pensé que se estaba mandando mensajes con sus amigos, nos estuvo grabando. Debió de colgar el vídeo —tal vez en Instagram— y desde allí se hizo viral. En YouTube ya tenía más de setecientas visitas.

Frank estaba histérico de incredulidad.

—¿Cómo pudiste no darte cuenta de que te estaban grabado?

—Vi a un chico con un teléfono, pero creí que estaba mandándose mensajes con alguien —respondí, angustiada—. No tenía ni veinte años. No puedo creer

que fuera capaz de identificarme. Y, aun así, solo estaba tomando una cerveza y algo de picar.

–Bueno, pues el problema es que no parece que fuera solo eso –prosiguió Frank–. Parece como si tú y ese tipo estuvierais... –Se detuvo para volverse a mirar a Alex para obtener su permiso de seguir hablando, consciente de que estaba hurgando en algo personal, no solo político. Pero Alex asintió, como si todos los presentes en el coche tuvieran derecho a oírlo, y Frank repitió su idea–: Parece como si tú y ese hombre estéis..., bueno..., juntos.

La palabra impregnó el aire como si fuera un olor nauseabundo. Como algo escabroso y totalmente ruin.

No pude decirle a Frank lo que quería decirle realmente: «Porque estamos juntos. ¡Es mi marido!».

Pero, obviamente, ese era el problema. Cuando mirabas a las dos personas del vídeo, parecían ser algo más que amigos, más que dos desconocidos que comparten espacio en la barra de un bar. Sus sonrisas tímidas, sus risas, cómo se inclinan el uno hacia el otro, el momento en el que cerré los ojos y respiré su olor.

El vídeo estaba quemando la red, sugiriendo que le ponía los cuernos a Alex, porque contenía algo de verdad: solo una mujer enamorada mira a un hombre de esa manera.

Y aun así, yo sabía que no había hecho nada malo. Jimmy y yo apenas nos habíamos tocado. Y además, no era yo quien se presentaba a las elecciones; era mi marido.

–¿Qué importancia tiene? ¿A quién le importa lo que parece? –lancé, desafiante.

–¿A quién le importa? –dijo Frank–. A todo el maldito internet; está muy claro.

Levantó su teléfono y se puso a leer mensajes de Twitter: «Los Van Holt se suman a la larga lista de hipócritas políticos». «¿No estaban tan enamorados?» «Si ella no lo quiere, yo me lo quedo.» «Al final, el cuento no era de hadas.» Empezó a leer el siguiente, «Menuda panda de...», pero Alex lo cortó.

–¡Frank! –gritó–. Ya lo hemos pillado.

–Lo siento, pero no hay tiempo de adornar este asunto –explicó Frank–. Y eso no es todo; hasta hay un meme. Alguien ha cortado y pegado los comentarios del «cuento de hadas» de la entrevista de la CNN con el vídeo de

ella en el bar. Está colgado por todas partes.

Me arrancó el iPad de las manos y se puso a buscarlo. Yo me tapé la cara con las manos, avergonzada, y me eché a llorar. Alex les pidió a todos:

—¿Nos podéis dar un minuto? Frank, Calvin, Sunita y Oscar se desabrocharon los cinturones y salieron del vehículo con expresión sombría, para dejarnos a mí y a Alex a solas.

Me intenté calmar y esperé a que hablara. Como no lo hacía, empecé a justificarme.

—Alex, solo entré en ese lugar a tomarme una cerveza. No estuve ni una hora. Por favor, no me digas que te crees que tengo un lío.

Frunció el ceño, molesto, y luego levantó la mano para cortarme.

—Tranquila. Ya sé que no tienes ningún lío.

Gracias a Dios que, de los muchos problemas que tenían los Van Holt en su matrimonio, la sospecha de infidelidad no era uno de ellos.

Pero él seguía furioso.

—Lo que digan esos troles de internet no me preocupa —dijo—. Lo que me preocupa es que fueras tan tonta. Si alguien tiene que saber que pasan estas cosas, esa eres tú.

Bajé la cabeza mientras continuaba y su enfado se transformaba en exasperación.

—No lo entiendo. Los últimos seis meses has sido tú la que me has estado diciendo que vigilara todos mis movimientos. Que nunca se es demasiado precavido. Que todo lo que hago transmite un mensaje. Y ahora, a una semana de las elecciones, te conviertes en un desastre de las relaciones públicas. Primero te caes por unas escaleras mecánicas. Luego le haces un cheque a Fergie. Y ahora esto. —Miró el iPad con rabia, luego volvió a mirarme—. Si no te conociera tanto, juraría que intentas sabotear esta campaña.

—Oh, Alex, no. Te juro que no. Solo he cometido unos cuantos errores.

—¿Errores? Por favor, Abbey. Son más que errores. Llevas una semana haciendo cosas tan... raras.

O sea que se había dado cuenta. Y, francamente, no podía culparlo. Visto aisladamente, cada mal paso tenía una explicación razonable, pero en conjunto definían una conducta gravemente esquizoide. Me di cuenta de que le debía una respuesta real, algo que resultara más convincente que un simple «solo estoy cansada».

Bajé la vista hacia la moqueta, evitando su mirada.

–Lo cierto es, Alex, que todo esto me supera –le dije–. Pensé que tener todo este dinero, tanta ayuda y lo mejor de cada cosa me facilitaría la vida, pero no es así. Creo que estoy acusando la presión. Por decirlo de alguna manera.

–¿La presión? –Se inclinó hacia mí como si no pudiera creer lo que escuchaba–. ¿Crees que tú estás bajo mucha presión? ¿Y yo qué? ¿Crees que no tengo ganas de salir corriendo de vez en cuando? ¿De perderme en algún antro? Eso se me antoja bastante divertido, ahora mismo.

Bajé la cabeza, con el rostro ardiendo por la vergüenza. Tenía razón. No había pensado en lo que él soportaba: meses de campaña, un hijo en el hospital, un padre canalla y –por qué engañarnos– un desastre de esposa que ahora se había convertido en su primer lastre político. Continuó:

–Pero no, yo no. Yo estoy ahí fuera matándome cada segundo.

–Lo sé –dije, con la voz impregnada de arrepentimiento–. Y lo siento. Lo he estropeado todo. No era consciente.

–Bueno, espero que valiera la pena, porque puede que nos haya costado las elecciones.

Entonces golpeó la ventana, indicándoles a Frank y al equipo que era hora de marcharnos y a mí que la conversación había terminado.

El monovolumen circulaba zigzagueando entre coches estacionados en doble fila, y el tráfico se hacía más lento mientras Oscar trataba de acercarnos al centro de la ciudad. Me llevaban de vuelta a casa, donde el plan era mantenerme bajo arresto domiciliario el resto del día. Me ardían las orejas por la humillación mientras escuchaba cómo «los mayores» decidían cómo atenuar el daño causado por mi infantil desobediencia.

–El vídeo no tiene marcas temporales, solo la fecha en que lo colgaron –señaló Calvin–. Tal vez podemos colar que es una grabación antigua..., de hace unos años.

–No, es bastante evidente que lo grabaron ayer –dijo Frank–. Lleva el mismo traje que en la CNN.

Desde el volante, Oscar empezó a hablar, y como no acostumbraba a intervenir en las conversaciones, su voz grave nos sobresaltó. Le escuchamos

con atención.

–Tal vez puede decir que la familia está fuera de la línea roja. Como hizo Obama cuando la hija de Sarah Palin se quedó embarazada.

–Te escucho, Oscar, pero en el vídeo no sale la hija de Alex –le soltó Frank–. Sale su esposa.

La manera en la que dijo «su esposa» me hizo sentir invisible, como si la persona a la que se refería no estuviera a medio metro de él.

–El bando de la Bullock debe de estar encantado –añadió–. Dios mío, ¡qué regalo! Y el día de las elecciones, nada menos.

–Tal vez lo podemos utilizar contra ellos –argumentó Calvin–. Hablar de cómo Amanda está divulgando el vídeo. Calumniando.

–No –se interpuso Alex–. Dejémosla fuera de eso. No podemos demostrar que tenga nada que ver con que el vídeo se haya hecho viral. Además, es nuestro marrón, no el de ella.

Alex estaba tomando la opción más noble y eso me puso enferma. De nuevo, estaba demostrando el motivo por el que habría sido un congresista fantástico. Y ahora, gracias a mí, tal vez no tendría nunca la oportunidad.

Todos estaban callados, pensando, y de pronto Sunita preguntó:

–¿Y si negamos que era Abbey? ¿Decimos que el vídeo ha sido fabricado? ¿Con Photoshop o algo así?

Ante esta idea puse los ojos en blanco, pero me quedé en silencio.

–No –dijo Frank, suspirando. Luego miró por la ventana y a su reloj–. Pero ya es mediodía. Los colegios electorales cierran dentro de nueve horas. Tal vez lo mejor sea no hacer nada. Simplemente, dejar pasar el tiempo y cruzar los dedos.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Ya no pude contenerme más.

–No puedes hacerlo –murmuré, mientras negaba con la cabeza.

Frank me oyó y se volvió de golpe.

–¿Qué has dicho?

Su tono era paternalista y sarcástico, pero proseguí:

–He dicho que no hacer nada no es una opción. No con un asunto como este.

–Abbey, con todos los respetos, deja que nos ocupemos nosotros.

–Solo digo que, si lo ignoras, el asunto no hará más que crecer exponencialmente –seguí–. Quiero decir, que por eso se llaman «vídeos virales». Si nadie hace nada, se extienden más y más, cobrando vida propia.

Y entonces, lo que era un cotilleo se convierte en una verdad. Y si a partir de ahí, la prensa generalista se adueña de la historia...

A Frank se le pusieron las mejillas rojo burdeos y los ojos parecían salirse de las órbitas. Parecía a punto de explotar. Y lo hizo, soltando su desprecio por Abigail van Holt a la altura del esfuerzo que había hecho durante toda la campaña:

—Mira, yo no te digo de qué color tienes que pintarte las uñas ni dónde tienes que ir a comer con tus amigas, de modo que te agradeceré que no me digas cómo tengo que hacer mi trabajo. En especial, después de los problemas que nos has causado.

No podía creer que me estuviera hablando así delante de mi marido o que Alex se lo permitiera. Pero Alex parecía no oír nada, sumido en sus pensamientos.

—Alex —dijo Frank, tratando de captar su atención—. ¡Alex!

—¿Sí?

—Vamos a cancelar las fotos de vosotros votando. Es nuestra única opción. Esquivaremos a la prensa y fingiremos que aquí no ha pasado nada.

El coche aparcó frente a nuestro apartamento. Frank salió de un salto y me aguantó la puerta, indicándome que saliera. Salí a la acera. Pero justo antes de que la puerta del vehículo se cerrara del todo, Alex la volvió a abrir.

—Abbey, espera.

—¿Sí?

—Si no podemos ignorarlo, ¿qué tenemos que hacer?

Me detuve y lo miré a los ojos.

—Enfrentarnos a ello —le respondí—. De cara.

Después de mucho debatir, decidimos que el mejor lugar para enfrentarnos al asunto del vídeo era el colegio electoral de la iglesia Holy Trinity, donde Alex y yo estábamos registrados para votar y donde sabíamos que al menos habría unos cuantos medios esperando obtener su foto obligatoria: sonrisas, saludos y voto del candidato. Normalmente, estas fotos estándar se tomaban a primera hora de la mañana, pero la lluvia matutina había inundado Kelly Drive y retrocedía por la Schuylkill Expressway con tanta fuerza que la prensa nos había pedido que pospusiéramos el voto hasta mediodía. Frank

había accedido, pero solo con la promesa de que nos dieran una hora de emisión clara. Justo en este caso, la tormenta había jugado a favor nuestro.

Así, fuimos solo Alex y yo los que cruzamos Rittenhouse Square y trotamos los anchos escalones de la iglesia, yo corriendo a su lado para mantenerme al ritmo de sus largas zancadas. No me había mirado desde nuestra conversación en el coche y ahora me aferraba la mano con una fuerza un poco excesiva. Pero, siembre caballero, me aguantó la puerta de madera y luego la de metal que nos conduciría al colegio electoral instalado en el sótano. Pensé que, o bien se estaba guardando toda su ira para más tarde, o bien se la estaba tragando hasta muy adentro, donde podía cocerse durante días. Tal vez meses.

Recorrimos un largo pasillo con moqueta roja, paredes de piedra gris y alguna banderola color púrpura, muy lujosos comparados con el desgastado linóleo y los bloques de cemento pintado del padre Fergie. Nos recibieron voluntarios, ilusionados por conocer al candidato en persona, y luego nos condujeron a la sala de la hermandad en la que se celebraba la votación. Cuando entramos, lo hicimos con anchas sonrisas, como si fuéramos las dos personas más felices del planeta.

Dentro de la sala de votaciones encontramos a una plétora de periodistas y, por si cabía alguna duda acerca de si la prensa había visto el vídeo de YouTube, eso la despejó. Normalmente, ese tipo de fotos congregaban a tan solo una o dos cámaras, e incluso suelen ser los equipos de segunda enviados por los periódicos locales. Hoy, en cambio, vi a muchas de las caras más conocidas de la prensa local, incluidos periodistas de las cuatro cadenas de noticias, tanto el *Inquirer* como el *Daily News*, y nuestra emisora de radio de información local. También había unas cuantas caras que no conocía; blogueros, probablemente.

No sentaba bien que te demostraran que tienes razón, y mentalmente tomé nota de no volver a leer prensa amarilla nunca más.

Aun así, me alegraba de haberle recomendado a Alex que se enfrentara al problema. No solo para defender mi honor, sino para frenar aquella sórdida bola de nieve antes de que adquiriera más velocidad. Si Frank se hubiera salido con la suya y lo hubiéramos ignorado, ¿quién sabía el tipo de rumores que estarían circulando ahora mismo? Lo siguiente que saldría sería una publicación en la que se afirmaba que dejaba a Alex por Jimmy. Y embarazada de su bebé. Y, pasara lo que pasara, al menos de esta manera no

pasaríamos por este asunto sin luchar.

Cuando llegó nuestro turno de votar, Alex dejó que lo hiciera yo primero. Tuve ganas de quedarme tras aquella fina cortina azul para siempre, pero toqué el botón de una papeleta con todos los partidos, le di al botón de «emita su voto» y salí de la cabina. Al cabo de un momento, cuando Alex salió, me tomó de la mano y me condujo hacia la muchedumbre que nos esperaba. Los periodistas también se nos acercaron, levantando cámaras, abriendo blocs de notas y apuntando sus alcachofas bajo nuestras barbillas.

Sentía el cuello tenso por los nervios. Una cosa era hablar con una periodista de la CNN desde el sofá de tu casa, pero enfrentarte a un muro de medios de Filadelfia que se apretujaban para hacerse espacio, todos ellos con expresiones agresivas y acusadoras, era aterrador. Por suerte, Alex se puso al mando.

—¡Caramba! ¿Habéis venido todos a ver cómo Abbey y yo pulsábamos un botón? Nos sentimos muy halagados, de verdad.

Hubo unas cuantas risas educadas. Estaba siguiendo el guion exactamente como le había aconsejado: «Empieza con una broma. Usa mi nombre de pila. No hagas referencia directa al vídeo, pero hazlo de manera ligera, como si fuera una tontería tan grande que no merece que nadie le dedique tiempo. En resumen, desactívalo antes de que nadie tenga la oportunidad de lanzar una pregunta».

Alex prosiguió:

—Ha sido un largo viaje para llegar hasta hoy. Hemos tenido muchas alegrías y decepciones. Pero nada, y subrayo, nada, me detendrá, nos detendrá, de hacer lo que nos proponemos. Y eso es llegar a Washington a luchar por las familias de Filadelfia.

La estrategia funcionó. El *Daily News* le preguntó cuáles creía que eran sus posibilidades. El nuevo periodista de la WPVI-TV le lanzó una pelota suave sobre la economía. Y un viejo veterano de pelo cano del *Inquirer*, que trabajaba en el periódico desde mucho antes de que los «vídeos virales» se convirtieran en noticias —desde mucho antes de que existiera internet, incluso— le preguntó sobre una propuesta de reforma fiscal en el Congreso. Alex las regateó con facilidad y luego empezó a hacer gestos de dirigirse a la salida. Mis esperanzas se dispararon y empezaba a creer que podríamos escapar sin preguntas directas cuando alguien, desde el fondo, gritó: «¡Solo una más!».

El grupo se abrió hacia los dos lados y dejó al culpable a la vista. Era Jeremiah Lehané, un bloguero de cotilleos cuya página ThePhilth.com era nuestra versión local de TMZ.com.

Mostró una sonrisa espeluznante debajo de su mugrienta gorra de béisbol y me miró directamente:

—¿Ha estado en algún bar últimamente, señora Van Holt?

Sentí que el color se esfumaba de mi cara y que la garganta se me secaba. También Alex me estrujó un poco la mano que me había estado sujetando todo el rato. Pero no supe si lo hizo por rabia o por solidaridad.

—Sé a lo que se refiere, y es una tontería —intervino Alex, intentando conservar la calma—. Están tratando de sacar una noticia de nada.

Jeremiah hizo una sonrisa burlona.

—¿Nada? Ayer por la mañana, usted y su esposa estuvieron en la CNN fingiendo que eran el matrimonio perfecto. Unas horas más tarde, ella aparecía en un vídeo con una actitud muy cordial con un tipo en un antro de Chinatown. Debe reconocer que, sea como sea, no es la mejor imagen. ¡Vaya, no se parece a ninguno de los cuentos de hadas que yo he leído!

Me estaba echando en cara mis propias palabras. ¡Menudo gilipollas!

—Me da igual lo que le parezca. Mi esposa no se presenta a las elecciones, me presento yo. Y mi esposa puede comer y beber donde quiera y sentarse con quien ella quiera. La verdadera noticia aquí, y la que les importa a la mayoría de personas de Filadelfia, es que ayudar a las familias a...

Le estaba cerrando la puerta y saltando a otro tema. Excelente.

Pero Jeremiah había abierto la caja de los truenos y había demostrado a los demás que ya se podía hablar del elefante que había en la sala. El joven periodista de la televisión le interrumpió con un directo.

—¿O sea que no van a divorciarse?

Alex se puso tenso un segundo y luego recuperó la compostura.

—Pues claro que no —dijo—. Nuestro matrimonio goza de buena salud—. Me rodeó la cintura con un brazo y me acercó un poco hacia él—. Mejor que nunca. ¿No es así, cielo?

Se volvió a mirarme, con los ojos un pelín más abiertos que de costumbre. Como si no estuviera muy seguro de si diría las palabras adecuadas. Pero lo hice.

—Absolutamente —dije, mirando a la gente más allá de las cámaras—. Es perfecto. —Y forcé mi sonrisa más luminosa.

Mientras permanecía allí, bajo los disparos de los *flashes*, advertí a una mujer con un impermeable amarillo chillón que garabateaba furiosamente en su bloc de notas. Se le rompió la punta del boli y rebuscó otro en su enorme bolso, histérica. Bajo la parca se le veía un jersey tipo cárdigan a medio abrochar y una falda arrugada sobre unas botas de agua. Llevaba el pelo todavía mojado de la lluvia de la mañana, o tal vez empapado de sudor, y se le pegaba a la cara en finos mechones.

Me la quedé mirando, consciente de que, aunque no sabía ni su nombre ni para qué periódico trabajaba, la había reconocido de inmediato. Lo sabía todo de ella. Era una madre trabajadora agotada, mal pagada y hecha polvo que intentaba desesperadamente obtener la noticia, volver al despacho, redactarla, archivarla y luego recoger a sus niños a las cinco y tener la cena lista a las seis.

Era la mujer que yo había sido. Y mirarla me hacía sentir como una tremenda impostora. Una mentirosa.

En aquellos escasos segundos, decidí que ya había tenido bastante. Debía dejar las cosas claras. Y, a diferencia del horrible discurso en el té de los Amigos de Lafayette, esta vez mi cerebro no me fallaría. Esta vez diría lo que quería decir.

Me deshice del brazo de Alex y me acerqué un poco más al ramillete de micrófonos.

—De hecho, no estoy segura de que «perfecto» sea la manera adecuada de describir nuestro matrimonio. En realidad, no estoy segura de cómo describirlo, pero puedo decirles que perfecto no es.

Se hizo un silencio tan grande en la sala que podía oír mi propia respiración. Me temblaban las manos, pero seguí hablando, en parte a la mujer del impermeable amarillo y en parte a mí misma.

—Yo tampoco soy perfecta. De hecho, lo más habitual es que sea un desastre. Mi hija está tan mimada que hace poco me dio una bofetada. Mi suegra cree que me podría incapacitar. Y mi marido, Dios lo bendiga, no sabe qué pensar de mí. A veces no sé si tan siquiera sabe quién soy.

Me volví a mirar a Alex. Tenía una sonrisa en los labios, pero sus ojos estaban preocupados por dónde acabaría aquello. Los míos probablemente también, puesto que ni yo lo sabía. Solo sabía que debía seguir hablando o callarme para siempre.

—O sea que, déjenme decirles quién soy exactamente. Soy exactamente

igual que cualquiera de ustedes. Intento criar a mis hijos correctamente. Intento ser una buena esposa..., hija..., madre. Intento hacer equilibrios con todas las tareas que tengo por delante, día tras día, solo que en vez de reuniones del AMPA y entrevistas de trabajo, yo hago malabarismos con actos de campaña, galas de beneficencia y entrevistas. Con toda la ciudad vigilándome. Pero a veces me canso. A veces digo lo que no debería haber dicho. A veces me doy lástima a mí misma, a pesar de saber que no debería. A veces quiero renunciar y tirar la toalla. O echarme a llorar. –Respiré profundamente–. Y a veces, como todos ustedes, necesito hacer una pausa. Necesito huir de todo, esconderme y robar unos minutos para mí. Sentarme en la barra de un bar, mantener una conversación amigable y tomarme una cerveza bien fría.

Nadie dijo nada. Nadie se movió. Como si no supieran qué decir.

Ni yo tampoco. Lo único que sabía era que había desenmascarado a Abigail van Holt y había mostrado al mundo la mujer real que había detrás de ella, y que me sentí bien. En especial cuando vi a la mujer del impermeable amarillo sonreírme. Le devolví la sonrisa. ¿Lo único que lamentaba? Que Jules no me hubiera visto. Pero lo cierto era que las cámaras me habían estado grabando todo el rato. Tal vez me vería.

Jeremiah no se había dado por vencido.

–Pero, señora Van Holt, ¿qué hay del tipo del bar? ¿Quién era?

La pregunta me hizo tambalearme. Durante las dos últimas horas había estado tan centrada en controlar la crisis y en arreglar mis propias cagadas que me había olvidado de que el asunto implicaba a otra persona: Jimmy. ¿Y si lo había visto? ¿Y si también le estaba causando problemas personales? ¿Y si se sentía utilizado, como el peón de un juego político? Y, lo peor, ¿qué pensaría de lo que iba a responder?

El tipo. El tipo. ¿Quién era el tipo? Tendría que haber sido fácil, pero, para mí, la pregunta era muy compleja.

«El tipo» era un hombre que se habría sentido mortificado de haber sido grabado en vídeo «coqueteando» con una mujer casada, que probablemente nunca habría vivido algo así con su familia y sus amigos. Era un hombre que siempre tenía una palabra amable, un poco de conmiseración, tal vez incluso un par de bromas, cualquier cosa que exigiera la situación, incluso cuando se moría de cansancio, e incluso cuando lo que más deseaba era tener un poco de tiempo para estar a solas. Era un hombre que hacía que los demás se

sintieran especiales –o que siempre me había hecho sentir especial– y que nunca pedía nada a cambio.

Ese era el tipo. Mi tipo.

Y mientras estaba allí de pie en Holy Trinity, rogué en silencio al hombre al que había prometido amar, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de nuestras vidas hasta que la muerte nos separara, que me perdonara por lo que estaba a punto de decir. No importaba si lo hacía en parte para protegerme de las fieras; me sentí más infiel en este momento que cuando me acosté con Alex hacía unos días.

Me incliné hacia los micrófonos y mentí:

–No era nadie.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —exclamó Bobby Bacco, desde la puerta de mi baño, al ver el vestidor. Su hermano Francis y él habían estado peinándome y maquillándome para la fiesta postelectoral de esa noche, pero aún no habían visto el destroce, tipo estrella del rock, que había hecho en mi armario.

—¡Madre mía! —añadió Francis—. Parece que hayan entrado a robar. O que haya pasado un tornado.

Me quedé detrás de ellos, envuelta en una toalla, e intenté pensar una excusa. Pero, después de la larga jornada, tenía la mente en blanco.

Por suerte, los dos hombres se limitaron a suspirar y a meterse dentro. Me había olvidado totalmente de lo que había hecho, pero ahora, mirando los destrozos, me quedé tan atónita como ellos. La estancia parecía el vertedero de un diseñador, con prendas tiradas y hechas un ovillo, zapatos boca abajo y desaparejados, un tanga colgando de la lámpara... Excepto el lado de Alex. Sus elegantes trajes hechos a medida y sus zapatos bien lustrados seguían perfectamente alineados.

—Ejem..., he tenido unas cuantas dudas sobre qué ponerme esta mañana —expliqué finalmente.

—¿Unas cuantas dudas? —preguntó Bobby, volviéndose hacia mí—. Esto es más como..., no sé..., la escena del crimen de la alta costura.

Se inclinó a tocar una chaqueta arrugada de Armani, como si presentara síntomas de vida.

—Ay, ¿y por qué no nos avisaste por Skype? —gritó Francis—. No había necesidad de hacerles esto a todos estos... inocentes.

Recogió un jersey de lentejuelas de Reem Acra, lo abrazó y lo sostuvo entre sus brazos como si fuera un bebé al que trataba de consolar.

A esas alturas ya sabía que la bis dramática de los Bacco era parte del

servicio que ofrecían, pero esa noche no estaba de humor para aguantársela. Estaba agotada por el terremoto emocional que había experimentado en las últimas horas y, en realidad, solo tenía ganas de estar sola. Tratando de meterles prisa, recogí un sencillo vestido de punto negro del suelo y les dije:

–¿Y esto?

–Otra noche, quizá –dijo Bobby, volviendo al tema que nos ocupaba–. Pero incluso si Alex pierde, no vas a un velatorio. Elige algo más divertido, anda.

Saqué un vestido corto y chisposo, con flecos, con una sonrisa sarcástica en la cara.

–Claramente, este no –replicó Bobby, sin darse cuenta de que bromeaba–. Después de lo de hoy, va a ser que no, señorita.

Estudió los vestidos y sacó uno de la *A-line* de Victoria Beckham de un tono azul pizarra. Era tan remilgado y femenino que supe de inmediato que habían visto el vídeo. Asentí con la cabeza a modo de aprobación y comprensión. A partir de ahora solo habría un aspecto que favoreceríamos: la discreción.

Dejé caer la toalla y los dos me ayudaron a ponerme algo de lencería y un *slip*, mientras sentía sus manos frías en los brazos y las piernas. Me di cuenta de que se había convertido en algo totalmente natural mostrarme desnuda delante de ellos. Para ellos no era una persona de carne y hueso, sino más bien como una ventana a la que había que poner cortinas. Pero entonces recordé los kilos que había ganado recientemente y metí barriga.

Fingieron no darse cuenta; su indiferencia ante las fluctuaciones de peso era una parte importante del código del estilista, pero yo advertí que se cruzaban la mirada. Por suerte, el vestido se abrochaba perfectamente. Me pusieron un brazalete de Tiffany T y unos pendientes vistosos de platino, me pasaron unos brochazos por el torso y me colocaron un par de tacones de Christian Louboutin delante. Me los calcé obedientemente y me volví hacia ellos.

De pronto, Francis soltó un gemido.

–¿Y el bolso?

–Me da igual –dije–, me va bien cualquiera.

Puso una expresión de horror.

–Oh no, no, no. Hoy es una gran noche y necesitas llevar algo especial.

Estudió detenidamente mi estante de bolsos, con un dedo en los labios, y

apartó uno trenzado de Bottega Veneta, otro tipo maletín negro de Balmain y uno pequeño Chanel color crema, hasta que llegó a la caja naranja y marrón que había al final del estante. Su cara adoptó una expresión de reverencia.

La levantó y la colocó con cuidado sobre la encimera de mármol de la cómoda. Levantó la tapa, apartó el papel tisú y usando solo las puntas de los dedos –como un obispo levantando una corona incrustada de piedras preciosas de su pedestal– sacó el bolso Kelly de Hermès de color rojo.

–Hola, belleza –dijo, hablándole al bolso con un susurro.

–¿No crees que es un poco excesivo? –le pregunté–. Quiero caerles bien a los votantes.

–¿A quién le importan un pepino ahora los votantes? –dijo Bobby–. Los colegios electorales ya han cerrado.

–No, tiene razón –dijo Francis–. ¿Y qué pasa dentro de cuatro años? Si queremos apostar por la Casa Blanca, tiene que ir con cuidado.

¿Casa Blanca? No estaba segura de haberlo oído bien.

–Mira todas esas fotos de Hilary Clinton. ¿Crees que se hubiera puesto todas esas horribles diademas acolchadas si llega a saber que tendría que volver a verlas una y otra vez a lo largo de los treinta años siguientes? Tienes que empezar a pensar en tu aspecto desde ya.

Seguí mirándolos, boquiabierta.

–¡Hija, no me mires así! –dijo Francis, ofendido–. Eres tú la que siempre habla de esto. Tú y Mirabelle.

–¡Ajá! –añadió Bobby mientras yo seguía procesando la información–. Jamás pensé que oiría estos dos nombres «tú y Mirabelle», juntos. Madre mía, ¡cómo la odiabas!

–Y todavía la odia –añadió Francis–. Pero ahora no quiere cabrear a la gallina de los huevos de oro.

–¿Qué? –exclamé, interrumpiéndolo.

–Bueno, pues claro, querida. Si Mirabelle deja de financiaros, deberás salir ahí fuera a pedir –dijo, a la vez que me daba un golpecito en las nalgas–. ¡Motivo de más para estar deslumbrante!

¿Mirabelle nos «financiaba»? Me ruboricé bajo la capa de colorete NARS. La habitación, de pronto, se me hizo más pequeña. Y más sofocante. Tiré del cuello del vestido, pero Francis me retiró la mano con un gruñido. Sacó un iPad mini del bolsillo de su chaqueta y lo levantó para tomarme una foto. Bobby se unió a su hermano tras el iPad y ambos gorjearon al unísono:

—¡Sonríe como si fuera de verdad!

Mientras forzaba una sonrisa y esperaba a oír el clic digital, visualicé la última vez que había oído esa frase de los labios de los Bacco: hacía un poco más de una semana, cuando me habían vestido para el baile de Ballantine. En aquella ocasión supuse que fotografiaban el momento porque era un evento especial, pero ahora pensé que probablemente era lo que hacían cada vez que se encargaban del estilismo de Abbey van Holt.

De pronto sentí una curiosidad tremenda por saber qué más guardaba el iPad de Francis.

—¿Puedo? —le pedí, y miré el dispositivo.

—Claro —dijo, luego vaciló y me advirtió—: pero es demasiado tarde para cambiar de opinión sobre el conjunto, ¿eh?

—No lo haré, lo prometo.

Me pasó el iPad y se volvió a ayudar a su hermano a ordenar el vestidor, a colgar otra vez las prendas y emparejar los zapatos desaparejados.

Me retiré a un rincón del vestidor con el iPad. En la pantalla principal había un icono de una carpeta rosa con mi nombre. Hice doble clic y se abrió una ventana con la foto que Francis acababa de hacer. La arrastré con el dedo y encontré una foto mía de la noche del baile de Ballantine, estaba vestida de satén azul marino y diamantes, con la expresión espantada de una mujer que acababa de despertarse en la piel de una extraña.

Al ver la palabra «Todos», abrí el contenido entero de la carpeta y contemplé que la pantalla se llenaba con docenas de pequeñas fotos, todas ellas etiquetadas con fechas que se remontaban a casi una década atrás. Tenía en mis manos un «book de vestuario» de la vida de Abbey van Holt, un catálogo de moda de vestidos de alta costura, calzado exquisito y peinados elaborados. Sin embargo, no era la ropa lo que me interesaba.

Con un dedo tembloroso, repasé las miniaturas hasta encontrar la más antigua del archivo —de hacía más de diez años— y la abrí.

La miniatura se abrió para mostrarme una foto de mí misma una década atrás, con las orejas todavía con doble *piercing*, el pelo largo y suelto y las cejas sin depilar. Tenía la expresión espantada de alguien a quien pillan desprevenido para la foto, como una novata fichada por la poli por conducir bebida.

En la foto siguiente, el pelo y la ropa eran distintos, pero la expresión seguía siendo la misma: un poco asustada, como si la acabaran de hacer una

emboscada los *paparazzi*.

Empecé a seleccionar fotos cada vez más rápido y encontré más: una con un vestido veraniego de flores, otra con un traje serio, con vaqueros y trenzas (¿en alguna fiesta campestre de beneficencia?), con una capa bordada color cereza, con una falda de tubo de ante verde, una blusa blanca impecable y botas altas marrones, y con un bonito vestido largo de *chiffon* gris, que tenía un corpiño de lentejuelas en el que se reflejaba una luz blanca.

Vistas en rápida sucesión, como si fuera un libro infantil animado, las fotos mostraban mi transformación desde la Abbey recién casada hasta la versión más delgada, elegante y pulida, esa con la pose de rica heredera, con la seguridad de la esposa de un futuro congresista. Resultaba impresionante verlo, era digno de admirar. Pero también inquietante, como si la transformación viniera de la mano de una maldición: la mujer de las fotos metamorfoseándose lentamente en algo inanimado, como una estatua de mármol.

Me distraje con una que estaba fechada el 18 de octubre, tan solo unos días antes de caerme por la escalera mecánica de Nordstrom y aterrizar de cabeza en la vida de Abbey van Holt. En la imagen, se la veía elegante como siempre, con un vestido de cóctel de Valentino y bailarinas negras de satén. Pero la expresión incierta de sus primeros tiempos se había esfumado y había sido reemplazada por un gesto cansado de resignación.

Y algo más.

La amplí al máximo para poder mirar de cerca los ojos azul grisáceo de Abbey van Holt, el único rasgo de ella que no había sido retocado o depilado o modificado por los Bacco, el bótox, el autobronceador o los entrenadores personales. El único rasgo que permanecía inmutable.

Conocía aquellos ojos. Eran míos. *Nuestros*. Sabía lo que describía su aspecto, aunque me llevó unos momentos encontrar una palabra para describirlo.

Soledad.

—¿Has terminado con esto?

Era Francis, había aparecido de pronto a mi lado, y me hizo sobresaltar. Debió de verme muy pálida, porque abrió mucho los ojos, preocupado.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. Ya te lo he dicho, no vamos a cambiar de vestido. Sale fantástico en las fotos.

—No. Sí. Quiero decir... El vestido está bien. Yo..., estoy bien. ¿Me dais solo un minuto más?

Sus labios dibujaron una mueca de enojo.

—Solo uno... que ya vas tarde.

Agarró el iPad y luego salió para ayudar a su hermano a ordenar el baño.

Miré alrededor, al vestidor volvía a estar en orden, con la ropa y los zapatos en su sitio, todo colocado. Pasé los dedos por la hilera de ropa colgada en perchas acolchadas, formando una ola con las mangas de satén y seda.

Cerré los ojos y apoyé la frente en el cristal del espejo, preparándome para la velada que tenía por delante. Y de pronto supe, con la intuición escalofriante de un alma gemela, que Abbey van Holt había hecho lo mismo..., en más de una ocasión. Entendí entonces, a un nivel muy esencial, que ella y yo éramos la misma.

Esta vez no tardé tanto en encontrar la palabra de lo que esa mujer me inspiraba: compasión.

Abrí los ojos. La vi mirándome desde el otro lado del espejo. Durante unos pocos latidos, ninguna de las dos se movió. Entonces le juré en silencio —a las dos— que las cosas iban a cambiar.

—¡Todo listo! —gritaron los Bacco desde el baño. Salí con ellos al salón, con las ruedas de sus maletas retumbando sobre la madera del parquet, y los acompañé a la puerta.

—¡Mucha suerte! —dijo Francis, y me lanzó un beso.

—¡Nos vemos el viernes! —añadió Bobby con un guiño.

—De hecho, chicos, antes de que os vayáis... Quiero deciros una cosa.

Ambos ladearon la cabeza al mismo tiempo.

—Gracias por todo. Agradezco mucho vuestros esfuerzos.

—Por favor —dijo Bobby—. Es un placer.

—Eres nuestra cliente favorita —añadió Francis.

—Era. He sido vuestra cliente favorita —dije. Eso les llamó la atención.

Tomé aire y les solté la noticia:

—Ahora que han pasado las elecciones, ya no os necesitaré, chicos.

Se quedaron boquiabiertos.

Fue un pequeño paso, pero por primera vez desde siempre, supe que era un

paso en la buena dirección.

Los colegios electorales acababan de cerrar y los resultados estaban en el aire. Solo se sabían los de los primeros distritos; eso y el voto por correo escrutado hasta el momento ponían a Alex y Amanda muy igualados, si bien técnicamente Alex le sacaba medio punto. Aunque estábamos todavía dentro del margen de error, y a pesar de estar esperando en el lujo tranquilo de la suite Penthouse del Ritz-Carlton, la tensión era, lógicamente, muy alta. Nadie reía ni bromeaba, nadie comía ni bebía. Todos tenían la mirada puesta en sus ordenadores, teléfonos o en la televisión, a la espera de noticias.

Al menos, el tiempo por fin cooperaba. La lluvia había remitido y los votantes que se habían quedado en sus casas salían bajo el cielo en calma a depositar su voto. Nuestros voluntarios en los principales colegios electorales habían informado de las largas colas; algunas hasta llegaban a la calle e incluso daban la vuelta al edificio. Y según las actualizaciones minuto a minuto del seguidor más ansioso de Alex, Gerald, la cola más larga fue en East Falls, donde William Wallace había cumplido su promesa. En un vídeo que le enviaron a Alex por teléfono, vimos una cola de votantes que esperaban pacientemente a lo largo del casi medio kilómetro que separaba el colegio electoral, instalado en la pequeña oficina de correos, del río, ahora crecido por las lluvias de la mañana.

Recordé mi correo a Larry. ¿Serviría para algo? ¿Lo habría llegado a abrir? Hasta ahora no había salido ni una sola noticia. De momento, solo Wallace estaba cumpliendo con su parte del trato. Pero, teniendo en cuenta los sucesos del día, tal vez fuera mejor así.

A medida que el reloj avanzaba y el ambiente se caldeaba con miedo y preocupación, pasé casi todo el tiempo en la pequeña cocina o en el dormitorio de la suite. Intentaba mantenerme al margen y no causar más problemas. Pero, por encima de todo, evitaba la televisión, donde los

programas de noticias locales habían estado repitiendo el vídeo de mi discurso en la iglesia Holy Trinity toda la tarde.

Me aterrorizaba estar en la misma estancia que Mirabelle cuando salía el corte de mi voz: «Sentarme en la barra de un bar, mantener una conversación amigable y tomarme una cerveza bien fría», que se oía una y otra vez.

Pero de vez en cuando tenía que entrar en el salón principal para vigilar a los niños, entonces podía ver en qué se había transformado mi mundo Van Holt y todos sus actores.

Estaba Frank al teléfono, calculando cifras de los escrutinios en el dorso de una carta del servicio de habitaciones; Calvin alternaba el iPad con la BlackBerry y el portátil para obtener actualizaciones, y Sunita hacía *zapping* entre los canales locales de televisión. En un rincón, Aubyn se encargaba de su padre, distrayéndolo con Sprite *light* y una partida de *gin rummy*. El único que estaba relajado era el cuidador de Collier, Luis, que se mantenía al margen de todo enchufado a su iPod. Sabía, como todos, que no se le necesitaría hasta que fuera necesario.

El único personaje que faltaba en ese reparto era May. Sé que si siguiera trabajando para nosotros, habría estado pronunciando una plegaria tailandesa silente por Alex, recogiendo platos y periódicos y persiguiendo a los niños con un trapo por si se manchaban. Me costaba creer que era la única, aparte de Sam, que sentía su ausencia. Cuando preguntó por su querida «May, May» por cuadragésima vez en el día, lo único que fui capaz de hacer fue abrazarlo fuerte y susurrarle: «Lo siento, Mister Magoo. A partir de ahora estás atrapado conmigo».

Mirabelle revoloteaba por allí a un ritmo más rápido de lo habitual, preocupada por la comida y dando órdenes al personal del Ritz mientras trataba de oír todas las conversaciones de su alrededor, ansiosa por recibir alguna noticia favorable. También tonteaba conmigo, soltándome comentarios como «menudo día tan raro» y refiriéndose a mí como «la expresiva esposa de Alex» cuando salía en sus conversaciones. Sospechaba que solo estaba manipulando la situación para cuando le llegara el momento de convencer a su hijo de sus inquietantes teorías. Y yo me sentía atrapada en una jaula con una víbora que esperaba el momento de clavarme su veneno.

Y, por supuesto, estaba Alex, apostado a un lado del sofá junto a Frank, mirando concentrado sus notas, la televisión o su teléfono. Parecía apagado, como si ahorrara las fuerzas para lo que le esperaba más tarde, por la noche.

A pesar de que era una reunión a puerta cerrada, todos excepto los niños me ignoraban y solo me hablaban cuando tenían que pasar junto a mí o para pedirme más gambas, servilletas o tónica. Debido a los problemas que había causado, ya no se podía confiar en mí y, por lo tanto, apenas merecía ser reconocida. Me sentía igual que en la época del instituto o en los últimos tiempos de mi trabajo como relaciones públicas: invisible.

Ahora entendía por qué Abbey van Holt había cambiado tanto a lo largo de los últimos diez años. Debió de haber aprendido, a través de sus propios errores, que ser tú misma, tomar tus propias decisiones y cometer alguna gamberrada ocasional tenía un precio. Significaba ser cuestionada, vigilada, convertirse en objeto de preocupación y, finalmente, ser excluida. Alguien que debe desaparecer de la vista pública.

Exactamente igual que Collier, vivía en un mundo en el que era tolerada, pero no realmente querida. Y, curiosamente, él era el único que parecía ser capaz de verme. Cuando pasé a su lado, me tomó del brazo y me susurró: «No estés tan triste, Abigail. ¡A veces, ser la oveja negra tiene sus ventajas!». Sonreí y me senté a su lado, observando sus manos temblorosas mientras colocaba una carta tras otra en la baraja.

Mi mirada volvió a posarse en Alex, me fijé en su cara. Él era el único de toda esa gente cuya opinión me importaba, la única persona sin cuyo perdón me sería imposible vivir. Y aunque a lo largo de las últimas horas se había mostrado cortés conmigo —él siempre se mostraba así—, sabía que aún estaba intentando procesar los acontecimientos del día. Además del estado actual de nuestro matrimonio.

Sinceramente, yo también. ¿Seguía enojado conmigo? ¿Cuándo lo superaríamos? ¿Me enteraría yo? Y, a partir de ahí, ¿hacia dónde iríamos? Con Jimmy siempre sabía dónde estábamos.

Con Alex todo era infinitamente más confuso. Suspiré y seguí moviéndome por la fiesta como un fantasma.

En mi vida me había sentido tan sola.

—Acaba de llegar el resultado del distrito Seis —anunció Frank—. A favor de Bullock.

Hubo un rugido colectivo, a pesar de que no sorprendía a nadie: el distrito Seis, el barrio de nuestra oponente, nunca había estado a nuestro favor.

Cuando Gloria pasó por mi lado, traté de atraerla con un abrazo, pero ella se soltó, demasiado fascinada con la exploración de la suite. El fiel Sam

ocupó su lugar, tambaleándose hacia mí con una sonrisa cuando lo llamé. Jugamos a caballito y a las cosquillas de araña y, por unos instantes, me olvidé de la elección. Pero, de pronto, Frank, inclinado sobre el portátil de Calvin y apretando los ojos, dio más actualizaciones:

–Los distritos Dos y Diez ya están. Y el Once. Chicos, ¡ya estamos!

Se hizo un silencio absoluto. Hasta Sam se quedó quieto. Bajo sus lentes, los ojos de Frank se movían a izquierda y derecha leyendo la pantalla. Finalmente, dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Exhaló ruidosamente. Se volvió a mirar a Alex. Y sonrió:

–¡Felicidades, congresista!

La sala explotó de alegría. Abrazos, risas, suspiros por todas partes. Aubyn ofreció una inhabitual sonrisa, Mirabelle levantó los brazos al cielo y Collier sonrió feliz. Calvin, normalmente tan reservado, se encaramó al sofá y saltó con los puños al aire, mientras gritaba «¡Sí! ¡Joder!» antes de acordarse de que había niños. Yo permanecí de pie, incómoda, aplaudiendo, y luego me arrodillé a comprobar el pañal de Sam por enésima vez aquella tarde.

Cuando volví a levantarme, Alex estaba allí, a mi lado, y me dio un abrazo tieso y un beso superficial, antes de susurrarme un «Ya se ha acabado» en voz baja. Era el primer contacto que tenía con él desde que nos fuimos de la Holy Trinity, y ver que me mostraba reconocimiento físicamente, aunque solo fuera de cara a la galería, me provocó ganas de llorar de alivio. Luego se perdió al teléfono, respondiendo a una retahíla de llamadas de enhorabuena – de los líderes del partido, del alcalde, del gobernador–, además de la llamada de concesión de Amanda Bullock.

Alguien descorchó champán y Frank se me acercó con una copa.

–¿Fumamos la pipa de la paz? –Me miró con cara de perro pachón, con sus ojos asomando por encima de las gafas.

–Claro. –Tomé un sorbo y dejé la copa, consciente de que Mirabelle me vigilaba con el rabillo del ojo.

–No me duele admitirlo cuando me equivoco –prosiguió–. Era mejor enfrentarse al problema. Y, al final, tu pequeño discurso en Holy Trinity nos ha dado el empujoncito que necesitábamos. En el condado de Delaware hemos sacado muchos votos. Cifra récord.

–¿De verdad?

–Absolutamente.

No podía creérmelo. Al final había hecho algo bien. Y eso fue tal vez lo

que le dio a Alex la ventaja sobre Amanda.

Frank levantó la copa a modo de brindis, tomó un sorbo y luego ladeó un poco la cabeza.

–Pero, a partir de ahora, ¿podrías ser un poco más cuidadosa?

–Por supuesto.

Le sonreí con franqueza, y él me devolvió la sonrisa antes de regresar con Alex. Aunque sabía que, en realidad, yo le importaba bien poco, al menos ahora no estábamos a punto de estrangularnos.

Detrás de mí se oyó que se descorchaba otra botella. Y otra. La fiesta había empezado oficialmente. Y una a una, la gente empezó a volver a hablarme, a saludarme como si acabara de llegar. El triunfo de Alex –y, más importante, su muestra de afecto– me habían vuelto a hacer visible. Hasta Mirabelle llegó a reconocer mi presencia, ofreciéndome un rígido «Disculpa, Abigail» cuando pasaba a recoger una bandeja.

Me estremecí al pensar lo que habría ocurrido si su hijo hubiera perdido.

Sintiéndome como si me acabaran de soltar del purgatorio, relajé mi norma de «prohibido saltar sobre los muebles» y dejé que los niños se descontrolaran. Mientras los observaba perseguirse el uno al otro por aquella suite del tamaño de un apartamento, me alegraba comprobar que ignoraban totalmente lo que significaba esa noche. Ya habría tiempo de comentar los cambios que se avecinaban; esa noche tocaba celebrar. Meforcé por sonreír y empecé a moverme por el salón, repartiendo agradecimientos a los seguidores.

La suite se llenó de servilletas arrugadas, botellines de agua, puros a medio fumar y periódicos desechados. Cada equis minutos, los empleados del Ritz se presentaban a recoger vasos y platos y a comprobar conmigo que todo resultaba «satisfactorio».

«Perfecto», les aseguré las siete veces que me lo preguntaron. Supongo que eran el tipo de preguntas estimulantes que debería contestar en mi nuevo papel como esposa del Congreso.

Se hacía tarde y me preocupaba que los niños acabaran agotados, pero Frank me tranquilizó, diciendo que nos marchábamos a la fiesta de la victoria enseguida. Les dije a los niños que podían coger una galleta cada uno del

carrito de postres, con la esperanza de que un poco de azúcar les diera la energía que iban a necesitar para el último tramo hasta casa. Gloria eligió una galleta de azúcar, pero Sam se tiró de cabeza a los *éclairs* de chocolate. Cogió dos, sonriendo ante su buena suerte, y luego huyó por debajo de la mesa antes de que yo pudiera comprobar si llevaban algo de fruto seco.

Mirabelle corrió y se arrodilló al otro lado, intentando razonar con él, pero cuanto más le suplicaba, más fuerte sujetaba Sam sus *éclairs*; la nata y el chocolate le resbalaban por los brazos, acercándose peligrosamente a su trajecito blanco y azul marino. Mirabelle se levantó y me lanzó una mirada de asco.

—¡No sé por qué le dejas coger cosas así! Y ahora, ¿qué hay que hacer?

Elegí ignorarla y me apresuré al otro lado de la mesa para cortarle al paso a Sam, pero el pequeño se coló por debajo de una silla y salió hacia el dormitorio. Se agachó para colarse por debajo de las piernas de Calvin y Sunita, que estaban flirteando con sendas cervezas en la mano, y luego pasó junto a Aubyn y Collier, enfrascados todavía en su juego de naipes.

—¡Corre, Van, corre! —lo animó Frank desde el otro lado del salón.

—¡Mira cómo corre el potrillo! —dijo Collier, arrastrando las palabras. Aubyn levantó la vista de sus cartas e intentó no reírse.

Seguí a Mirabelle, sorprendentemente frágil en sus tacones de gatita, mientras acorralaba a Sam en el dormitorio.

—¡Mi *gadeta*! —gritaba el niño, indignado—. ¡Mi *gadeta*!

—Dáselas a *grandmère* —le dijo ella, amenazadora.

El negó con la cabeza y se escondió aún más al fondo de su rincón, aferrado a su pegajoso botín, que, por suerte, no se había metido todavía en la boca.

Finalmente, Mirabelle, que estaba más cerca de él, lo agarró con fuerza de un hombro. Pero el pequeño luchó y se liberó. Mientras huía hacia la puerta, me agaché a atraparlo; con mis cincuenta y cinco kilos sobre unos tacones de ocho centímetros, no tuve ninguna posibilidad: cargó contra mí y me hizo caer hacia atrás, sobre la moqueta.

Mirabelle, siempre una señora, me tendió la mano. Me bajé la falda del vestido y me aparté el pelo de la cara, muerta de vergüenza. Me rodeaban unos cuantos mirones, curiosos por ver quién ganaría la batalla de los *éclairs*, que se quedaron mirando inmóviles. Me fijé en que no me miraban a la cara, sino más abajo. Seguí su mirada y me expliqué por qué: por todo el pecho de

mi estupendo vestido azul tenía impresas dos manitas perfectas de *ganache* de chocolate.

Mientras aguardaba en el baño en ropa interior, Mirabelle y una mujer del servicio de habitaciones del Ritz hacían cuanto podían por limpiarme el vestido con agua carbonatada. Empapaban y frotaban, una y otra vez, pero las manchas no hacían más que crecer y oscurecerse, felizmente instaladas en aquella lana azul de tan buena calidad.

–Debí prever que ocurriría algo así –refunfuñó Mirabelle.

Sabía lo que estaba pensando, que había vuelto a beber, pero no hice ningún esfuerzo por desmentirlo. A esas alturas ya sabía que iba a creer lo que le diera la gana.

Sin dejar de frotar, siguió refunfuñando:

–Los Bacco ya me lo han contado. Lo de tus momentos «a solas». El vestidor hecho un caos...

Aunque justo acababa de despedir a Bobby y Francis y probablemente no volvería a verlos nunca más, sus palabras me dolieron. De hecho, estaba claro que no era yo su clienta favorita, sino Mirabelle. Me estremecí, medio desnuda, y me abracé la cintura.

–Que tenga el vestidor desordenado y a veces necesite pasar un rato a solas no significa que sea una borracha...

Ella me ignoró, lanzó el vestido manchado al suelo y exclamó asqueada:

–Eso no hay quien lo arregle.

–No pasa nada. Pasaré corriendo por casa. O mandaré a Sunita.

–No hay tiempo –dijo–. Dice Frank que te esperan abajo de inmediato.

–Pues entonces eso tendrá que servir –dije, enojada, mientras recogía el vestido del suelo.

–No –dijo ella, y me lo arrebató de las manos–. Ni en broma. He trabajado demasiado. –Se recompuso un poco y continuó–: Representas a nuestra familia. No pienso tolerar que se rían más de nosotros.

Estaba pálida de rabia.

–No es para tanto –la tranquilicé–. Alex ha ganado. No hay más...

–Calla –ordenó–. Déjame pensar.

Suspiró, se quitó su chaqueta, de una preciosa lana color pavo real, y me la

dio.

–Vamos, ponte esto.

Se quitó la blusa blanca de seda y la blusa azul turquesa a juego y también me las ofreció. Con su combinación beis claro hasta las rodillas, su cuerpo se veía pálido, la carne pegada a sus menudos huesos, como si estuviera lista para ser momificada.

–Póntelo –me ordenó con un bufido–. Por lo que más quieras, póntelo.

Me embutí la blusa y la falda, luego me puse la chaqueta. La falda me quedaba más corta que a ella, y la blusa me tiraba por el pecho, pero me serviría para salir del paso.

–Gracias.

Rechazó mi agradecimiento con un gesto de la mano mientras se envolvía en un albornoz que había colgado tras la puerta del baño.

–Y, sobre todo, ni se te ocurra meter eso en la lavadora. Lavado en seco solo –me puntualizó, como si hablara con una idiota.

Suspiré y puse los ojos en blanco, luego me fijé en que tenía los puños apretados de rabia. Estaba tan tensa y temblorosa que apenas era capaz de atarse el albornoz.

–¿Te ayudo? –le ofrecí, mientras se peleaba con la prenda rizada. Tal vez me odiara, me quisiera ver encerrada, pero ahora, mientras la miraba, tan ofuscada y al borde del ataque de nervios, no pude evitar sentir lástima por ella.

¿Por qué no podía limitarse a disfrutar de lo que estaba ocurriendo? Su hijo lo había logrado. Había ganado.

–¡No me toques! –me ladró, y retrocedió de un salto cuando me acerqué a ella–. ¡Has estado a punto de echarlo todo a perder!

–Pero no lo he hecho –le dije–. Alex es congresista, ¿no estás contenta?

Levantó la mirada hacia mí y, por un instante y por primera vez, vi confusión en sus ojos. Incluso vulnerabilidad. Vi a la mujer joven que había sido, llena de esperanzas dulces e inocentes y de candente exuberancia. A la persona que existió antes de que todos sus sueños, y sus afectos sinceros, se endurecieran como el cristal.

Entendí la respuesta a mi pregunta. No era feliz. Nunca podría serlo. Se aferraba a esta familia con tanta fuerza que estaba más allá de las emociones. Y después del día de hoy y de todo el estrés añadido que yo había provocado, estaba muy cerca de romperse.

Tuve ganas de rodearla con los brazos y consolarla como a una niña pequeña. De decirle que aún tenía esperanza, si se limitaba a ceder el volante. Si se permitía, y también a la gente que la rodeaba, relajarse un poco. Pero antes de poder acercarme a ella, había desaparecido.

—¿Necesita algo más, señora?

Había olvidado que la camarera seguía en la habitación. Levanté la mirada y le dije:

—No, gracias. —Luego me volví hacia el espejo.

La mujer se retiró discretamente y me dejó a solas. Me lavé las manos y me las sequé con la mullida toalla de manos blanca. Miré mi anillo de casada, que tal vez antes había pertenecido a Mirabelle, y sentí más que nunca su peso.

Mirabelle había planeado aquel momento toda su vida, pero lo que ella no sabía, lo que probablemente no sabría hasta más tarde, era que el triunfo de Alex —aquello que ella había deseado tan desesperadamente, aquello que pensaba que lo ataría a ella y a su dinero para siempre— podría ser también su puerta de escape. Nuestra puerta de escape. Vivir en Washington D. C. pondría doscientos kilómetros entre nosotros y Bloemveld. Entre ellos y su amor tóxico y asfixiante.

Pero cuando levanté la vista para mirarme una última vez antes de bajar, me estremecí. Frente al espejo fui consciente de que Mirabelle podía estar siempre cerca, más cerca de lo que a mí me habría gustado.

Con su traje, y con mi melenita recta y su opulenta joyería, me parecía mucho a ella.

Un agente de seguridad vestido de paisano nos escoltó por un pasillo largo y oscuro, a través de una zona de servicio, hasta el montacargas lleno de mantas que nos llevaría —Alex con Gloria, yo con Sam en brazos— hasta la celebración en la planta baja. El agente escuchó el parloteo en su auricular y los niños se echaron a reír, mientras Alex y yo aguardábamos en silencio, superados todavía por todo lo que acababa de ocurrir. Mi marido se había convertido en el siguiente congresista que representaría al segundo distrito de Filadelfia, un cargo que se remontaba a 1791.

–Ostras. –Alex rompió el silencio–. ¡Lo hemos conseguido!

–Felicidades –le dije–. Estoy muy orgullosa de ti.

–Gracias.

Volvíamos a hablarnos. Tal vez fuera el momento adecuado para despejar los entuertos; decidí empezar yo.

–Alex. Vuelvo a disculparme por lo de ayer. Le he prometido a Frank que, a partir de ahora, iré con cuidado. Y os consultaré cada vez que vaya a hacer algo que pueda ser malinterpretado.

Esperaba que me dijera que seguía enfadado, o que estaba oficialmente perdonada, o algo a medio camino –¡cualquier cosa!–, pero, en cambio, hizo un gesto de despreocupación con la mano y exclamó: «¡Olvídalo!».

Fue lo único que obtuve. No era que esperara una gran proclamación, pero aquello no era cualquier cosa; había estado a punto de arruinar la campaña. Deseé que hubiera sido más expresivo, sino en palabras, tal vez en gestos: un beso de verdad, un abrazo sincero. Me juré allí mismo que nunca más volvería a dar por sentadas esas dos palabras, «te perdono». Las ofrecería siempre que tuviera la oportunidad.

El ascensor se detuvo en una planta intermedia y, cuando se abrió, apareció una pareja mayor que iba de la mano. El agente de seguridad les exigió que esperaran al siguiente ascensor y las puertas se cerraron ante sus rostros sorprendidos. Cambié de tema.

–Tal vez este fin de semana podríamos marcharnos todos unos días, los cuatro solos –sugerí–. Antes de que las cosas vuelvan a ponerse locas.

Levantó las cejas e inclinó la cabeza como si lo estuviera pensando, pero no respondió. Se volvió hacia Gloria y le hizo cosquillas hasta que soltó un chillido. Cuando se calmó, Alex se volvió hacia mí.

–Abbey...

–¿Sí?

–He estado pensando que tal vez te iría bien volver a trabajar. No a tiempo completo, pero...

–¿Estás seguro?

–Sí, lo estoy. Para empezar, conozco a un congresista novato que podría necesitar un poco de ayuda. Con las reuniones y los actos, ese tipo de cosas.

No era exactamente lo que tenía en mente –era publicista, no ayudante administrativa–, pero era un buen comienzo.

–¿Me escribirás una carta de recomendación, entonces?

–Mi mejor recomendación.

Me hizo un guiño y entendí que había superado los problemas del día y estaba dispuesto a seguir adelante. Ambos suspiramos aliviados.

El sonido de su teléfono indicó la llegada de un nuevo mensaje. Miró su pantalla y frunció el ceño.

–Qué raro.

–¿Qué?

–Ariel Morganstern me manda un mensaje. Dice que el *Inquirer* acaba de colgar una noticia que lo relaciona con East Falls. Como lugar de su nueva sede.

Sentí que me ardía el rostro y que el ascensor se volvía sofocante, pero me esforcé por sonar indiferente.

–Ah, ¿sí?

–Eso pinta mal. Brindle se va a cabrear.

–Bueno, no es culpa tuya.

–Pero alguien lo ha filtrado a la prensa. ¿Quién?

–La gente habla. Las cosas se acaban sabiendo. Es lo que hay.

Apenas osaba respirar, esperaba su respuesta. Pero no dijo nada y se quedó pensando, con el zumbido del auricular del agente y la ruidosa succión de Sam a su pulgar de fondo. Alex se volvió a mirarme, primero desconfiado, luego con una mirada divertida, y me soltó.

–¿Eso crees?

Viendo su expresión, supe que podría haber confesado, pero estaba harta de justificarme ante ese hombre. Le devolví la mirada con una expresión opaca y le dije «¿Qué?», como si no tuviera ni idea de qué estaba hablando. Como si por dentro no lo estuviera celebrando, consciente de haber hecho algo bueno por East Falls.

Alex hizo ademán de decir algo, pero se detuvo. También él estaba cansado. Se encogió de hombros, apagó el teléfono y se lo metió en el bolsillo. Lo que contuviera el teléfono –cualquier cosa más con la que luchar– podía esperar a mañana.

Las puertas del ascensor se abrieron y el rugido que se levantó de entre los seguidores que se agrupaban en el pasillo ahogó cualquier posible conversación. Nos pusimos a avanzar y pronto el artículo sobre East Falls quedó olvidado en el latido del sistema de sonido profesional y las ovaciones y los aplausos de una fiesta en todo su esplendor.

Mientras seguíamos unos pasos por detrás a un par de seguras a lo largo del pasillo con moqueta roja y dorada, todo el mundo se iba volviendo hacia nosotros para vernos y ovacionarnos, aplaudir y corear nuestros nombres. Los guardas intentaban mantener el control, pero pronto se vieron engullidos por los eufóricos seguidores y animadores. Alex estrechaba manos, saludaba y repartió unos cuantos abrazos. Un muchacho joven tiró confeti, una señora de mediana edad con una camiseta de «*Van Holt for Congress*» se echó a llorar y dos universitarias achispadas se reían y se abrazaron emocionadas al verlo pasar junto a ellas. Estábamos rodeados de *flashes* de iPhones que nos disparaban por todos lados, y Sam escondía la cabeza en mi cuello.

Cuando entramos en el salón de baile, atiborrado de gente, de mesas, globos y camareros, una ovación llenó el espacio. Debía de haber unas mil personas, todas haciéndose *selfies*, disfrutando de la barra libre y bailando frente a la banda de cinco componentes que destrozaba un tema de Van Morrison. El salón estaba iluminado por luces de discoteca que giraban, y parecía latir al ritmo de la música. Era un ambiente casi de fiesta universitaria, si uno no tenía en cuenta las chaquetas de *sport* y los tacones de aguja. Todo el mundo era simpatizante de la campaña y, por la pinta que tenían, la mayoría había desplegado su simpatía a golpe de talonario y no puerta a puerta.

Saludamos y estrechamos muchas manos de camino al escenario, y nos protegimos de tantas caras de alegría que trataban de abrazarnos y besarnos. Reconocí algunas de los actos de la semana, y otras de aquel primer cóctel en Bloemveld. Hasta Betsy y Ellen estaban allí; ambas habían olvidado, aparentemente, el incidente del almuerzo. Faltaban dos minutos para que Alex se proclamase congresista y yo ya sentía el poder.

Junto al escenario, mientras Alex se dirigía una última vez a Frank, Mindy corrió a mi lado, resoplando de emoción. Me abrazó con fuerza y luego plantó un beso pegajoso de carmín en los mechones rubios de Sam.

–Me ha encantado tu discurso de hoy –me dijo–. Me alegra saber que no soy el único desastre de esta ciudad. –Soltó una fuerte carcajada y luego se llevó las manos a la cara en un gesto que significaba «¿ves lo que quiero decir?».

–No eres ningún desastre –la tranquilicé–. ¡Eres fantástica!

–Gracias. Pero no habrías dicho lo mismo si me llegas a ver antes. Los chicos estaban tan descontrolados que pensé que no llegaba a la fiesta. Sigo

sin resolver mi problema con la canguro.

–¿Tu problema con la canguro?

–Sí, la mía volvió a Suecia, ¿no te acuerdas?

–¡Es verdad! –dije, con más énfasis de lo que la situación requería.

Me miró con expresión intrigada, pero se lo expliqué rápidamente: Alex y yo nos habíamos deshecho de May hacía poco. Era el momento de intentar vivir una temporada sin una canguro a tiempo completo. ¿Había alguna posibilidad de que se planteara contratarla?

Me miró con los ojos como platos y expresión ilusionada.

–¡Sí! ¡Me encantaría!

Le expliqué la única pega: May estaba muy solicitada, ya había varias madres interesadas en ella...; es decir, si Mindy la quería, debería hacerle una muy buena oferta. Incluso, posiblemente, ofrecerle una semana laboral más corta; por ejemplo, de treinta horas, y nunca de noche ni en fin de semana. Así evitaría a las competidoras.

Mi amiga puso una expresión grave de comprensión y determinación. Se deshizo en agradecimientos y luego se marchó, abriéndose paso entre la muchedumbre. Supe que buscaba a su marido, ansiosa por contarle la noticia: era una prioridad contratar a una nueva canguro. Y no a una canguro cualquiera, la excanguro de los Van Holt.

Lo hice para ayudar a May, pero también por nosotros. Sabía que, como los niños de Mindy iban al mismo cole que Gloria, al menos mis hijos podrían ver a su querida May de vez en cuando. Y los Van Holt no tendrían que enterarse. Sonreí ante mi propia jugarreta y luego me acerqué rápidamente a Alex, que esperaba la llegada de su gran momento.

En el escenario, dejó de lado las cursilerías de la retórica de campaña y se soltó la melena con un discurso divertido, en el que se reía de sí mismo, que duró el doble por las risas y los aplausos que lo interrumpían constantemente. Cuando acabó, me tomó de la mano y levantó nuestros brazos, lo que arrancó una ovación tremenda del público. Y cuando se inclinó y me dio un beso, la gente enloqueció. El ruido, los *flashes* y el jolgorio eran impresionantes. Ahora sabía lo que se siente siendo Beyoncé.

Y sin embargo, a pesar del triunfo, de la adulación y de lo atractivo que estaba Alex con la corbata aflojada, los ojos cansados y los síntomas del agotamiento, me sentía distanciada de la escena, como si la contemplara desde fuera, viéndome a mí misma a vista de pájaro desde la enorme lámpara

de cristal. Alex se inclinó de nuevo hacia mí y me susurró que me quería, con voz cálida y sincera. Era el perdón que buscaba pero, curiosamente, me tenía que esforzar por sentir alivio. Por sentir algo.

Alex me rodeó con un brazo, levanté la vista hacia él e imité su ancha sonrisa. Aunque habíamos ganado y yo había acabado siendo una pequeña contribuyente a nuestro éxito, aunque May tendría un trabajo mejor que el que tuvo conmigo y aunque yo ya no temía a Mirabelle ni a ninguna de sus amenazas, le devolví la sonrisa con los labios, las mejillas y los ojos, pero no con el corazón.

En el fondo, mi corazón estaba en otra parte.

Al fin sola.

Oscar se había llevado a los niños y a Aubyn de regreso al apartamento inmediatamente después del discurso; una triunfante Mirabelle, un Collier tambaleante y el silencioso Luis estaban en un taxi de vuelta a Bloemveld; Calvin, Sunita y el resto de veinteañeros hacían la ronda de las fiestas postelectorales; y Alex y un alegre Frank atendían entrevistas televisivas en un rincón del vestíbulo. Me encontré a solas en la suite silenciosa, acompañada únicamente de unos pocos abrigos olvidados y del boletín de noticias de las once.

Me quité los zapatos, me abrí una Heineken y me serví un plato de restos de postres. Me merecía un premio. Yo también había trabajado mucho por aquella victoria.

Sam tenía razón, pensé, mientras hincaba el diente en el pegajoso *éclair*. Vale la pena luchar por esto. Estaba a punto de atacar el segundo cuando unos golpes a la puerta me paralizaron. Guardé silencio, esperando que quien fuera se marcharía para permitirme seguir ahogando mis penas en crema pastelera. Pero el personaje misterioso volvió a llamar: *pom, pom, pom*. Suspiré y me levanté a abrir la puerta, sintiendo los pies resbaladizos al pisar la moqueta solo con las medias.

—¿Sí? —dije, a la vez que acercaba el ojo a la mirilla y me encontraba frente a un escote de un palmo, distorsionado, que veía en proporciones dignas de Dolly Parton gracias a la curva de la lente.

Roberta. En el universo Van Holt.

Abrí la puerta de golpe y dejé caer la cerveza de la sorpresa. Vi que me sonreía y luego bajaba la cabeza y fruncía el ceño ante el charco que había a nuestros pies.

—¡Mierda! —exclamó, mientras buscaba una servilleta con la mirada, antes

de sacarse del bolso una revista *People* para que absorbiera el líquido de la moqueta. Mientras lo intentaba, con un pequeño suspiro, interioricé su presencia.

Tenía el mismo aspecto de siempre: exageradamente bronceada, exageradamente rubia y vestida con ropa que la mismísima Barbie se replantearía: una sudadera falsa de la serie Juicy, con la cremallera bajada hasta mostrar un bodi con tachuelas plateadas muy escotado, unos vaqueros blancos con elastane y unas botas negras de borreguillo. Llevaba las uñas largas y pintadas de rojo sangre, los labios apretados y brillantes.

Normalmente me recordaba a una exconejita de pista de esquí o a una camarera de coctelería de un aeropuerto. Pero en ese momento me pareció un ángel.

Me acerqué a ella y le toqué la cara, para asegurarme que era de verdad.

Había sido su «espíritu de tigresa» lo que la había hecho venir.

Por suerte, Roberta había visto la entrevista del día anterior en la CNN, a través de la televisión por satélite de abordo, y presintió que algo me pasaba. Pidió que la llevaran en helicóptero a la isla griega más cercana, Mikonos, donde pudo tomar un avión hasta Roma y, desde allí, volar a Filadelfia.

–Es solo que... ¡no puedo creer que estés aquí! –dije, una vez superada la sorpresa inicial–. Te he echado de menos.

–¡Vaya! Ahora sé que no estás bien –sentenció, impávida.

–¿Cómo? ¡No! Estoy bien.

Me miró con la misma expresión que adoptaba cada vez que sabía que le mentía. Me volví hacia el sofá y mis *éclairs*, y me siguió.

–Abigail, cuéntame qué ocurre. No he volado más de once mil kilómetros para que finjas que todo va bien.

La miré fijamente unos segundos, sin tener ni idea de por dónde empezar. Gané un poco de tiempo abriendo otra cerveza y tomando un sorbo.

–De verdad, mamá, no ocurre nada.

–Venga, hacía más de diez años que no te veía tomarte una cerveza. Sácalo.

Me planteé contarle la verdad. Toda la verdad. Aquella no era mi vida. Era solo una broma elaborada, una alucinación o un sueño increíblemente real. Y

una parte de mí sentía que si alguien era capaz de creer en realidades alternativas, esa era Roberta. Pero también temía que hiciera lo mismo que haría cualquier otra buena madre: escucharme atentamente y asentir con la cabeza, y luego, cuando yo no la viera, llamar a urgencias y para que me trasladaran a una unidad de psiquiatría.

–Digamos solamente que me siento confundida –le dije.

–¿Confundida sobre qué? El príncipe valiente ha ganado. Pensé que estarías feliz.

–Lo sé. Debería estarlo. Es... complicado.

Iba a responder pero se detuvo. En vez de hablar, se acercó y me puso una mano en el hombro.

–Las complicaciones no me importan –dijo–. Me importas tú. ¿Estás bien?

–Sí. No. No lo sé –titubeé–. Solo confusa. Y cansada. Muy cansada.

–Bueno, ahora mismo no tienes que hacer nada –dijo–. Las elecciones han terminado. Puedes tomarte un descanso de ser la señora Van Holt. Durante un ratito, ¿por qué no te limitas a ser mi hija?

–Encantada –respondí. Y por primera vez en muchísimo tiempo, me acurruqué bajo su brazo y apoyé la cabeza sobre su hombro.

Y lloré.

Roberta me abrazaba, meciéndome y consolándome como si fuera una adolescente con el corazón partido. Olía a loción de coco y a laca, con un rastro de algo medicinal. Tenía la piel del cuello suave y floja, su único rasgo parecido al de una abuela tradicional, aunque se hubiera sentido horrorizada si llega a saber que pensaba esto.

Cuando mi llanto cesó, miró hacia delante, perdida en sus pensamientos, y se puso a hablar:

–Cuando tu padre y yo nos casamos, pensaba que lo tenía todo: un marido agradable con un buen trabajo, una casita monísima y una niñita preciosa –empezó–. Cocinaba estofados de atún y cosía cortinas y limpiaba y planchaba. Intentaba ser la esposa perfecta, la madre perfecta, la vecina perfecta. ¡Hasta iba a la iglesia los domingos!

Suspiró para sus adentros y prosiguió:

–Hacía todo lo que se suponía que debía hacer... y, aun así, mi marido me abandonó.

Me incorporé de golpe.

–¿Papá te dejó a ti?

–Sí, ya sé que siempre lo he contado como si fuera yo quien lo abandonó a él, yo la que había dejado atrás al maldito bastardo. Pero no es cierto. – Respiró profundamente y percibí lo que le estaba costando admitir la verdad—. Tu padre me dejó una nota escrita en el dorso de una factura de la luz por pagar en la que me decía que se había enamorado de una mujer llamada April Dawn y que se marchaba a vivir a Florida con ella. ¿Tú te imaginas? Me dejó por una mujer con nombre de lavavajillas.

No podía creer lo que estaba oyendo. Tenía mil y una preguntas, pero me quedé en silencio, dejándola acabar.

–Durante semanas, me negué a creérmelo –prosiguió—. Lo negué a saco. Cuando finalmente fui consciente de que no iba a volver, me sentí devastada. Y luego caí en una depresión profunda. No podía ni levantarme de la cama. No podía ni cuidar de ti. Tuvo que venir mi madre desde Virginia a vivir con nosotras.

¿Roberta deprimida? No podía imaginarlo. Era siempre tan capaz, tan positiva. Nunca la había visto llorar.

–La vida continuó, pero yo pendía de un hilo. Y entonces, al cabo de unos meses, tú empezaste a hablar. A hablar y hablar y hablar. Y a gritar y a reírte y a correr por toda la casa, bramando como si fueras la jefa del lugar. Lo juro, eras la niña más ruidosa de la historia. Y lo más gracioso era que a ti te importaban un comino mis estofados, si las sábanas estaban limpias o ninguna de esas tonterías. Lo único que querías era llevar tutús y cantar canciones y comerte todas las chucherías que pudieras rapiñar.

»Un día me desperté de una siesta y te oí jugando fuera con la manguera. Te divertía mojar a la abuela Gloria y ella se estaba empezando a enfadar. Cada vez que se acercaba a quitártela, tú te escapabas y luego la volvías a mojar. Al final te atrapó y te iba a dar una zurra cuando soltaste el alarido más fuerte y más primitivo que he oído nunca. Fue un milagro que nadie llamara a la poli. Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana, y jamás olvidaré lo que vi. –Cerró los ojos, como si volviera a ver la escena en su cabeza—. Estabas de pie bajo el sol en ropa interior. Con gotas de agua que te resbalaban por los rizos dorados. Y tenías los brazos abiertos así –imitó el gesto– y con esta expresión de puro desafío en la cara. No podía apartar la vista de ti. Con dos añitos, tenías una apariencia tan potente... Tan increíblemente valiente. La abuela se quedó acojonada –Se rio al recordarlo—. Y en ese momento decidí levantarme de la cama. Salí al jardín, te tomé en

mis brazos y le dije a la abuela que ya no la necesitábamos. Fue como si, de pronto, todo se hubiera aclarado en mi cabeza. Se había acabado ser perfecta. A partir de entonces, sería simplemente como aquella niña pequeña de la manguera. Iba a hacer lo que me diera la gana y el mundo debería conformarse con ello.

Suspiró. Al cabo de un momento añadió, en voz baja:

—Ya sé que la gente se ríe de cómo visto, y de mis acompañantes más jóvenes y del coche deportivo y de los biquinis que llevo. Pero no me importa. De veras, no me importa. Lo único que creo es que me lo he ganado.

Dejó las palabras en el aire antes de volverse hacia mí. Me acarició el rostro manchado de lágrimas y lo giró hacia ella para que pudiera mirarla a los ojos.

—Sé que te sientes confusa, que todo es muy complicado. Tal vez te sientas tan desesperada como yo cuando tu padre se marchó —dijo, con voz dulce, casi susurrando—. Pero, cariño, quizá tu fondo no sea duro como una roca; tal vez es blando. Qué demonios, tal vez sea de nube de azúcar. ¿Por qué no avanzas hacia delante y miras lo que hay al otro lado?

Cuando mi madre se fue, para dormir y tratar de superar su *jet lag*, salí a la ancha terraza de la suite y admiré la vista del ayuntamiento, con la esfera del reloj de la fachada con un amarillo brillante bajo el cielo azul marino. Después de tanto tiempo en la claustrofóbica suite y en el salón de baile abarrotado, era agradable respirar el aire fresco de la noche.

Pensé en lo que Roberta me había contado. En todos aquellos años, nunca supe cómo había sufrido cuando mi padre se marchó. Siempre habló de su divorcio como de algo poco importante, un incidente menor en el argumento de la glamurosa y emocionante película que era su vida. Me sentí avergonzada y egoísta.

Puse la mano sobre el grueso parapeto de cemento y miré hacia abajo, a Chestnut Street. Desde donde estaba, a una altitud de catorce plantas, las calles se veían tranquilas e irreales. De vez en cuando pasaban unos cuantos coches o un joven fiestero alteraba el silencio con un grito. Pero, en conjunto, la ciudad lucía bella, silente y anónima.

Detrás de mí, el golpe de la puerta me sobresaltó. Alex había vuelto. Entré

en la suite y cerré la puerta corredera de la terraza.

—¿Qué tal las entrevistas?

—Bien —dijo, mientras se servía medio vaso de ginebra y le añadía un cubito de hielo. Entonces me di cuenta, mientras lo miraba tomar un sorbo y hacer una mueca, que no le había visto nunca tomar alcohol.

—¿Solo bien? —insistí.

Asintió, tomó otro sorbo y luego miró hacia la terraza.

—¿Vuelve a llover?

—No, solo hace frío.

Dejó el iPhone sobre la mesa y se quitó la corbata y la chaqueta.

—Parece que la lluvia de la mañana, al final, no ha impedido que la gente saliera a votar —continué—. Frank dice que ha habido una participación récord.

—Eso parece —dijo—. Han salido en tropel. Y ahora soy su hombre.

—No pareces muy contento.

—Tengo muchas cosas por asimilar; nos esperan muchos cambios.

—Piensa solo en todo el bien que puedes hacer.

Me cortó rápidamente:

—Lo sé, lo sé. Es un gran logro. Una responsabilidad tremenda. Un honor para los Van Holt..., y bla, bla, bla.

Su tono me dolió. Lo miré fijamente. No era la cara de alguien que acababa de ganar unas elecciones. Me acerqué, me senté a su lado, y le tomé la mano que tenía libre.

—¿Alex? —le pregunté, mirándolo a los ojos—. ¿Quieres realmente ser congresista?

Puso cara de sorpresa y, por un momento fugaz, de algo más: de miedo. Como si acabara de desenmascarar algo que se estaba esforzando mucho por mantener enterrado. De pronto, muchas cosas de la semana anterior cobraron sentido. Las discusiones pasivo-agresivas, su parálisis en plena entrevista por la televisión nacional, incluso su conducta obsesivo-compulsiva por las camisas limpias. Se había presentado al Congreso por que lo consideraba un deber, no porque lo quisiera. En el fondo no había nada que le apeteciera menos. Y su infelicidad, y su rebeldía oculta, se disparaban en los momentos más inoportunos.

Y aun así, respetaba el guion.

—Pues claro que quiero —dijo de manera tentativa y muy poco convincente—. ¿Qué te crees? ¿Qué me he metido en esto para que me den

material de oficina nuevo?

Soltó una risa forzada.

No era la primera vez que lo veía salir de una conversación incómoda con una bromita. Y aunque solo hacía una semana que lo conocía, intuí que era un recurso que había usado toda la vida para evitar verdades dolorosas. Sentí una punzada de lástima por él. Alexander van Holt. Congresista recién elegido por el segundo distrito de Pensilvania. Atrapado en una vida –y en una familia– de la que no podía escapar.

Un impostor, igual que yo.

–Bueno, es un material muy chulo –dije, siguiéndole la broma–. He oído que es estampado–. Fingí desmayarme.

Se rio, me tomó la mano y me la besó. Éramos cómplices en aquella comedia.

–Será mejor que volvamos a casa –dije–. Es tarde.

Me levanté a buscar el bolso.

–No tan rápido –dijo, sin soltarme la mano–. He pensado que nos podríamos quedar aquí esta noche. Es una lástima desperdiciar esta suite tan grande, ¿no?

–Pero ¿y los niños?

–Están en casa con Aubyn. Se puede ocupar de ellos hasta la mañana.

–Oh, Alex. No lo sé...

–Yo sí lo sé –dijo, volviéndome delicadamente la cara hacia él y besándome.

Intenté corresponderle, pero mis labios apenas se movieron.

–¿Qué te pasa? –preguntó.

–Nada. Perdona.

Me volvió a besar. Sabía a ginebra y su barba me rascaba en los labios y el cuello. Cerré los ojos e intenté abandonarme a él, esperando que se encendiera mi instinto. Pero, nada. Le besé con más ganas, esperando avivar la llama.

–Servicio de habitaciones –llamó una voz desde el pasillo.

–¡Casi se me olvida! –exclamó Alex, con una sonrisa infantil. Ahí estaba el Alex de antaño, aquel al que había conocido en un ascensor tantos años atrás.

Corrió a la puerta y dejó entrar a un camarero vestido de blanco que empujaba un carrito con una botella de champán en una cubitera y dos flautas de cristal. Alex le dio un billete de veinte dólares de propina y empujó el

carrito un poco más adentro.

—¿Tomará un poco de champán, señora Van Holt?

Parecía orgulloso de su sorpresa romántica, como siempre lo están los hombres. Descorchó la botella con un *plop* y llenó las dos copas hasta el borde, pero sin derramarlo. Me ofreció una mientras levantaba la suya con un brindis.

—Por el futuro —dijo, y chocó su copa con la mía.

—El futuro —repetí. Tomé un sorbito y luego me fijé en que en el carrito había un plato con una tapa plateada en forma de cúpula. Lo miré intrigada. Volvió a sonreír, como un niño con un secreto, y me aclaró:

—Para ti.

Puse la mano sobre el asa fría de plata y levanté la tapa, esperando encontrar fresas silvestres, caviar o, ojalá, otro plato de *éclairs*, pero lo que me encontré fue una cajita de piel roja en medio del plato.

—¿Qué es?

Su sonrisa se transformó en una expresión sincera.

—Sé que ha sido un trayecto difícil y quiero darte las gracias. Y decirte que te quiero.

Si tenía dudas sobre ser congresista, desde luego no las tenía sobre mí. Ni siquiera después de lo que le había hecho pasar aquel día.

Al verme dudar, me puso la cajita en las manos.

Dentro, arropado en satén, había un reloj Tank de Cartier antiguo de platino y diamantes: el mismo por el que había pujado en la subasta del baile de Ballantine, pero que perdí.

—Aubyn me dijo que habías pujado por él, de modo que localicé a la pareja que se lo llevó y les hice una oferta que no pudieron rechazar —dijo con un guiño.

—¿Eso hiciste?

—Bueno, lo hizo Calvin. Dame, deja que te ayude.

Lo sacó del estuche y me lo puso en la muñeca. Luego me miró a la cara, ansioso por ver mi reacción.

Debí darle las gracias, pero no podía. Para Alex, aquel reloj era simplemente otro capricho caro para su esposa. Tras él había emoción, y cierta gratitud, pero ningún sacrificio, ningún significado real. Si hubiera venido de Jimmy, habría significado mucho más: un camino compartido, obstáculos superados y un amor que parpadeaba, pero que nunca se apagó.

Bajé la vista hacia la esfera pálida del reloj y sus finas manecillas y advertí que faltaba un minuto para la medianoche.

Había llegado el momento de que la Cenicienta abandonara el baile.

Cerré la tapa del estuche del reloj y respiré hondo para coger fuerza.

–¿Qué ocurre? –preguntó–. ¿No te gusta?

–Es precioso –dije, en voz baja–. Pero no puedo... aceptarlo.

Me lo quité y se lo puse en las manos. Él bajó la cabeza, sin dejar de sonreír, como si yo estuviera jugando.

–Alex, eres una buena persona. Un buen padre –dije–. Y, lo quieras o no, serás un congresista magnífico.

Me miraba fijamente, con la sonrisa borrándose de su cara.

–Quiero darte las gracias desde el fondo de mi corazón. Me has ayudado más de lo que jamás serás capaz de entender. Pero...

–Abbey, ¿qué significa todo esto? ¿Has bebido? Mi madre dice que le preocupa que estés bebiendo demasiado.

–No. Estoy perfectamente sobria, lo prometo.

–Pues, entonces, ¿qué? ¿Hay alguien más? ¿Es el tipo del bar?

–No. No hay nadie más. Ya lo sabes. –Era verdad; eso no tenía nada que ver con Jimmy. Tenía solo que ver conmigo. Conmigo y con los niños. Respiré hondo y proseguí–: La verdad es que... te dejo.

Por un momento se quedó sin habla, como si fuera incapaz de procesar mis palabras. Luego me tomó las manos.

–Sé que entre nosotros las cosas no han sido maravillosas. Pero ahora que la campaña ha terminado, mejorarán. Lo prometo.

Miré su expresión de súplica, el dolor en sus ojos, y me sentí mareada. Pero me obligué a continuar.

–No mejorarán. Solo empeorarán –dije–. Sé sincero, Alex. No puedes fingir que las cosas han salido como queríamos. En el fondo, parte de ti se siente aliviado.

–¿Aliviado? –Se le rompió la voz por la emoción–. Por Dios, Abbey, ¿cómo puedes decir eso? Juntos formamos una pareja fantástica, mira lo que acabamos de conseguir.

–No. No formamos ninguna pareja fantástica. Tal vez lo fuimos, pero ya

no. Ahora solo sacamos lo peor del otro.

—¡No, no es cierto!

—¡Sí lo es! Siempre he sabido que no querías meterte en política. Pero en vez de apretar el freno, dejé que siguieras adelante, aunque te sintieses desgraciado. Y siempre has sabido que yo nunca quise dejar mi trabajo, ni tener canguros a tiempo completo, ni trabajar en actos benéficos para perros. Deberíamos haber defendido lo que cada uno de nosotros quería. Pero dejamos de luchar. Nos conformamos. Fuimos sucumbiendo y renunciando.

—Pero yo te quiero. Sabes que te quiero.

—Lo sé —dije—. Y una parte de mí también te quiere.

—¿Una parte? ¿Solo una parte? ¿Qué parte?

—No la que es importante.

—Deja de hablar en clave —dijo, de pronto enfadado—. ¿Qué me estás diciendo? ¿Quieres el divorcio?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué?

Lo miré a los ojos y vi angustia y desesperación. Me mordí el labio para evitar llorar, pero no pude. Se me escaparon las lágrimas. Pero debía continuar; debía terminar antes de perder la calma.

—Porque esta vida no es la mía. Y nunca lo será.

Había llegado al Ritz-Carlton como la señora Abigail van Holt. Ahora, unos minutos después de la medianoche, en la oscura primera hora de un nuevo día, me marchaba como Abbey Lahey. No, eso tampoco era verdad; tampoco estaba casada con Jimmy. Era Abbey DiSiano, alguien que hacía casi una década que no era.

Me pregunté si era capaz de recordar cómo era ser ella. Pero, en vez de sentirme preocupada y triste y de estar calculando cuáles serían mis pasos siguientes, me sentía serena. Equilibrada.

Salí del ascensor al vestíbulo del Ritz, donde el suelo de mármol amplificaba mis pasos bajo la alta rotonda. El espacio estaba vacío excepto por un aburrido recepcionista distraído con su teléfono y unos cuantos fiesteros tardíos. Adiós, Ritz-Carlton, pensé, adiós, vida del Ritz.

Me acerqué al mostrador de recepción y me atendió una espabilada y eficiente empleada nocturna.

–¿En qué puedo ayudarle? –me preguntó.

–¿Me podrías hacer un favor?

–Por supuesto, señora Van Holt.

Saqué mi cartera, mis llaves y mi iPhone del bolso rojo de Hermès, me los metí en el bolsillo y le pedí si me podía dar un papel y un boli. Garabateé una nota, la metí dentro del bolso y lo cerré. Luego apunté una dirección en otro papel y se lo di a la chica.

–Necesito que envíen esto lo antes posible a esta dirección –le pedí.

–¿Federal Express? –preguntó.

–Courier del hotel, por favor.

–Sí, señora. –Echó un vistazo a la dirección y luego, más codiciosamente, al bolso.

–Es bonito, ¿eh? –le dije.

–Precioso.

–Créeme, no vale la pena.

Di media vuelta y me alejé. Sonreí al imaginarme la cara de perplejidad que pondría el padre Fergie por la mañana al recibir un paquete con un bolso de mujer dentro. Esperaba que cuando leyera la nota que había dentro se pondría contento y me perdonaría por el cheque anulado. Esperé también que eso confirmara la primera impresión que le causé: que no era una princesa mimada que rompía mis «promesas de cóctel». Que cuando le dije que yo no era lo que parecía, lo decía en serio.

Pero, por encima de todo, esperaba que él –o alguien en la Holy Rosary Settlement House– supiera utilizar eBay. En mi nota le decía que no aceptara ni un centavo menos de treinta y dos mil dólares.

Mientras bajaba por Walnut Street, saboreé el aire nocturno, la rara tranquilidad de las calles de la ciudad y la emocionante ligereza que sentía.

Viendo mi reflejo en los escaparates frente a los que pasaba, me maravillé de mí misma. Esa noche había hecho algo extraordinario: había rechazado a Alex van Holt por segunda vez en mi vida. Solo que esta vez no lo había hecho por un novio de la universidad, sino por mí misma.

Mis zapatos taconeaban ruidosamente sobre la acera, ágiles y decididos, como el sonido de una mujer que andaba con seguridad hacia una nueva vida. Una mujer que sabía que, fuera lo que fuera que le deparara el futuro, lo vería con claridad y sin vacilar. Y, con suerte, tal vez hasta sería algo parecido a mi pasado.

Era gracioso lo distinta que puede parecerse tu vida después de pasarte diez días en la de otra persona. No hacía tanto que había estado sentada en aquel bar de *bagels* con Jules, mirando una foto de Alex en *Town & Country* y fantaseando sobre lo mucho mejor que habría sido mi vida si, simplemente, hubiera salido con él. Ahora sabía muchas más cosas.

Alex no había sido quien se había escapado; había sido yo.

Mi vida con Jimmy tal vez había sido un caos, pero había sido mía. Yo la había elegido y no fue ningún error. En cualquier caso, mi error fue permitir que el caos se convirtiera en excusa. No plantarle cara a la bruja de mi jefa. Alegar que estaba «demasiado ocupada» para fundar una agencia con Jules.

No apoyar a Jimmy en sus momentos más bajos.

Todos aquellos momentos, grandes y pequeños, en los que había elegido la opción fácil en lugar de haber sido valiente.

Cuando me acercaba al centro de Rittenhouse Square, aflojé el paso, sintiendo de pronto la necesidad de ver a Jules. O al menos de oír su voz. Me apoyé en mi estatua favorita, un león de bronce que dominaba a una serpiente con sus dientes brillantes y sus potentes zarpas, marqué su número.

—¿Sí?

—¿Jules?

Silencio. Y luego:

—Hola, Abbey.

—Ey, ¿cómo estás?

—Hum, bastante bien. —Y luego—: ¿por qué me llamas tan tarde?

—Lo siento, había olvidado lo tarde que es. ¿Te he despertado?

—No, estoy despierta. De hecho, todavía no he vuelto a casa.

—¿No? Yo tampoco. ¿Dónde estás?

—En el Rittenhouse Hotel. Lucas tiene un bolo, así que estoy por aquí, esperando a que acabe de tocar.

—Qué curioso, porque ahora mismo estoy en medio de la plaza. ¿Te importa si voy?

Hubo un breve silencio, pero luego respondió.

—No sé... Solo toca un tema más.

—Estoy en un minuto.

Colgué antes de que pudiera decir nada más y luego corrí por el césped mojado hasta la fachada de cristal del hotel.

El Oak Bar del Hotel Rittenhouse era un local pequeño y acogedor que muy pocos filadelfianos conocían, un antro secreto que el hotel cuidaba especialmente para sus mimados huéspedes y clientes asiduos. Lo encontré arriba de una ancha escalinata, en la segunda planta, justo antes de que el pasillo se estrechara de camino a las salas de reunión, salones de baile, el gimnasio y la zona de *spa*.

Al otro lado de la sólida puerta de roble y cristal me encontré a Jules. Estaba sentada en un rincón junto a la chimenea, tomando vino blanco con

los ojos clavados en el bajista moreno que vestía de negro. Lideraba un trío compuesto por otro hombre que aporreaba un cajón y una mujer al frente de los teclados; los tres se contoneaban ligeramente, con los ojos cerrados y aparentemente ajenos a lo que ocurría en la sala. Tal vez eso fuera bueno porque, aparte de Jules, un camarero aburrido en la barra y un puñado de parroquianos, el lugar estaba vacío. La melodía de blues no hacía más que incrementar aquel ambiente íntimo y casi clandestino.

Cuando me acerqué a la mesa de Jules, levantó la mirada y me sonrió con timidez, al tiempo que se echaba el jersey sobre los hombros, como si de pronto le hubiera entrado frío.

—Menuda sorpresa —dijo—. Pensaba que estarías por ahí, celebrando el triunfo.

—Había una fiesta, pero necesitaba hacer una pausa.

—Sí, ya he oído que de vez en cuando la necesitas. —Sonrió cautelosamente, esperando que aceptara bien su broma.

Me llevé las manos a la cara, con vergüenza fingida.

—Supongo que me viste.

—Sí, claro. Difícil perderselo.

Nos echamos a reír y me lo tomé como un permiso para sentarme. Me acomodé en la silla y miré hacia los músicos del rincón. El hombre de la guitarra estaba haciendo un solo impresionante.

—Tu novio es muy bueno.

—Gracias. Y no es mi novio, es mi prometido.

Me fijé en su mano izquierda y vi un precioso anillo de pedida de zafiro y diamante. ¡Prometida! Abrí la boca y los ojos con un silencioso grito de alegría. Ella intentó no reírse, pero sus ojos verdes desprendían destellos de felicidad.

Vi cómo trataba de mantener la distancia emocional y seguir mostrándome su enfado, pero a medida que iba hablando —contándome lo de su pedida (el sábado anterior por la noche, en la azotea de su apartamento en Old City), sus planes (boda en primavera), y los collares de flores que planeaba ponerles a sus terriers «damas de honor» (rosa chicle, evidentemente)— percibí que su resistencia se iba debilitando. Me encantaba oírla hablar, los altibajos de su voz, tan rítmica como la música de su chico.

Al final hizo una pausa para respirar y se rio.

—Ya ves lo ilusionada que estoy.

–Y tienes que estarlo. El matrimonio, un buen matrimonio, puede ser increíble.

–Lo supongo. ¿Y qué tal ser la esposa de un congresista?

–Bueno, bien.

–¿Solo bien? ¿No estáis encantados? ¿Y dónde está Alex, por cierto?

–No lo sé. –Cogí aire, preparándome para decir las palabras en voz alta por vez primera–. De hecho, le acabo de dejar.

–¿Cómo? –Ahora le tocaba a ella quedarse boquiabierta–. Dios mío, Abbey. ¿Cuándo?

–Hace unos quince minutos.

–¿Lo has dejado? –repitió, incrédula.

–Sí, lo he hecho. Pero se veía venir desde hacía mucho tiempo. Y es lo mejor para los dos.

–Yo pensaba que erais felices.

–Eso parecía, ¿no? –dije, con una sonrisa triste–. Pero no lo éramos. Al menos, no como se supone que uno debe ser feliz. No como querría que tú lo fueras. O Gloria. O yo, francamente.

Nos quedamos en silencio. Me acercó su copa y tomé un sorbo antes de proseguir.

–El tema es..., resulta difícil conformarse con menos que la perfección cuando has vivido el tipo de amor que te encaja, aunque haya sido caótico, ridículo y complicado. El tipo de relación por la que vale la pena luchar, que te hace sentir realmente viva.

Como en *Braveheart*, pensé. Sonreí para mis adentros, de pronto consciente que no había llegado a entender realmente esa película hasta ahora.

Jules me miraba con una mezcla de pena y preocupación. Puso una mano sobre la mía. Sentí una sensación de calidez. Miré nuestras manos, luego a su expresión solidaria y preocupada y me di cuenta de que ya no estaba sola. Mi mejor amiga volvía a estar a mi lado.

–¿Qué piensas hacer? –me susurró.

–No lo sé –admití–. No lo he pensado todavía. Pero los niños y yo ya lo decidiremos. Probablemente debamos quedarnos con mi madre una temporada, hasta que nos aclaremos. Eso sí será una experiencia interesante.

No pudo evitar sonreír al oír mencionar a Roberta.

–¿Cómo tenemos a la vieja fiestera? ¿Sigue rompiendo corazones y

cerrando todas las fiestas del Main Line? –preguntó—. Ahora en serio, dime si puedo hacer algo para ayudarte. No creo que divorciarse de Alex van Holt sea nada fácil.

Tenía razón. La idea de un divorcio, y la dolorosa labor de separar dos vidas, me hizo aterrizar del subidón que llevaba desde que había salido andando del Ritz.

Jules me lo notó en la cara. Miró alrededor del bar casi vacío y de pronto se levantó.

–¡Larguémonos! –exclamó—. Este lugar es deprimente. ¿Nos vamos a un sitio más divertido?

–Pero ¿y tu novio?

–Sabe que no soporto el jazz –dijo, arrugando la nariz.

Yo me reí mientras dejaba que me ayudara a levantarme.

–¿Dónde vamos?

–A bailar.

–No voy precisamente vestida para bailar –le dije—. ¿Y dónde crees que podemos ir a bailar a la una de la madrugada de un martes, o sea, de un miércoles?

–¿En serio? ¡Madre mía, sí que has vivido encerrada! –exclamó—. Ya veo que tendré que enseñarte muchas cosas.

–Venga, acábate esto. –Me tendió la copa de vino blanco y me tomé lo que quedaba; luego me dijo–: Deja que vaya a despedirme de Lucas y nos encontramos fuera.

Saludé al bajista tímidamente con la mano y luego salí al pasillo. Saqué mi iPhone del bolsillo, miré si tenía algún mensaje y luego encendí la aplicación de espejo. Me miré el maquillaje y me peiné con los dedos.

Oí unos pasos detrás de mí y me hice a un lado para dejar pasar al huésped del hotel. Pero el hombre se detuvo y me habló:

–¡Bonito traje! –exclamó.

–Gracias. –Bajé la vista hacia la tela azul pavo real como si la viera por primera vez—. Pero no es mío. Me lo han prestado.

–Dior, ¿cierto? –dijo—. ¿Del año sesenta y ocho? ¿Setenta? Y tan bien conservado...

Levanté la vista y me encontré frente a un bello rostro masculino con barba. Llevaba una camiseta oscura, unos *shorts* grises y unas zapatillas de deporte plateadas modernísimas. No era alto y tenía una complexión ligera,

pero estaba tan fuerte y tan moreno que parecía que pasara los días entre el gimnasio y la playa. Lo que destacaba de él eran los ojos: dos esferas marrón oscuro que desprendían destellos de un brillo juguetón.

Era un rostro que había visto muchas veces en las revistas de moda. Marc Jacobs.

—Eres..., eres..., Marc Jacobs —logré decir, con la voz ahogada por la sorpresa. Y luego, más alto—: Vaya, ¿eres Marc Jacobs?

—Lo soy —dijo, y asintió con la cabeza.

—¿Qué..., qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Bueno, voy a hacer un poco de ejercicio. —Señaló con el dedo en dirección al gimnasio del hotel y me aclaró—: Sigo con el horario de Tokio.

—No, quiero decir, ¿qué haces en Filadelfia?

—Estoy a punto de abrir una tienda en Walnut Street.

De pronto me acordé: el paleta que me había mirado el pecho, los maniqués blancos, los largos estantes plateados.

—¡La antigua tienda de Ochs! —exclamé—. Vi las obras la semana pasada.

—Sí, siempre a la carrera. —Sonrió y me extendió la mano— ¿Y tú, eres...?

—Abbey van Holt; hum, Abbey Lahey; o sea, Abbey DiSiano.

—¿Estás segura? —Se rio. Yo también me reí.

—Un placer —dije, recomponiéndome—. Soy muy fan tuya.

—Muchas gracias. —Entonces se volvió y avanzó pasillo abajo.

Estaba a punto de alcanzar la puerta del gimnasio cuando me sorprendí a mí misma, o tal vez al vino, añadiendo algo:

—De hecho —le grité—, he sido muy fan. Ya no.

—Oh, ¿de veras? ¿Por qué? —preguntó, volviéndose hacia mí.

—Bueno, me compré algo tuyo, un bolso y, sonará extraño, pero tuvo un coste muy alto. Me costó algo muy, muy querido.

—Lo lamento —dijo, mientras avanzaba lentamente hacia mí—. Pero ¿cómo sabes que lo has perdido para siempre? ¿Estás segura que no está todavía por ahí? Tal vez esté más cerca de lo que crees.

Me quedé paralizada y lo miré fijamente, preguntándome si hablábamos de lo mismo. Avanzó hacia mí, tenía los labios muy cerca de mi oído. Me llegó un rastro de champú caro y sentí las cosquillas de su barba en mi mejilla. Oí su respiración, y la mía.

—He levantado un imperio dando a las personas lo que creen que quieren, lo que creen que necesitan —me susurró—. Aunque es todo una simple ilusión.

Pero una bella ilusión. ¿No crees?

Sentí un escalofrío que me partía como un rayo. Di un paso atrás, separándome de él, asustada. Pero no me había dado cuenta de que tenía las escaleras justo detrás y perdí el equilibrio y el tacón se me aferró al ancho escalón de arriba como una garra.

Mientras caía hacia atrás, con las manos busqué agarrarme a algo desesperadamente y encontré el frontal de su camiseta. Su complexión pequeña resultó demasiado ligera y, en vez de hacer contrapeso, cayó encima de mí. Nos tambaleamos por las escaleras de color pardo rosáceo formando un torbellino negro, plateado y azul pavo real.

Al pie de la escalinata me golpeé la cabeza contra el suelo y rodé hacia un lado. Vi unas lucecitas amarillas alejarse de las flores del papel pintado de la pared. Flotaron hacia mí y me rodearon la cabeza, como si Gloria las hubiera soplado de un diente de león.

Las observé y sentí su calidez. Luego todo se apagó.

Una larga y solitaria mota de polvo, o tal vez una telaraña abandonada desde hacía mucho tiempo, cayó de la esquina de un panel del techo perforado. A su lado, en el televisor mudo de la pared, un presentador de tertulia nocturna contaba anécdotas que nadie escuchaba. Cerca, unos cuantos globos se movían por la corriente del aire caliente que salía del conducto, mientras los claveles de un jarrón se marchitaban, con sus tallos grisáceos pidiendo agua a gritos.

Levanté la cabeza de la almohada.

Allí, dormitando en la silla beis de plástico junto a la cama de hospital, con las piernas extendidas, los brazos cruzados y una gorra tapándole los ojos, estaba mi marido. Respiraba silenciosamente, con el pecho subiendo y bajando, y extendió un brazo hacia mí, con la palma y los dedos ásperos por el trabajo dispuestos a ser acogidos.

Lo miré hasta que la imagen se me emborronó por las lágrimas. Cuando me di cuenta de que podía hablar, susurré su nombre –Jimmy–, primero en voz baja, luego más alto.

Sus ojos parpadearon y me miró, y de pronto se levantó de un salto.

–¡Dios mío! –Una sonrisa le iluminó el rostro, cansado y sin afeitarse. Estás

despierta.

Entonces me incorporó delicadamente y me abrazó, fundiéndome con él.

–Estás despierta –repitió–. Estás despierta.

Me puse a sollozar sintiendo la felicidad palpitante y abrumadora de haber vuelto a casa.

–Estoy contigo, cariño, estoy contigo –me decía, confundiendo mi llanto por dolor–. Te pondrás bien.

Me separé y contemplé su cara.

–Nunca más te dejaré –le dije.

Olía a sueño, café rancio y amor incondicional.

Epílogo

—¿Alguna pregunta?

Busqué si había alguna mano levantada en la gran sala de reuniones del bufete de abogados Smith, Weldon, Adams & Tuvonec, conocido por todos en la ciudad como SWAT delante de ellos y SWeAT a sus espaldas, instalado en la planta veinte de un enorme rascacielos de cristal del centro de Filadelfia. La sala pertenecía a una prestigiosa firma de abogados de Center City, pero hoy la habían prestado a una asociación de agencias sin ánimo de lucro, algunas de las cuales eran clientes *pro bono* de la firma.

Jules y yo habíamos recibido el encargo de hablar del tema de las comunicaciones de «gran impacto, presupuesto pequeño», aunque nuestra agencia de RRPP tenía menos de un año de antigüedad. Recientemente habíamos ayudado a recaudar fondos considerables para la Holy Rosary Settlement House y le habíamos conseguido al padre Ferguson un anuncio en *The Daily Show*, lo que nos transformó en estrellas del rock dentro del sector de las ONG.

Reunimos a un público de unas setenta y cinco personas, algunas estaban sentadas en las mesas en forma de «U» que tenía delante, otras en hileras de sillas plegables más atrás y algunas más de pie al fondo. Era mucha más gente de la que esperábamos y sentía mariposas en el estómago. De momento, la cosa iba viento en popa. Me expresaba con seguridad y pasión por el tema y, cuando titubeaba, Jules estaba ahí para echarme un cable.

Al final de mi presentación se levantaron varias manos.

—¿Cuánto se tarda en organizar una buena estrategia de relaciones públicas? —preguntó una joven responsable de un refugio para indigentes.

—Sé que es una respuesta que no gusta, pero hay que tener paciencia —le aconsejé—. Tomaros el tiempo necesario para planificar vuestro ataque y conoced bien vuestro mensaje. Recordad que las noticias viven eternamente

online, y todo el mundo y, lo más importante, cada donante potencial, puede encontrar esa noticia. Así que más vale que sea buena.

Alguien que estaba de pie al fondo, cerca de las ventanas, me interrumpió.

–Pero los periodistas escriben noticias cada día sobre gente que no está preparada. ¿No es eso de lo que se trata? ¿Que la prensa hable de ti, cuando sea y donde sea?

La voz venía de un hombre al fondo, pero la oscuridad de la sala me impedía distinguir su cara.

–Existe el viejo dicho de «no promoción es mala promoción»...–dije, un poco molesta–, pero creo que hay que tener un poco más de ambición, ¿no creéis?

Trasladé mi peso de una pierna a la otra; sentía muchas ganas de ir al baño, pero decidí continuar:

–Hay muchas agencias que llegan y te prometen que saldrás en la prensa el primer día, pero cualquier cosa que obtienes tan fácilmente es un poco como esa segunda botella de vino que, en el momento, pedirla parece una buena idea pero a la mañana siguiente te arrepientes. Y, creedme, sé de lo que hablo. –Me señalé la barriga, redonda y protuberante, y les arranqué una carcajada.

Respondimos unas cuantas preguntas más; luego Jules se acercó a encender las luces. Busqué con la vista a mi espectador impertinente, pero me quedé enrocada en una conversación con el presidente de un museo. Cuando finalmente pude deshacerme de él, me acerqué a la puerta y miré pasillo abajo, pero fuera quien fuera, se me había escapado.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, le hice un gesto a Jules de que nos veríamos mañana y luego me dirigí al baño. Tardé un poco en recorrer el largo pasillo con mis viejos mocasines planos, los únicos zapatos en los que cabían mis pies hinchados por el embarazo de siete meses.

Al salir, todo el mundo se había marchado y me encontré a solas en el pasillo. Toqué el botón del ascensor y esperé, sintiendo el cuerpo relajado ahora que la presentación había terminado. Oí unos pasos al fondo del pasillo que avanzaban hacia mí y se detenían. Levanté la vista y asimilé aquel pelo denso y oscuro, el físico delgado, la camisa impecable y la sonrisa genuina de una cara muy conocida.

Alex.

–Magnífica presentación –dijo, con naturalidad–. Es bueno saber que hay

alguien con la vista puesta en las organizaciones sin ánimo de lucro. Necesitan mucho ese tipo de asesoría.

Me quedé parada, explotando en silencio, llena de recuerdos que inundaban mi cabeza como una película borrosa.

–Créeme, lo sé –prosiguió–. Todos mis clientes son ONG..., para gran desesperación de mis socios.

Mientras volvía a tocar el botón del ascensor, conseguí musitar un imperceptible «gracias».

Me tendió la mano.

–Soy Alex van Holt. –Entonces ladeó un poco la cabeza y me miró con media sonrisa–: Tu cara me suena. ¿Nos conocemos?

Digamos que hemos follado contra un espejo en un vestidor, pensé, ruborizándome.

–No. Creo que no. Pero me parece que te vi hace poco en la revista *Town & Country*.

Ahora le tocó a él ruborizarse.

–Dios mío. Eso. Salía con un grupo de jugadores de polo.

Las puertas del ascensor se abrieron. Las aguantó para cederme el paso y entró detrás de mí, acarreando una cartera de piel desgastada repleta de papeles. Estaba tan guapo como lo recordaba, pero iba en vaqueros, una chaqueta azul sencilla y unas bambas. Y olía a jabón, no a colonia.

–He encontrado tus ideas realmente creativas –dijo–. A la fundación de mi familia le iría muy bien contar con alguien como tú. ¿Tenemos alguna posibilidad de seducirte?

–Me siento halagada, pero estoy muy bien en mi pequeña agencia. Nos va bastante bien. Y trabajar con tu mejor amiga es difícil de superar.

–¡Que se venga ella también!

Me reí, y luego negué con la cabeza.

–Resulta tentador, pero ya tengo bastantes cambios en mi vida ahora mismo –dije, tocándome la barriga.

–¿Cuándo sales de cuentas?

–En abril.

–¿Es el primero?

–Tercero.

–Yo también tengo tres hijos –dijo, orgulloso–. Todas niñas.

–¿Ah, sí?

—Nos encanta. Mi esposa solo había tenido hermanos, o sea que está en la gloria.

Sacó un iPhone y me enseñó una foto en la que aparecía él con tres adorables niñas de pelo rizado. A su lado, con una ancha sonrisa, estaba Larry Liebman.

—¡Larry! —exclamé, sin poder evitarlo.

—¿La conoces?

—Eh, sé quién es. Es periodista del *Inquirer*, ¿verdad? Es fantástica. Y es ideal para ti.

—Gracias —dijo, con la misma expresión divertida y cariñosa con la que siempre me arrancaba una sonrisa—. Estoy convencido.

Nos quedamos en silencio cuando el ascensor se detuvo en la planta baja. Me aguantó la puerta y salimos los dos al vestíbulo.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Abbey —dijo—. Aunque me hayas dado calabazas. *Otra vez.*

Me hizo un guiño, reconociendo nuestro encuentro frente a un ascensor y la incómoda llamada tantos años atrás. Se acordaba.

Lo miré otra vez, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas, no de tristeza, sino por la certeza de que todo estaba donde tenía que estar. Nos dimos un apretón de manos, mirándonos por última vez antes de volvernos y separarnos. Lo observé cruzar el vestíbulo de mármol y desaparecer, engullido por la acera urbana como un fantasma.

El bebé me dio una patada y recordé que tenía que atrapar un tren. Di media vuelta y me uní a la masa de gente que bajaba por las escaleras mecánicas hasta la estación. Si me apresuraba podría llegar a casa antes de las cinco, tal vez incluso antes de que llegaran Jimmy y los niños. Los esperaría en la cocina, preparada para recibir el ruido de sus pasos, la confusión de voces, las manos frías y las mejillas rosadas.

Me sujeté fuerte a la barandilla.

Agradecimientos

Gracias a Theresa Park por creer en este libro, y por empujarme a escarbar a fondo.

Gracias a Stacy Creamer, por sus reflexiones y entusiasmo, y por ayudarme a encontrar la salida cuando el camino se complicaba.

Mi mayor gratitud a los primeros lectores que me aconsejaron sobre todos los aspectos, desde las elecciones al Congreso y los detalles tailandeses hasta los zapatos de Louboutin: Tobey Pearl, Heather Jacobs, Amy Fonville, Jody Weber, Laura Getty, Nimpa Bosch, Gretchen Regan, Sandra McClintic, Sopee Conard, Olivia Rabe, Carol Gangemi, Sara Himes, Rebecca Timme, Katharine Bolt y Natalie Blanning Weber.

Gracias a Abigail Koons, Emily Sweet y todos los de TPL, y a Howie Sanders por su pasión.

Gracias a mi madre por haberme enseñado que todo es posible y por estar siempre ahí, a mi padre por su *joie de vivre* y su apoyo incondicional, a mi hermano por su humor, y a mi hermana, que lo sabe todo y, a pesar de ello, me sigue queriendo.

Todo mi agradecimiento a Lulu y Will por su paciencia y por dormir tan bien.

Pero, por encima de todo, gracias a Joseph Gangemi. Consigues que desee vivir en esta vida para siempre.



Título original: *The one that got away*

© Leigh Himes, 2016

© de la traducción: MAR VIDAL, 2017

© MAEVA EDICIONES, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño e imagen de cubierta: SANDRA DIOS sobre imagen de Shutterstock

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-16690-04-6

Conversión ebook: MT COLOR & DISEÑO, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita **nuestra web**

Maeva Ediciones en las redes sociales

